



El
sonido
de tu
mirada

**Inma
Cerezo**

Phoebe

El
sonido
de tu
mirada

Inma Cerezo

ediciones Pàmies

Primera edición: noviembre de 2017

Copyright © 2017 Inmaculada Cerezo Cobos

© de esta edición: 2017, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-51-3

BIC: FRD

Diseño de cubierta: Calderón Studio

Ilustración de cubierta: Paul Tarasenko/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

A tu mirada...

PRÓLOGO

NATHAN

No recuerdo en qué momento se descontroló todo. La vida en Los Ángeles siempre había sido sencilla. Mis padres estaban bien posicionados económicamente y tanto mi hermana

Denise como yo teníamos todo lo que queríamos.

Desde pequeño adoraba la música. Escuchaba los viejos vinilos de mi abuelo paterno

Mike sentado sobre su regazo con apenas dos años: *rock, folk, country, blues...*, y conseguían que me quedase hipnotizado.

Más adelante, en el colegio, la tutora del primer curso de la escuela elemental llamó a

mis padres y les comentó que deberían llevarme a clases de música. En cuanto tenía la

posibilidad, reunía lo necesario para producir algo parecido a notas musicales con cualquier

objeto que tuviese a mano.

Mi primera guitarra clásica española fue una Alhambra Cutaway 5 P CW, que me

regalaron en mi quinto cumpleaños. Mi padre, Eric, la encargó directamente de España.

Incluso llegué a dormir con ella, y eso que casi era más grande que yo.

Recibí las primeras clases de canto a los ocho años. Fue en los preparativos de los

ensayos del festival de Navidad en el colegio, cuando la profesora de música, Margaret, se

quedó asombrada al escucharme cantar en el coro de ángeles. Detuvo a todo el mundo y

me hizo repetir el estribillo a mí solo. Todos nos quedamos bastante sorprendidos al verla

con los ojos anegados en lágrimas por la emoción. Me recomendó acudir a la academia de

canto de una amiga suya, y, tras hablarlo en casa, aceptaron que probase. Mis padres

siempre querían lo mejor para nosotros. Y yo daba un paso más en algo que me encantaba:

la música.

Le siguieron más años de clases de solfeo, de canto, de aprendizaje con varios instrumentos...

Entre todos los géneros de música, siempre me decantaba por mi favorito: el rock.

Ingresé en la School of Rock West LA con una ilusión acojonante.

Todo lo relacionado con la música ocupaba la mayor parte de mi tiempo. Ir a conciertos, buscar discos de segunda mano, escuchar emisoras de radio, descubrir nuevos

grupos... Muchas veces arrastraba a Kyle, mi mejor amigo desde la infancia, a algún bar

cutre de las afueras porque me había enterado de que tocaba un nuevo grupo que lo hacía

muy bien. Nos escapábamos de casa, hacíamos autostop o caminábamos horas para poder ir, y, en más de una ocasión, ni siquiera podíamos entrar en los garitos porque éramos menores.

Mi primer grupo de rock, en el que estuve como guitarrista, fue en el instituto. Nunca

llegamos a tocar fuera, siempre lo hicimos en el garaje de uno de los chicos, John, el

batería. Mi primer grupo de rock serio, en el que era el vocalista, fue The Smash.

Mi sueño,

y también mi perdición.

Éramos cuatro chicos muy jóvenes para entender que la música podía ser algo más que

subirse a un escenario y disfrutar de la recompensa de los aplausos y el desmadre. Llegamos

a dedicar muchas horas y demasiadas expectativas, y dejamos en el camino parte de nuestra

esencia. Gustábamos. Llenábamos los locales a los que íbamos a tocar, casi siempre a

cambio de un par de cervezas o de que nos dejaran vender nuestras maquetas.

Yo me encargaba de componer las canciones; normalmente eran pegadizas y tenían

mucho gancho. Al principio, salían solas. Era como un don, hasta que un día me atasqué.

Sucedió en plena época de finales del primer curso de Grado en Música. Me quedé en

blanco. No sé cómo, pero acabé con un porro de marihuana en la mano, que me relajó y

consiguió que me dejara llevar después de aquella pequeña crisis.

Me estrené con una raya de coca tras el escenario de nuestro primer concierto con cara y ojos. Éramos los teloneros de un grupo de rock que estaba despuntando y nos lo ofrecieron. Había más droga en aquellas bandejas, colocadas expresamente para la ocasión, de la que nunca había visto en mi vida. Era inexperto, imprudente y no quería decir que no a nada, porque en realidad no tenía miedo y creía que era invencible. Siguieron fiestas y alcohol, en grandes cantidades. Siempre acompañadas de sexo desbordante y mucho desmadre. Entramos en una espiral sin sentido de conciertos locos, juergas y desenfreno. Perdimos el rumbo. No me di cuenta de que ya no sentía la magia que me provocaba la música. La misma magia que me impulsaba a levantarme de madrugada a componer, la que me colocaba una sonrisa asombrosa en la cara cuando el público coreaba nuestras canciones. Se esfumó, y todo perdió sentido. Mi sueño se había cumplido, pero estaba tan perdido que no fui capaz de reconocerlo: ya era tarde para enmendar todo aquello.

1

DESPIERTA

LEAH

«Hola, me llamo Leah Kline Devon. Tengo veinte años y provengo del centro de Kansas, de Sun City. Podría comenzar por enumerar todo lo que ha cambiado mi vida en estos dos últimos años y contarle qué hago en Lawrence y por qué estoy estudiando Grado en Gestión de Marketing General en la universidad de Kansas».

Esas eran las palabras con las que había comenzado mi entrevista esa mañana con mi

orientador de estudios. Después de revisar mi expediente académico y las múltiples

posibilidades que tenía por delante, decidí que el próximo semestre me matricularía

también en cuatro asignaturas de segundo curso, además de las que correspondían por programa a primero.

Tenía un nudo en la boca del estómago del tamaño de Topeka. No porque no me creyera capaz de conseguirlo —cada uno es muy consciente de sus limitaciones—, pero, en

mi caso, se trataba de todo lo contrario. Sabía que debido a mi cociente intelectual de grado

alto podía acabar la licenciatura antes del tiempo convencional.

El problema básico radicaba en que no me apetecía volver a comenzar con las historias

de siempre y tener que dar explicaciones sobre ello a todo el mundo: a mis nuevos amigos,

a mis compañeros de clase y un largo etcétera.

Por suerte, me fascinaban el curso y las clases, y estaba encantada con el programa.

Con el fin de aliviar tensiones y tras descubrir que tenía todo el apartamento para mí

sola aquella tarde, me preparé un baño de espuma de esos que hacen historia. No tenía ni

idea de dónde estaban mis hermanos, pero tampoco me apetecía averiguarlo.

Compartir

con los dos aquellas cuatro paredes ya era lo suficientemente asfixiante como para añadir

más preocupaciones a mi estado de ánimo.

Cómo habíamos acabado los tres juntos compartiendo piso era algo típico que sucedía

en mi protectora familia. Mis padres no iban a consentir que yo fuese a una residencia de

estudiantes pese a tener más años de la edad con la que se iniciaban los estudios universitarios.

Ese había sido el motivo por el que había acabado en nuestro apartamento en Country

Club, cerca del campus. Allí vivía mi hermano mediano, Thomas, que cursaba el tercer

curso de Magisterio Elemental. Lo compartía con otro tipo que había acabado sus estudios

el curso pasado y con nuestro hermano mayor, Max, que el año anterior había decidido

abandonar el rancho familiar en el que trabajaba como mano derecha de mi padre. El otro

compañero había dejado libre su habitación para este nuevo curso: esa fue la excusa perfecta para que yo la ocupase y viviese de nuevo sometida al control y derribo asfixiantes de mis encantadores hermanos. No lo podían evitar: era la hermana pequeña, y después de haber sufrido un percance bastante grave hace tres años, todavía se habían vuelto más protectores.

Intenté situarme de nuevo en la tarea que me había llevado al baño, molesta por haberme dejado llevar por los dolorosos recuerdos. Cuando me desvestí, seguí con el plan trazado, ya que estaba agotada. Cogí el móvil y seleccioné una *playlist* que puse a un volumen elevado a fin de hacer desaparecer los malos pensamientos. Después de colocar el teléfono en un lugar seguro, me sumergí en el agua caliente.

Tras una hora en remojo con la música de fondo, no habría salido de la bañera si la temperatura del agua no hubiese comenzado a parecer un sorbete helado. Cuando limpié el espejo de vaho, caí en la cuenta de que había olvidado el albornoz en la habitación. Tendría que usar una toalla raída y desgastada del equipo de baloncesto de Thomas que había en el suelo del lavabo. Todo mi buen rollo «posbaño» se fue por el desagüe, como el agua. Estaba empapada, y no pensaba secarme con aquella cosa ni muerta. Decidí envolverme con ella de manera que tocara la menor superficie de mi cuerpo

hasta llegar a mi habitación.

Apagué la música del teléfono. Salí canturreando *I feel so bad* de Kungs a todo volumen,

con una sonrisa en la cara. ¿Qué le íbamos a hacer si era un despiste andante?

Entonces maldije al cosmos, las alineaciones planetarias y mi don de la oportunidad. Me

quedé de piedra cuando descubrí que el salón parecía una estación de autobuses en hora

punta, de la cantidad de gente que había.

«¿Qué narices?».

Quería morir rápido y sin dolor... En el minúsculo comedor del apartamento estaba el

grupo de rock de mi hermano Max al completo.

Me quedé paralizada, atrapada en la mirada azul del cantante del grupo, Nathan.

El

mismo que hacía que me temblaran las rodillas, por alguna razón inexplicable, cada vez que

lo veía en clase. Estudiábamos lo mismo, pese a que él estaba en tercero. Solo compartíamos una asignatura del primer curso. Lo más sorprendente fue descubrir que era,

nada más y nada menos, el vocalista de Warm Heart, el grupo al que pertenecía mi

hermano Max.

Había conocido a Nathan esa misma semana. Max me había pedido un enorme favor.

Quería que fuese a ver uno de sus ensayos para darle mi opinión. Había resultado bastante

complicado hacerle entender a mi hermano que mi trabajo como *community manager* de un

par de empresas de hostelería no estaba relacionado con el ámbito de la música y

que
carecía de experiencia en ese sector.
Con él las explicaciones no eran suficientes, así que, para ahorrarme una
discusión
absurda, había accedido a verlos y valorar, muy por encima, qué me habían
parecido. Les
había pedido a mis compañeras de clase y amigas Brenda y Amanda que me
acompañasen a
fin de no tener que pasar el mal trago sola. No tenía grandes expectativas con lo
que
íbamos a ver. Mucho me temía que sería otro fracaso más de mi hermano.
Habíamos llegado algo tarde al bar de copas donde Max trabajaba y que, por
algún
motivo extraño y que escapaba a toda lógica, los del grupo utilizaban como lugar
de ensayo
cada vez que podían. Las luces del local estaban apagadas; solo permanecía
iluminado el
escenario de forma tenue, por lo que tuvimos que acercarnos bastante para poder
verlos.
Había unas seis o siete personas viéndolos, a los que nos añadimos nosotras.
Sonaban muy
bien. Conocía los acordes de esa canción que estaban tocando: mi hermano la
había
ensayado días atrás en casa.
De pronto, una voz rasgada y profunda rompió el ritmo e hizo que todo a mi
alrededor
desapareciese. Me estremecí sin saber muy bien por qué.
Ocurrieron dos cosas: la primera era que no me había dado cuenta de que ante
mí se
encontraba el mejor producto vendible, comestible y admirable de este mundo y

de parte
del extranjero. Porque no podía obviar que ese cantante era un gran reclamo
publicitario. Y
en segundo lugar, el sujeto-producto-cañón-cantante no era otro que... ¿Nathan,
en serio?
—Leah, ¿ese... no es? —dijo Amanda, que no había perdido detalle. Me había
agarrado
del codo hasta acercarme a ella con tal ímpetu que casi me tiró—. ¿Collins,
macizo a las
seis?
—Ajá... —respondí, sin poder creer lo que veían mis ojos.
Collins era el apellido de Nathan, con el que no habíamos conseguido cruzar
palabra
todavía. Y lo de «macizo a las seis» era el apodo que las tres le habíamos puesto
por su
orientación en clase: siempre se sentaba al final, justo a nuestras seis en punto.
Tanto era
así que había conseguido despertar la curiosidad de todas, y cuando especificaba
«todas»,
me refería a todo el sector femenino del campus.
Estaba claro que ninguna de nosotras había estado preparada para ese magnífico
espectáculo. Collins era un compendio de brazos tatuados, pelo rapado castaño
claro y
unos ojos azules increíbles. Llevaba una camiseta negra ajustada de manga corta
y unos
vaqueros del mismo color que hacían destacar su magnífico cuerpo. Descubrir lo
bien que
le sentaban los tatuajes hizo sumar puntos a algo que yo ya sabía desde el inicio
del curso:
ese chico misterioso era puro pecado.

Brenda se giró, justo cuando Nathan cantaba un solo *a capella* que hizo que todo el vello de mi cuerpo se me erizase. Me dieron ganas de hacer un sacrificio a los dioses por poder escuchar esa voz rasgada y tan sensual.

—¿Tú sabías algo de esto? —susurró mi amiga en mi oído, haciéndome cosquillas.

Negué con la cabeza, incapaz de emitir sonido alguno, extasiada por la voz de Nathan. En

serio, no tenía ni idea de que algo así pudiese suceder. Pero era un hecho que había voces

que te atrapaban, y la de él era una de ellas.

Acabó la canción y las tres aplaudimos y silbamos como si nos fuese la vida en ello.

Nathan nos miró. Parecía algo sorprendido por nuestra presencia; al parecer, nos había

reconocido.

—¿Habéis visto esos labios jugosos y listos para ser mordidos? —había comentado

Amanda en un tono de voz tan bajo y contenido que parecía estar hablando del tiempo.

Acto seguido, mi hermano le arrancó el micrófono de las manos a Nathan y le guiñó un ojo.

—¡Gracias a todos por venir! —dijo, dirigiéndose al pequeño público—. Y en especial a

las caras nuevas —añadió, como mención hacia nosotras.

Observé cómo Nathan fruncía el ceño, deduje que extrañado, mientras sonreía a la vez

que nos saludaba con la cabeza, en un gesto muy masculino.

—Os presento a Nathan, nuestro cantante —continuó mi hermano—; Zaida, nuestra
teclista —dijo, señalado a una chica de rasgos orientales guapísima—. Y a
nuestro batería,
Adam —siguió, sonriendo hacia un chico afroamericano atractivo que hizo un
redoble con
las baquetas sobre uno de los tambores.
Aplaudimos, y la camarera silbó desde la barra con los dos dedos entre los
labios,
haciéndonos reír.
De pronto, noté cómo me zarandeaban. Regresé al salón, repleto hasta la
bandera, casi en
cueros y mojada.
—¡Joder, Leah! ¡Haz el favor de taparte, tenemos invitados! —gritó Max,
escandalizado
por la brevedad de ropa que cubría mi cuerpo húmedo.
Pasaron varios segundos, que se me hicieron eternos, en los que el silencio se
podía
cortar. Los ojos de todos estaban clavados sobre mi cuerpo casi desnudo. Fue
Max el que
me echó un cable, por así decirlo, vino corriendo a cubrirme con su chaqueta,
arrollándome en el intento. Me disculpé de forma torpe a la vez que salía a toda
prisa de la
estancia, maldiciendo en voz baja. En mi huida tuve el tiempo justo de ver cómo
Nathan
sonreía.
—Bonita toalla —dijo en tono bajo cuando pasé por su lado.
Me estremecí al oír su voz. Lo quise achacar al frío y la vergüenza, porque sería
demasiado patético admitir que un chico conseguía, solo con una sonrisa y una
VOZ

susurrante, generar ese efecto en mí.

Pasada media hora, Max intentó por todos los medios que saliese a comer pizza, que

habían pedido entre todos. Le aseguré que ya había tomado algo antes con las chicas y que

estaba muy cansada. Prefería morir de hambre a tener que pasear mi trasero delante de

todos los que me habían visto, hacía pocos minutos, con medio metro de toalla.

Determiné que al día siguiente iba a mantener una charla con mis hermanos muy seria.

Debíamos establecer unas normas; la primera: avisar al resto cuando fuésemos a llevar

gente a casa. La segunda: no llevar gente a casa.

A ver quién era la bonita que pegaba ojo, porque preveía una larga noche contando

ovejas y sin poder olvidar unos ojos azules que habían causado una impresión poco

habitual en mí.

Finalmente, como había predicho, no conseguí conciliar el sueño hasta que el último de

los improvisados invitados de mi hermano salió por la puerta.

2

HA PASADO UN TIEMPO

NATHAN

Tenía exactamente quince minutos para aparcar el coche, recorrer medio campus y coger un café antes de entrar en clase. Hacía tres años que no notaba la sensación de resaca en mi cuerpo, los mismos que no probaba ni gota de alcohol y otras mierdas varias. Sin embargo, esa mañana podía decirse que estaba sufriendo algo muy parecido. Me había quedado despierto hasta las cuatro de la madrugada escribiendo la letra de una nueva canción que no me podía sacar de la cabeza. Algo habitual en mí: era un ave nocturna por naturaleza. Pero el hormigueo en el cuerpo y esa sensación de querer salir de él me tenían muy mosqueado. Había tenido una pesadilla o más bien un recuerdo recurrente en forma de sueño. También era algo insistente. No me soltaban desde que había arruinado mi vida; esa era otra de las cuotas que tenía que pagar por haber sido un irresponsable. Con veinticinco años aún no había conseguido acabar un grado universitario. Cuando vivía en Los Ángeles y todavía no se había ido nada a la mierda, me matriculé en

la
universidad de Santa Bárbara para cursar estudios universitarios de música —
sonreí como
un imbécil al recordarlo—, cuyo programa de composición musical me
encantaba.

Al llegar a Lawrence, con mi vida hecha pedazos y más dudas que ganas de
hacer nada,
inicié el Grado de Marketing. Siempre me había gustado el mundo de las redes,
internet,
pero quería saber qué más había tras todo aquello. Necesitaba un cambio radical
de vida,
por lo que comenzar por mi profesión me pareció algo bueno.

Caminaba absorto en mis pensamientos mientras cruzaba el pasillo a paso
rápido.

Cuando entré en el aula, ya estaba casi todo el mundo sentado. Con una
necesidad bastante
rara en mí, la busqué con la mirada, en un gesto casi imperceptible. En cuanto la
vi, solté el
aire que estaba reteniendo sin darme cuenta.

La asignatura de primero de Marketing Strategy se me había atragantado. Esa
era la pura
verdad. Llevaba tres putos cursos intentando aprobarla, pero cada año volvía a la
casilla de
salida. Podía haber desistido, pero mi orgullo me lo impedía. Así que allí estaba
otra vez
con alumnos de primero: una nueva hornada de bollitos dulces y de novatos con
ganas de
comerse el mundo.

Entre esa maraña de gente y nuevas oportunidades, la descubrí el primer día de
clase. Se

sentaba en primera fila, con la espalda recta, atenta a todo lo que giraba a su alrededor. Me quedé atrapado en su mirada. No sabría decir qué era lo que me había fascinado desde el segundo número uno, pero esa era la cruda realidad. Tenía la mirada perdida y una curiosidad casi inocente por todo que había hecho que algo se agitara en mi interior. Me tenía completamente cautivado. Era una chica guapa, de rasgos bonitos, aunque no dejaba de sorprenderme que hubiese llamado mi atención solo por eso: había cientos de chicas así en el campus. Ella era distinta, y necesitaba averiguar por qué. De pronto, quería saberlo todo de ella: quién era, dónde vivía, cómo se llamaba y qué era lo que le pasaba... Por suerte, había tenido la oportunidad gracias a su hermano. Había conocido a Max el año anterior, cuando me decidí a presentarme a unas pruebas para vocalista de un nuevo grupo de rock que estaba arrancando. Mi abuela se había puesto bastante coñazo con la audición. Fue ella la que me lo propuso. Al parecer, tenía una amiga en el grupo que era la teclista, y cuando se enteró, insistió en que probase. Tras darle unas vueltas, claudiqué. Tenía que admitir que era un yonqui del micro y la guitarra, así que me aventuré. Los meses siguientes lo pasamos bien; poco a poco, el grupo comenzaba a funcionar. Los cuatro componentes quedábamos y nos veíamos para tomar algo.

Max era un tío diferente, con un acento peculiar y cafre hasta la médula. No tenía muy claro qué hacía en Lawrence, ya que nunca entraba en detalles personales, hasta una noche en la que nos había explicado que su hermana iba a ir a vivir con ellos.

—¿Tienes una hermana? —había preguntado Zaida—. No habías comentado nunca nada de ella.

—Sí, es la pequeña de la familia, se llama Leah. Va a venir a estudiar aquí. Parecía tenso, como si la historia no le hiciese gracia. No habría profundizado mucho en la conversación si no hubiese sido por Adam:

—Pues prepárate para que rompa corazones en el campus y que tenga que soportar moscones. He oído que los tíos en la universidad van supersalidos.

—Ni de puta coña. El que se le acerque es hombre muerto. Mi hermana se mira, pero no se toca. No hay más que hablar.

La carcajada conjunta fue monumental.

—Vamos, no fastidies, tío. ¿Qué piensas hacer, encerrarla? —había soltado la teclista, divertida.

—Si es necesario... —había contestado Max con un encogimiento de hombros que me había dejado descolocado. ¿Había hablado en serio? Pobre tía...

—Deberías relajarte, colega; no creo que tu hermana necesite que la controles hasta ese punto. Además, es un comportamiento un poco enfermizo, ¿no te parece? —le había dicho.

—Bueno, en realidad no os estoy pidiendo vuestra opinión. Es así y punto.
Se levantó y se fue al lavabo, dejándonos entre sorprendidos y pensando que estaba de broma.

—Por cierto, listo, no pienses que todos los tíos del campus están tan salidos. Eso solo

pasa en las pelis —había dicho, señalando a Adam.

—Vale, Nat, lo pillo, tú ligas con clase y estilo...

—Yo no ligo, me ligan.

Le guiñé un ojo, y nos reímos con ganas los tres.

Intenté centrarme de nuevo y prestar atención a la clase. Estaba sentado al final, como

era habitual desde que había comenzado a estudiar en la universidad. Me encantaba

observar al resto de gente. Pero la realidad era otra: me gustaba contemplar a Leah en

aquella asignatura; era algo adictivo y placentero, una especie de costumbre que hacía

estragos en mí. Cada vez que se quitaba la chaqueta y podía estudiarla en profundidad, mi

polla me avisaba de lo mucho, muchísimo que le gustaba aquella chica. Sin faltar a su cita,

cada vez que la tenía cerca, lo celebraba poniéndose dura.

Total, había vuelto a ser un pajillero de quince años, con la diferencia de que mi cuerpo

había aumentado algo del tamaño de entonces, con el incentivo de que los granos que me

acompañaban en aquella época habían desaparecido. Su hermano había dicho que no se

tocaba, pero no había advertido nada sobre mirar, ¿verdad?

Pues en esas andábamos. Sintiéndome culpable cada vez que la recorría con la mirada y pensaba en lo inalcanzable que era. Porque ¿a quién quería engañar? No podía pensar ni siquiera en tener una oportunidad. ¿Cómo podía pretender nada con toda la oscuridad que acarreaba? ¿Qué le podía ofrecer? Ella era magia. Yo, una ruina. Ella era luz. Yo, la puta oscuridad. No podía arrastrar otra vez a una chica al abismo: el pasado me lo recordaba cada puñetero día, así que lo mejor era que olvidase la idea. Y, sin embargo, allí estaba, deseoso de que llegara mi clase semanal de primero. La misma que estaba hasta las pelotas de repetir y que desde finales de agosto, desde que ella había aparecido en escena, esperaba con impaciencia. Era algo que jamás había confesado a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo, Kyle. Si el tío supiese lo pillado que andaba con el asunto, seguro que se lo iba a pasar en grande a mi costa. El ruido de mis compañeros me hizo volver a tierra al acabar la clase. Me movía lento mientras recogía los apuntes que se habían quedado justo en la clase anterior y que, una vez más, había dejado en blanco en esta. Arranqué las letras de una nueva canción que me había dedicado a escribir en el margen. La guardé en el bolsillo de mi chaqueta, antes de coger mis cosas y salir rápido del aula. No tenía muy claro por qué hice aquello, justo en ese preciso instante. Movido

por algo

que no supe identificar, llamé la atención de la pequeña de los Kline. Cuando se giró, con el

rostro sonrojado y bastante sorprendida, me alegré de haberlo hecho.

—Hey..., eres la hermana de Max, ¿no?

Su cara era un poema; se disculpó con sus amigas, que se despidieron con prisas para ir

a otra clase, mientras me enfrentaba con el ceño fruncido, como si fuese un obstáculo en

su camino que debía sortear.

—Sí.

—Pues soy Nathan —me presenté de forma oficial—. Me ha comentado que vas a

llevar nuestras redes.

—Sí, no me ha dejado muchas opciones —bufó de una forma graciosa, y se apoyó en la pared.

—Veo que no te hace mucha ilusión.

—No, sí, a ver..., trabajo con eso, es decir, es lo que hago, pero no tengo muchos

conocimientos sobre vuestro sector... —Levantó la vista y sonrió.

Juro que me quedé congelado con esa sonrisa brutal. En mi vida me habían pasado estas

cursilerías ni me había fijado en detalles absurdos, pero el gesto me dejó descolocado y sin

nada que decir.

—Bueno... —Me froté el pelo, buscando algo que contestar.

—Creo que así no me vais a contratar —rio—; me apetece hacerlo. De hecho, estoy

investigando, solo que no me gusta llevar algo si no estoy cien por cien segura.

—¿No te gusta arriesgarte? —pregunté con un levantamiento de cejas divertido.

Esta

chica me hacía parecer gilipollas total.

—A ti te voy a contestar —dijo, y cogió sus cosas, que había dejado en el suelo,

para

irse.

—Lo cierto es que ya tenemos confianza, puesto que hemos traspasado esa

barrera. Tu

aparición estelar con poca ropa me da derecho sobre el resto.

Le guiñé un ojo mientras disfrutaba del cambio de su expresión avergonzada,

que fue

subiendo de tono rosa a rojo en décimas de segundo, al recordarle el incidente de

la

fabulosa, estupenda y milagrosa toalla.

—Si no quieres saber cómo nos las gastamos de donde provengo —dijo,

mostrándome

un puño en un gesto que intentaba ser de todo menos amenazador—, no vuelvas

a sacar el

tema nunca más.

Solté una carcajada que le hizo reír a ella también a la vez que desaparecía en el

fondo

del pasillo, casi corriendo.

Leah comenzaba a ser un problema, una resaca emocional de la que no iba a ser

fácil

recuperarse; lo veía venir.

3

EL HOGAR ESTÁ DONDE ESTÁ EL CORAZÓN

LEAH

Era oficial: mi torpeza ganaba fuerza con los años. Aunque cabía la posibilidad de que si no tuviese la mala costumbre de hacer mil cosas a la vez mi vida podría ser mucho más sencilla. Pasadas dos semanas desde el incidente de la toalla en mi apartamento, conseguí dejar de ponerme colorada cada vez que veía a Nathan, aunque su sonrisa socarrona me lo recordaba.

Hacía mucho tiempo que había dejado de flirtear con chicos; desde el asunto que casi me cuesta la vida con mi exnovio, había cerrado el grifo a romances, rollos, coqueteos e incluso miradas lascivas..., pero con él fue distinto.

Tenía un aura increíble; cada vez que entraba en clase se hacía el silencio. Quizá ser mayor y estar como para perder la compostura y lanzarse a sus brazos también ayudase mucho. Todo el conjunto podía ser la causa. Aunque me resistía a pensar que, de pronto, había cambiado mis esquemas y me fijaba en lo superficial. Era bastante tarde y andaba por una de las calles del centro de Lawrence mientras

buscaba una dirección. Había quedado con Brenda en acompañarla a unas charlas de Greenpeace sobre la extinción de las abejas a causa de los plaguicidas tóxicos; estaba muy comprometida con la causa. Caminaba a la vez que contestaba un tuit de uno de los perfiles que llevaba cuando tropecé con un adoquín que sobresalía ligeramente. No sé cómo, pero acabé con la cara en el suelo. Me golpeé en la frente. Miré a mi alrededor al tiempo que me daba cuenta de que no había un alma en esos momentos. Percibí algo caliente que me resbalaba por la cara, por lo que me toqué cerca del nacimiento del pelo al notar escozor. Cuando me miré la mano y vi que estaba llena de sangre, entré en pánico. Como me asusté bastante, llamé rápido a mi hermano Max para que viniese a buscarme. Quince minutos más tarde, se bajaban de un coche deportivo negro un Max asustado y un Nathan aún más preocupado. Maldije en voz baja mi mala fortuna. ¿Siempre tenía Nathan que verme en situaciones comprometidas? —¿Qué te ha pasado? —preguntó mi hermano, histérico. —He decidido comprobar la dureza del suelo... —Mi hermano era imbécil. Además yo estaba muerta de vergüenza por tener al roquero mirándome con cara de preocupación. Nathan fue muy enrollado acercándonos a urgencias. Permaneció allí las dos horas que

tuvimos que esperar mientras curaban mi herida y me daban un par de puntos.
Después

nos llevó a casa. A aquellas alturas de la noche no sabía cómo agradecerle su amabilidad; el

pobre debía de pensar que la hermana pequeña de su amigo era medio idiota.

—Oye, tío, gracias por todo. Siento haberte jodido la noche, seguro que tenías otros

planes mejores.

Max se despedía de Nathan, que parecía muy agotado y tenía el ceño fruncido.

Si mi

hermano hubiese llevado su vieja ranchera, no habría sido necesario que él nos hubiese

tenido que acercar al hospital ni haber esperado a que me atendiesen.

—No te preocupes, nada que no pueda esperar a mañana. Leah, descansa y cuídate...

—Dejó de hablar; su mirada era tan intensa que casi rompo a llorar como una niña

pequeña. Estaba claro que la caída con resultados fatales para mi frente me había pasado

factura. Antes de que alguna lágrima traicionera me dejase en evidencia, le sonreí y me

despedí de forma fugaz. Me giré sin esperar a ver su reacción. No estaba preparada para ver

su sonrisa; era capaz de arrojarme a sus brazos delante de mi hermano.

Esa noche caí en coma, bueno, no literalmente, pero no recuerdo casi nada. Ni el dolor

por el golpe en la cabeza hizo que no sucumbiese al sueño.

Por la mañana, me despertó el teléfono, que sonaba de forma insistente, hasta que casi

me tiré de la cama. Fue al mover la cabeza y apoyarla en la almohada cuando

grité, motivo

por el que mi hermano Thomas entró en tromba en la habitación para socorrerme.

—¿Qué haces, Leah? ¿No puedes llamar para que te ayuden? ¿No puedes, simplemente,

ser una chica normal por una vez en tu vida?

Si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago no me habría hecho tanto daño como

aquellas palabras. Miré a mi hermano con furia a la vez que me soltaba de su agarre de un

tirón que casi lo tiró.

—¡Sal de mi cuarto! —grité, tan fuerte que me hice daño en la garganta—.

¡Ahora!

Thomas me obedeció sin rechistar, mirándome con sus ojos de cordero degollado. Pero

me conocía demasiado bien. Él sabía que cuando me cabreaba era mejor desaparecer. En el

fondo entendía su enfado y su preocupación por mí. Llevaba demasiado tiempo arrastrando la estela de la Leah rebelde, la Leah lista, la Leah en su misma clase cuando

debía estar dos cursos por debajo, la Leah tocapelotas, la intransigente, la metomentodo...

Se merecía un descanso. Tenía empacho de hermana menor; encima, mis padres lo habían

vuelto a hipotecar con: Leah en su apartamento de soltero. Aquí debería estar con sus citas

y practicando sexo como un descosido, no ocupándose de su hermana menor con más

problemas de los que podía soportar y de un hermano mayor con la responsabilidad de un

niño de escuela elemental.

El pobre diablo se merecía un altar, pero no dejaban de doler sus palabras, aunque

fuesen ciertas; escocían como la sal en una herida abierta. Y la mía no había sanado, solo la

había cubierto con maquillaje. Una ligera capa que se estaba deshaciendo; todas mis

alarmas comenzaban a activarse, ¿qué iba a hacer?

Ese día no acudí a clase. Estaba demasiado entretenida en lamerme las heridas, literalmente hablando. De vez en cuando entraba en una especie de espiral de autocompasión que solo era remediable con un café de la tía Annie o unos achuchones de

mi madre. Como no podía tener a ninguna de las dos y me negaba a coger el teléfono para

explicarles nada de lo sucedido, me limité a comer porquerías en cantidades industriales

encerrada en mi habitación, sin querer ver a nadie.

Todos contentos. Móvil apagado, teléfono fijo descolgado y persianas bajadas.

Al día

siguiente ya amanecería de nuevo y todos esos rollos de Coelho en vena. Ese era el día de

los mártires y las desgraciadas existenciales punto com.

Pero todo el mundo sabía que los planes estaban para ser desmontados. En este caso

fue el imprudente y poco consciente Nathan.

Tenía dos opciones: ser agradable y educada, abrir la puerta y simplemente sonreírle,

dejándole claro que me agradaba la visita, o la opción menos acertada y por la que me

decanté: mostrar mi vena transgresora.

—¿Nunca te han dicho que si no atienden después de fundir un timbre puede que no

haya nadie en casa? —solté tras abrir la puerta, de muy malos modos y con una furia

bullendo a punto de explotar.

—¿Nunca te han dicho que te sienta fatal el rosa? —contestó con una sonrisa irónica

que quise borrar de un puñetazo.

—¿Qué quieres? Mi hermano no está.

No tenía ganas de discutir con él. Mi energía estaba concentrada en canalizar mi irritación hacia el universo, no hacia el tío bueno que me sonreía apoyado en la puerta y

que tenía reflejada en sus ojos una diversión de la que yo carecía.

—Lo sé, él fue quien me dijo que estarías en casa cuando le pregunté por ti.

«¡Mierda! O mi hermano le tiene manía a este pobre diablo o solo le apetece divertirse a

mi costa».

—Vale..., entonces ¿venías por...? —Si acababa con aquello pronto, podría volver a la

cama y taparme hasta la mañana siguiente.

—Vengo por la práctica de marketing, ya sabes, la monografía de investigación.

Tenemos que empezar con ella cuanto antes. Pero la mejor forma es con la barriga llena...

Maldita sea, había olvidado que teníamos que hacer una práctica juntos. Nos la habían

asignado esa misma semana. Recordaba la alegría que me produjo reconocer que iba a

pasar muchas horas a solas con él, aunque quedó eclipsada por la vergüenza que sentía en

esos instantes.

—No tengo ánimos para cenas, ni prácticas ni nada de nada, Nathan. Será mejor que lo dejemos para otro día...

Me empujó hacia el interior sin dejarme acabar.

—Vístete; te doy cinco minutos si no quieres que entre a hacerlo yo —insistió al verme fruncir el ceño.

—No pienso ir a ningún sitio. ¿Qué te hace pensar que voy a acompañarte? —solté, y me crucé de brazos.

—Bueno, solo por demostrarle a Max que no tiene razón, creo que merece la pena.

¿Cómo era eso que ha comentado sobre ti...? Algo así como: «Si eres capaz de que esa loca a la que solo le faltan los gatos y unos cuantos kilos te abra la puerta, te hago un monumento...».

Mi cara debía de ser el fiel reflejo de cómo me sentía en esos momentos: insultada y humillada por mi hermano-cerebro de mosquito-Max.

—Que conste que solo es por darle en las narices al idiota de mi pariente que pronto va a dejar de serlo.

Escuché su carcajada mientras me metía en el baño a darme una ducha rápida.

Cuando

me vi en el espejo solté un pequeño grito al descubrir la guisa con la que había abierto la

puerta a aquel bombón. Estaba claro que si cabía la posibilidad de que se hubiese fijado en

mí antes, acababa de enterrar cualquier oportunidad con Nathan.

Y a quién le importaba. A mí no; hacía tiempo que esas cosas habían dejado de

hacerlo.

«Mentirosa...».

En menos de una hora estábamos en su confortable coche deportivo, dirigiéndonos al centro de Lawrence. Me toqué la frente, que todavía tenía algo inflamada.

—¿Te duele?

—Un poco... Fue más escandaloso de lo que en realidad ha resultado. Unos puntos y

mi orgullo herido. Tienes que admitir que mi caída fue un tanto tragicómica.

Me giré para mirarlo justo a tiempo de ver cómo ocultaba una sonrisa.

—Qué va, sabes caer con mucho estilo; ni siquiera rompiste el móvil.

Me reí. Estaba claro que aquel chico era divertido. Tras aquella apariencia de rebelde se

escondía un tipo sensible que cuidaba los detalles. ¿Por qué había venido a buscarme? No

nos conocíamos tanto como para preocuparse. Pronto deduje el motivo. Ilusa de mí,

pensaba que me había llevado a cenar algo a solas. Salí de mi error en cuanto entramos en

un bar bullicioso en el que servían raciones tipo rancho, con aceite goteando y empapando

las servilletas donde te envolvían eso que parecía un bocadillo. Entonces vi al resto del

grupo en una mesa sentados. Comenzaron a lanzarse billetes unos a otros con unas sonoras

carcajadas al vernos entrar. En ese momento lo entendí todo.

Los muy capullos habían apostado y yo era la diversión de la noche.

Entrecerré los ojos, fulminando a mi hermano y a Nathan con la mirada. Pero si creían

que me iba a rebajar, lo llevaban claro: sabía disimular demasiado bien.

Finalmente, la noche resultó muy agradable. Contra todo pronóstico, me reí mucho con ellos. Sin darnos cuenta, comenzamos a concretar algunas cosas sobre sus redes. Pude saber algo sobre sus canciones y su estilo. Nathan se volvía loco conversando sobre grupos de música. Entraron en una especie de catarsis colectiva cuando se pusieron a comentar conciertos legendarios y biografías de estrellas de rock de las que yo no había oído hablar en mi vida.

Nos despedimos de todos. Mi hermano le pidió a Nathan que me llevase a casa, ya que tenía otros planes. Por lo visto, yo necesitaba un canguro para ser todavía un poco más patética.

Paseamos por el centro para ir a buscar su coche, que estaba aparcado a unas manzanas.

De pronto, como si hubiese recordado algo, me miró con una chispa de diversión y me sugirió que lo siguiese; parecía como si se le hubiese ocurrido de repente. Yo me dejé llevar.

El chico se merecía un monumento, como había pronosticado mi hermano, el zoquete; había conseguido sacarme de mi estado de autocompasión. Estaba disfrutando. No pasaba nada por darle una oportunidad a la gente, mucho menos por ampliar el círculo de amigos.

Nathan se había ganado mi tiempo. Solo por su perseverancia.

—Un amigo, solo eso, Leah, un amigo...».

Aparcó cerca del campus y lo miré, dubitativa. No tenía en mente ir a estudiar.

¿Noches

de maratones en la biblioteca con un macizo? Todo un reto para esta cerebritito de incógnito. ¿Le habría contado algo mi hermano?

—Vamos, mueve ese cuerpo de infarto y sonríe, te va a gustar...

¿Había escuchado bien? ¿Pensaba que mi conjunto de huesos y piel era un cuerpo de

infarto?

«¡Ay, Dios! Dame fuerzas para no fastidiarla, solo está siendo amable».

Llegamos a una avenida grande, New Hampshire Street, con varios locales iluminados

en los que se podían ver referencias a cuadros y esculturas, algún negocio de tatuajes,

galerías de arte... Lo seguí con cierta expectación; no sabía muy bien qué quería mostrarme, pero había conseguido despertar mi curiosidad.

Se paró en el número 640, frente a un enorme escaparate iluminado con dos increíbles

cuadros en colores eléctricos vistosos que captaban la atención por lo impactantes y

descriptivos. Yo no tenía demasiados conocimientos en arte, pero sí podía adivinar cuándo

algo era bueno. Era reconocible que aquello, desde luego, no estaba hecho por aficionados.

Atrapada en estudiar el lugar que él tenía tanto interés en que viera, leí el rótulo,

«Wormhoudt Arts Center», en voz alta, y miré a Nathan. Sonreía emocionado.

—Te presento la galería de arte de mi abuela, Denise Wormhoudt.

Lo volví a mirar sorprendida cuando observé el lugar de nuevo. Había leído sobre ella:

era una de las artistas más afamadas de la ciudad. Había logrado ser reconocida internacionalmente. Si mi memoria no me fallaba, decían que sus obras iban a

ser expuestas

en algunas prestigiosas galerías de arte europeas. Era difícil no recordar ese nombre:

aparecía en todas las guías de Lawrence como reclamo turístico.

—¡Eso es fantástico, Nathan! Yo no tenía ni idea... —contesté, sin saber muy bien qué decirle.

Por supuesto que no sabía nada, ¿acaso lo conocía? Estaba ante un total desconocido

que de pronto me apetecía que dejara de serlo.

—Bueno, no es algo que suela explicar, pero si puede ayudar con lo del grupo...

Mi

abuela es guay, ¿no? Seguro que si le pido que se haga una foto conmigo para colgarla, lo

hace encantada. Es una gran aficionada de las redes, se mueve en ellas con soltura...

Solté una carcajada, muerta de risa. Un tipo duro diciendo «guay» y «abuela» en la misma

frase... Estaba claro que con él no me iba a aburrir.

—Déjame pensarlo; contigo tenía en mente hacer un reportaje de fotos sugerentes

ligero de ropa: tenemos un gran potencial ahí... —dije a la vez que señalaba su torso con

un levantamiento de cejas.

Lo dejé con la boca abierta, riendo con ganas. Supuse que no esperaba que le comentase

nada por el estilo.

—¿De verdad? ¿Soy un objeto sexual o algo parecido?

—Un bombón sexual con una abuela pintora famosa, lo veo... «Del escenario a los

cuadros...», «El arte corre por sus venas...». Y un reportaje con el torso desnudo embadurnado en acuarelas... —Me puse un dedo sobre los labios como si estuviese considerando la idea.

De pronto, cambió el ambiente.

—Vale... —asintió con una mirada hambrienta que devoraba cada centímetro de mi anatomía.

Nathan acortó la distancia que nos separaba; nuestros cuerpos se rozaban, mientras notaba cómo mi respiración se agitaba ante la expectativa. Alcé la mirada: sus ojos azules me escrutaban con una intensidad que hizo que mis pezones se endureciesen de forma automática. Hacía muchísimo tiempo que no me ocurría nada parecido. Él me desarmaba.

Quería que me besase, lo necesitaba como el aire que respiraba.

Lamí mis labios resecaos a la vez que su nuez se movía al tragar de una forma tan sugerente que casi solté un gemido allí mismo. Me miró la boca. Se acercó un poco más y me rozó con su aliento en la mandíbula.

Era un hecho que estaba perdida, por lo que ya no quería encontrarme: me moría por sentirlo. El empuje definitivo fue cuando rocé con mi pecho su torso. Noté cómo me asía por la nuca en un movimiento rápido. Cerré los ojos dispuesta a entregarme a aquel beso.

—¡Eh, ustedes! ¿Hay algún problema?

Un jarro de agua fría en forma de agente de policía nos separó como si estuviésemos

cometiendo los siete pecados capitales.

En cuanto Nathan se giró para enfrentar al agente, apenas reconocí su voz áspera.

Intentó aclarar al guardia que solo contemplábamos la galería de arte de su abuela. Por lo

visto, alguien había dado el aviso de que dos jóvenes sospechosos andaban merodeando

por la zona, motivo que me hizo maldecir a toda la familia de ese anónimo en silencio por

haberme robado uno de los besos más maravillosos que seguramente habría disfrutado en

mi vida. Me sentía avergonzada y cabreada tras haber pasado aquel momento íntimo que se

había desvanecido, además de frustrada. Regresábamos al apartamento en un silencio tan

incómodo que lamenté que hubiese ocurrido. Nathan parecía arrepentido, por la forma de

coger el volante y su postura tensa.

Nos despedimos de forma trivial. Cerré la puerta del apartamento, dejándome caer en el

suelo. Estaba claro que pocas personas conseguían sorprenderme, y Nathan en tan poco

tiempo lo estaba logrando, rompiendo todas mis barreras.

No sabía si estaba preparada para ello.

De hecho, no tenía ni idea de lo que él pensaba al respecto.

4

DULCE NIÑA MÍA

NATHAN

«Las elecciones del corazón juegan a la ruleta rusa con nuestra mente. Se emborrachan con su sonrisa y te llevan al abismo del que no quieres salir».

Cuando releí parte de la letra de la canción que había escrito en la cafetería del campus por la tarde, cabeceé molesto. Últimamente parecía más un poeta de Twitter que un intento de vocalista de rock.

Arrugué el papel y lo tiré a la papelera antes de salir al frío acojonante que se había instalado con ganas en la ciudad. Se acercaba Acción de Gracias, y con suerte nos traería nieve. Estaba eufórico. Tenía unas ganas locas de hacer la maleta y largarme a Los Ángeles unos días. Necesitaba el sol, no llevar ropa de abrigo y coger mi tabla de surf, aunque lo que más echaba de menos era pasear en mi vieja Chopper. Cada año que pasaba en Lawrence me proponía traerla aquí, pero después lo desechaba pensando en que volvería a mi ciudad en cuanto acabase el grado. Había dejado aparcadas demasiadas cosas de mi vida anterior. Mi casa, a mi familia, a

mis amigos, la música..., todo lo importante y lo que hasta aquel momento me mantenía a flote. Pero nada había sido suficiente, por lo que había tenido que comenzar de cero en otro lugar.

Por eso estaba cabreado. Al principio no quise admitirlo, pero después de cenar la noche anterior con Max, me sacudió esta sensación de inquietud que había mantenido a raya durante tres años, y no me gustaba una mierda.

El mayor de los Kline tenía una extraña forma de entablar conversaciones. Me había acostumbrado a sus frases crípticas, el modo en que arrastraba las eses cuando se mosqueaba y ese toque sureño de rancho. Una vez había soltado algo sobre las cabezas de ganado y las tormentas de primavera, pero nunca entrábamos en detalles de nuestras vidas privadas. A mí no me apetecía un carajo compartir confidencias con nadie; por ese motivo él era el compañero perfecto, hermético hasta la médula, sin preguntas y sin confesiones.

Entonces, de pronto, me preguntaba la razón por la que había tenido que ponerme al tanto de la vida de su hermana, de lo que le había ocurrido, del puto motivo por el que estaba obsesionado por su bienestar.

Max aparecía de pronto tras un mensaje, a veces con Zaida, otras con Adam, muchas solo. Yo no había hecho grandes amistades en el campus; mis amigos se quedaron en Los

Ángeles, igual que mis ganas de entablar nuevos vínculos. Con hablar con Kyle, mi mejor amigo desde la infancia, tenía más que suficiente. Por ese motivo, tener la compañía del bajo del grupo me molaba. Íbamos a comprar discos de segunda mano, o quedábamos para ensayar o ver algún concierto por los alrededores.

Todo había comenzado con una confesión, como si tuviese ganas de contármelo. Y yo me había preguntado qué era lo que le había hecho dar el paso, porque en ningún momento habíamos traspasado esa barrera. No era como con mi amigo Kyle, al que le contaba todo; él era simplemente Max.

—Pronto hará de nuevo el aniversario de la casi muerte de Leah —había dicho sin venir a cuento. Bebió un largo trago de su cerveza con total pasividad, como si no acabase de soltar una bomba que me había dejado pasmado.

—¿Cómo dices?

—Tuvo un accidente con unas pastillas de su exnovio; fue dramático, colega. Ha estado bastante jodida casi dos años.

Me había quedado en silencio, asimilando la revelación.

—Es muy incauta. Se entrega a muerte con la gente que confía. Mis padres lo pasaron fatal, y nosotros..., bueno, intentamos que no se estrelle de nuevo. El tío tomaba pastillas, ¿sabes? Era deportista, amigo íntimo de mi hermano Thomas. No teníamos ni idea de toda esta movida.

Suspiró antes de beber otro trago de cerveza. De pronto me había quedado mirando la botella. Deseaba arrancársela de la mano y tragarme todo el contenido de un solo golpe.

No quería saber nada más. ¿Por qué carajo me contaba aquello?

—¿Qué edad tiene?

—Veinte años.

—Y ¿cuándo pasó? Ya sabes, lo de... —De pronto había necesitado saberlo todo, de

cuánto tiempo hablábamos, quién era ese tío.

—Hace casi tres años. Fue una noche en una fiesta del instituto antes de las vacaciones

de Navidad; fue un puto drama. Se encontraba mal, había tenido dolor de espalda, por lo

que su novio le dejó su chaqueta mientras iba a por unos refrescos. El muy cabrón iba de

sano. Cuando encontró las pastillas en el bolsillo, pensó que eran calmantes; lo había visto

tomarlas mil veces. Por lo visto, era alérgica a uno de los componentes de aquellos

anabolizantes, y casi se muere. Ha necesitado tiempo para volver a ser ella misma después

de aquello...

Tan pronto como una ráfaga de aire frío me despabiló, al instante volví al presente. Me

subí al coche. Estaba a punto de darle al contacto cuando recibí una notificación en el

móvil. No pude apartar la mirada de la foto que aparecía en el nuevo perfil de Instagram

del grupo. Como si un tsunami me arrastrase, regresé a los bolos, a las juergas, a

la locura

de tres años atrás, al desenfreno y a la vida a la que no quería volver ni de broma.

Al parecer, Leah había comenzado con su trabajo con nuestras redes. No supe identificar si me gustaba o me incomodaba. El hecho era que me había encontrado y había

etiquetado mi anterior perfil. Algo se agitó desde los cimientos, dejándome muy mal sabor

de boca. Muy pronto descubriría mi anterior vida, porque era muy lista. Lo jodido fue

descubrir que yo no quería eso.

No tenía ni idea de por qué me molestaba en ocultar mi pasado con ella; pero había

construido un nuevo yo, y en él no tenía cabida mi pasado.

Desde la noche de la cena con el grupo, no habíamos vuelto a estar a solas.

Jesús, cuando

recordaba que casi la besé, se me ponían las pelotas de corbata. Necesitaba poner la

máxima distancia entre nosotros. Más, si cabía, después de saber lo que le había ocurrido,

pese a que el puto destino me lo estaba poniendo tan difícil que ya no sabía qué excusa

inventarme.

Llevaba días dándole largas para hacer la práctica. Mi suerte se fue al traste cuando esa

misma semana recibí un mensaje de ella en mi móvil, por lo que deduje que había

conseguido mi teléfono por su hermano. Ya no tenía escapatoria. En realidad, no quería

admitir que era incapaz de verla a solas, porque no podía controlarme. No era

que me
preocupase lo que su hermano me pudiese hacer, aunque, si era sincero, en un
cara a cara
con él probablemente tendría las de perder. Lo cierto era que no quería
involucrarme: tenía
demasiada mierda emocional a cuestas para arrastrarla. Y descubrir todo por lo
que había
pasado, la movida que tuvo con su exnovio... Ella no necesitaba esto.
Adopté la frase del año como un mantra: «Se mira, pero no se toca». Me iba
genial,
funcionaba... hasta que la tenía cerca.
Como ocurrió a la mañana siguiente en la biblioteca, donde me la encontré.
Buscaba un
libro que nos habían apuntado en la bibliografía para una asignatura. No pude
excusarme
más tiempo, así que tuve que quedar en su apartamento aquella tarde para
comenzar con la
práctica.
Casi al anochecer, me encontraba frente a su puerta mientras me abría golpeando
la
madera impaciente con el bolígrafo. Me recibió con una sonrisa increíble. Tuve
que
recordar el motivo por el que no debían gustarme su boca ni sus ojos ni ese
cuerpo de
infarto. La saludé y entramos en el salón, donde ya tenía preparado todo el
material para
comenzar.
—Será mejor que nos dividamos el trabajo y recopilemos la información —dije.
Una hora más tarde estábamos concentrados en sintetizar el temario. Leah
resultó ser

una gran sorpresa, de mente inquieta y muy intuitiva; conseguía adelantarse a mis movimientos. Antes de lo que imaginaba habíamos hecho el primer boceto de lo que, preveía, nos iba a llevar toda la noche.

—Lo siento, pero no pienso mover un solo dedo más hasta que no comamos algo. ¿No tienes hambre? —soltó. Se quitó las gafas de pasta negra, que le quedaban un toque *nerd* que me ponía mucho.

«Hambre de ti...».

—¿No prefieres pedir algo? Podemos seguir con el trabajo sin perder más tiempo. Y pensar que tenía unos planes muy distintos para esta noche... —dije, apoyado en el marco de la puerta de la cocina a la vez que cruzaba los brazos sobre el pecho. La observé coger lo necesario para hacer unos sándwiches, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Tardan mucho en traer algo aquí. Hago esto rápido; además, mis hermanos hoy no vienen a cenar.

No supe por qué, pero me alegró saber que íbamos a estar solos. Tuve que concentrarme bastante en la tarea que ella estaba realizando con el pan de molde, como si fuese superinteresante, mientras intentaba que mi entrepierna volviese a un estado decente.

Algo más tarde, tomábamos un café y concretábamos la parte final de la dichosa práctica. Justo antes de que mi cabeza cayese sobre el teclado del ordenador.

—¿Qué planes tenías para esta noche? —preguntó de pronto.

—Incluían sofá, manta, un buen chocolate caliente con malvaviscos y una maratón de

series —contesté, sorprendido por que le interesara saber qué iba a hacer.

Sonrió divertida.

—Tengo entendido que esta noche había una fiesta en casa de un tal Simon.

—Sí, me invitó. Le dije que iría, aunque no tenía la menor intención.

—¿Entonces, por qué le dijiste que irías si no lo tenías pensado?

—Bueno, es preferible decir que vas y después no presentarte a tener que poner una

excusa que en el fondo no va a ser tomada en cuenta. No les importa una mierda, solo

quieren que sus fiestas sean las más sonadas. Quieren que vaya el mayor número de gente,

aunque no conozcan a nadie.

Antes de contestar, se subió las gafas, en un gesto que parecía hacer cuando estaba

absorta en sus pensamientos.

—En realidad yo tampoco suelo ir a fiestas —sentenció como para ella misma

—. ¿Qué

serie ibas a ver? —cambió de tercio, de repente.

—Quería comenzar *Vikings* —dije mientras jugaba con un mechón de su pelo.

No me

había dado cuenta de que lo hacía hasta ese preciso instante.

—¿Son... —sonrió sonrojada por mi atrevimiento al tiempo que evitaba mirarme—

malvaviscos Little Becky?

Me reí con ganas. Leah no lo hacía aposta, pero cada uno de sus movimientos me

seducía. Todo lo que hacía o decía eran como cánticos de sirena que me atraían.

Era

superior a mí.

—Ni idea... Los compré en el supermercado el otro día.

Me volvía loco. Sabía que si no andaba con cuidado íbamos a tener problemas.

—No sé, pero para ver *Vikings* es preferible un Tallgrass Toffee al chocolate con malvaviscos, no hay color.

—¿Un qué?

—No me digas que no conoces el mejor caramelo que existe en el mundo...

¿Cuánto

tiempo dices que llevas en Lawrence? Es casi pecado no haberlos probado.

«Pecado es no probarte a ti...».

Me dirigí al salón con la intención de recoger mis cosas. Se había hecho tarde, y necesitaba largarme de allí. Estaba demasiado cómodo, además de bastante seguro de que

lo que me apetecía era tirarla sobre el sofá y hacer con ella cosas prohibitivas.

—Si quieres, quédate tú el libro... —Me cogió para dármele. Me estremecí al notar su

tacto sobre la piel desnuda de mi antebrazo.

Aprecié cómo se sonrojaba de una forma adorable. Tuve que dejar atrás todas las consideraciones por las que aquello era mala idea. Mi cuerpo había puesto la directa. Estaba

perdido en sus ojos verdes, que me devoraban con la misma hambre que yo tenía. Me

acerqué a su rostro y nuestros alientos se entremezclaron. Separó un poco los labios a la

expectativa. Soltó una exclamación cuando la cogí con fuerza, sorprendida por mi arrebato.

Sin mediar palabra, la besé.

Sentí cómo se derretía poco a poco y dejaba caer sus defensas. Aproveché para profundizar más en el beso. Abrió la boca. Me empalmé de forma dolorosa cuando su

lengua comenzó a jugar con la mía. Gimió en respuesta al notar mi creciente erección, que la presionó al estrecharla más fuerte. La postura resultaba de lo más erótica. Sabía que estaba a punto de dejarme llevar de un momento a otro. Emití un gruñido desesperado que le arrancó una sonrisa y me hizo estremecerme de placer. Tomé aire, hecho que aproveché Leah para comerme con un beso arrollador que me nubló los sentidos. Su boca era deliciosa y sus labios, tal y como había imaginado cientos de veces, eran puro éxtasis. No podía pensar en aquel momento; estar con ella en un momento tan intenso, en el pequeño salón del apartamento, debería, como mínimo, haberle preocupado. Pero, muy al contrario, parecía que no le importaba lo más mínimo. Le lamí de forma sugerente el cuello y lo fui recorriendo despacio. Me entretuve en cada rincón, en todos los puntos erógenos de esa zona. Jugaba con todas sus reacciones. Mordisqueé su mandíbula antes de volver a tomar su boca como si tuviese sed. Consiguió dejarme sin aliento con su respuesta. Había perdido cualquier capacidad de raciocinio; solo me dejé llevar por su cuerpo, que se mecía al ritmo del mío. Provocaba oleadas de placer que me estaban haciendo perder la poca cordura que me quedaba. Me aferré a sus caderas cuando rodeó mi cintura con sus piernas. La estampé contra la

pared, perdido en la lujuria del momento, y ella gimió como respuesta. Nos faltaban manos, estábamos disparados. Le levanté la camiseta con una necesidad imperiosa de rozar su piel, ronroneando sobre sus labios cuando noté que se le erizaba como respuesta a mis caricias. Subí con los dedos lentamente por sus costillas; se aferró con más fuerza a mi cuello. Me estaba volviendo loco con sus movimientos. Mi polla estaba deseosa de perderse en su interior.

De pronto, sonó mi móvil de forma insistente. Colgaban y lo volvían a intentar, hasta que al final explotó aquella burbuja de placer en la que ambos estábamos inmersos.

«Mierda».

—Leah... —conseguí decir cuando nuestras bocas se separaron.

El móvil volvió a sonar y miré la pantalla; cuando vi que era Max, maldije y me aparté de ella como si quemase. Casi me golpeé cuando me di cuenta de lo que acababa de ocurrir.

No era difícil deducir qué pasaría entre los dos a partir de entonces.

Lo había estropeado todo, me había lanzado a su cuello como un puto desesperado

hambriento. Ella estaba avergonzada, y tan excitada que se le notaban los pezones, erectos

bajo la tela del sujetador. Balbuceé de forma ininteligible por haberla llevado a aquella situación.

No sabía qué hacer o decir.

Intenté solventar aquel momento incómodo, pero no había nada inteligente que pudiera arreglarlo. Así que me fui, dejándola plantada como un maldito cabrón. Cuando salía por la puerta y me dirigía al coche, recordé unas palabras que ahora tenía grabadas a fuego: «Se mira, pero no se toca...». «Estás jodido».

5

NADA MÁS IMPORTANTE

LEAH

Estaba enfadada. Cabreada por haber sido tan evidente con Nathan. Me gustaba, muchísimo, y la idea que tenía en mente era hablar con él a solas. Ese fue el motivo por el que le propuse ir a casa a hacer la práctica y tener una excusa. No quería declararme ni nada parecido; en realidad, quería aclarar con él algo que había descubierto al comenzar con la promoción de las redes del grupo. ¿Y qué hacía en vez de eso? Enrollarme como una desesperada para después ser rechazada. Penoso total. Había sucedido tras haber quedado con Zaida. Necesitaba saber un poco sobre todos los componentes del grupo, sus *hobbies*, a qué se dedicaban, su vida..., así que había pensado en comenzar por ella. Por la tarde nos habíamos citado en una floristería cercana al campus de la que era propietaria. Me había fijado que estaba próxima a la calle donde había estado aquella noche con Nathan. Habíamos charlado un rato, el suficiente para desentrañar su profesión y aficiones. Ya

podía empezar con esa información. Antes de salir, vi en una de las paredes un cuadro parecido a los que había contemplado en el escaparate de la galería de la abuela de Nathan.

—Es muy bonito —había señalado con una sonrisa.

—Oh, sí, es un regalo de Denise Wormhoudt, es una gran clienta y amiga.

¿Sabes? Es la

abuela de Nathan. En realidad fue ella la que lo convenció para que asistiese a la audición

del grupo. Ni qué decir tiene que no nos hizo falta ver a nadie más, Nat es un gran

cantante. Lo tendrías que haber visto en directo con The Smash, su grupo en Los Ángeles;

fue una pena su disolución y todo lo demás...

Me había dejado de piedra ante tal revelación en menos de cuatro frases. Pero fue su

aparición sombría tras contármelo lo que me dejó más trastocada.

—¿Ya cantaba en un grupo antes?

No había dado crédito a mi sorpresa. Me había preguntado por qué él no me había

dicho nada. Había tenido la oportunidad en múltiples ocasiones; de hecho, la noche en la

que estuvimos ante la galería habría sido perfecta, cuando me había hablado de su abuela y

la foto para las redes, la noche del beso fallido... ¿Se había estado riendo de mí?

¿Había

sido un juego para él?

—Bueno, es una larga historia que no me corresponde a mí contar. ¿Te apetece que

vayamos a tomar un té?

Percibí la sutileza en su cambio de actitud y cómo quiso evadir el asunto. Decliné amablemente la invitación, ya que tenía cosas que hacer. Además, no tenía pensado tomar agua caliente con bolsitas de hierbas: se me revolvía el estómago solo con oler esos brebajes extraños. Donde hubiese un buen café... Abandoné la floristería con una extraña presión en el pecho y con una sola idea en mente: san Google y toda la información que pudiese encontrar en la red sobre The Smash y Nathan, o Nat, como lo había llamado Zaida. De pronto me había vuelto detective privado. «¿Qué escondes?».

A las diez de la noche había recopilado la suficiente información como para sentirme enferma, enferma y decepcionada. En realidad, siempre había tendido un poquito hacia el dramatismo, aunque debía admitir que mi berrinche se debía a la sutil y ligera idea de que me sentía estafada. No había un tío con más seguidores en redes que él, después de Barack Obama y Selena Gómez, claro estaba... De acuerdo, también podía ser algo exagerada; en mi familia era un rasgo bastante arraigado. Aquel adonis había sido algo así como el mesías de Los Ángeles y sus alrededores, donde tocaba con su grupo de rock alternativo, despuntando en el panorama. El gurú de surfers y chicas en bikini entregadas. Sus canciones eran pegadizas y con un

ritmo

increíble. Las había escuchado todas en YouTube con la boca abierta. Y no solo por la

música: ver a Nathan en los escenarios de pequeños clubs o fiestas, en muchas grabaciones

caseras y disfrutar además del espectáculo fue una gran revelación. Para qué mentir: estaba

buenísimo. Me dejó pasmada cuando lo vi rasguear su guitarra y cuando cerraba los ojos en

algunos momentos o entonaba los estribillos de alguna balada intensa.

Nat y The Smash eran la caña. Rompedores, como insinuaba su nombre. En definitiva,

un grupo que estaba despegando y que habría llegado lejos si no hubiese sido por un

turbio, y aquí debería subrayar y ponerlo en mayúsculas, ASUNTO DE DROGAS.

Valoré esperar al día siguiente después de cerrar el portátil y no saber muy bien qué

hacer con toda la información que había recopilado. Siempre era mejor hablar con la

persona cara a cara. Se me daba bien leer las expresiones. O eso quería pensar, porque

desde luego Nathan me había tomado el pelo pero bien.

¿Sería consciente de algo de todo aquello Max? ¿Tendría que comentarlo con él antes de

hablar con Nathan? Y si lo así era, ¿por qué no me había dicho nada?

Estaba hecha un lío.

En el fondo, sabía qué era lo que me producía esa ansiedad repentina. Parecía una

reposición de un capítulo de mi vida muy desagradable que no quería volver a revivir nunca

más.

Después de mi descubrimiento, lo etiqueté en su antiguo perfil como primera táctica, pero no había funcionado. Días después le envié varios mensajes para quedar y concretar la práctica que el tío había pasado, estaba claro, de hacer conmigo. Me imaginaba que ser repetidor de la asignatura le hacía no tener prisa, y yo comenzaba a pensar que me estaba dando largas.

A la mañana siguiente, pese a estar molesta con él, no podía ignorar que me gustaba bastante. Me preparé a conciencia para acudir a clase, algo que me sorprendió: hacía tiempo que no dedicaba excesivo mimo a mi aspecto físico. Por eso deduje que empleaba esos cuidados a mi aspecto personal para llamar su atención. Siempre había dejado de lado el romanticismo en las cuestiones de seducción. En primer lugar, porque era la persona menos femenina que había sobre la faz de la tierra y, en segundo lugar, porque no hacía falta ser demasiado inteligente para advertir cuáles eran los rituales del apareamiento. En esa cuestión no nos diferenciábamos demasiado del resto de especies, motivo por el que debía felicitar a mis hormonas, que disponían por mí y decidían que ya era hora de mostrar mis atributos.

Busqué a Nathan, que no acudió a la clase que compartíamos. Después de acabar

el día

y no verlo por el campus, comenzó a instalarse algo parecido al desasosiego en mi

estómago, y me sentí extraña.

Al día siguiente, intenté localizarlo de nuevo, con los mismos resultados.

El tercer día, le envié un mensaje que ni siquiera leyó. Habíamos concretado una sesión

de fotos del grupo para emplearlas en promoción, por lo que utilicé la excusa para avisarlo.

Finalmente, no fueron tres días, sino dos largas semanas las que estuvo ausente.

Conté

todos y cada uno de los días, preguntándome cada noche por qué tenía que ser tan

empática con los problemas ajenos y por qué tenía esa maldita manera de hacer míos todos

los sinsabores del mundo, como si no tuviese suficiente con mis historias para no dormir.

Incluso Amanda y Brenda habían acusado la ausencia de Nathan.

Todo era muy extraño: su desaparición, lo que había descubierto sobre él...

Necesitaba

respuestas. Pero, muy por encima de todo aquello, me di cuenta de que lo que de verdad

quería era volver a verlo.

Cuando ya di por hecho que había abandonado el curso y no iba a volver a saber nada

de él, apareció a primera hora de la mañana del jueves. Cuando traspasó el umbral de la

puerta de clase, el corazón me dio un vuelco, comenzó a bombear más fuerte de lo

habitual, como si quisiese salirse del pecho. Noté cómo me ponía roja, al tiempo

que un
ligero calor en el vientre hizo que me revolviere incómoda en el asiento.
«¡Joder con las hormonas y las reacciones del cuerpo!».
Ese sería el resumen, porque se puede decir que pasé por las cuatro estaciones
del año
en un nanosegundo en el momento en el que cruzó su mirada azul con la mía.
Entonces
me saludó con un ligero levantamiento de barbilla, en plan «¡Ey, *baby!* ¿Qué
pasó?».
Después de clase, pude comprobar que había algo que se llamaba orgullo y del
que yo
carecía. No había forma de poder explicar mi penosa actuación, llamándolo por
los pasillos
en lo que parecía una persecución en toda regla.
Nathan había salido del aula el primero. Apenas me dio tiempo a recoger mis
cosas y
poder ver hacia dónde se había dirigido. Lo llamé, pero no sirvió de nada,
porque al final
tuve que correr para alcanzarlo. De cómo llegué a hacerlo con el corazón a punto
de
salírseme por la boca y la respiración entrecortada, mejor lo obviamos, porque
había sido
algo dramático.
—Has vuelto. —Dos palabras hiladas con el cerebro de una superdotada,
¿sorprendidos?
Arrugó la frente como si intentase descifrarme.
—He vuelto —contestó en el mismo tono que yo había empleado.
Al parecer, no le apetecía hablar del tema, pero yo tenía muchas dudas sin
resolver.
—¿Dónde has estado? —lancé sin apenas pensar. Total, ya puestos...

—En casa..., resolviendo ciertos asuntos. ¿Me has echado de menos? — preguntó con

esa sonrisa destrozacorazones de chicas indefensas.

«Claro que te he echado de menos, imbécil...».

Tenía que admitir que su sonrisa era como subirse a una montaña y rusa y soltarse las

manos en la bajada... La sensación en el estómago y ese vértigo...

—No seas engreído. Hace días que quería hablar contigo sobre The Smash.

«Y saber qué pasa con nosotros».

Su cara cambió; solo fueron unos segundos, los suficientes para darme cuenta.

Antes de

que pudiese cerciorarme, había vuelto a colocarse la máscara.

—¿Qué quieres saber? —dijo, restando importancia al hecho de que conocía la existencia de su anterior grupo.

—Si te respondiese que «todo», sería algo pretenciosa. Me conformo con un resumen.

—Tocaba en un grupo, funcionó hasta que se fue a pique, fin.

Observé cómo se giraba para continuar caminando. ¿Pensaba dejarme así?

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Y por qué crees que debería haberlo hecho? —sentenció, sin mirarme y sin dejar de caminar.

Volvía a seguirlo por segunda vez aquella mañana. El asunto comenzaba a mosquearme.

—Hombre, por cortesía, no sé. Os solté un rollo sobre redes, mientras tú deberías estar partiéndote de risa...

«¿Y porque nos enrollamos como si no hubiese un mañana en mi casa?».

—Lo siento, pero tengo algo de prisa. Si me disculpas...

«¡Venga ya! Lo llevas claro...».

—¿Y ya está? —pregunté casi gritando. Lo cierto era que caminaba tan rápido que se había alejado bastante.

Cuando se paró, pude apreciar cómo apretaba los puños. Parecía que las cosas no estaban yendo muy bien en *Villa Nathan*, sin contar con que me había empeñado en descubrirlas a toda costa.

—Sí, Leah, ya está. Pasado un tiempo lo agradecerás...

Vi cómo se marchaba con una extraña sensación. ¿Por qué habría dicho eso?

¿Sabía mejor que yo lo que me convenía?

No podía dar crédito a todo aquello. No solo se trataba del plantón fulminante después

de habernos enrollado en mi casa, además insistía en mantenerme alejada como si fuese un tabardo molestando a una res.

Lo que Nathan desconocía era que a mí no se me podía dejar con algo a medias.

No

hablo del tórrido momento de intercambio de besos. Por mucho que se empecinara en lo

contrario, se había convertido en mi objetivo número uno.

«Mala suerte, Collins».

6

POLVO EN EL VIENTO

NATHAN

Cuando el pasado golpea en tu puerta con insistencia, debes abrirla y solucionarlo de una vez por todas. Cada vez que mi padre me llamaba, comenzaba a sudar como un pavo el día de Acción de Gracias, por lo que tener que volver a casa antes de lo previsto para solucionar ciertos asuntos legales era lo que menos me apetecía. Había abandonado al grupo en Los Ángeles cuando me detuvieron por tráfico de drogas y consumo. Mi padre era uno de los mejores abogados del estado de California, tenía un bufete muy potente y había trabajado duro para sacarme de ese lío. Le debía mucho; pese a que no me sentía orgulloso de lo que había ocurrido ni de las circunstancias por las que tuve que largarme de mi ciudad natal, le agradecía que continuase a mi lado después de todo.

Intentar hacer un breve relato de la historia con The Smash era complicado. Fue el grupo de rock con el que habíamos comenzado a despuntar en Los Ángeles y con el que

habíamos tocado en locales y bares de moda. Por desgracia, en aquella época cumplimos con todos los tópicos de ese mundillo en grandes cantidades: fiestas, alcohol, drogas y sexo...

La ecuación comenzó a desequilibrarse cuando Rick, el guitarra, se lió con historias más duras. No nos dimos cuenta a tiempo, ya que el resto andábamos tonteando con porros, algunos tiritos o demasiado pedos. El día que quisimos verlo, ya era tarde.

Porque casualmente vino con una redada por un chivatazo de un camello al que Rick le había robado las dosis de heroína suficientes como para colocar a medio estadio de los Yankees.

El tío llevaba meses enganchado a aquello, y no teníamos ni idea. Ninguno podíamos juzgarlo por eso: el que más y el que menos había hecho cosas como para tener que avergonzarnos el resto de nuestras vidas. Más tarde, llegaron las acusaciones, las detenciones y toda la pesadilla en la que andaba metido y de la que mi padre, junto con su equipo, intentaron sacarme. Sufrí juicios, multas, fianzas, prestación en servicios sociales, desintoxicaciones, recaídas, grupos de apoyo, odio al mundo y vuelta a empezar...

Actualmente solo estaba pendiente de un juicio. Mi padre había presentado una demanda a Rick. Quería limpiar nuestro apellido o algo así.

Me absolvieron de todos los cargos por tráfico. Una vez libre en ese aspecto, consideramos que era un buen momento para comenzar de nuevo en otro lugar.

Lawrence

fue la mejor opción porque allí vivía mi abuela.

Había pasado casi dos semanas en Los Ángeles, repartidas entre visitas al despacho de

abogados de mi padre, disfrutando de mi hermana pequeña, de salir a pasear con mi

Chopper y ver a Kyle. Estaba agobiado. Y era consciente de que había estado alargando la

estancia para no regresar a Lawrence. Hasta mi madre, que siempre había sido una

despistada patológica, se había dado cuenta de que algo me ocurría cuando una tarde me

vio desconectar el móvil y tirarlo al sofá.

—¿Qué te pasa? —había preguntado, con un dedo señalando el teléfono.

—Nada... —había contestado sin mirarla.

—Ese «nada»... ¿no será una chica?

—Hmm... Puede.

—Nat, mírame. —Había achicado los ojos, mientras me estudiaba. Me jodió bastante,

porque sabía lo que vendría a continuación—. ¿Qué ocurre?

—No quiero mantener esta conversación, Claudia.

—Mamá, soy tu madre, listillo. Por supuesto que vamos a mantener esta conversación.

Sabes que no debes encerrarte en ti mismo...

—Lo sé, solo que a veces es muy complicado.

Se acercó al sofá y se dejó caer, golpeándome con la cadera. Sonreí cuando me abrazó

como si todavía fuese pequeño.

—¿Por qué no vas a ver a Norma? —había susurrado sobre mi cabeza.

Norma era mi terapeuta. Una mujer encantadora de sesenta años a la que le había

cogido cariño después de tantas visitas.

—Porque se supone que me dio el alta. Además, no debería acudir a ella como un niño

asustado cada vez que surja algún problema.

Mi madre, absorta, miraba la televisión, y parecía que no iba a añadir nada más.

—¿Has vuelto a..., ya sabes?

—No, estoy limpio.

Lo cierto era que había contado los días, las horas y los segundos de cada puto día en

los que me había mantenido sobrio, así que sí, lo tenía claro. Transparente, como cuál era el

verdadero motivo por el que estaba así.

—¿Entonces?

—Entonces, querida pesada, es que necesitaba desconectar, solo eso.

—Bueno, cuando estés preparado para contármelo, ya sabes dónde estoy. —Se había

levantado, golpeándome en la rodilla antes de salir del comedor y dejarme solo.

Mi problema tenía un cuerpo de infarto, unos ojos verdes y un pelo castaño claro suave

en el que quería enredar los dedos y cuyo olor al jabón de manzana que usaba quería

disfrutar todos los días de mi vida.

Ese era un resumen, porque no sabría por dónde comenzar.

Me escondía. Había recibido un mensaje de ella que no había leído, porque no quería

enfrentarme a la verdad. Huía como un puto cobarde. En cuanto recibí una llamada de

Adam en la que me contaba que habían quedado para una sesión de fotos con el grupo, mi

mente volvió al pasado con fuerza; regresó con una hostia alucinante de juergas,

orgías,
desfases con finales dramáticos que me habían acarreado demasiados problemas
y de los
que no iba a poder dejar de responder el resto de mi vida.
Así que me acojoné. Comencé a sudar al tiempo que se anunciaban los primeros
indicios de un ataque de pánico.
No podía volver a aquello, no podía afrontarlo. Los bolos, salir a tocar, bares,
conciertos..., la maquinaria estaba de nuevo en marcha. Era incapaz de
soportarlo. Pero,
en realidad, sabía qué me ocurría. Me avergonzaba de mí mismo, de lo que era y
de mi
pasado. No tenía nada que ofrecer a Leah. Su hermano tenía razón: había sufrido
mucho
por un capullo, así que lo que menos le interesaba era que otro le acabase de
joder la vida
con sus mierdas y su patética existencia. Hablaba por experiencia: lo había
vivido en mis
propias carnes. La situación no se podía volver a repetir. Punto. Solo tenía que
acabar el
maldito grado y largarme con Kyle a viajar por el mundo; ese era el plan, y lo
pensaba
seguir a rajatabla.
Volver con aire renovado me funcionó hacía tres años. En Lawrence hacía un
frío del
carajo en invierno, pero tenía muchas cosas positivas: la mejor era vivir con mi
abuela
materna, Denise. No me agobiaba; cada uno tenía su espacio. Además, contaba
con la
ventaja de tener su coche sin necesidad de parecer un pedigüeño, ya que ella no
lo usaba.

Nuestra convivencia era cómoda. No podía obviar que me ayudó muchísimo en mis horas bajas; ella y Norma habían sido un ancla en aquella tormenta. Por eso no entendí que, de pronto, hubiese dejado de tener esa sensación de comodidad desde mi regreso. Me reuní con los chicos del grupo; fui a verlos uno a uno para disculparme por dejarlos tirados esos días. Por suerte ninguno insistió en saber cuáles eran mis motivos, hecho que agradecí: no me apetecía tener que mentir, porque ni de coña les iba a poner al tanto. La única a la que conocía de antes era Zaida; habíamos coincidido en varios bolos y nos había visto tocar en directo en Los Ángeles. También teníamos unos conocidos en común, así que cuando descubrí quién era el día que fui a hacer la prueba para el grupo, me acojoné. Por suerte ella solo había visto la parte buena de The Smash, no había estado entre bastidores ni en ninguna de nuestras juergas legendarias. Una vez finiquitado el asunto de mis compañeros, me dediqué a ponerme al día con la universidad. Tuve que pedir apuntes y trabajar a destajo para acabar algunos trabajos. Me llegó la nota de la práctica que había hecho con Leah y me sentí como un capullo integral. Teníamos la máxima puntuación, pero yo sabía que el mérito era solo de ella: yo la había dejado tirada a última hora largándome. Esperaba que ese fuese un motivo más para que

me odiase; por eso, por no responderle al teléfono y por enrollarnos y después pasar de ella. Quería ser bazofia para ella. Me iba a asegurar de que pensase que era tan asqueroso como la mosca que caía en su sopa. Salvé la primera base cuando coincidí en clase con ella. Me siguió por los pasillos, intentando llamar mi atención. Me limité a ser un imbécil. Cuando salía por la puerta estaba tan asqueado conmigo mismo que me hubiese dado de hostias. Leah estaba preocupada por mí, después de todo, tras haberla dejado tirada e ignorarla de forma sistemática, todavía podía adivinar en su mirada que estaba interesada en saber qué me ocurría. Tenía preguntas que yo era incapaz de responder. Dejé aparcadas el resto de clases por ese día. No me soportaba a mí mismo. Me encerré en mi habitación, cogí mi Fender y me puse a componer. Era lo único que me salvaba. Hacía días que me rondaba la letra de una canción. Pensaba en ella; no me podía sacar de la cabeza sus ojos verdes y la determinación mientras me seguía... Sus labios, su sonrisa. Tenía que hacer algo para olvidarla. Tampoco era que hubiésemos intimado tanto; además, ella estaba prohibida. Pasados unos días, estaba algo más relajado; me permití el lujo de volver a entrenar en el gimnasio. También pedí hora con Norma. Debía ser sincero conmigo mismo: la necesitaba.

Sonó mi teléfono, que descolgué con una sonrisa cuando vi que era Kyle.

—¿A que no sabes quién va a ver tu culo mañana?

—Ilumíname... —reí al pensar en que mi amigo jamás saludaba cuando me llamaba:

simplemente entraba a trapo con lo que tuviese en mente.

—Joder, Nat, Kansas te tiene atontado perdido... ¡Pues yo! —bufó al otro lado de la línea.

—¿Y cuál es el motivo de tu visita?

Esperé a que respondiera, con una sensación algo extraña. No entendía demasiado bien

aquella historia; nos habíamos visto hacía poco, sin tener en cuenta que en breve iría a Los

Ángeles para pasar Acción de Gracias.

—¿Qué pasa, es que tu mejor amigo no puede ir a verte sin ningún motivo?

—¿Cuántas veces has venido en estos tres años? ¿Una?

—Bueno, eso da igual. Mañana llego a las cinco; espero que vengas a recogerme al

aeropuerto. No me falles...

Al día siguiente, cuando íbamos camino de casa de mi abuela, lo entendí todo.

Mi madre lo

había llamado. Estaba tan preocupada que había hecho que mi mejor amigo pidiese unos

días de vacaciones para rescatarme.

Me cabreé mucho.

—Kyle, tenéis que dejar de hacer esto, sé cuidar de mí mismo —gruñí exasperado,

dando un portazo al coche.

—Déjame que discrepe un poco: creo que no debo recordarte ciertos aspectos de tu

vida en los que las cosas se desmadraron bastante.

—No podéis protegerme. Tú, mejor que nadie, sabes que estoy limpio. Lo estoy haciendo bien. ¿Por qué cojones no me has preguntado antes de coger un puto avión?

—Nat, no sería la primera vez que mientes. —Observé cómo me enfrentaba, decidido,

con el semblante serio—. Siento ser un grano en el culo, pero te jodes.

Lo vi entrar en casa de Denise y llamarla a grito pelado. Mi abuela bajó las escaleras y le

dio un fuerte abrazo. Aquellos dos se llevaban tan bien que daba asco verlos.

Cada vez que

ella viajaba hasta Los Ángeles iba a verla. Kyle era como de la familia.

Por la mañana me acompañó al campus; tenía que ir a una clase sin falta;

mientras, él se

quedó en la cafetería esperándome. Cuando acabé, le envié un mensaje para que me pidiera

un café.

Lo vi sentado en una mesa al fondo, así que me dirigí allí. Había pensado en aprovechar

el tiempo; ya que había venido, podíamos hacer algo de turismo.

—Bueno, al fin soy tuyo —dije con un alzamiento de cejas insinuante.

—No sabes el tiempo que llevo esperando escuchar esas palabras. —Se rio con ganas y

me lanzó un beso. El muy imbécil siempre me hacía reír.

Estábamos apurando el café y planificando el resto del día cuando una voz bastante

familiar me sorprendió.

—Buenos días, Nathan, ¿escaqueándote de clase? —No podía negar que me afectaba su

presencia hasta la médula.

Alcé la vista, observando a Leah, que nos miraba con una sonrisa tímida. Cómo me

ponía... Pero tenía que seguir con mi plan, no podía dejarme llevar por todo lo que me

hacía sentir. Leah estaba prohibida.

—Yo no me escaqueo, tengo cosas mejores que hacer... —dije, seco.

—Vaya... —Se quedó bastante sorprendida ante mi respuesta cortante. Me sentí un

cretino cuando vi que se ponía colorada.

—¿No nos vas a presentar, Nat? ¿Te has vuelto un maleducado desde que vives en

Lawrence? —dijo Kyle con un carraspeo para llamar mi atención.

—Esto... —Lo enfrenté con cara de pocos amigos—. Kyle, te presento a Leah Kline;

Leah te presento a mi mejor amigo y casi hermano, Kyle.

—Encantado, Leah... —Sonrió, tendiéndole la mano para saludarla—. Espero que este

impresentable no te esté molestando: puede ser peor que un dolor de muelas.

—No, tranquilo, suele estar bastante ausente...

Recibí las palabras como un puñetazo en el estómago. Quedaba claro que ella no había

olvidado mi desaparición y el plantón. Kyle se rio con ganas. Fruncí el ceño, molesto.

¿Estaba tonteando con ella? No lo podía evitar: veía una chica guapa y ponía la directa.

—Definitivamente, Nat, creo que Leah y yo nos vamos a llevar muy bien —sentenció

mi amigo, que brindó con su vaso de café contra el de ella, al tiempo que le sonreía.

—Sí, es una pena que no vivas aquí, porque estoy seguro de que pondrías todo tu

empeño en ello —contesté con retintín.

—¿Y qué te trae por aquí, Kyle? ¿Los perritos calientes de los restaurantes? No creas

todo lo que dicen, tienen una fama inmerecida.

Intenté aguantar una sonrisa ante su intento de parecer que no la había ofendido.

Leah

estaba bastante incómoda, pero decidió ignorarme y dirigir su atención a Kyle.

—Quería comprobar por mí mismo si era cierto que hacía tanto frío por aquí.

Nat

puede ser muy exagerado cuando se lo propone.

—Creo que tu amigo no lo lleva demasiado bien. Los Ángeles debe de ser una ciudad

increíble.

—¿No la conoces? —preguntó Kyle sorprendido.

—No, y me muero por ir. No he salido de Kansas en mis veinte años, ¿te lo puedes

creer?

—Pues a eso hay que ponerle remedio; te encantaría, hay muchas cosas increíbles para

visitar. Seguro que Nathan te habrá contado algo —dijo Kyle, sin dejar de sonreír.

—Bueno, tu amigo no es demasiado hablador.

Me removí inquieto en el asiento.

—Deja que coja confianza: desearás no haber dicho estas palabras nunca —aseveró

Kyle, que se rio, a la vez que me guiñaba un ojo, para tocarme las pelotas.

Leah nos observaba intrigada; se había sentado en el asiento que había libre con su vaso

de café tamaño XL. Vi cómo fruncía el ceño pensativa. De pronto una determinación

apareció en su rostro. Como si acabase de encajar una pieza del rompecabezas.

—¿Te ha contado Nathan que está tocando en un grupo con mi hermano? —

preguntó

decidida.

Me tensé al instante, aferrándome el vaso de café vacío con tanta fuerza que casi

lo

despachurro. Leah parecía empeñada, aunque desconocía qué pretendía.

—Sí, bueno, algo me ha contado... —contestó Kyle.

Habíamos hablado sobre ello; estaba al tanto de todos los aspectos de mi vida.

—Lo hacen muy bien. No sé si llegarían a ganar un Grammy, pero seguro que

consiguen algún bolo por los locales que hay en esta ciudad, y unos buenos ratos

no se los

quita nadie.

—Solo nos has visto una vez, Leah, no puedes saberlo con tanta claridad —

apostillé,

más borde de lo que pretendía en un primer momento.

—Puede que me equivoque, pero te aseguro que no fui la única que pensó que lo

hacíais

bien: Amanda y Brenda también lo creen. Además, tú ya tienes experiencia en el

terreno

como para saber si algo funciona.

—Hay muchas cosas que no sabes, Leah... —apunté—. Tocar en un grupo no es

algo

tan sencillo.

—Me imagino. Nada es tan simple en esta vida, pero el riesgo es parte de la

salsa para

darle chispa; además creo que hay potencial ahí.

—¿Qué es la vida sin riesgo? —opinó Kyle, introduciéndose de nuevo en la

conversación.

—Hay riesgos que es mejor no correr —lo corté, seco.

—Pero ella tiene razón, no necesitáis haceros famosos, solo pasarlo bien —
insistió,

tocándome las pelotas. Él mejor que nadie sabía lo que había detrás de mi
contestación.

—¿No me vas a contar nunca qué pasó realmente con The Smash? —Su mirada
suplicante y la esperanza oculta en su ruego me abofetearon con fuerza.

—No. —Me levanté de golpe—. Deberíamos marcharnos ya, la siguiente clase
está a

punto de comenzar.

Así fue como zanjé la conversación. Salí del local como un resorte sin apenas
despedirme de ellos, que me miraron sorprendidos por mi reacción. Caminé
rápido sin

saber a ciencia cierta hacia dónde me dirigía; solo necesitaba poner distancia
entre Leah y

yo, no solo física, también mental. Se me había metido bajo la piel, en mis
pensamientos...

todo lo que hacía o decía lo miraba con lupa, y me cabreaba conmigo mismo por
ser un

capullo.

—¡Eh! —El grito de Kyle, que corría hacia mí, me frenó en seco—. ¿A qué ha
venido

eso?

Me giré y lo enfrenté.

—No estoy para hostias.

—Me importa una mierda. ¿Desde cuándo eres un puto imbécil? Esa chica se ha
quedado cortada. Me he tenido que disculpar con ella por ti.

Me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros para intentar retener las ganas
de

darle un puñetazo a algo, porque en esos momentos lo único que tenía a mano
era a mi

mejor amigo.

—¿Qué está pasando, Nat? —continuó—. ¿Es así como tratas a la gente, comportándote como un gilipollas?

Después de una intensa tarde de ejercicios, de un batido revitalizante de Kyle y de varias

confesiones, tenía a mi amigo mirándome pensativo con los codos apoyados en las rodillas.

—Deberías relajarte un poco con esa chica. —Suspiró y se incorporó para estirar la

espalda—. Lo pillo: te gusta mucho, está prohibida y todos esos rollos, pero se la ve buena

tía. Nunca te he visto ser tan injusto con nadie.

—Más bien tan capullo.

—Joder, sí. Entiendo que no quieras involucrarla en tus movidas, aunque no lo comparto; algún día tenía que aparecer alguien...

—Frena, no comiences con tus mierdas románticas. ¿Has oído algo de lo que te he

contado durante estas horas?

—Perfectamente. ¿Le has hablado a Norma de ella?

Lo miré como si le hubiese salido un cuerno en la frente.

—No, ¿por qué se supone que debía haberlo hecho?

—Revelador...

Observé cómo se levantaba y se dirigía a la nevera. Era su forma de dar carpetazo a

aquella conversación, que en vez de dejarme más tranquilo, como solía quedarme siempre

que hablaba con Kyle, me dejó descolocado y con una extraña sensación.

7

LOCA

LEAH

Golpeaba los apuntes de clase con el bolígrafo sin prestar demasiada atención a lo que el profesor explicaba. Podía hacer aquello con los ojos cerrados. Se me daba muy bien memorizar datos, palabras y un sinfín de información de forma pasmosa mientras hacía otra cosa. No sabía por qué ocurría, pero era así. De pronto en mi cabeza había almacenada una cantidad indecente de datos que muchas veces no sabía ni cómo habían llegado al disco duro central que tenía por cerebro. Repasaba mi encuentro con Nathan y su amigo Kyle, un tío muy atractivo que me había gustado nada más verlo. No en el sentido sexual, por supuesto, pero tenía algo que te hacía detenerte y mirarlo de nuevo. Y esa complicidad con Nathan había hecho que mi interés saltase al acecho en cuanto los vi. Había recordado cómo, después de las dos primeras clases de esa misma mañana, había intentado convencer a Amanda y Brenda para que me acompañasen a tomar

café. No tenía suficientes niveles de cafeína en mi cuerpo para soportar el resto del día; la cosa se estaba torciendo por momentos, yo sin tener interés por las clases y moviéndome en la silla como si estuviese ardiendo. Algo se cocía en mi cabeza inquieta. Me había despedido de ellas, aun a sabiendas de que me iba a perder la siguiente clase.

Fui a The Studio, que me quedaba más cerca: era otro de los lugares del campus donde podías tomar café, comer o incluso estudiar. Se podía definir como una cafetería algo más acogedora y menos bulliciosa que The Underground.

Estaba en la cola para pagar el enorme vaso de mi bebida favorita cuando me dio por hacer un reconocimiento del lugar. No había nada que hubiese despertado demasiado mi atención: mesas con estudiantes, algunos de los cuales comían, otros conversaban...; un profesor desperdigado entre tanto alumno; una bombilla que parpadeaba a punto de fundirse, una camarera aplicada en limpiar algo que se había derramado... Y en una mesa apartada, captó mi atención al instante un chico guapo que me sonaba bastante, de sonrisa increíble y con una chaqueta de punto gris que le quedaba genial. Charlabo divertido con otro joven moreno al que no había visto antes.

La cajera carraspeó al ver que me había quedado embobada mirando hacia una mesa,

aunque por suerte no tenía la boca abierta; me giré e intenté recomponerme y le ofrecí una disculpa. Ya podía decir que era oficial: la presencia de Nathan me afectaba. Cualquier otra persona se habría marchado de allí sin hacer demasiado ruido. Pero yo no era muy común, por lo que mi forma de afrontar las situaciones en la vida, a veces, difería bastante de lo que solían ser los patrones normales de conducta social, o, digámoslo de una forma menos rebuscada: estaba algo tocada.

No se me había perdido nada para acercarme a donde estaba sentado Nathan, aunque tuviese unas ganas locas de hablar con él. Por otro lado, no sabía quién era aquel moreno que parecía conocerlo bien por lo cómodos y risueños que se los veía a ambos. Pero aun con todas esas consideraciones, no había dudado en acortar la distancia que nos separaba y presentarme con mi mejor sonrisa y mi vaso de café en la mano.

Nathan fue hosco. No supe cómo había ocurrido, pero al tratar el tema de su anterior grupo, saqué a relucir un tema intocable para él, y la ayuda de su amigo en el intento acabó con el roquero, que salió de allí bastante enfadado.

—Cuando se pone así, es mejor dejarlo estar. Un placer haberte conocido, Leah. Espero verte de nuevo antes de marcharme —había sugerido Kyle, mientras observaba contrariado a su amigo, que caminaba rápido en dirección al campus.

—Claro, si vas a estar aquí unos días, estaría bien ir a tomar algo... —había contestado

sin darle demasiada importancia.

—Volvemos para pasar Acción de Gracias a casa. Nos veremos seguro —había sentenciado, y se despidió de mí con una sonrisa. Se alejó hacia donde se había marchado

Nathan.

Me había quedado quieta recapacitando sobre mi conversación con ellos. Estaba claro

que algo preocupaba a Nathan. Además, yo era tonta por interesarme después de todo.

Había sido grosero, me había dejado plantada, maldita sea, nos habíamos enrollado y

después me había ignorado como si nada de aquello hubiese ocurrido.

¿A qué estaba jugando?

Regresé al apartamento cuando ya había oscurecido. Tan pronto como mi estómago rugió,

me di cuenta de que se había hecho tarde; era la hora de cenar.

Entré en el salón, que estaba a oscuras y con Max sentado con la mirada perdida frente

al televisor encendido sin voz. Aquello no era buena señal. Dejé mi bolso en el suelo, al

lado del sofá, ocupando el asiento vacío a su lado.

—¿Qué hay, grandullón?

Observé cómo se encogía de hombros, a la vez que emitía un largo suspiro.

—Queda menos de una semana para Acción de Gracias y todavía no me ha llamado, ni

una puta llamada, ni un mensaje, nada... —La rabia destilaba bajo aquellas palabras

escupidas con los dientes apretados.

Sabía a quién se refería. Un nudo en el estómago hizo que me diese miedo continuar

con la conversación, pero era mi familia y los quería.

—Tú tampoco lo has llamado, Max, sois unos cabezotas. Alguno de los dos debería dar

su brazo a torcer.

—¿Y por qué yo, Leah? Fue papá quien me echó de casa y me dijo que no volviera

jamás por allí —bramó.

Mucho me temía que iba a acabar siendo el objeto de su ira, cosa que no me apetecía:

comenzaba a estar harta de aquellos rollos entre gallos de corral.

—Max, decirle a tu padre que es un saco de grasa que solo sabe mandar y mascar tabaco

no es la mejor forma de hacer que te respete. No tenéis tacto, os habéis perdido el respeto

hace mucho tiempo, por lo que esto era inevitable que pasara.

Observé cómo mis palabras lo hacían recapacitar; todos sabíamos de sobra lo que

ocurría, pero ninguno de nosotros había puesto remedio a la situación.

—Creo que va siendo hora de que os sentéis frente a la mesa y habléis largo y tendido

de lo que os preocupa y de por qué habéis llegado a esta situación. Tú te sientes frustrado

porque papá jamás te ha apoyado. Él no comprende por qué siempre estás a la defensiva

cuando te habla. Y así podríais continuar toda la vida.

—Para ti es fácil decirlo. Eres su niña —soltó sin grandes contemplaciones.

—Te equivocas. Baja de tu pedestal de autocompasión para mirar a tu alrededor. Soy la

persona más sobreprotegida y con menos decisión en su propia vida de lo que nadie pueda

imaginar, todo ello gracias a vosotros. —No dejé que contestara; alcé una mano para

frenarlo—. Thomas ha soportado siempre la estela de su hermana pequeña, llevándome

colgada allá donde fuese. ¿Crees que no has tenido una existencia fácil? — insistí.

—Yo no he hecho nada más que dejarme la piel en esa granja. ¿Y mis sueños, Leah?

¿Dónde quedan? —manifestó, con la mirada perdida en la televisión.

—Están esperándote, pero no huyendo de la realidad. ¿Quieres tocar en un grupo? Sé

valiente y díselo a papá. No pagues con él tu frustración. ¿Quieres que te trate mejor? Deja

de atacarlo cada vez que te habla porque no te comprende. A veces pienso que sois más

idiotas de lo que realmente parecéis.

Me levanté del sofá enfadada. No comprendía cómo se podía ser tan obtuso, tener algo

al alcance de la mano y no cogerlo por miedo a que se rompiese.

—¿Has hablado alguna vez con nuestros padres con sinceridad? ¿Saben que tocabas a

escondidas en el granero o en el local de Elliot? ¿Piensas afrontar algún día el hecho de que

no eres lo suficientemente valiente como para luchar por lo que quieres sin huir?

Dejé a mi hermano en el salón reflexionando, o eso esperaba que hiciese con mis palabras. A veces tenía mis serias dudas de su capacidad al respecto, no porque no fuese

capaz de escuchar, sino por su habilidad de pasar a hacer otra cosa sin haber

acabado la
primera.

Llegó el fin de semana. Faltaban cuatro días para Acción de Gracias. Junto con las chicas, había decidido hacer algo juntas el sábado por la noche para despedirnos como la ocasión merecía. Los planes incluían cine, cena y tomar algo en uno de los múltiples locales que tenían música en vivo en la ciudad.

Me apetecía arreglarme; hacía eones que no me esmeraba en lo que me ponía.

Tenía

ropa en el armario que no usaba porque me parecía demasiado sofisticada, y estaba

cogiendo polvo. Me puse un jersey estrecho negro muy escotado y unos tejanos de cintura

baja que dejaban al descubierto parte de mi abdomen. Se veían unos dos dedos, lo

suficiente para darme cuenta de lo pálida que estaba. Me apliqué un poco de rímel y brillo

en los labios. Al salir cogí mi abrigo nuevo.

Brenda fue la primera en bajar de la residencia de estudiantes; al parecer, Amanda había

tenido problemas con su pelo, según comentó la pelirroja, que puso los ojos en blanco,

para dar más énfasis al hecho de que llevaba toda la tarde arreglándose.

Mientras caminábamos las tres, charlábamos divertidas. Me di cuenta de que debería

haber escogido otro calzado: los botines de tacón comenzaban a apretarme, y solo

acabábamos de salir. Cogimos un autobús que nos dejó bastante cerca de la zona

donde

estaban las salas de cine.

Cuando estábamos en la puerta de los multicines descubrí la diferencia de gustos entre

nosotras; ellas querían ver una comedia romántica azucarada y yo, el último estreno de mis

superhéroes favoritos. Al final claudiqué y entré con ellas, muy a mi pesar, haciéndoles

prometer que la siguiente sería de mi elección.

Una vez fuera, nos recibió un frío algo desagradable. Estábamos en la entrada decidiendo adónde íbamos a ir a cenar cuando el corazón me dio un vuelco.

Nathan salía

de los cines con su amigo Kyle.

Estaba guapísimo, con un abrigo corto de paño negro y un gorro de lana que le cubría el

pelo y las orejas. Sonreí al recordar que llevaba fatal las bajas temperaturas. Fue

Amanda la

que me advirtió: tenía que comenzar a hacer algo, ya que cada vez que Nathan aparecía en

escena, el mundo se detenía. Era tan evidente que solo me faltaba un cartel de neón

anunciándolo.

—Leah, ¿quieres hacer el favor de contestar? ¿Adónde vamos, cogemos el autobús o

mejor buscamos algo por aquí? ¿Oye, qué estás mirando?

Noté cómo me rozaban el brazo; cuando me giré, las vi a las dos muertas de risa.

—Vale, menos mal que a ti también te parece que está buenísimo —declaró

Brenda,

señalando con la barbilla hacia el lugar donde estaban Nathan y su amigo—; ya creíamos

que no eras normal.

—Yo no... ¿Por qué dices eso? —contesté, roja como un tomate.

—Pues está claro: te has quedado embobada. Solo te faltaba el babero. ¡Jesús, chica! No

hace falta que te lo expliquemos, ¿verdad? —soltó Amanda con una sonrisa radiante a la

vez que llamaba la atención de los chicos.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté en el oído de forma disimulada al tiempo

que la agarraba del brazo mientras ellos nos veían y se acercaban a nosotras. En ese

momento me pregunté cuándo abandonaba una persona la adolescencia, y si aquello que

estaba moviéndose en la zona de mi estómago, revoloteando, se debía a que Nathan me

estaba mirando con esa sonrisa que me encantaba. Desde que nos habíamos besado no

había podido olvidar lo que era estar entre sus brazos. Recordarlo hizo que un repentino

calor me hiciese ponerme colorada. Hacía tiempo que aquello no me ocurría con un chico,

y me asusté. El interés por él no era solo el de averiguar qué había estado haciendo aquellas

dos semanas o qué había ocurrido con su anterior grupo, lo tenía muy claro.

Nathan me

gustaba mucho, y un pánico repentino hizo que quisiese huir de allí antes de que fuese

demasiado tarde, como si no quisiese comprender que quizá ya lo era.

—Es evidente, Leah —Amanda interrumpió mis pensamientos—: hacer que la noche

mejore muchísimo. Vamos a divertirnos.

Nathan presentó a su amigo a las chicas. Tras las formalidades y alguna broma entre

ellos, Brenda los invitó a que se unieran a cenar con nosotras, si no tenían otros planes.

Accedieron encantados. Yo era un cúmulo de contradicciones: no sabía muy bien si estaba

contenta o enfadada por desearlo.

«Háztelo mirar, Leah...».

Fuimos a un bar-restaurant de comida rápida, poco sofisticado, pero los bolsillos no

daban para más, además estábamos hambrientos. Encontramos una mesa libre de casualidad y me quedé guardando sitio mientras ellos pedían. Nathan fue el primero en

llegar con una bandeja con las bebidas; se sentó frente a mí.

—La chica que hay en la caja es nueva; no tengo demasiado claro si cenaremos algo esta

noche. Los he dejado a los tres peleándose con los pedidos —comentó con un encogimiento de hombros, divertido.

—Vaya, y tú has decidido escaquearte —bromeé con él.

—La verdad, prefería venir a hacerte compañía. Saber que estabas aquí sola era demasiado tentador como para dejarlo pasar.

Mi corazón hizo una doble pirueta con salto mortal. Noté cómo enrojecía hasta la raíz del pelo.

—Pues yo creo que Kyle te ha mandado con las bebidas, pero gracias de todos modos.

—Chica lista..., aunque también podríamos decir que quería tener un momento a solas

para pedirte disculpas por mi comportamiento del otro día y por dejarte tirada

con la
práctica.

Me sorprendió. No esperaba aquella disculpa, no después de tanto tiempo. La preocupación por saber dónde estaba y qué le había ocurrido había dejado aparcado el plantón. Algo me calentó por dentro cuando supe que, aunque tarde, era muy bienvenida.

—No te preocupes. —Me encogí de hombros sin saber muy bien qué decir.

—Sí, me preocupo porque te debo más que una justificación. He sido un completo

capullo todo este tiempo. —Suspiró, frotándose el pelo en ese gesto que solía hacer

siempre que parecía disgustado—. De verdad, necesito saber que me perdonas por todo...

No sabía a ciencia cierta a qué «todo» se refería. Esperaba que no incluyese los besos,

porque para mí había sido lo mejor que me había ocurrido en mucho tiempo, pero

abandoné aquellos pensamientos en cuanto observé su expresión de arrepentimiento.

—Está todo olvidado. —Sonreí sin que el gesto me llegara por dentro: en la vida iba a

poder olvidar aquel momento de intimidad entre ambos, pero estaba claro que no pensábamos lo mismo al respecto, por lo que debía atenerme a las circunstancias.

—Gracias, de verdad —dijo, sincero. Se levantó para ayudar a Kyle y a las chicas, que venían con el pedido.

Cuando regresaron a la mesa con las bandejas repletas de calorías grasientas y riéndose

por la poca pericia de la camarera, me costó adentrarme de nuevo en la conversación; no fue hasta que Nathan me dio la hamburguesa y me ofreció una sonrisa conciliadora que hizo que dejara atrás aquella sombra que se había cernido sobre mí. Kyle era el típico chico del que todas las chicas se enamoraban perdidamente, no porque llamara la atención en un primer momento, sino por su enorme encanto y su paciencia. No dejó de sonreír y ser amable, pese a las constantes pullas de su amigo y el bombardeo indiscriminado de las mías para saber más de él y querer conocer hasta el número de pie que calzaba. Hizo que la noche fuese agradable; bromeaba tanto con Nathan que no dejaba de sorprenderme que aquellos dos pudiesen ser íntimos. A simple vista se podría decir que no tenían nada que ver, pero estaba claro que en la vida nada era lo que parecía. Mucho menos recomendable era fiarse de las primeras impresiones. En una respuesta a una de las mil preguntas inquisidoras de Amanda, nos explicó que era entrenador físico, por lo que ella insistió en que le enseñara sus abdominales, haciéndome avergonzarme por ello.

—Venga, Kyle, seguro que tienes marcada la tableta de chocolate —sugirió Brenda con complicidad, mirando a mi otra amiga.

—Bueno, es algo en lo que nos esforzamos bastante. Queda bien, ¿verdad? —bromeó

con ellas, mientras les seguía la corriente.

—¿Y en tu perfil de Instagram, cuelgas tus fotos en el gimnasio, esas que nos vuelven

locas? —insistió Amanda.

—Hablando de perfil de Instagram, Leah: me ha comentado Nathan que eres una especialista en la materia. Necesito asesoramiento al respecto, ¿crees que podrías echarme

un cable? —preguntó. Me ruboricé cuando de pronto fui el centro de atención.

—Bueno, Nathan quizá ha sido demasiado generoso; solamente me definiendo —contesté, restando importancia al hecho de que él me miraba de un modo tan intenso que

casi podría asegurar que era admiración, aunque deseché la idea al instante.

—No he exagerado ni un ápice. Eres muy buena; no dejes que nadie diga lo contrario

—aseveró—. Sin duda, Kyle, si hay alguien que te puede ayudar, esa es Leah.

—¡Vaya, Leah! Qué callado te lo tenías. Así que eres una especie de genio en redes y

nosotras sin saberlo —sostuvo Brenda.

Y tenían razón: no sabía el motivo, pero no les había explicado nada al respecto.

Quizá

para evitar lo que estaba ocurriendo en ese preciso instante: tener que contestar preguntas;

unas llevaban a otras y al final se acababan averiguando demasiadas cosas, como que era lo

que se conoce como una Alta Capacidad. Ese era un asunto que todavía no estaba

preparada para compartir con ellos.

—La realidad es que me gano un dinero extra asesorando a un par de empresas como

community manager. Son dos compañías del ramo de la hostelería a las que el

rancho de mi familia las abastece de vacuno. Y acepté llevar las redes del grupo cuando Max me lo pidió, solo eso —dije; levanté los hombros en un gesto de indiferencia a fin de intentar restar importancia a todo aquello.

—¡Eso es estupendo, Leah! —exclamó Amanda—. Si de verdad eres tan buena, harás que lleguen lejos.

—Bueno, eso ya se verá con el tiempo —contesté a mi amiga—. Entonces, Kyle, ¿en qué necesitas ayuda? —pregunté, y cambié de tercio.

Mientras cenábamos me explicó cuál era su proyecto y el motivo por el que necesitaba ayuda: odiaba todo lo relacionado con redes sociales. Decidimos intercambiarnos los teléfonos para hablar en unos días.

Cuando salimos del restaurante era bastante tarde. Pese a la insistencia de las chicas en que fuésemos a tomar algo, ellos denegaron la invitación amablemente. Como estábamos algo alejados del campus, Nathan se ofreció a acercarnos. Estaba tan cansada que acepté.

Tuve que soportar las quejas de las chicas, que al final dieron su brazo a torcer. Nos dirigimos hacia el aparcamiento donde habían dejado su vehículo. Mientras caminábamos, Kyle se adelantó algo más con ellas, conversando alegres, y me quedé rezagada con Nathan, que parecía sumido en sus pensamientos, con las manos en los bolsillos y la

cabeza

agachada, mirando al suelo.

—¿Cómo tienes la herida?

—Bien, apenas se ve la cicatriz. El médico dijo que no me quedaría señal alguna.

Observé cómo asentía sin mirarme antes de continuar caminando.

—Gracias por todo, Leah —rompió el silencio—, por echarme un cable con la práctica.

Eres demasiado buena... —Interrumpió sus palabras cuando me miró a los ojos con una intensidad que me dejó bloqueada un momento.

—No ha sido nada, Nathan, tú también lo habrías hecho. Son cosas que entre compañeros se suelen hacer. Hoy por ti, mañana por mí —bromeé con él, dándole un

golpe suave en el brazo para quitar hierro a la conversación, que se estaba volviendo algo

seria. Además, parecía arrepentido.

Yo hacía mucho tiempo que lo había perdonado. Conseguí que se riera con ganas de

nuevo, lo que hizo que los chicos se nos unieran para saber cuál era el chiste. Se me pasó

por la cabeza comentarles que, en vez de seducirlo, lo trataba como a uno de mis hermanos.

Llegamos a la residencia de Amanda y Brenda; Nathan insistió en acercarme a mi

apartamento. Cuando me bajé del coche, quedé con Kyle en llamarnos en unos días. Me

despedí con una sonrisa de ambos. Por último, miré a Nathan antes de cerrar la puerta.

—Gracias por traerme. Nos vemos en clase.

—Siempre es un placer, Leah —contestó, con su sonrisa sincera.
Aquella noche me costó mucho dormirme; aunque pensé que no había conseguido
averiguar nada sobre lo que me había propuesto, ya carecía de tanta importancia.
Si tenía
que acabar sabiéndolo, llegaría. Era mejor no forzar; bien sabía por propia
experiencia que
aquello no funcionaba.

8

AQUÍ VIENE EL SOL

NATHAN

Acción de Gracias había pasado en un suspiro; tras los días de desconexión en familia y las calorías ingeridas, volvía con ganas de comerme el mundo. Estaba más relajado. Kyle me había hecho abrir los ojos: no tenía que ser un imbécil con Leah. Después de sopesarlo en frío, vi que tenía razón. Me gustaba mucho, pero debía ser práctico, así que, pese a costarme algo al principio, me dejé llevar y traté de hacer lo mejor para ambos: establecer las pautas de una bonita y nueva amistad. Solo eso.

Había comenzado una tarde en casa, tirado en el sofá con mi hermana Denise al lado, que había estado buscando una serie que comenzar a ver. Fue algo sutil, una tontería, pero lo suficientemente efectivo como para saber que iba por el camino correcto. Intentaba enmendar mis errores con ella a la vez que trataba de ser un buen amigo. Eso era lo único que le podía ofrecer.

Cogí el móvil y tecleé rápidamente un mensaje.

Quiero adentrar a mi hermana en el buen gusto por las series; mientras lo consigo, que creo que me va a costar un tiempo (ha escogido hacer una maratón de Las crónicas de Shannara;), me gustaría que me ayudases: ¿qué dulce pega más a esta serie descafeinada?

Firmado: un desesperado en Los Ángeles.

Tardó bastante rato en contestar; de hecho, casi había olvidado el mensaje cuando recibí

su respuesta unas horas más tarde. Lo leí, sonriendo divertido. Me volvía loco.

No tienes ni idea de series, tu hermana es una chica sabia, así que deja que te enseñe a apreciar el buen gusto por ellas.

Unos Red Hot Cinnamon Candy.

Firmado: una crack en series.

Tecleé rápidamente con el pulso acelerado. Parecía un crío con un videojuego nuevo.

He subestimado tu capacidad en cuanto al conocimiento en series, mis disculpas. Has llegado tarde. Sufro un empacho de palomitas y refrescos. Para mañana me tiene preparada Arrow, ¿no te doy un poco de pena?

Firmado: un desesperado en Los Ángeles que se va a comprar dulces.

¿Recomendación?

Vi cómo escribía; toda mi atención estaba en la pantalla del móvil, como si el resto del

mundo no existiese.

Soy fan de tu hermana, ya se lo puedes decir. Qué suerte tienes de que sea ella la que escoja.

Te recomendaría unos panecillos de canela, pero dudo que allí sepan hacerlos decentes.

Los mejores los hace mi madre

Firmado: la mejor experta en series después de tu hermana.

La sucesión de mensajes nos había llevado hasta la hora de la cena. Me reí como un

idiota profundo cuando me despedí de ella. Por lo menos no me odiaba, que ya era mucho,

dadas las circunstancias.

El siguiente acercamiento había llegado días más tarde, ya en Lawrence. La observé,

sentada en la clase más soporífera que recuerdo en años. Estábamos todos a

punto de

morir de aburrimiento. Sonreí al verla distraída, golpeando sus apuntes con el bolígrafo. No

supe muy bien qué me llevó a coger el móvil, pero, cuando quise pensarlo, ya le había dado

a enviar el primer mensaje.

Tras esperar y ver que no reaccionaba, insistí con otro.

¿Soy yo o la clase de hoy es especialmente aburrida?

Es que creo que, a este paso, vas a dar con tu cabeza en los apuntes

Cogió el teléfono del bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros; me reí al verla teclear.

Mi pantalla se iluminó con su contestación.

Deja de molestar y atiende; esto entra en el examen.

La observé con una sonrisa tonta; se enderezó dispuesta a prestar atención.

Cabeceé al

darme cuenta de que llevaba una sudadera idéntica a una que yo tenía de *Star Wars*. Debería

haberlo dejado ahí, pero no podía evitarlo.

Admite que esto es un rollo; no hay quien se mantenga despierto.

Por cierto, bonita sudadera.

Volvió a coger el móvil, y escribió.

Gracias, menos mal que tienes buen gusto.

Sonreí con ganas cuando tecleé.

Tengo una prácticamente igual, a mí me queda mucho mejor, dónde va a parar...

Su respuesta no se hizo esperar.

¿Quieres que nos castiguen con una nueva práctica nocturna?

Miré la pantalla. Me mordí el labio pensando en si era o no una buena idea contestar a

aquello.

Me lancé.

Al fin has descubierto mi táctica.

No sé cómo pasar una noche sin dormir a tu lado, con material de estudio en común y

mucho café.

De pronto se iluminó la pantalla. Escribía superrápido.

Haberlo dicho antes.

Después te dejo una foto mía para que la amplíes a tamaño natural.

Lo del café, lo solucionas tú.

Cuando leí su respuesta no pude aguantarme la risa, con lo que conseguí llamar la

atención de algunos de los compañeros que estaban sentados cerca.

Seguí.

¿Con o sin ropa?

Al tardar bastante en contestar, supuse que me había pasado. Mi móvil vibró de nuevo.

Leí su mensaje.

Eres demasiado joven para soportar mi belleza al natural.

Me da miedo que te hagas pis encima debido a la impresión.

Esta vez no pude evitar soltar una carcajada sin importarme una mierda dónde estaba.

Leah despertaba facetas en mí que creía dormidas hacía mucho tiempo.

Interrumpí la

explicación del profesor, por lo que tuve que disculparme cuando toda la clase se giró para

ver qué ocurría, incluida ella, que estaba sofocada de vergüenza de forma adorable.

Cuando conseguí que todo el mundo volviera a atender al profesor, tecleé casi con

desesperación al tiempo que me reía, porque la tontería me estaba poniendo bastante,

aunque no debería ser así.

Es cierto, has salido poco.

¿Hacerme pis encima?

¿Todavía se utiliza esa expresión después de la escuela elemental?

Tosió de forma disimulada, hecho que me hizo reír en voz baja. Qué bien me lo

estaba

pasando a su costa...

Recibí su respuesta a los pocos segundos.

Te espero fuera de clase. Te vas a enterar.

Parecíamos dos niños de guardería. Y lo mejor de aquello era que estaba disfrutando

como nunca.

Tenemos que hacer algo con esa agresividad.

No te dejes arrastrar por el lado oscuro...

Quedamos en el pasillo.

El que llegue más tarde paga el café.

Cuando ya le había dado a enviar, recapacité. Mi determinación me había durado unos

días. ¿No se suponía que debía mantener las distancias?

Se giró. Cuando guardó su móvil, me sonrió con un fruncimiento de ceño adorable. Le

guiñé un ojo, alargando el tonto. Aguardé a que acabase la clase con una impaciencia casi

enfermiza. En cuanto terminó, salí como si estuviese en llamas. Me apoyé en la pared del

pasillo mientras esperaba ver la cara de Leah y gozaba de mi pequeña victoria y, por qué

no, de un café gratis.

Cuando llegó, casi corriendo, cabeceaba molesta. Sonrió al acercarse donde yo estaba.

—¿Sueles hacer estas cosas cuando te aburres en clase? Porque si necesitas ayuda para

estudiar, con pedírmelo es suficiente. No es necesario que montes este número

—dijo, y se

colocó a mi lado.

—La verdad es que me moría por un café, así que pensé en ti. Sé que te encanta.

Entonces una cosa llevó a la otra; ahora, por suerte, voy a tomar un café gratis, gentileza de una chica bonita.

Mis palabras la sorprendieron. No entendía por qué: era guapísima. Seguramente debía

de estar acostumbrada a que la piropeasen. El tema era que yo no debía hacerlo, pero eso

era otra historia. Mantener a raya los límites con ella me costaba mucho.

—¿Y cómo sabes que me encanta el café? —preguntó con curiosidad.

—Es fácil: siempre buscas la ocasión para tomar uno, y además Max comentó un día

algo al respecto —contesté con un encogimiento de hombros—. ¿Vamos? No creo que

por hoy soporte una clase más sin cafeína de por medio.

—¿Hay algo más que mi hermano te haya contado de mí y que deba saber? —insistió de pronto.

—Te lo cuento todo si te portas bien. Vamos, sé buena, tienes que cumplir con nuestro trato. Me debes un café.

Llegamos a The Underground. Pedimos unos cafés que pagó ella y nos sentamos en una mesa apartada.

—Bueno, ¿así que trabajas como *community manager* de algunas empresas?

¿Te gusta? Me

refiero a lo que haces —pregunté tras un incómodo silencio entre los dos.

—¿Lo de trabajar de *community*? —dijo, algo sorprendida por mi pregunta—.

Bueno, ya

sabes, siempre que algo es una obligación tienes tus días, pero lo hago con gusto porque

me apasiona.

—¿Ya lo habías hecho antes?

—En realidad, comencé con el tema cuando tuve que hacer unas prácticas en un curso

de marketing al que acudí el año pasado. Me gustó tanto que fue el hecho decisivo para que

me matriculase en la universidad.

—Entonces podrás ayudar a Kyle a lanzar su nueva aventura.

—Seguro que sí, si me llama algún día para que comencemos...

—Está en ello; ha tenido que cerrar algunos asuntos de su antiguo empleo. Lo hará en

breve.

—Bueno, y ¿me vas a contar al fin por qué se disolvió The Smash? ¿Tiene algo que ver

con tu reciente visita a Los Ángeles?

Allí estaba de nuevo la Leah curiosa; sabía que no iba a dejar el tema en paz.

Tras

pensarlo un poco, creí que era hora de darle algún tipo de respuesta y dejar de comportarme como un cretino.

—Sí, digamos que algo así.

—¿De verdad te funciona con las chicas hacerte el misterioso? —insinuó—.

Porque a

mí me sacas de quicio.

Solté una carcajada ante la ocurrencia. Leah era una caja de sorpresas.

—No me gusta hablar de mí —alegué.

—Ya, suele ocurrir. Pero ¿sabes una cosa? Cuando quieres mantener una conversación

con alguien al que no conoces mucho y le preguntas cosas, lo normal es un intercambio.

Quid pro quo, ¿entiendes?

—¿Nadie te ha dicho que utilizar expresiones antiguas es, cuando menos, peculiar?

—Es una expresión latina que tampoco se adecua al contexto, pero quedaba de muerte.

¿A que te he impresionado?

—Por supuesto, casi me hago pis encima —solté, muerto de risa, al acordarme de su mensaje en clase.

—Qué gracioso... Y ahora, ¿me cuentas qué misterios insondables te han hecho estar ausente?

—Lo de ser insistente es un rasgo común en vuestra familia, ¿verdad? —comenté, cambiando de tema.

—¿Y lo de salirse por la tangente? ¿Tengo que entender que es algo personal o solo lo utilizas conmigo?

—Tenía que solucionar ciertos asuntos.

Era lo único que iba a conseguir sonsacarme, por mucho que insistiese. Se quedó en silencio y bebió un sorbo de café.

—Entiendo... Bueno, pues deberías saber que estás en deuda conmigo, y la debes satisfacer.

—Tienes un vocabulario muy rico. Me dejas anonadado, Leah.

—Mi padre veía mucho en televisión *La rueda de la fortuna*. No sabes lo que una niña

pequeña puede absorber sin pretenderlo mientras está jugando por el salón.

—Tú y Max no vivíais en la misma casa, ¿verdad? —bromeé. Eran tan diferentes que

apabullaba.

—¡Oye! El puño de mi hermano seguro que te da más miedo que el mío. Será mejor que no te escuche.

—¿En Sun City todo se arregla a golpes?

—No, solo entre mis hermanos y yo. Vivir en un rancho te enseña los verdaderos valores sobre... —alzó tres dedos y los fue bajando uno a uno mientras enumeraba—:

aprender a ser el más rápido, a ser el que menos golpes recibe y, sobre todo, a ser el

primero en sentarse a la mesa con las manos lavadas. El rodillo de mi madre impone.

—Tú no tienes pinta de haber trabajado duro, esas manos te delatan —dije.

—Bueno, no en el rancho, si es a eso a lo que te refieres. Desde que acabé el instituto y

hasta comenzar a estudiar aquí, he estado echando un cable en lo que podía, pero nada que

implicase sudar mucho. Yo, sin embargo, apostararía que tú no has trabajado ni en un rancho

ni en nada que esté vinculado con el uso de la fuerza bruta. Tus músculos son producto de

horas invertidas en el gimnasio. —Señaló mis brazos.

—¿Nunca te han comentado que es de muy mala educación sacar conclusiones sobre

alguien sin tener toda la información? —cuestioné, divertido.

—Es lo único a lo que me puedo atener contigo. Eres más hermético que una ostra.

Me levanté de la silla cuando comprobé la hora: quería dejar la conversación como

estaba. Habíamos hecho grandes progresos, por lo que no me atrevía a

estropearlo.

Cogió su chaqueta y se levantó.

—Anda, pequeña Gale, vamos a clase, que ya hemos faltado bastante por hoy.

9

NUNCA DIGAS NUNCA

LEAH

El sábado por la noche, las chicas y yo decidimos quedar en mi apartamento para arreglarnos antes de salir. No sabía cómo había ocurrido, pero el minúsculo hogar que

compartía con mis hermanos se había convertido en nuestro centro de operaciones. Era el

lugar donde las tres estudiábamos, quedábamos, charlábamos o, simplemente, veíamos algo

en la televisión. Debía admitir que aquella extraña rutina que habíamos establecido me parecía cómoda.

Brenda nos había convencido para acompañarla a un concierto benéfico para recaudar

fondos sobre el tema de las dichosas abejas, con las que estaba muy concienciada. Siempre

andaba tras una causa justa, en manifestaciones, charlas... Perteneecía a varias asociaciones

de ayuda y a Greenpeace.

—Leah, ¿tienes unas planchas para adecentar este pelo? —preguntó Amanda, que

asomó la cabeza por la puerta del baño.

No entendía ese afán por arreglarse tanto; estaba fantástica. Además, solo íbamos al

Replay Lounge a ver tocar algunos grupos, en el patio que habían habilitado para

ello en el exterior.

—Amanda, vamos a estar fuera; probablemente tu pelo no mejore mucho. Creo que estás estupenda —dijo Brenda, que parecía que comenzaba a perder la paciencia. Habíamos cenado algo rápido en un bar cercano al local, que casualmente estaba ubicado muy próximo al campus, en la calle Massachusetts, por lo que fuimos a pie. Hacía bastante frío; la humedad calaba, porque el barrio estaba a escasos metros del río Kansas, que atravesaba la ciudad.

Cuando entramos en el establecimiento, me dio la sensación de haber llegado a la cuna de los *hipsters* de la ciudad. Pasamos y nos encontramos rodeadas de estudiantes del campus que charlaban animados y tomaban algo. La gran mayoría intentaba sobrepasar el nivel de la música del grupo que estaba tocando en aquellos momentos, algo tipo *punk* o *indie*; no sabría identificar a ciencia cierta qué estilo era, pero sonaba bastante bien. Animada por la música, moví los pies al ritmo; siempre me había gustado bailar, y esa noche estaba contenta. Me sentía cómoda. Había comenzado a quitarme la chaqueta cuando fui arrastrada por una mano que me asió con fuerza hacia el patio exterior, donde había varias máquinas de *pinball* y más gente repartida en un ambiente cálido creado por las estufas de exterior. Mi amiga pelirroja había localizado a su objetivo; era necesario llevarnos

a Amanda y a mí hasta allí.

Una vez apostadas en un sitio inmejorable, me giré para continuar escuchando a la

banda. Amanda me susurró:

—Tengo que ir al lavabo.

—Espera, esta canción me encanta —supliqué con un pequeño mohín.

—No puedo esperar.

—Lo sé, no es culpa tuya, es el lúpulo, uno de los componentes de la cerveza.

No sé si

sabes que tiene un gran poder diurético, por lo que aumenta tus ganas de orinar

—dije en

su oído.

—Leah, cariño, no es necesario que sueltes estos rollos en una fiesta benéfica cuando

me entran ganas de ir al baño. Te aseguro que ahora mismo no estoy para absorber ningún

dato —bromeó sin dejar de sonreír.

—Lo siento —dije arrepentida: a veces me dejaba llevar; mi amiga debía de pensar que

era rara de narices—. Por cierto, tú no deberías beber cerveza, lo sabes, ¿verdad?

—No hace falta que me acompañes, ahora vuelvo —soltó sin contestarme, una vez

más. Se marchó al baño.

Ya le había advertido antes sobre utilizar un carnet falso. Aunque Amanda tenía diecinueve años, no era la primera vez que lo hacía.

Mi tranquilidad duró escasos minutos. Simon, un compañero de clase, el mismo que

hacía las mejores fiestas del campus, según había oído, me saludó con una sonrisa. Me

ofreció de su bebida. Intenté no actuar como una mojigata, pero la verdad era

que no
teníamos la confianza suficiente para compartir vaso. Rechacé con una sonrisa fingida para no ofenderlo.

El chico era agradable, de verdad, parecía esforzarse por ser simpático, pero no me apetecía lo más mínimo hablar con él. Busqué a Amanda, que seguía desaparecida. Brenda estaba demasiado ocupada bailando al son de la música, entregada, para prestarme atención, por lo que tuve que hacer acopio de toda la simpatía que conservaba para ciertas emergencias y me propuse ser agradable con él. Tampoco tenía culpa de que yo no necesitase compañía masculina o, para ser más concreta, su compañía.

La cuestión fue que, pasados unos minutos, Simon no era tan aburrido como había pensado; me estaba haciendo reír con sus ocurrencias. Tenía que dejar de poner una coraza ante todo el mundo, porque me perdía muchas cosas agradables con esa actitud.

Simon insistió en pedirme algo de bebida. Debido a la música tan alta, era incapaz de escucharme, por lo que me asió por la cintura para acercarse a mi oído y preguntarme qué me apetecía con una sonrisa traviesa. Antes de que pudiese contestarle, noté cómo era arrancado de mi lado a una velocidad abrumadora y miré para saber qué era lo que ocurría. En cuanto me percaté de quién era el energúmeno que había apartado de un empujón a

Simon, puse los ojos en blanco antes de notar que me ponía roja de ira.

—¿Se puede ser más bestia? ¿Qué estás haciendo, Max? —grité a mi hermano, que me

llevaba hacia el interior del local sin dejarme ni hablar.

—Evitar males mayores, hermanita —soltó sin ningún tipo de miramiento cuando me

dejó apoyada en la barra de muy malos modos.

—¡Suéltame! ¿Quién te has pensado que eres para meterte en mi vida? —dije, tan

enfadada que ni siquiera me percaté de las personas que estaban atentas a nuestra discusión.

—Tu hermano mayor, y tengo la suficiente potestad como para protegerte y saber lo

que ese baboso pretendía apoyando su mano en tu cintura. Créeme, lo he hecho muchas veces.

Lo observé boquiabierta sin dar crédito a la situación. Tan pronto como la ira me invadió, me dirigí a él en tromba señalándolo. Me puse de puntillas, lo más cercana al rostro que pude, y le grité:

—¡Que sea la última vez que haces algo parecido, imbécil! ¡La próxima te aseguro que

no dudaré en darte un puñetazo en esa sonrisa de estúpido que tienes, te la voy a borrar de golpe!

—¡Eh! Chicos, haya paz, venga.

Casi muero de horror cuando mi mente procesó con total claridad a la persona a la que

pertenecía aquella voz. Nathan nos apartó, conciliador, con una sonrisa tensa, intentando

rebajar la tensión que había entre mi hermano y yo.

«Estupendo, demostración de afectividad fraternal nivel barriobajero ante el Dios del

rock y, cómo no, de mi amiga Amanda, que por casualidad está con ellos».

Sin pensar demasiado en lo que hacía, me giré, dándoles la espalda. Salí del bar para

evitar llevar a cabo mis amenazas y pegar a mi hermano. Aquello no iba a acabar nunca.

Estaba tan enfadada y avergonzada que a duras penas era capaz de mantener las lágrimas

que pugnaban por salir. No iba a llorar, no le iba a dar el gusto a mi hermano.

Miré a mi

alrededor en un intento de situarme y volver a nuestro apartamento: para mí, la noche

había acabado.

—¡Espera, Leah! —llamó Nathan.

«Fantástico, ¿un poquito más de vergüenza?».

—Tranquilo, si te envía el idiota de mi hermano, dile que ya lo ha conseguido: vuelvo a

casa a encerrarme —contesté sin dejar de caminar.

—No me envía nadie, ¿quieres detenerte un momento? —dijo a la vez que me frenaba,

cogiéndome de la manga del abrigo.

Decir que no estaba preparada para enfrentarme a Nathan en aquellos momentos era

quedarme corta. En cuanto me giré, su expresión me dejó helada. Era una mezcla entre

preocupación y algo que no podía identificar. Se pasó la mano por el pelo, como le había

visto hacer en otras ocasiones.

—¿Estás con ese tío? —preguntó bastante serio con las manos en los bolsillos de sus

pantalones.

«¿Perdona?».

—Y si fuese así, ¿a ti qué narices te importa? —exclamé.

—Joder, no seas borde, se te veía cómoda. —Se encogió de hombros—. Es solo que si

te gusta deberías volver; se debe de haber quedado extrañado.

—Vete con viento fresco, Nathan. Con mis hermanos ya tengo suficiente.

Se quedó quieto unos segundos, con el ceño fruncido. Pensé que volvería al local y me

dejaría tranquila.

—Te acompaño.

—No hace falta, sé cuidarme yo sola.

—Te acompaño —repitió; comenzó a caminar sin esperar a ver si lo seguía. Me quedé

pasmada. ¿Qué le pasaba? ¿Se le había pegado la imbecilidad de mi hermano?

Se suponía

que aquí la ofendida era yo.

Anduvimos hacia el apartamento en silencio. Cuando llegamos a la puerta, no sabía qué

hacer ni qué decir. La situación era extraña de narices; lo cierto era que no tenía ni idea de

por qué actuaba como si le hubiesen metido un palo por el culo. Lo observé. Vi cómo el

músculo de su mandíbula se contraía. Por su postura se podía percibir la tensión.

Decidí

que me daba igual lo que fuera que le ocurriese. Estaba harta de tantas chorradas y de sus

cambios de humor radicales. Se quedó apoyado en la pared del porche de nuestro

apartamento mientras esperaba a que abriera. Estaba tan enfadada que me temblaba la mano, y no era capaz de meter la llave en la cerradura. —¡Maldita sea! —solté, por no darle una patada a la puerta. Iba a ponerme a llorar delante de él, lo notaba, y antes prefería arder en el infierno. Me cogió las llaves sin decir nada, abriendo. Estaba tan quemada por su forma de actuar que ni siquiera me paré a pensar en nada. Le quité las llaves de la mano. A continuación, cerré de un portazo sin despedirme. «Que les den a todos».

NATHAN

Me quedé sorprendido, mirando la puerta que Leah me había cerrado en las narices. No tenía ni pajolera idea de por qué era incapaz de comportarme de una forma racional con ella. Todo eran extremos demasiado intensos para poder controlarlos. Sin medida. Sabía que en cuanto se me pasase el mosqueo me iba a arrepentir por haber actuado como un imbécil. Pero en esos momentos estaba tan cabreado que no razonaba demasiado. Tenía un único objetivo en mente, y no pensaba dejarlo pasar. Iba lanzado hacia el pub, donde esperaba que el tarugo de Max estuviese todavía. Me jodía bastante haber provocado toda aquella mierda sin darme cuenta. Esa noche había resultado ser una cagada enorme; además, yo me había portado como un cretino con Leah. No sé qué me pasaba con ella, pero mi comportamiento

comenzaba a
apestar seriamente. Todo había comenzado en la barra del *lounge*. Max había
decidido
darme la noche, comenzando con una nueva confesión.
—Me he liado con Amanda —había soltado, mientras se rascaba la barbilla con
aire
despreocupado—. Lo jodido es que no quiero que se entere mi hermana; paso de
rollos,
pero la chavala está encaprichada.
—¿La amiga de Leah? —había preguntado sorprendido.
—Ella es increíble. Es una tía muy divertida, pero no puede ser... —Había
sonreído por
algo que debía de estar pensando.
—¿Por qué? —había preguntado interesado, pero él parecía estar absorto en sus
pensamientos, y continuó con lo que fuese que le corroía, y que quería sacar.
—La primera vez que lo hicimos fue en el baño del apartamento. El polvo más
rápido y
con más morbo de mi puta vida. Había venido a estudiar con Brenda y mi
hermana. Yo
acababa de ducharme, cuando me estaba afeitando para irme a currar. Tan pronto
como
abrió la puerta del lavabo, sonrió al verme casi en pelotas y mojado. No pensé,
solo actué
guiado por mi polla. La hice entrar, cerrando la puerta con prisas. La estampé
contra la
pared mientras nos devoramos como desesperados. Le levanté la falda y le bajé
las medias a
la velocidad del rayo.
Bebió un gran trago de cerveza al tiempo que se limpió la boca con la manga sin
prestar

atención a nada ni nadie a su alrededor, como si solo fuese importante lo que me estaba explicando.

—Antes de que nos diese tiempo a pensar en lo que estábamos haciendo, cogí los pantalones del suelo para sacar un condón de mi cartera. Me lo enfundé. Se la clavé de una sola estocada —había dicho; yo ni siquiera pestañeaba, atento a la película porno que me había estado imaginando en aquellos instantes—. Nos besamos como locos en un intento de evitar que se escuchasen nuestros gemidos. Batimos todos los récords con aquel polvo a escondidas en el que casi nos pillan, al que le han seguido muchos más durante todo este tiempo.

—Max, esto es algo bastante íntimo. No deberías...

—La música es lo mío. Me pone muy cachondo, tiene un cuerpo diez. Pero la música va

primero. —Me había interrumpido, sin prestar atención a lo que acababa de decirle. Lo

miré: realmente parecía afectado por todo aquello, me supo mal por el tío.

Supuse que

confesarme aquel rollo le iba bien. Además, ¿quién era yo para juzgar a otros?

Le eché un

cable para aligerar la tensión del momento.

—¿Son incompatibles?

—Me gusta mucho, me pone a cien y está buenísima. Pero yo no me voy a quedar aquí

toda la vida, quiero largarme lejos. De Lawrence y del rancho. Quiero tocar en el

grupo,
seguir con esto y lanzarnos a la fama. No tener que volver allí... Ella apareció por error. Se me está tatuando en el alma. Guarda tanta mierda como yo. No somos buenos el uno para el otro.

¿Qué se suponía que debía añadir a aquello? ¿A qué mierda se había referido?

Por lo

visto, no era el único que ocultaba sus demonios en el armario. Pero ¿Amanda?

—¿Te refieres a que esconde algo?

—Sí, joder. Esto no debería haber ocurrido. Además, no voy a contarte nada más sobre

ese asunto. No insistas.

¿A mí qué me importaba? ¿Acaso le había preguntado yo? ¿Tenía cara de confesionario?

Lo observé detenidamente, buscando algo que responderle, pero en realidad a él parecía no

preocuparle demasiado lo que yo tuviese que objetar al respecto. El tío se había lanzado en

la noche de revelaciones, por lo que me había tocado el papel de sujeto pasivo.

Como si la hubiese invocado, apareció Amanda, que venía del baño, según dijo, saludándonos. Noté enseguida la mirada que ella le había dirigido a Max y la

tensión en el

cuerpo de él. Intenté desconectar de aquellos dos. Además, no podía obviar que lo que me

tenía demasiado ocupado era buscar a Leah por el local con la mirada como un desesperado: si su amiga estaba aquí, ella también. Cuando la hube localizado, me quedé

sorprendido. Un gilipollas de clase estaba tonteando con ella que daba gusto, el tal Simon,

el pardillo que hacía unas fiestas bastante sonadas.

Max me habló, pero yo estaba absorto en ver todo lo que hacían aquellos dos, con una

extraña sensación de posesión macho alfa que no sabía muy bien de dónde salía.

—¿Se puede saber qué cojones miras? —había preguntado Max.

Iba a contestarle cuando el tío le había apartado el pelo y la había cogido de la cintura.

Retuve el aire a la espera de que la besara. Noté cómo se me pusieron los huevos de

corbata.

—¡Mierda puta!

Max había salido disparado hacía ellos, sin darme tiempo a detenerlo. Me tocó bastante

la moral su reacción, primero por hipócrita. ¿Él podía estar liado con la amiga de su

hermana pero ella no se podía acercar a nadie? Pero en realidad lo que me había molestado

fue pensar que lo único que a mí me había frenado para ir allí y apartarla de ese tío era que

no tenía ningún derecho, que estaba mal, que no era nadie para hacerlo..., así como

tampoco lo era su hermano. Otra cosa era lo que mi instinto y mi cuerpo habían gritado.

Algo que no me había pasado en la vida.

«¿Celoso Nathan?».

Y de pronto se había liado.

Dejé de recapitular en mi mente lo que había sucedido esa noche. Entré de nuevo en el bar.

Fui directo hacia donde estábamos antes. Amanda seguía allí, y pareció sorprenderse de mi

presencia. No tenía tiempo de analizar el asunto, teniendo en cuenta que aquello no iba

conmigo; lo único que quería era dejarle las cosas claras a Max.

—Tú —dije, señalándolo—, quiero hablar contigo fuera, ya.

Salí y lo esperé. Sonreí cuando apareció con cara de querer matarme y con Amanda

corriendo detrás.

Fantástico, íbamos a tener espectadores.

—Deja de tratar a tu hermana como si fuese ganado, ¡gilipollas! —Lo empujé sin

demasiados miramientos.

Se quedó sorprendido, pero reaccionó rápido.

—¡Vete a tomar por culo! ¡No te metas! —Me embistió, consiguiendo desestabilizarme.

Tuvimos más gritos. Casi acabamos en pelea si no hubiese intervenido Amanda.

—¿Por qué no la dejas en paz? —continué después de intentar serenarme y algo más calmado.

—Lo ha pasado muy mal, joder —contestó con la respiración entrecortada y los puños apretados.

—Pues con tu actitud no ayudas precisamente. Tío, podría denunciarte si quisiese. No

puedes arrastrarla por ahí contra su voluntad, ¿es que no lo ves? No es de tu propiedad.

—Tiene razón —corroboró Amanda.

—Ya sabes lo que le pasó —justificó Max con la voz más baja, sin prestar atención a lo

que ella acababa de decir—. Cuando casi muere por su culpa se quedó completamente

destrozada. Le costó mucho volver a confiar en la gente. Ya no ha vuelto a ser la misma.

—Pero tiene que rehacer su vida —dije, molesto.

—Lo está haciendo, pero no necesita a un tío que se meta en medio para volver a destrozarla. No lo voy a permitir.

Max miró a Amanda y entrecerró los ojos, como si le molestase que ella fuese testigo de todo aquello.

—No puedes entrometerte en su vida así, no eres nadie para controlarla y manejarla a tu antojo, ella es libre —censuré.

—Es increíble... ¿De verdad actúas así con tu hermana? Pensaba que eso de ser un capullo solo lo hacías con las tías con las que te enrollabas —soltó Amanda, que lo dejó alucinado.

—Soy su hermano mayor; mi deber es protegerla —escupió Max con rabia hacia ella.

—Eso es una excusa de mierda —contestó Amanda, cada vez más enfadada con él—.

Puede que solo seas capaz de demostrar lo imbécil que eres con aquellos que sabes que no se van a enfrentar a ti.

Los observaba como en un partido de tenis; percibí que ya no hablaban solo de Leah,

por lo que intercedí antes de que saliera algo de lo que no me apetecía nada ser testigo:

—No te equivoques, Max; eres su hermano mayor. Creo que tu deber es apoyarla, protegerla si es necesario, pero no de la forma en la que lo estás haciendo.

—¿Y tú qué narices tienes que decir en todo esto? —bramó. Su rabia rebosaba ante el

ataque conjunto de Amanda y míó—. ¿Acaso eres de la familia? ¿Te han adjudicado un

papel de ángel de la guarda o algo así?

—Max, frena un poco —le dijo Amanda bastante cabreada.

—Soy su amigo, motivo por el que no pienso tolerar ningún acto de ese tipo nunca más,

¿me has entendido? —le contesté.

—¿Me estás amenazando, Nathan? —dijo con voz contenida, acortando la distancia que

nos separaba para intimidarme.

—Entiéndelo como te dé la gana. Solo te estoy advirtiéndote de un hecho. Trátala bien,

escúchala, habla con ella, intenta acercarte de otra forma. Así solo consigues alejarla y

perder su confianza. La mejor forma de protegerla es ganarte su respeto; déjame señalarte

que ahora mismo esa palabra no entra dentro de la opinión que ella tiene de ti.

—Nos ha salido otro listo como el jugador de baloncesto; brillante, deportista, guapo y

perfecto..., hasta que la jodió, dejándola hundida.

No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Me estaba comparando con aquel hijo de

puta, con su ex? Aunque si sopesaba mi pasado...

—Mira, Max, creo que no estás enfocando esto de la forma correcta. Sentaos a hablar

los tres. No sé, tratad de llegar a un acuerdo con ella, decidle lo que os preocupa... —

Intenté que entrara en razón mientras Amanda nos observaba con atención.

—¿Te gusta? —interrumpió él, sin dejarme acabar.

—Puf... —resopló Amanda.

—Sí —respondí, enfrentándome a él con la barbilla bien alta. No pensaba dejar que le quedase ningún tipo de duda.

—Aléjate de ella, niño bonito... —me advirtió, tan cerca del rostro que casi notaba su aliento.

—¿Y qué si no quiero? —espeté.

—¡Vas a querer, porque, si no, te voy a partir la cara, gilipollas! —exclamó.

Lo empujé de nuevo dispuesto a pegarle un puñetazo. No sabía de dónde salía toda esa

agresividad, pero fluía que daba gusto. Había sobrepasado todos mis límites; lo sabía

porque estaba a punto de estallar.

—¡Basta! ¡Los dos! —gritó Amanda, casi llorando.

—No te metas, Am —dijo Max bastante serio, sin levantar la voz.

—Por supuesto que me meto. ¿Quieres arreglar las cosas a golpes? ¿Es así como funcionas, Max? ¿No tienes otra forma de actuar? —contestó ella.

—¿De qué hablas? —escupió, esta vez más furioso—. ¿Te atreves a juzgarme? ¿Tú?

Creo que no eres la persona más adecuada para opinar sobre los demás... —arremetió

contra ella, que pareció sorprendida ante sus palabras.

—No sigas por ahí... —le advirtió Amanda con rabia.

—¿No? —rio Max, con una carcajada que me heló la sangre. Comencé a ponerme

nervioso, porque aquello no me gustaba un pelo—. ¿Qué tal si le contamos a Nathan a qué

te dedicas en tu tiempo libre?

—¡Cállate! —gritó ella, sobresaltándose—. Me lo prometiste.

Vi cómo Max fruncía el ceño muy molesto. Estaba siendo testigo de una bronca de

pareja, y no me apetecía saber nada más al respecto. Bastante tenía yo con mis mierdas.

—¡Has jugado sucio! —bramó de nuevo Max; tuve que acercarme a él para recordarle

que estaba allí—. ¡Me has utilizado! Ni siquiera has sido capaz de explicármelo nunca.

¡Joder! ¿Qué quieres de mí? ¿Que te suplique? Pues puedes esperar sentada.

—¿Es por eso? ¿Toda esta mierda es porque no te lo he contado? —dijo ella.

—Me importa un carajo, quédate tranquila. Soy un hombre que cumple sus promesas:

tu secreto se irá a la tumba conmigo.

—Eres un imbécil.

—Yo no soy el que oculta nada, Amanda. Creo que, en todo caso, aquí la que ha mentido has sido tú.

—Pensaba... pensaba que era yo. Que había algo en mí... —dijo ella algo más triste,

como si la ira se hubiese aplacado—. Por suerte, los errores te hacen abrir los ojos.

—Bueno, en tu caso las piernas —soltó él, con una mirada tan gélida que me traspasó.

—Sí, no voy a culparte a ti de eso. —Vi cómo él sonreía satisfecho. Se me encogieron

las pelotas—. Me doy pena por haberlo hecho. ¿Qué soy para ti, Max?

Observé conteniendo la respiración a la espera de su respuesta. Recé para que fuese

delicado. Amanda era joven, pero en aquel momento me dio la impresión de ser una

persona que había pasado mucho y que no se amilanaba ante situaciones duras.
La admiré,

allí de pie, imponente, enfrentándose a Max con unas agallas increíbles. Chascó
la lengua y

sonrió con ironía cuando se dio cuenta de que no iba a contestarle.

—Tú —dijo ella, señalándolo con furia renovada—. Deja en paz a tu hermana.

Ocúpate

de tu vida sin pagar tus frustraciones con el resto. ¡Maldita sea! No pienso
tolerar esto ni un

minuto más. Por mi parte, tú y yo hemos acabado. Búscate a otra que te
satisfaga. Me he

cansado de ser tu muñeca hinchable. Y tú —me apuntó con el dedo, dejándome
parado—.

Haz el favor de asumir lo que sientes por Leah y deja de dar vueltas de una vez.

¡Hombres...!

La miré alejarse con un enfado alucinante. Sus palabras, que me habían golpeado
con

fuerza, me hicieron reaccionar. ¿Qué estaba haciendo? ¿Intentaba evitar una
situación

violenta con otra? ¿Me había comportado fatal con Leah porque estaba celoso?

Me daba

asco. Estaba tan enfadado conmigo mismo que había perdido el objetivo central
de todo

aquello, que era ayudarla a ella.

Decepcionado, me giré hacia Max, que observaba a Amanda alejarse con los
puños

apretados y una expresión que jamás le había visto antes.

Me largué.

10

SALVÁNDOME

LEAH

Necesitaba convencerme a mí misma de que no vivía una especie de pesadilla. ¿Qué les ocurría a todos los tíos que me rodeaban? No estaba por la labor de dejarles pasar nada a ninguno de ellos. Ni de broma iba a consentir una falta más de respeto por parte de mi hermano. En cuanto a Nathan —suspiré—, bueno, Nathan era un tema delicado. No podía ser consecuente con lo que pensaba. Me dejaba guiar por mis emociones con él, hecho que me fastidiaba muchísimo. Yo era una persona muy racional y equilibrada en cuanto a cuestiones sentimentales. Ya no era la chica engañada de hacía un tiempo; estuve muy afectada por lo que me ocurrió con mi ex, Jordan. Aquello había quedado atrás, y no pensaba volver a las andadas. Por eso no era capaz de comprender qué era lo que me estaba pasando, por qué actuaba de una forma y pensaba de otra. Con respecto a mi hermano... La cosa podía ser sencilla de solucionar si hubiese aparecido por casa, pero no había rastro de él. Estuve esperándolo toda la mañana del

domingo. Di por sentado que no vendría por allí hasta bien entrada la noche, cuando comí con Thomas y no dio señales de vida. Esa tarde tenía turno en el bar. Quería hacer algo, eso estaba claro, pero antes debía solucionar otra cuestión más apremiante, que no era otra que hablar con mis amigas y ponerlas al día sobre mi desaparición la noche anterior.

Mientras caminaba hacia la residencia de estudiantes donde ambas tenían su habitación, comencé a darle vueltas a cómo iba a contarles todo. Rememorar la noche anterior me revolvió el estómago; noté cómo la bilis trepó por mi garganta hasta tal punto que cuando llamé a la puerta de mis amigas creí que iba a vomitar.

Amanda abrió la puerta; su sonrisa se borró al instante en cuanto me vio. Debía de tener muy mal aspecto por cómo me notaba de mareada; parecía como si la comida que había ingerido hacía dos horas estuviese de fiesta en mi estómago dispuesta a salirse por la boca.

—¿Te encuentras bien, Leah? —preguntó.

Negué con la cabeza, incapaz de articular palabra; me senté en la cama de Brenda, que apartó rápidamente parte de sus cosas.

Supuse que debía decir algo, ya que el silencio se podía cortar. Ya se me habían pasado las náuseas, e intentaba frenar mis cavilaciones, que iban a mil por hora. Era algo que me sucedía cuando estaba nerviosa, como en aquel momento. Las confidencias no

eran mi
fuerte.

Al aparecer la imagen de Nathan en mi mente, olvidé el resto de cuestiones importantes que quería aclarar con ellas. El único pensamiento recurrente era él. ¿Cómo explicar que te

estás enamorando de un chico que solo quiere ser tu amigo?

De la peor forma posible.

—Me he besado con Nathan —dije.

Todavía hoy intento averiguar por qué solté aquello a bocajarro a mis dos amigas, que se quedaron con la boca abierta unos segundos antes de iniciar una rueda de preguntas demoledora.

—¿Perdona? —consiguió preguntar Brenda tras dejarse caer en la otra cama.

—Lo imaginaba... —dijo Amanda.

—¿Y por qué parece que no es una buena noticia? —apuntó la pelirroja.

Les conté mi experiencia traumática con mi exnovio. Hablar de aquello no me gustaba,

sobre todo porque supuso un antes y después en mi vida.

—Sucedió en una fiesta del instituto en Wichita —suspiré—. Mi hermano Thomas y yo

estudiábamos juntos. Ese año comencé a salir con su mejor amigo, Jordan, un deportista

nato, buen estudiante, guapo y con un futuro prometedor. Aunque Jordan escondía un

secreto, cosa que descubrí demasiado tarde. Confiaba plenamente en él, por eso cuando me

colocó su chaqueta porque tenía frío y se fue a buscar algo de beber, nunca imaginé que las

pastillas que llevaba en el bolsillo, las mismas que le había visto tomar tantas veces, no eran calmantes para el dolor.

»Tenía el período. No sé vosotras, pero yo me suelo poner bastante enferma —asintieron—, con lo que tomar uno de aquellos calmantes me pareció una idea estupenda.

Desperté al día siguiente en urgencias, con un caos en mi familia, en la familia de Jordan y más adelante en el instituto.

—¡Joder! —exclamaron las dos.

—Las pastillas resultaron ser droga que tomaba de forma habitual —continué ante su

cara de asombro—. Me provocaron un *shock* al ser alérgica a uno de los componentes; casi

muerdo aquella noche. Estuve hospitalizada una semana, con el cuerpo cubierto por una

horrible urticaria que tardó semanas en desaparecer. Pero lo peor no fueron las secuelas

físicas. Lo más doloroso fue reconocer que había entregado algo más que mi virginidad a

una persona que me había engañado a mí y a todos.

—Mierda, Leah..., qué fuerte —dijo Amanda muy afectada—. Ahora encaja todo...

No entendí muy bien qué quiso decir con eso, pero estaba lanzada y decidida a desahogarme con ellas. Añadí todo lo ocurrido con Nathan, las idas y venidas, los «sí, pero

no» y los mensajes contradictorios del roquero, sus misterios, todo... Me desahogué. Sentí

como si me hubiese quitado un enorme peso de encima una vez hube soltado todo el

lastre.

—¡Joder! —silbó Brenda de una forma muy poco femenina—. Al fin entiendo muchas

cosas. Pensaba que lo tuyo era por provenir del centro de Kansas. —Se levantó. Después,

comenzó a pasear por la habitación hablando en voz alta—. Veamos, ¿estás así porque

sientes algo por Nathan pero él no se decide o porque te da miedo arriesgarte? Asentí ruborizada. Había resumido en dos preguntas todo mi calvario.

—¿Puedo decirte algo? Vive, Leah; tú mejor que nadie deberías saber lo que significa la

palabra «volátil». Solo tenemos una vida, y a veces es breve. ¿Y Nathan? ¿Has pensado en

él?

—¿Qué quieres decir? —pregunté sorprendida.

—Qué cortita eres, Leah —bufó—. Pues que le gustas, y mucho; no hace falta ser una

eminencia para verlo.

Si ellas supieran que yo era una especie de genio por desarrollar, me darían una colleja

directamente. Pero en esos momentos lo que menos me apetecía era explicárselo.

—Yo también lo creo, Leah. No hay más que ver cómo se preocupa por ti y cómo te

mira, mataría por tener a... —se interrumpió Amanda, avergonzada, buscando un hilo

inexistente en su blusa que se quitó para disimular—. En fin, solo tienes que analizar cómo

actuó anoche.

Se me encogió el estómago en cuanto sacó el tema por el que precisamente había ido allí

a hablar con ellas.

—¿A qué te refieres, Am? —Ella solo había visto el número que había montado mi

hermano. Nathan había sido correcto ante ella, intentando separarnos.

—Haz el favor de no ponerte hecha un Cristo. Te conozco, por lo que ya sé de lo que

eres capaz.

—¡Venga, Amanda, desembucha! No comiences con las frases a medias. No lo soporto

—la azuzó Brenda.

Me estaba poniendo enferma por momentos a la espera de que contestara.

Amanda se

había quedado blanca como el papel.

—Me refiero a cuando fui al lavabo y os dejé en el patio —contestó a Brenda a regañadientes—. Max y Nathan estaban allí; pasé a saludarlos cuando salía del baño. En

cuestión de segundos Nathan se puso tenso; Max le preguntó qué le ocurría.

Entonces —

continuó— vio a Leah, que estaba hablando con Simon. El pobre desgraciado tuvo la

brillante idea de cogerla de la cintura. Su hermano salió disparado hacia ellos.

No nos dio

tiempo de retenerlo ni de decirle que no estaba haciendo nada malo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué me pierdo siempre estas cosas? Y lo que es peor, ¿por qué no

estoy informada sobre ello? Sois las peores amigas del mundo —dijo Brenda, molesta—,

las dos.

—¿Porque estabas demasiado ocupada hablando con el tipo ese de Greenpeace que te

pone tanto, ese al que acompañas a todas esas historias? —respondió Amanda.

—No me gusta; lo ayudo, que es muy diferente, Am, no va por ahí la historia — contestó—. Vale, entonces ¿qué pasó?

—Pues que se lio. A lo grande. Max la trajo prácticamente a rastras y discutieron, hasta

que ella se marchó. —Me señaló con la barbilla, avergonzada.

—¿Y? —la animó Brenda, para que continuara.

Amanda se quedó en silencio, y deduje que quería que siguiera yo con la conversación.

—¿Pasó algo que deba saber, Amanda? —pregunté con miedo a conocer la respuesta.

Amanda se quedó en silencio un buen rato. Pensaba que no iba a hablar, aunque lo

hubiese preferido, porque las siguientes palabras me dejaron helada.

—Nathan regresó después de ir tras de ti. Había pasado un buen rato, por lo que no

esperaba verlo de nuevo. Me entró el pánico cuando le dijo a tu hermano que saliese fuera;

aquello parecía sacado de una película. De verdad, había tanta testosterona colisionando

que me estaba ahogando —explicó con los ojos húmedos—. Discutieron fuerte, se

empujaron. Tuve que intervenir hasta dos veces, porque pensaba que se iban a liar a tortas

allí mismo.

No podía respirar. ¿Nathan se había enfrentado a mi hermano por mí?

—Yo no tenía ni idea de nada, Leah. Lo siento..., tu hermano es... Y, bueno, Nathan

actuó como un héroe. Si la situación no hubiese sido aquella, el motivo de la disputa, digo,

habría sido todo muy romántico.

Comenzó a llorar desconsolada. Brenda me interrogó con la mirada, bastante sorprendida por su reacción. Estaba demasiado afectada para tratarse de una riña entre

colegas. La dolida debía ser yo: allí había algo más.

—Amanda, ¿por qué seguías con mi hermano cuando llegó Nathan? —pregunté, directa, cuando una idea comenzó a rondar mi mente y até cabos.

Mi pregunta la sobresaltó.

—No fastidies... —dijo Brenda con una expresión parecida a la que yo debía de tener,

cuando la llantina la atacó.

De pronto comprendí algo que había percibido hacía tiempo. La abracé hasta que se

calmó. Brenda fue a buscar una caja de pañuelos.

—Soy muy mala persona, sé que debería haberos explicado esto antes... —Se interrumpió cuando el llanto la abordó de nuevo.

—Tranquila, Am. —Brenda la acarició en la espalda.

—Él no quería que... —Hipó sin poder controlar las lágrimas. Se me retorcieron las

tripas. Maldito Max—. Yo no debería, pero... pero... me gusta mucho...

Estaba hecha una furia. Por todo. Max se había liado con ella, joder, era una de mis

mejores amigas. El muy idiota me controlaba hasta la saciedad, y no tenía otra persona con

la que fastidiarla que con ella. Era la peor idea del mundo. Amanda parecía destrozada.

—Amanda, ¿estáis saliendo? —insistí, aun a sabiendas de cuál era la respuesta.

Mi

hermano tenía eliminada esa palabra del vocabulario. Dudaba que Amanda supiese su

historial y cómo actuaba Max. Mucho me temía que los dos no estaban en la misma onda.

Tuve que hacer un gran esfuerzo por contener la rabia.

—No, nunca. Vamos, ya no tenemos nada, anoche lo dejamos...

—¿Fue de mutuo acuerdo, cariño? ¿Estás bien con eso? —preguntó Brenda con una sonrisa dulce.

Negó sin poder dejar de llorar.

—Solo ha sido sexo, yo... yo pensaba que... —Hipó—. Es culpa mía, yo fui quien provocó esto, lo nuestro... Tu hermano intentó que no ocurriera. —Sonrió con melancolía; me fastidió descubrir que Amanda sentía algo profundo por él—. La cuestión

es que yo estaba en el lugar equivocado, el día equivocado. Como en las películas de sobremesa. Él fue un caballero...

—Am... —interrumpí.

—No, déjame acabar. Esa noche lo fue, te lo aseguro. En todo caso, yo debería ser la que se avergonzara..., pero eso ahora no viene al caso. Todo se precipitó, no nos pudimos

resistir, bueno, hay algo que Max descubrió sobre mí... —Se sonrojó como nunca la había

visto hacerlo; nos quedamos bastante sorprendidas ante su reacción—. Me disculparéis,

pero no voy a hablar ahora sobre eso, no estoy preparada.

—Tranquila, cielo, no vamos a juzgarte —dijo Brenda.

—Deberíais, os lo aseguro. —Tomó aire y continuó—: Desde ese preciso instante las

cosas cambiaron entre nosotros; Max se volvió frío y esquivo. No lo culpo,

pero... pero

eso no hace que duela menos.

—¿Frío nivel «paso de ti» o frío nivel «cortante como el hielo»? —Insistió la pelirroja al

ver que no continuaba.

—Bueno, me insinuó, al yo decirle que los errores te hacían abrir los ojos, que en mi

caso lo que me hicieron fue que me abriera de piernas. Eso es frío nivel ¿qué?

Lo vi todo rojo. Max había sobrepasado todos los límites. No podía permitirlo.

Se lo

debía a mi amiga, me lo debía a mí misma.

—Mi hermano es un gilipollas redomado al que voy a arrancar las pelotas.

Me levanté sin escuchar lo que ambas me decían. Me pareció oír a Amanda

suplicar

algo, como que no se lo iba a perdonar. En realidad me daba igual; estaba

determinada a

encontrar a mi hermano y acabar con algo que hacía tiempo debería haber hecho:

ponerlo

en su lugar.

Una hora después, más cabreada y con un dolor de pies de aúpa, todavía no había

conseguido dar con él. Su móvil, como era costumbre en el paleta de mi

hermano, estaba

apagado. En el fondo, no había dejado de actuar como lo hacía en el rancho:

ahora solo

había cambiado las reses por personas; pensaba que con cuatro gritos y

empleando fuerza

bruta podía funcionar igual.

El último lugar que me quedaba por revisar era el nuevo local de ensayos; sopesé

la idea

unos segundos. Ir enfadada como un bisonte enfurecido no me iba a dejar en muy buen lugar ante el resto de componentes del grupo, pero, sinceramente, me daba igual. Esto se había convertido en algo que debía solucionar ese mismo día, como si mi vida dependiese de ello cuando había estado dejando pasar años y años de presión y vigilancia extrema por su parte, hasta el punto de ser insoportable después del accidente con las pastillas de mi ex.

Mi hermano no sabía lo que era la diplomacia, ni la elegancia, y mucho menos saber estar. Las cosas solo funcionaban de dos formas según él: como decía Max o como decía Max. Por eso se llevaban tan mal él y mi padre. Pese a que nuestro progenitor era un trozo de pan, había cosas por las que no pasaba, y supongo que, llegado el momento, estalló.

Ahora el rancho iba peor, porque había que admitir que Max era el mejor llevándolo, pero mi familia seguro que estaba más tranquila. No tanto nosotros, que sufríamos a Max día y noche, pero se había acabado: Leah Kline le iba a dejar claras unas cuantas cosas a ese palurdo sin sentimientos incapaz de ver más allá de su ombligo.

Llegué al local bastante tarde y agotada física y mentalmente. Sonaban los acordes de una canción nueva, o por lo menos yo no la había escuchado antes. Entré a las bravas. Me detuve cuando me recibió la visión de Nathan, con un jersey de lana negra

ajustado. Estaba
sentado en el suelo, y cantaba mientras tocaba la guitarra. Allí no había rastro de
mi
hermano, ni del resto del grupo. Permanecí en silencio, escuchándolo,
hipnotizada por su
voz. Tenía un tono rasgado que hacía que se me erizara el vello del cuerpo;
transmitía tanto
con ella que estaba segura del gran potencial que tenía. Era único. No entendía
qué hacía
perdiendo el tiempo con un grupo *amateur* cuando podía estar cantando de
forma
profesional.
Sin darme cuenta, mi enfado se había evaporado. De nuevo el «efecto Nathan»
actuaba
como un bálsamo en esta fiera embravecida.
Estaba observándolo, con miedo a romper la magia del momento. La letra de
aquella
canción era preciosa; hablaba de alguien que sufría en silencio, de un sonido en
la mirada,
de la emoción que le transmitía su sola presencia. Parecía un amor puro, limpio y
único, y
su voz rasgó el silencio de los acordes de su guitarra.

Nada es fácil, estás tan lejos...

Tus ojos no sonrían, y yo muero por dentro.

Cada día estoy más confundido, atrapado e indeciso.

Siento que un muro nos separa, un abismo de sueños rotos.

Quiero ser quien los recomponga, quiero hacerte feliz.

Necesito que encuentres el camino de baldosas amarillas que te guíen hacia mí.

Solo tú sabes hacerme sentir.

Solo contigo he sido capaz de volver a reír.

Me das más de lo que nunca sabrás.

Cuando me miras suena música,

*y yo muero por el sonido de tu mirada...
Ahora que ya sonrías, tengo miedo a perderte.
La luz ha llenado mi vida y no quiero que se apague.
Cada vez que tu mirada me ilumina, soy feliz.
¿Es amor esto que siento?
No sé cómo demostrarte que sin ti muero.*

¿A quién le dedicaba esas palabras tan bonitas? ¿Quién era la afortunada a la que le

regalaba música para el alma? ¿Dónde estaba anoche el chico que tenía ahora frente a mí, dejándose la piel en aquella canción?

No me di cuenta de cuándo acabó de cantar, ni de las lágrimas que anegaban mis ojos

hasta que todo estaba borroso. Él se había enfrentado a mi hermano por mí.

Había sido un

idiota conmigo, sí, pero algo debía de importarle para hacer lo que había hecho.

Nathan dejó la guitarra en el suelo; se levantó con sumo cuidado, como si temiese que

saliera huyendo de allí. Se había dado cuenta de mi presencia en cuanto abrió los ojos al

acabar la balada. Intenté huir, pero no podía moverme; estaba agotada y muy triste. Acortó

la distancia que nos separaba y me tomó entre sus brazos. Me embriagué de su olor

masculino, de su característico perfume y de su protección.

—¿Qué tienes, Leah? —Me apretó más fuerte, como si intentase recomponer mi corazón roto—. Cuéntame qué te preocupa. Yo... Lo siento, anoche fui un completo

imbécil. ¿Es por eso? ¡Oh, Dios! Dime qué tienes. Estoy aquí, te tengo.

Como si nada más fuese importante y el resto de problemas ya no existiesen.

Como si

todo lo negativo entre nosotros hubiese desaparecido por arte de magia. Al fin
había

encontrado la paz en aquel chico introvertido que me ofrecía tanto con un solo
gesto.

Rompí a llorar. Intenté decirle qué me ocurría, qué me apenaba, pero un nudo en
la

garganta me impedía hablar. Me meció al compás de una canción que comenzó a
tararear

en voz baja, esperando a que mi tormenta particular amainara, con suma
paciencia.

Acariciaba mi pelo, mientras guiaba mis torpes pasos. Éramos una maquinaria
perfectamente engrasada en la que él ponía los acordes y yo, las letras. Lo miré a
los ojos,

que me decían tanto, consiguiendo regalarle una especie de sonrisa torcida.

—Lo siento, Nathan. Siento que hayas tenido que enfrentarte a mi hermano por
mi

culpa. —Bajé la mirada avergonzada. Me tomó de la barbilla para que lo
volviese a mirar.

—Ni se te ocurra disculparte conmigo por eso. Quiero que confíes en mí, que me
cuentes qué te ocurre. Quiero ayudarte a solucionarlo. —Me besó suavemente en
cada

mejilla, limpiando las lágrimas que aún quedaban en ellas con sus labios.

Aquel gesto me dejó descolocada, pero no tuve tiempo de pensar en ello. Antes
de

darme cuenta, había tomado mi rostro entre sus manos y me miraba fijamente.

Necesitaba saberlo todo, desahogarme, hacerle partícipe de mis miedos, de mis
sentimientos. Estaba cansada, pero ya era hora de poner las cartas sobre la mesa.

—¿Qué pasa con nosotros, Nathan?

Percibí la lucha, reconocí el dolor, la rabia, y finalmente la pérdida de
determinación en

su expresión. Las emociones se reflejaban en su rostro. Reconocí el instante en que dejó de resistirse. Sus ojos azules me atravesaron con una intensidad que hicieron que mis rodillas se aflojasen.

—Todo, Leah —gimió cuando me apretó más contra su cuerpo como si quisiese fundirnos—. ¿No lo ves?

Y me besó.

11

LA RAZÓN

NATHAN

Leah, el error más bonito de mi vida. ¿Cómo podía resistirme si mi cuerpo entero pedía a gritos su contacto? Imposible. Desde el momento en que la tomé entre mis brazos, supe que estaba perdido. Me acogió con una ternura infinita y me empapé de su aroma. Era como cantar, coger olas con mi tabla de surf y conducir mi moto, todo junto, aunque ni siquiera se acercaba. Sentía cada parte de mi cuerpo reaccionar al suyo. Respirarla como si me faltase el aliento sin ella y venerar su mirada empañada por el dolor hasta hacerla olvidar. Lo quería todo, sin medida. Sabía que no podía pedírselo, aunque me moría por ello, porque yo no podía corresponderle. ¿Qué puedes ofrecerle a la persona que ha puesto tu mundo del revés y te ha hecho volver a sonreír, si estás incompleto? «—¿Qué pasa con nosotros?». «—Todo». Y la besé. Sin remedio para ninguno de los dos. Porque ya no había nada que pudiese hacer para impedirlo. Porque estaba cansado de luchar y porque todas las

excusas eran una
ofensa para aquella chica valiente, que no me había abandonado pese a haber
sido un
cretino con ella.
Ella era mi mejor canción. Rozaba rincones de mi alma podrida con su sonrisa y
los
hacía bonitos. ¿Cómo iba a sobrevivir cuando esto se acabara? Porque tenía
claro que en
cuanto ella descubriese lo que había sido y lo que había hecho, saldría huyendo.
Le di un beso, tierno, suave, tan ligero que apenas me había acelerado el
corazón,
dejándole espacio e intentando ir lento, pero, para mi sorpresa, ella no pensaba
igual que
yo. Me sujetó del jersey y profundizó en el beso. Nuestras lenguas se enredaron,
las
respiraciones iban tan aceleradas como nosotros. Si me hubiesen dicho hacía un
tiempo
que un solo beso conseguía hacer aquellos estragos en un momento, no me lo
habría
creído.
Era ella y punto. Cada vez que la tocaba, mi cuerpo reaccionaba como si
estuviese
dispuesto a pegarse un banquete y Leah fuera su mejor manjar.
La acerqué algo más cogiéndola por la cintura; noté cómo sus dedos me
acariciaban por
la nuca hasta enterrarse en mi pelo, que me había crecido algo esos días. Me
produjo un
escalofrío que me hizo ponerme duro al instante.
Sed de Leah; estaba ávido de ella y quería más. No podía dejar de pensar en ello
a todas

horas. Sabía que era un cretino, porque no la merecía. Pero me había vuelto un egoísta.

Debería haberme dejado llevar, pero por una vez en mi vida fui consciente de la situación. Estaba llorando hacía escasos minutos, bastante afectada, por lo que no me iba a

aprovechar. Quería merecerla y comenzar a comportarme como un tío adulto en el que

podiese confiar. Era lo que ella necesitaba.

Apoyé mi frente en la suya a la vez que le sonreía. Qué guapa era... Estaba para comérsela, con los labios hinchados, incluso con los ojos irritados por las lágrimas.

—¿Te puedo ayudar? Cuéntame qué te ocurre, Leah. —Me abrazó fuerte; tomé una

respiración honda, absorbiendo su olor.

—No quiero hablar de eso ahora.

—Pero deberías. —Sonreí; le di un beso en la cabeza, que todavía tenía apoyada en mi

pecho—. ¿Has discutido con Max?

Solo pensar en que ese capullo le hablase mal me ponía malo, pero tenía que contenerme: era su hermano.

—¿Sabes? Venía dispuesta a pegarle una patada en las pelotas, literalmente.

La sacudí con mi risa.

—No creo que esa sea una buena solución. —Se hizo el silencio unos segundos hasta

que emitió un largo suspiro—. ¿Y se puede saber por qué? ¿No habéis hablado todavía?

—No lo he vuelto a ver desde anoche. —Cuando levantó la cara me enfrentó con el

ceño fruncido, pensativa—. ¿Cómo es que eres su amigo? No tenéis nada que ver, venís de

mundos distintos. Es todo tan extraño...

—No lo es; queremos lo mismo, solo que cada uno lo defiende de forma diferente.

Abrió la boca sorprendida. Me abrazó de nuevo, haciéndome sentir el cabrón con más suerte del mundo.

—Es tarde. No he avisado a Thomas porque me he quedado sin batería.

—¿Quieres que te acompañe? —Sonreí cuando afirmó con la cabeza. Se la veía agotada.

Realizamos el camino de vuelta al piso que compartía con sus hermanos en un silencio cómodo.

Cuando detuve el coche frente al apartamento, suspiró de nuevo, una exhalación profunda que hizo que se me encogiera el estómago. Joder, no soportaba verla así.

—¿Quieres que entre contigo? Puede que ya esté Max en casa. —No me miraba, y yo estaba aferrado al volante, tan fuerte que tenía los nudillos blancos.

—No es necesario; te lo agradezco, pero debo solucionar esto yo sola.

Asió la manilla de la puerta del coche y abrió. Sentí como si me apretasen las pelotas.

Sabía que aquella era una movida familiar, pero un instinto que no sabía muy bien de

dónde provenía me empujaba a saltar del coche y tirar la puerta del apartamento abajo.

—Pero tú no estás sola.

Vi la confusión reflejada en su expresión hasta que apareció una determinación increíble. Aquella chica era más fuerte de lo que podía parecer a simple vista.

—Hay mucho más, no es solo por mí. ¿Sabías que él y Amanda estaban enrollados?

Aquella historia nunca me debería haber preocupado. Ambos eran adultos y consecuentes con lo que hacían. Estaba al tanto de lo suyo por la confesión de él y la posterior discusión de la que fui testigo de forma accidental. Estuve presente cuando todo había acabado entre ellos.

—Lo sabía. —Tomé aire para intentar relajarme; Max y sus historias me agotaban—.

Pero no era cosa mía explicarte nada.

—Por supuesto que no, es solo que... —dio un rápido vistazo al apartamento y me enfrentó de nuevo— se ha comportado como un cretino con ella. No sé qué le ocurre, qué pasa por su mente...

»Imagino que debes de saber la historia, el porqué de su comportamiento hacia mí y esa excesiva protección —continuó tras un largo silencio; asentí sin interrumpirla—.

Pero

déjame aclararte que antes de que sucediese lo de mi exnovio, él ya era así conmigo; eso

solo le ha ofrecido la excusa perfecta para poder dar rienda suelta a este comportamiento

insano; ya estoy harta. Además de cansada y triste. Max no entendía que no era esa su

función. No sabía en qué momento había dejado de jugar con nosotros y ser el niño

travieso que ideaba trastadas con Thomas y conmigo a convertirse en mi peor pesadilla.

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. No voy a consentir que te haga daño,

no voy a dejar que nadie más lo haga. —Tenía que decírselo, porque no iba a permitir más

mierda por parte de su hermano.

—Ojalá pudieras enmendar todo el sufrimiento, pero eso es imposible, Nathan —dijo

con la cabeza apoyada en mi pecho.

La estreché con fuerza antes de que se reincorporase de nuevo.

—Pequeña Gale, no puedo deshacer el pasado, pero sí puedo acompañarte en el presente. Creo que deberías hablar en serio con él y explicarle cómo te sientes.

No es un

mal tipo, solo creo que está algo perdido.

—Pues una buena patada en el culo —señaló con un guiño adorable que me hizo reír—

lo va a hacer entrar en razón de golpe.

—Anda, trasto —reí cuando al fin parecía algo más relajada—, habla con él.

La besé en los labios. Un leve y sutil beso que casi ni se podía catalogar como tal, pero

que tuvo en mí un efecto único. La observé mientras entraba en el apartamento.

No pensaba renunciar a nosotros, no me retiraba. Y guardé ese pensamiento, que me

llamaba desde el rincón adonde lo había apartado antes.

«La pregunta es: ¿eres lo suficientemente bueno para ella?».

Lo peor era que sabía la respuesta...

Volver a visitar a Norma, mi terapeuta, tras haberme dado el alta hacía meses, podía

parecer un paso atrás. Pero, en mi situación, nunca debía bajar la guardia. No podía

permitirme despistarme, porque para mí un fallo suponía mi ruina.

Recordé cuando pensaba que yo controlaba. Ni siquiera había sospechado que tenía un

problema, porque vivía en mi burbuja. Cuando íbamos a tocar, la adrenalina que me provocaba subirme al escenario era una pasada. Muchas veces, el calor de los focos o el local abarrotado hacían que bebiese bastante. Las cervezas volaban, y las sudaba entre estribillos y acordes que me erizaban la piel. Si bebía, cada vez se daba más el momento de ir al lavabo a meterme un tiritito, pero estaba tranquilo: lo seguía teniendo controlado.

La espiral de movidas había llegado sin avisar. Porque nadie te prevenía de que la fiesta se había acabado; lo reconocías cuando el *crash* te golpeaba fuerte y te decía que le dieses caña a tu cuerpo, que los efectos se habían evaporado cada vez más rápido y que aquello que habías volcado de tu bolsillo se quedaba corto.

Pero yo controlaba...

«Colega, estás jodido».

Ese había sido el mensaje.

¿Cómo acababa un tío de familia acomodada que lo había tenido todo en la vida, sin

problemas aparentes, enganchado a la bebida y la coca?

Ni puñetera idea.

Miré a Norma, que me sonreía, sentada en el sillón de piel negra que conocía de memoria. Aquella mujer serena, con el pelo peinado con rastas y sus peculiares túnicas,

esperaba a que comenzase a hablar.

Rememoré el primer día que la vi. No tenía demasiada fe en que funcionase, pero era la

condición por la que finalmente me decidí a venir a Lawrence. Mis padres, junto a mi abuela Denise, habían buscado información antes de entrevistarse con ella. Era una de las mejores en tratamientos de adicciones. Una especie de gurú en el campo de la terapia cognitiva-conductual para prevenir recaídas. Yo llegaba con el embalaje nuevo. Recién salido de fábrica, como quien decía. Había acabado la pesadilla de juicios, que, junto al proceso de desintoxicación, había supuesto una espiral de movidas muy duras para todos.

Las recaídas solo habían sido la punta del iceberg, porque una persona dependiente podía ser autodestructiva consigo y con su entorno de una forma demoledora. Y, en mi caso, me empleé a fondo en ese aspecto.

Norma carraspeó y llamó mi atención.

—Supongo que no has venido para comprobar cómo está mi enorme trasero. —
Sonrió.

—Sigues estando casada, Norma. Contrólate... —La hice reír, consiguiendo destensarme. La tía sabía trabajar, joder, le debía mucho—. Últimamente no ando muy fino.

—Define «fino» —entrecomilló con los dedos morenos y rellenos alrededor de su cara redonda.

—Digamos que pienso demasiado en lo que no debo pensar.

—Pero eso no es ninguna novedad, ¿verdad?

Me gustaba Norma porque no apuntaba nunca mis mierdas en un bloc de notas.

Me

miraba directamente a los ojos y escuchaba con la paciencia de una santa, exceptuando

aquellos días en los que tenía que sacarme las palabras a tirones.

—Sí, pero ahora es muy recurrente. Ya sabes, hasta me gotea la nariz a veces. —

Un

escalofrío me acometió al verbalizar mi bazofia mental—. Joder, se me pone la piel de

gallina.

—No digas palabrotas —me riñó.

Era algo curioso: le podía explicar barbaridades que había hecho, cosas que se me

pasaban por la cabeza y que podían ser catalogadas de *gore* total, y las únicas veces que

llamaba mi atención era cuando decía tacos, algo habitual en mí. Con lo cual, sus terapias

eran un continuo «Nathan, esa boca».

—Ya sabes lo jodido que vine y lo mucho que me ha costado llegar hasta aquí.

—

Asintió—. Por eso he vuelto a visitarte. Tengo ganas de meterme a todas horas; cuando no

es eso, de beber hasta desfallecer.

—¿Ha habido algún cambio importante en tu vida? ¿Algo que deba saber?

—He conocido a una chica —solté.

—Eso es fantástico. Es especial, por lo que deduzco.

Por supuesto, lo era. Porque en todo este tiempo nunca le había hablado de nadie en

particular en ese sentido. Sabía de mis rollos sin nombre, de mis fiestas sexuales y de mi

despiporre. No sabía sobre ninguna ELLA.

—Sí, ella es especial —suspiré, dispuesto a desfoguearme—; se llama Leah. No puedo

dejar de pensar en que le voy a hacer daño.

—¿Otra vez? —Sopló con fuerza con un gesto de resignación—. Creí que ya habíamos

hablado sobre las decepciones, la culpabilidad y un largo etcétera. En cuanto a tus padres,

tu hermana, tu familia, tu mejor amigo... ¿Sigo?

—Sí, lo sé, es solo que me desborda.

—No es como con Priscila, ¿cierto?

Fue escuchar su nombre y me puse malo de golpe. En realidad sí que había hablado de

otra chica con ella, pero no por los mismos motivos. Priscila era sinónimo de problemas

gordos, y Norma lo sabía. Era una ex no convencional, porque nuestra relación se basó en

compartir colocones y sexo decadente. Una espiral deprimente en la que me ahogaba solo

de pensarlo.

—¿Es necesario que la menciones?

—¿Se droga? ¿Bebe? —preguntó muy seria.

—¿Quién, Leah? Joder, no.

—Nathan... —me advirtió.

—Es lo mejor que me ha pasado nunca, por eso no puedo involucrarme. ¿Sabes que me

dio un ataque de celos y me porté con un cretino porque un tío coqueteó con ella? ¿Y qué

pensarías si te dijera que su sonrisa me vuelve loco? ¿Y si te explicara que tiene los ojos

verdes más impresionantes que he visto nunca? —Sentía que flotaba solo con

nombrarla, y
sonreí como un idiota—. Ella es la única que hace que el ruido de mi cabeza
cese, que toda
esta basura que me ahoga y a veces no me deja respirar desaparezca.
—¿Quieres mi opinión? Deja que ocurra y, sobre todo, no te martirices con el
pasado—
sentenció.

Una hora después, conducía hacia casa más relajado. Habíamos tratado otros
aspectos,
dejándome algo hecho polvo cuando me recomendó relajarme un tiempo con el
grupo.

Ella creía que era lo que me inquietaba. Igual no estaba preparado para volver a
entrar en
aquello. Podía ser que tuviese razón y que lo que necesitaba era desconectar de
ensayos y
promoción del grupo y buscar locales donde tocar... Y desvincularme también
de Max.

12

VINO DE CEREZA

LEAH

Necesitaba saber en qué situación estábamos Nathan y yo. La segunda semana de diciembre se me pasó en un suspiro. Acabaron las últimas clases antes de los finales. Mi tiempo se limitaba a acudir a la biblioteca, estudiar y entregar prácticas. Y aunque estuviese en mi salsa, quería ver al roquero. Nos habíamos enviado un par de mensajes. También me había cruzado con él en los pasillos en un intercambio, pero tenía prisa, como todos esa semana. No era que estuviese nerviosa porque creyese que me estuviese evitando. Le estaba dando margen. No acababa de entenderlo demasiado bien. Podía ser un chico encantador, que me hacía sentir única, pero, de pronto, era como si interpusiese una barrera invisible imposible de franquear. Pero no podía negar que mi cuerpo reaccionaba a él. Había leído sobre ello hacía tiempo, restaba importancia a la parte sensual y amorosa de la ecuación. Era inevitable pensar que la atracción era pura naturaleza sometida a unos cambios químicos de ciertas

sustancias que emanaban nuestros cuerpos, influyendo en el sexo opuesto como un reclamo. Las feromonas emitían una señal al hipotálamo que producía unas variaciones hormonales en el cerebro y en las funciones biológicas básicas; era lo que se podía definir como una comunicación química entre humanos que despertaba el deseo sexual al ser inhaladas. Al parecer, yo estaba ebria de las suyas.

Sexo como único final de procrear.

Cabeceé molesta cuando el flujo de datos me distrajo de nuevo. Precisaba tenerlo todo

atado. Para mí era algo importante entender en qué parcela de mi vida me hallaba en todo

momento. Odiaba el caos; no saber qué ocurría entre nosotros me ponía nerviosa y

alteraba mis biorritmos.

Tras una semana agotadora de finales y de dormir pocas horas, al fin estaba libre.

El sábado

me levanté muy tarde, tanto que me dolían partes del cuerpo que ni sabía que existían.

Aquel horrible colchón me estaba matando.

La situación con mis hermanos había sido un poco tensa tras tener una señora discusión

con ellos. Sobre todo con Max, que fue muy desagradable. Apenas negó ninguna de mis

acusaciones; por suerte se disculpó por su comportamiento conmigo y me dijo que iba a

dejarme tranquila. En cuanto nombré a Amanda y le saqué el tema, me despachó con cajas

destempladas y no pude, ni siquiera, saber de qué iba con ella y qué pensaba hacer. Desde luego, mi amiga estaba bastante afectada, poco podíamos hacer nosotras para consolarla; se cerró en banda como mi hermano, por lo que no había forma de saber qué escondía. Me fastidiaba mucho porque el culpable era él, pero eso era algo que debían solucionar ellos: tampoco era que diesen pie a nada; su historia era un enigma para todos. Desayuné con Thomas, que también había estado saturado de exámenes, mientras charlábamos sobre las vacaciones. Max no iba a acompañarnos: tenía que trabajar en el club y solo tendría dos o tres días, por lo que no creía que pudiese venir al rancho. Mis padres pusieron el grito en el cielo, pidiéndole que volviese allí, que aquel era su sitio, pero él no parecía estar de acuerdo. Pese a haber hecho las paces con mi padre en Acción de Gracias y conseguir que pudiesen estar en la misma mesa sin asesinarme mutuamente, todavía no se le veía dispuesto a dejar Lawrence, algo que me habría encantado. Nuestros padres vendrían a recogernos al día siguiente, por lo que era necesario limpiar el apartamento, que parecía una pocilga. Por la tarde estaba reluciente y con buen olor. Mientras Thomas iba a despedirse de sus compañeros de equipo, yo aproveché para darme un baño. Todavía tenía que preparar la maleta y ver a Brenda y Amanda. Habíamos

decidido hacer una última noche las tres juntas, antes de irnos cada una a nuestras respectivas casas a pasar las vacaciones.

Estaba secándome el pelo cuando sonó el timbre. Abrir la puerta y sufrir un vuelco al corazón: ese era el «efecto Nathan». Mi cuerpo reaccionaba de tal forma en su presencia que solo me faltaban los pompones. Debía tener claro que, por mucho que quisiese negar lo evidente, mis hormonas estaban de verbena. Su sonrisa podía derretir de uno a dos glaciares, sin exagerar. Qué guapo era el tío. No habíamos vuelto a hablar desde ese saludo rápido en los pasillos del campus. Y verlo allí plantado con esos vaqueros rotos, su abrigo y el gorro me hicieron sonreír como una tonta.

—Hola —dijo con su medio sonrisa, y noté un cosquilleo bastante sospechoso en la barriga.

—Hola.

—Me voy esta noche, cogemos un vuelo a las diez —comentó bastante serio. Observé la arruga que apareció en su frente y me entraron ganas de suavizarla con los dedos. Me moría por abrazarlo; olía de fábula a esa colonia que usaba y que me encantaba.

Pero como no sabía en qué punto estábamos, no quería ser demasiado evidente. Según había entendido, «pasaba todo», y ese «todo» ¿incluía no vernos en dos semanas? ¿Podía besarlo como si se acabara el mundo? ¿Pensaba en mí como yo en él, o en su

vida ajetreada

de cantante de rock a tiempo parcial y estudiante yo era una más de tantas?

Cogí todas mis dudas y me las comí con patatas, porque en todos esos días no había

sido capaz de manifestarle mis inquietudes, mucho menos hoy, que lo tenía delante y me

miraba atento a ver qué le contestaba.

—Nosotros también nos vamos mañana —dije al fin sin mucha convicción—.

¿Quieres

entrar?

Asintió, así que me aparté para dejarle paso. Nathan se dirigió a la cocina;

observé que

antes de tomar asiento, se quitó la chaqueta, colocándola en el respaldo de una de las sillas.

—¿Vas a pasar todas las vacaciones en Los Ángeles? —pregunté mientras abría la

nevera. No tenía ni idea de qué le podía ofrecer.

—Sí, lo necesito como el aire que respiro —contestó en tono burlón con una sonrisa.

—Esto debe de ser muy diferente a aquello, ¿verdad?

—Ni te imaginas. No es que no me guste Lawrence, ya había venido antes a visitar a mi

abuela, pero vivir aquí es distinto.

—¿Por qué siempre hablas de tu abuela? ¿Tu abuelo no vive con ella?

—No, murió —dijo apenado, y apareció una sombra en su rostro.

—Oh, cuánto lo siento, Nathan...

—Tranquila, fue hace muchos años, yo solo era un niño.

Intenté cambiar de tema. Pensé a toda velocidad en algo que preguntarle.

—¿Prefieres un café? No tenemos gran cosa en la nevera.

Observé cómo volvía a sonreír y de nuevo salía el sol. Era cierto: Nathan

conseguía

hacerme pasar por todas las emociones en un suspiro.

—Perfecto, un café me vendrá genial, voy a necesitarlo para mantenerme despierto. Mi

abuela se empeñó en coger un vuelo a las diez de la noche; quiere despertar mañana en Los Ángeles.

—¿Vives con tus padres?

—No. Bueno, sí... Es complicado.

Me fijé en su postura tensa al responderme, un gesto casi imperceptible, pero estaba

claro que ocultaba algo. Le serví una enorme taza de café al tiempo que le pasaba el azúcar.

—Te entiendo; vivir con tus padres a veces puede ser muy difícil —contesté con una

sonrisa—. Nosotros además estamos rodeados de acres y acres de campos con cientos de cabezas de ganado.

—¿Son muchas? —preguntó, curioso.

—Eso podría respondértelo Max en un segundo; sabe cualquier cosa de la finca al

detalle. No entiendo qué hace perdiendo su precioso tiempo aquí.

Nos quedamos en silencio saboreando el café. De pronto él me miró con una intensidad

que me cortó la respiración. Pensé que me iba a recitar un poema de amor. A veces mi

imaginación volaba que daba gusto, debía admitirlo.

—¿Cómo vas con tu hermano?

—Bueno, también es complicado... Digamos que estamos en punto muerto.

—Cuánto lo siento. Todo esto es una mierda. No dejes a nadie que se comporte

como

un imbécil contigo, yo el primero —soltó con un encogimiento de hombros, mientras

jugueteaba con las llaves de su coche sobre la mesa—. Creo que por muchas disculpas que

te ofrezca, nunca serán suficientes. No sé ni cómo me diriges la palabra.

¿De qué estaba hablando?

—No te entiendo. A veces me cuesta. —Medité qué era lo que quería decirle—.

Es solo

que no sé de qué va todo esto.

Suspiró.

—Lo sé, por eso me estaba disculpando, Leah. Te voy a pedir paciencia conmigo, sé que

no puedo exigirte nada... —Inspiró hasta que tras un largo silencio al fin habló

—: No

debería meterte en mis historias. Acabas de comenzar la universidad y tienes que pasarlo

bien, conocer gente nueva y a otros chicos.

—Ya lo estoy haciendo, te he conocido a ti, a Amanda, a Brenda, a Kyle... —sonrió—,

estoy disfrutando con las asignaturas. No veo por qué debas preocuparte, a menos que

quieras decirme otra cosa. ¿Te quieres deshacer de mí, Collins? Te recuerdo que me debes

una.

Soltó una carcajada y cabeceó divertido.

—Te voy a echar de menos, pequeña Gale.

El corazón me dio un vuelco y noté un ligero calor en las mejillas delatoras.

Odiaba que

mi cuerpo reaccionara de esa manera: no podía ser más evidente.

—¿Se puede saber por qué me llamas «pequeña Gale»? —pregunté intrigada, intentando

disimular que no me habían afectado sus palabras.

—Bueno, es evidente: Kansas, Dorothy Gale de *El Mago de Oz*... En fin...

—Vamos, no seas yanqui —bufé en un gesto muy poco femenino—. Desde luego, solo

vosotros hacéis este tipo de deducciones absurdas. Menos mal que no me has llamado

«chica girasol» o algún rollo por el estilo.

—¿Por qué girasol?

—Es uno de los símbolos del estado, todo el mundo lo sabe —contesté poniendo los

ojos en blanco—. La amapola es la del tuyo.

—Disculpa por mi ignorancia en botánica, no sé cómo he podido vivir todos estos años

sin saberlo —comentó, con un cabeceo, sonriente.

—Yo también te voy a echar de menos, Nathan —dije sin pensar, muerta de risa

—. Por

cierto, ahora que lo pienso..., ¿cuántos años tienes?

Caí en la cuenta de que no sabía su edad. Imaginaba que debía de ser mayor que yo.

—Veinticinco, ¿y tú?

—Veinte.

—Así que ¿me vas a echar de menos? —preguntó divertido.

—Pues claro, a todos. —Me levanté de golpe para dejar mi taza vacía en la encimera en

un intento de disimulo—. Me he acostumbrado a veros todos los días, en el rancho no hay

grandes distracciones.

—Si te aburres, puedes venir a hacernos una visita a casa; seguro que Denise

estaría

encantada.

—¿Tu abuela? No veo por qué debería...

Soltó una enorme carcajada.

—No, Denise mi hermana. Mis padres tuvieron la brillante idea de que tuviese el mismo

nombre que mi abuela.

—Oh, ya entiendo. Tu hermana tiene que ser una chica genial.

Observé cómo abría los ojos y ampliaba su sonrisa.

—Lo es, la quiero con locura. Es una de las razones por las que me muero por volver.

Se me encogió el corazón al descubrir que tenía tan buena relación con ella. No era que

la mía con mis hermanos fuese mala. Pero sí complicada. Max era irascible en cuanto a

muchas cuestiones, Thomas y yo nos habíamos distanciado mucho desde lo de mi ex. En

resumen, eran muy protectores conmigo, algo que hacía que me sintiese a menudo

agobiada.

—¿Qué edad tiene?

—Diecisiete años y es preciosa.

—¿Tienes una foto de ella?

Sonrió con un asentimiento y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Estuvo buscando

hasta que le dio la vuelta a la pantalla cuando pareció encontrarla. Al ver la cara sonriente

de su hermana me quedé sin respiración. Era preciosa; tenía los ojos idénticos a los de él y

sus mismos labios carnosos y el pelo oscuro, deduje que de alguno de sus padres.

Sentí

unas ganas enormes de conocerla. Inspiraba cariño y confianza.

—Es guapísima, Nathan, tiene tus mismos ojos.

—Gracias. ¿Así que crees que soy guapo?

—¿Lo preguntas en serio? Ya sabes que sí, eras el Dios del rock en tu tierra. Las chicas

debían de lanzarte sus sujetadores al escenario y esperar a que acabases el concierto para

que les firmaras en el escote. Vamos, cantas bien, pero está claro que parte de tu éxito era

por tu físico.

Allí estaba de nuevo la Leah en modo marketing *on*, dejando la sutileza

guardada en el

cajón.

—¡Guau! No sé si es un cumplido o un insulto. ¿Qué decías sobre los tópicos antes? —

insistió, levantado las cejas rápido—. No creas todo lo que se cuenta: el mundo de la

música a veces dista mucho de las apariencias externas. ¿Entonces piensas que tengo un

buen físico? ¿Tipo «estás bueno que te mueres» o «atractivo roquero malote»?

—No pienso regalarte los oídos, Nathan —contesté muerta de risa.

Salí de la cocina; me fui al pequeño salón y dejé un poco de espacio entre nosotros. No

tenía ni idea de cómo habíamos acabado hablando sobre él y lo bueno que estaba; aunque

lo creyera, no se lo pensaba decir.

—No lo tomes a mal, pero creo que si alguien te parece interesante debes decirlo. Yo

pienso que tú eres preciosa y que tienes un cuerpo de infarto; además, cada vez

que te ríes

haces que suspiren unos cuantos chicos. Eres inteligente, divertida y una fuente inagotable

de información sobre series. Vamos, una joya.

Me quedé sorprendida, con la boca abierta, sin saber qué decir. Estaba plantado en la

puerta del salón con las manos metidas en los bolsillos y con una sonrisa que prometía

cometer pecados, y de los gordos.

—Pues gracias.

Porque decir que me había dejado sin palabras era quedarse corta. ¿Creía que era preciosa y que tenía buen cuerpo? ¿Él, que podía ganarse la vida de modelo?

Madre mía...

—De nada, solo estoy manifestando un hecho. —Se giró para volver a entrar en la

cocina. Me guiñó un ojo cómplice.

Cuando salió. tenía la chaqueta puesta.

—Tengo que irme, o no me dará tiempo de acabar de hacer la maleta.

Despídeme de tus

hermanos y cuídate mucho. Felices fiestas, Leah.

Se acercó con una sonrisa antes de abrazarme. Quería quedarme allí para siempre, entre

sus brazos, y sentir su olor, que era delicioso. Le devolví el abrazo, notando cómo me

estrechaba un poco más. Me miró a los ojos mientras aproximaba su cara a la mía. Con ese

gesto hizo que notase su aliento cálido sobre mis labios. Me iba a besar, y yo me moría por

probar su boca otra vez.

Mi corazón latía desbocado; estaba a punto de soltar un gemido. Cuando mi

respiración

se aceleró, me rozó los labios con la lengua, y yo abrí los míos invitándolo. Noté

su lengua

jugar con la mía y el sabor del café en su boca. Nathan besaba como nadie. Me

acarició el

cuello con los pulgares, con una cadencia estremecedora; sentí cómo mi cuerpo

reaccionaba al suyo. Mis pezones respondieron endureciéndose cuando me

estrechó más

fuerte. Gemí sin poderlo evitar al notar su erección.

Nathan parecía no tener suficiente. Notaba sus manos recorriendo mi cuerpo de

una

forma tan sensual que me estaba volviendo loca. Me asió por los glúteos, y de su

garganta

brotó un gruñido que me hizo reír. Estábamos desatados; el beso de despedida se

nos

había ido de las manos. Me apretó un poco más, con un movimiento rítmico en

el que el

roce de ambos me estaba llevando al límite.

De pronto, me apartó rápido. No entendí qué ocurría hasta que Thomas apareció

frente

a nosotros, tras dar un portazo.

—Hola.

—Nathan ha venido a despedirse —solté de golpe.

—Ya veo... —Nos miró a ambos con el ceño fruncido. Se giró para dirigirse a su habitación—. Adiós entonces, Nathan.

En cuanto desapareció del salón, solté el aire que estaba reteniendo. Miré a

Nathan, que

estaba aguantándose la risa.

—Esto es lo que se llama una pillada en toda regla —rio—. Me voy antes de que

llegue

Max y tenga que volver con el ojo morado a casa.

—Te he dicho que me va a dejar tranquila.

—Eso tengo que verlo. Cuídate mucho, y... —Pareció pensarlo mejor, jugando con la llave del coche.

—¿Y?

Me dio un beso suave. Cuando se apartó, divertido, se mordió los labios de una forma sugerente.

—Qué peligro tienes...

Me quedé mirando la puerta por donde se había marchado con el corazón latiendo a mil por hora.

¿Peligro yo? Estaba tan excitada que podía deshacer el agua de un lago helado sin pestañear.

13

TODO EL MUNDO LO HACE

NATHAN

Denise, mi abuela, y yo, habíamos regresado antes de Los Ángeles de nuestras vacaciones de Navidad. Ella tenía que preparar una nueva exposición; decía que iba bastante apurada de tiempo, lo que se resumía en: «He tenido suficiente de familia y comidas por una temporada». Esa era su excusa. ¿La mía? Acompañarla y que no viajase sola. Me miró con un levantamiento de ceja cuando propuse adelantar mi vuelo. En realidad, no me apetecía ir a la escapada familiar que hacíamos cada año con nuestros tíos y primos para estar todos juntos en paz, amor y armonía. Estaba bastante seguro de que estas vacaciones no lo iba a soportar, así que me largué en cuanto tuve la oportunidad. Todavía llevaba bastante mal enfrentarme a ellos con todo lo que había ocurrido. A mis padres no les sentó demasiado bien la historia, pero no podían hacer nada al respecto. En cuanto a Norma, mi psicóloga... Bueno, creo que sus palabras exactas fueron: «Sigue huyendo, se te da de fábula, Nat». Así, en resumen, estaba muy contento

por los casi tres años de progresos con mis terapias, de las que ya estaba dado de alta y a las que había vuelto a recurrir cuando me había cagado de miedo hacía unas semanas. «Todo estupendo».

Lo mejor de las vacaciones habían sido las llamadas de Leah. Una de ellas fue la noche de Navidad; me llamó desde una fiesta a la que había ido con su hermano.

Estuve en una nube unos días pensando en ello. No me dijo nada especial, pero el solo hecho de que se hubiese acordado ya era suficiente. Era demasiado buena para mí, un ángel bondadoso que tenía un corazón muy grande.

A los pocos días de haber vuelto a Lawrence recibí un mensaje de ella. Y fue algo raro descubrir que medía bastante mis movimientos cuando se trataba de mi pequeña Gale.

Años atrás, aquella historia no habría supuesto un gran problema. Ni siquiera me habría

detenido a sopesar las circunstancias. En la actualidad todo era distinto. Leah no era como

el resto; podía sonar a tópico, pero era así. Para mí era diferente. Lo que me hacía sentir,

con una mirada, con su sonrisa, con un simple mensaje, estaba mucho de todo lo que

había vivido con otras chicas.

En su mensaje decía:

Kyle me llama «Kansas». ¿A que es adorable?

Algo aparentemente inocente que me había mosqueado. Desplacé el dedo por la

pantalla y seleccioné mis contactos; me puse el aparato en la oreja y esperé.

—Gallo superfollador al habla —Me había reído cuando escuché al imbécil de Kyle.

—¿Por qué llamas «Kansas» a Leah?

—Porque me sale del rabo.

Había soltado una carcajada. Aunque me parecía gracioso, tuve que aguantarme la mía;

estaba un tanto mosca.

—¿Estás celoso, Nat?

—Eres muy gilipollas...

—Bueno, después de tantos años a tu lado, algo se me tenía que pegar.

—Vale, ¿me has llamado para algo más o solo por un ataque de cuernos?

Kyle solía ser bastante soportable, excepto cuando se ponía tocapelotas, como había

sucedido en ese momento.

—Vete a tomar por culo.

Había colgado el teléfono.

Más tarde, en un arranque «marcar territorio», como los gatos, había llamado a Leah. Sí,

podía parecer bastante infantil, pero no había pensado analizarlo hasta más adelante. Por

suerte no me cogió el teléfono en aquel preciso instante.

Recibí un mensaje de mi colega y me reí.

Venga, campeón, te lo cuento para que puedas dormir hoy. La llamo «Kansas» porque es de allí. Obvio, ¿no?

Por la noche, cuando estaba algo desesperado, todo había que decirlo, me había llamado

Leah. Al ver su número reflejado en la pantalla me relajé. Antes de contestar me dejé caer

sobre la cama boca arriba, con una sonrisa acojonante.

—Hola, Kansas...

—Hola, Nathan, ¿me has llamado?

«Evidentemente, soy un desesperado».

—Sí, tenía curiosidad por saber qué tiene de adorable Kyle. —Aquello le había hecho soltar una carcajada.

—Bueno, no creo que deba aclarártelo, es amigo tuyo...

—Por eso mismo, creo que te tiene totalmente engañada; no te fíes de las apariencias.

—¿Entonces tú no eres un chico reservado y misterioso que se guarda sus cosas y jamás habla de sí mismo? —había reído.

—¿Cuándo vuelves a Lawrence?

—La semana del 11 de enero, creo, ¿y tú?

—Ya estoy aquí.

—¿Tan pronto? La universidad no comienza hasta el día 18.

—Mis padres y mi hermana se iban de viaje y no me apetecía acompañarlos. Mi abuela regresaba antes porque tiene que montar una exposición y yo..., bueno, necesitaba volver.

«Necesito volver a verte a ti, pero como no te lo voy a decir ni de coña, me conformo con escuchar tu voz».

—¿Necesitas regresar por algo en concreto?

Si no hubiese parecido pretencioso por mi parte, habría dicho que quería saber qué había tras mi repentino regreso, como si sospechara algo.

—Bueno, tengo muchas cosas que hacer por aquí —había contestado por inercia sin saber qué responderle.

—Te aseguro que hasta que yo no regrese a Lawrence nada será interesante. Max es un aburrido de narices.

Estaba sonriendo, lo sabía por su tono de voz. Seguro que había arrugado la nariz con ese gesto tan gracioso que solía hacer cuando se burlaba de mí.

—Estoy contando los días, querida pequeña Gale, contándolos uno a uno... Tuve que hacer una breve pausa en la que dejé de respirar, como si me hubiese olvidado de cómo hacerlo. Debía poner freno o la cosa se iba a ir de madre.

—Tengo que dejarte, me llaman por la otra línea. Cuídate, Leah.

Y había ocurrido algo de lo que todavía me avergonzaba. Me metí en el baño para

darme una ducha. La conversación con Leah me había puesto cachondo. No quería

analizarlo, solo dejarme llevar. Mientras el agua de la ducha golpeaba mi espalda, esperé lo

indecible a que mi erección se relajara. Bajé la temperatura, pero ni con esas conseguí mi propósito.

Apoyé la frente en el mármol frío; siseé cuando cogí mi polla, que estaba a punto de

reventar. Cerré los ojos, y entonces mi mente la trajo de forma automática.

Repasé con

todo lujo de detalles los dos encuentros subidos de tono con Leah, sus contoneos, sus

gemidos, su sabor, su piel de gallina... Me imaginé su dulce boca lamiendo mi glándula.

Bombeé con rapidez, dejándome llevar por aquel placer, por cómo me ponía.

Noté cómo

fluía la sangre desde la zona baja de mi espalda hasta tensar mis pelotas. Jadeé, para contener un grito cuando un orgasmo arrollador salió escupiendo sobre el mármol.

Me sequé con una sonrisa de imbécil en la cara. Sopesé lo que ya había descubierto en

cuanto la vi la primera vez: había vuelto a la adolescencia.

Para qué mentirme, estaba de puta madre allí.

Pasados cuatro días, recibí una llamada de Max; me pidió que fuese a recogerlo por su

apartamento. Todavía tenía la ranchera en el taller, después de que lo dejara tirado en un

traslado de los bártulos del grupo al local de ensayos.

Nuestra relación era tensa; pese a no apetecerme demasiado verlo, accedí. Llamé al

timbre mientras esperaba, aguantando el frío. Cuando se abrió la puerta y la vi, se detuvo el mundo.

«Joder».

—¡Hola!, ¿cuándo habéis vuelto? Os hacía en el rancho —dije sorprendido.

Era bastante penoso quedarse con cara de imbécil sin nada que decir, pero así era cómo

Leah me calaba.

—El rancho Kline se queda pequeño —dijo con un guiño, y sonreí como un tonto.

—Bueno, ¿me vas a dejar aquí plantado con este frío o puedo entrar?

Me di cuenta de que sujetaba la puerta tan fuerte que parecía estar defendiendo el

apartamento de invasores.

Entré hasta la cocina, donde nos recibió el envolvente olor a café recién hecho.

—¡Uhm! Es inconfundible el olor de tu café. Cuánto lo he echado de menos...

—

bromeé.

—Un día de estos te enseñaré nuestro truco; la tía Annie es la mejor haciéndolo, y una magnífica maestra.

—Está claro que Max no ha aprendido de ella, ¡puaj! —solté, arrugando la nariz

—. El

último fue directo al fregadero.

—No, pero es el mejor preparando asado con salsa barbacoa. No le digas jamás que te

lo he dicho, que se le sube a la cabeza —susurró. Me hizo reír con ganas.

Sentí que había vuelto a casa. Esto era más serio de lo que creía; todo el mal

humor que

arrastraba esos días se había esfumado. Leah conseguía transformar mi estado de ánimo

con su sola presencia.

—¿Qué tal han ido las vacaciones? ¿Tu familia está bien? —pregunté. Me senté

ante la

mesa de la cocina.

—Todo genial, ya sabes: comida y consejos de los mayores, reencuentros, visitas..., en

fin, ponerse al día y consumir calorías extra para varios meses. ¿Y tú qué tal por

Los

Ángeles?

—Bueno, quizá no tan ajetreado como tú. Mi familia no es tan extensa. En cuanto a las

comidas..., digamos que mi madre y mi abuela están reñidas con los excesos, así que todo

muy *light*.

—Y ¿qué me dices de ese encanto especialista en series?

Mi expresión se transformó al instante con una enorme sonrisa delatora; adoraba a mi

hermana, por consiguiente, que se interesase por ella solo sumaba y sumaba en la lista de

«cosas favoritas de Leah».

—¡Oh! Denise está genial, hemos compartido pocos días; yo tenía ciertos asuntos que

solventar, y además ellos se marchaban unos días de viaje.

Se quedó callada, y supuse que debía de pensar que éramos unos bichos raros; en su

caso parecían ser muy familiares.

—¿Y bien? ¿El holgazán de tu hermano ya está listo?

Con la emoción de haberla visto, había olvidado por completo que el motivo de la visita

no era ella; tenía que disimular un mínimo.

—Pues hace un momento estaba en el baño.

Y como si lo hubiese invocado, su hermano apareció por la puerta de la cocina.

—¿Qué hay, Nat?

—¿Estás listo? —le pregunté.

—Espera, cojo la chaqueta y mi cartera.

—¿Y bien? —dije, dirigiéndome a ella, que se había quedado callada de pronto

—. ¿Será

posible que este semestre me cedas el honor de compartir conmigo una maratón de series

de las tuyas? Muero por descubrir todos los caramelos y dulces idóneos para cada una.

Sonrió con una mezcla de diversión y algo más intenso que hizo que mi estómago se

encogiera ante la expectativa; estaba claro que yo no era el único que tenía ganas

de jugar.

—Claro, pon día y hora. Hay un par de series que me interesan, así que si te apetece...

—¿Bromeas? Lo estoy deseando, Leah...

—¿Qué estás deseando, tío? —interrumpió Max desde la puerta de la estancia.

—Comenzar las clases, ¿es raro el chico o no? —soltó ella de pronto, dejándome

descolocado hasta que recordé cómo se las gastaba Max, hecho que me tocó las pelotas.

—¡Uy! A ver si va a resultar que es como tú, hermanita...

No sabía a qué se refería con aquel comentario, pero lo que sí pude leer claramente en la

expresión de ella fue que no le había gustado una mierda. Lo atravesó con la mirada a la

vez que se levantaba de la silla.

—¿No os marchabais? —le dijo a él directamente.

Salimos del apartamento sin cruzar palabra con Max. Estaba comenzando a tocarme los

huevos que la tratara así. Subimos al coche y encendí el motor.

—¿Adónde necesitas que te acerque, al taller?

—No, tengo un plan mejor. Vamos a The Bourgeois Pig.

Lo miré extrañado, pero decidí no preguntar y salí al tráfico.

Cuando llegamos al bar, nos sentamos ante una mesa retirada. La camarera vino a

tomarnos nota.

—Para mí una cerveza —dijo—. ¿Otra para ti?

Arrugué la frente tras la pregunta y el tono empleado. En todo el tiempo que nos conocíamos, nunca me había visto beber alcohol.

—No, una cola con mucho hielo y limón, por favor —pedí a la camarera, que se fue a

buscar las consumiciones con un leve asentimiento.

—Siempre me había preguntado el porqué de muchas cosas que haces. No soy de

meterme en los asuntos de nadie, porque no me importa una mierda la vida del resto —se

encogió de hombros. Me miró fijamente—, excepto cuando afecta a alguien de mi familia.

La inflexión que utilizaba, fría como el hielo, me hizo entrecerrar los ojos y observar con

más detenimiento. Aquello no era una tarde más entre nosotros.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté decidido. Max comenzaba a

tocarme la moral a base de bien.

—Bueno, no sé si sabes que ni mi hermano ni yo somos gilipollas.

No contesté, porque en realidad lo que me apetecía era decirle que él sí que lo era, pero

quería llegar al fondo del asunto, por lo que preferí dejarle soltar lo que fuese que tenía en

mente.

—Creo que la última vez que hablamos sobre mi hermana te especificué que no te

acercases a ella.

—Cierto. Creo que te respondí que iba a hacer lo que me diese la real gana —dije,

reprimiendo la rabia.

—¿Ves?, ahí te equivocas. Ahora te voy a explicar muy claro por qué.

Me removí en la silla nervioso cuando llegó la camarera con nuestras bebidas, interrumpiéndonos. El tono chulesco de Max, junto a las palabras que acababa de soltar,

me habían puesto en guardia.

—¿Qué ha cambiado desde el último día que nos vimos a hoy?

El par de veces que nos habíamos encontrado todo parecía normal. No entendía una

mierda por qué actuaba como un poli malo de pronto.

—Una llamada de Thomas desde el rancho. Os pilló antes de irse. ¿Tienes los santos

cojones de enrollarte con mi hermana en nuestras putas narices después de advertirte? —

escupió con desprecio.

—No me enrolló con ella. Nos besamos. Además, no tengo por qué darte ningún tipo

de explicación. Ella es mayor. Yo hago lo que me da la puta gana. ¿Crees que te tengo

miedo, Max? ¿Qué necesitas? ¿Que nos demos de hostias?

Mis palabras le hicieron apretar los puños, que tenía sobre la mesa. Me enfrentó con una

ira que me podía traspasar. Inspiró fuerte antes de beber un trago largo de cerveza. Lo

observé; tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no arrancarle la botella

de las manos y bebérmela de golpe.

—Por cierto, ¿antes de meterle la lengua hasta la garganta le has contado toda la mierda

que escondes? —Sonrió, con una sonrisa tan calculadora que un escalofrío me recorrió el

cuerpo—. ¿Qué crees que pensaría mi hermana si supiera que eres escoria?

¿Crees que le

gustaría saber que su ex a tu lado era un angelito?

De pronto todo comenzó a darme vueltas. Un sudor frío me empapó la frente. La bilis

me subía por la garganta en cuanto las piezas encajaron en mi cabeza. Lo sabía.
—¿Cómo...? —conseguí decir.

—Investigando un poco, internet, algunos contactos..., en fin, que sé el tipo de mierdas

en las que has estado metido. Te quiero lejos de mi hermana —sentenció.
Bebió de nuevo con una sonrisa victoriosa.

—Todo fue una encerrona, estoy libre de cargos.

—A-lé-ja-te de e-lla —puntualizó, dándome con el dedo en el pecho con cada sílaba que

pronunciaba —. ¿Vas a negarme que te drogabas?

—Estoy limpio, hace mucho que no...

—No es solo eso, ¿crees que mi hermana es como todas las tías con las que has estado?

¿Crees que voy a dejar que un tío con tus antecedentes se líe con ella? ¿Imaginas que mis

padres te aceptarían en casa sabiendo el tipo de basura que eres?

Tocado y hundido.

Salí del bar. Solo conseguí dar unos pasos hasta que tuve que parar a vomitar antes de

llegar al coche. Estaba en lo cierto: era un puto fracasado, un excocainómano y exalcohólico que luchaba todos los días por sobrevivir a mi mierda existencial.

¿Cómo iba a

ser merecedor de ella?

Claudiqué ante su absurdo intento de chantaje, como un maldito cobarde, dándole la

razón. Así fue como entendí que debía alejarme definitivamente de ella.

Sentía tanto dolor que era incapaz de respirar con normalidad

14

DONDE QUIERA QUE VAYAS

NATHAN

Debía solucionar el asunto de Leah antes de que comenzasen las clases. No había otra opción. Me sentía peor que una colilla aplastada y pisoteada en el suelo del lavabo de un bar de carretera. La realidad era que me gustaba tanto que iba a hacer algo bueno por ella: quitarme de en medio.

La llamé, y quedamos en un bar muy pequeño al que habíamos ido a tomar algo con el grupo una vez. La esperé nervioso; no podía controlar mi pie, que había puesto la directa; era curioso cómo no dejaba de moverse de forma compulsiva. Observaba las botellas apostadas en los estantes de la barra del bar y solo pensaba en bebérmelas todas hasta caer inconsciente, hasta poder olvidar.

Joder, cómo necesitaba una puta copa.

El hecho de reconocerlo hizo que mi determinación fuese todavía más férrea. Leah merecía un buen tipo que la tratase como una reina y que valorase lo increíble que era. Max tenía razón: yo era basura. Ella no necesitaba problemas, ni sacrificios, ni noches

de
insomnio, ni inseguridades...

Cuando, como en una secuencia a cámara lenta, entró en el bar, en mi cabeza sonó música. Su sonrisa iluminó mi alma triste; me jodió tener que despedirme cuando apenas me había acostumbrado a ella como mi faro, a tener un punto de apoyo en este mar en el que me ahogaba.

—¿Llevas mucho esperando?

«Toda la vida».

—No, acabo de llegar.

—Siento no haber venido antes, he andado superliada. Esta mañana me he dormido y voy todo el día retrasada. —Hizo una mueca graciosa con la boca y casi sonreí, pero no había ido allí a eso.

—Qué suerte, no recuerdo la última vez que dormí plácidamente... ¿Quieres tomar

algo, Leah? ¿Un refresco? ¿Un zumo? ¿Algo más fuerte?

Me miró con un fruncimiento de ceño adorable. No sabía muy bien qué decir. Finalmente negó con la cabeza.

—Paso —contestó—. ¿Qué ocurrió ayer con Max?

«Todo».

—Nada, salimos a tomar algo, como siempre.

—¿Te ocurre algo? —Comenzaba a ponerse nerviosa; yo también. Tampoco quería alargar más la situación.

«Ojalá existiese un mundo en el que no me odiasen, ojalá no tuviese que hacerte daño,

ojalá que algún día no me duela cada vez que pienso que no podré volver a tenerte entre mis brazos».

—He estado pensando sobre nosotros. Sé que te he estado enviando mensajes contradictorios todo este tiempo. Mira, no quiero engañarte, pero esto no va a funcionar.

Soy incapaz de comprometerme con algo en lo que no creo. Máxime cuando no puedo

mentirme a mí mismo. Creí que eras especial, pero me equivoqué, solo eres una más. Me

he cansado y me estoy viendo con alguien; surgió sin más y, bueno...

Sentí cómo se me revolvía el estómago cuando su semblante cambió.

—¿Desde cuándo? —susurró sin mirarme.

—Da igual. Así soy yo: te presento a Nathan Collins Wormhoudt. Bienvenida al paraíso

—comenté a la vez que abría los brazos y le ofrecía la sonrisa más vacía que nunca había

recibido —. Siempre he sido así, Leah; esto es lo que soy, un mentiroso.

—Pues déjame decirte que mientes de pena. Ni siquiera tienes el valor de decirme la

verdad. Aquí te quedas, Collins, y no vuelvas a dirigirme la palabra en tu vida. Gilipollas.

Cuatro frases y la había eliminado del mapa. Tan fácil que no me lo creía. La vi desaparecer por la puerta del bar con paso firme. Tuve que levantarme y marcharme de allí

si no quería acabar con tres años, un mes y cinco días de sobriedad.

Cogí el móvil. Marqué el número de teléfono de Elisabeth, una tía de segundo con la

que me había visto el año pasado un par de veces en las que nos habíamos enrollado. Era

lo que necesitaba en esos momentos. Esperé unos cuatro tonos y conversé con ella lo justo

para solucionar la otra parte de mi plan en menos de tres segundos.

La vida estaba llena de sacrificios. La mía estaba llena de malas decisiones. Leah no tenía

que pagar por ellas, aunque mucho me temía que ya lo estaba haciendo.

Observaba mis muñecas llenas de roces por las esposas. Estaba avergonzado escuchando a mi padre gritar sin cesar mientras mi madre lloraba desconsolada. Intentaba centrar la vista, todavía nublada por la cantidad de mierda que había consumido.

Algunas escenas de la noche anterior en la fiesta después del concierto llegaban en forma de flashbacks, haciendo que tuviese que retener la bilis que pugnaba por salir de mi cuerpo. Estaba haciendo un verdadero esfuerzo por no vomitar sobre los caros zapatos de firma de mi padre, mientras él continuaba gritando fuera de control. Como un demente, sonreí al recordar a aquella rubia que se había empleado a fondo haciéndome una mamada espectacular a la vez que lamía los pechos de una morena latina a la que había echado el ojo en el lavabo del garito donde habíamos tocado. Nada podía presagiar que una de las tantas juergas que solíamos disfrutar con el grupo acabase con todos nosotros en la cárcel. Era lo que siempre hacíamos. Tocábamos, bebíamos y nos drogábamos hasta perder el oremus. Follábamos como locos sin importar con quién ni cuántos.

Todo era el puto paraíso.

Me daba igual, me gustaba, me sentía bien, ni siquiera ver a mis padres perder el control después de haber pagado la fianza me hacía sentir culpable.

—¿Entiendes algo de lo que te estoy diciendo? ¿Sabes el lío en el que te has metido?

Bla, bla, bla...

Desconecté de nuevo, demasiado flipado con el último gramo de coca como para preocuparme de la redada por drogas y no sé qué mierdas de tráfico... Necesitaba dormir, una birra y un buen polvo. Me rasqué las pelotas con aire ausente; volví a la lucidez de golpe cuando noté un bofetón

que me hizo caerme de la silla de la cocina.

—Apártate de mi vista, vete a tu habitación y mañana, cuando se te haya pasado lo que sea, tendremos una charla.

La voz helada de mi padre me siguió hasta mi cuarto. Cerré la puerta de mi habitación. Me dejé caer sobre la colcha sin quitarme la ropa, que apestaba a humo, a sexo, alcohol y desfase. ¿Cuándo había perdido el control?

Cerré los ojos. Entonces olvidé de nuevo, como siempre solía hacer.

Me desperté empapado en sudor una vez más, gracias a una de mis pesadillas.

Pensaba que

las tenía controladas, pero estaba claro que ellas continuaban mandando. Hacía un frío de pelotas. Me duché con el agua casi hirviendo hasta que conseguí salir con la piel escaldada del baño. No me iba a acostumbrar a aquel clima en la vida. Bajé a la cocina y vi que María estaba con su habitual sonrisa, entre sartenes y ollas. Olía de maravilla; mi estómago rugió como respuesta.

—¿Cómo está la mujer más guapa del mundo entero? —le dije, acercándome a los fogones para averiguar qué era aquello que olía tan bien.

—Hoy se te han pegado las sábanas. Tu abuela ya se ha marchado hace un rato. Anda, siéntate y come algo antes de irte.

María era la mujer que más adoraba en el mundo, después de mi madre, mi hermana, mi abuela y..., bueno, a quién quería engañar, era la mujer que mejor hacía de comer y que había conseguido que me convirtiera en un forofo de las tortitas mexicanas, el chile y el guacamole.

—¿Cómo conseguiste habituarte a este frío? —comenté a la vez que me asaltaba un nuevo escalofrío.

—Por amor, niño; el amor todo lo puede. —Sonrió al tiempo que me ponía unos huevos revueltos y tostadas, haciendo que la boca se me hiciese agua.

—El amor es un invento de Disney, María, ya deberías saberlo.

—¡No hables con la boca llena! —me riñó, con un golpe de la espátula en la cabeza.

—¡Ay! Tienes que dejar de hacer eso, María, me acabo de duchar.

—Todavía puedo ponerte en tu sitio, señorito, así que no me hagas demostrártelo. Para mí sigues siendo ese niño de cuatro años que vino por primera vez cuando tu abuela te trajo aquí. Di buena cuenta al desayuno sin sacarla de sus casillas. Me lavé los dientes y cogí las cosas de la universidad sin perder más tiempo. Quería dejar cerrados unos cabos sueltos de las nuevas asignaturas antes de comenzar las clases. Sabía que la biblioteca estaba tranquila el fin de semana. Aquella noche teníamos ensayo, y aunque me apetecía tanto ver al cabrón de Max como arrancarme las uñas, necesitaba ir. Ya lo había decidido: iba a dejarlo por un tiempo. Salí de la biblioteca como un autómata. Después comí algo rápido en el campus. A las cinco me dirigía a mi cita como si fuese directo al paredón. Había recibido un mensaje de Elisabeth, mi otra parte del plan, hacía media hora. Me esperaba en el aparcamiento del campus. La vi apoyada en su coche. Le sonreí a la vez que me acercaba más para infundirme ánimos que para corresponderle. Tenía un nudo en la garganta acojonante. Era práctica y mi mejor opción, pero odiaba tener que hacer aquello. Yo era un hijo de puta sin sentimientos, si no, no se entendía lo que iba a hacer. Quería lo mejor para Leah, necesitaba borrarla de mi mente. Aunque utilizar a otra persona para lograrlo

fuese rastrero.

Su pelo rubio me acarició la cara cuando se abalanzó a mi cuello para saludarme.

Me

envolvió con su caro perfume, que nubló mis sentidos; mi estómago se contrajo por la

decepción, pues lo noté como una piedra de tres kilos.

«Puedes hacerlo».

Elisabeth me dijo que estaba deseosa de ponernos al día. Yo sabía cuál era el significado

que encerraban aquellas palabras. Habíamos quedado algunas veces el año anterior, las

suficientes como saber que no quería repetir. Sin embargo, allí estaba, escuchándola hablar.

Estudí cómo recolocaba su cabello rubio sedoso en un gesto que repetía hasta la saciedad.

La desilusión me golpeó un poco más por dentro, porque no era uno castaño que olía a

manzana y primavera.

Leah me había llamado mentiroso; no se equivocaba.

No supe si fue el destino de nuevo o simple casualidad, pero estaba hecho.

Vida: 1 – Nathan: 0.

«Maldito karma, deja de cobrarte deudas; mi jodido corazón ha dejado de latir».

15

NO QUIERO EXTRAÑAR NADA

LEAH

Los domingos por la mañana brillaba el sol. No era un eufemismo ni me había tomado ninguna pastilla de la felicidad. Era algo más simple: llegaba el momento que más esperaba de toda la semana. Se acercaban los segundos en los que al descolgar el auricular del teléfono, escuchaba la voz de la persona que más me reconfortaba en este mundo: mi madre.

Poco podía presagiar que ese sería otro día nefasto, peor que el anterior, en el que Nathan me había hundido de tal forma que todavía tenía los ojos hinchados por lo mucho que había llorado. Esa mañana fría había estado a punto de echarme a llorar de nuevo como una niña pequeña cuando la risa de mi madre, sumada a todo lo que había ocurrido, me había hecho recordar lo estúpida que había sido durante este tiempo por no valorar más a mis padres y el cariño que nos daban. Ella había querido saber cómo estaba todo, pero la atropellé con mil preguntas para con ello poder evadirme de esa tristeza que me apretaba

en el pecho y no me dejaba respirar.

—¿Qué te ocurre, ratoncita? ¿Va todo bien?»

«No, mamá, nada va bien, me he enfadado con Max, estoy deseando que empiecen las clases para ocupar las horas de mi vida en algo y dejar de pensar en Nathan, en lo que me hace sentir, en las emociones a flor de piel cada vez que lo tengo cerca y en cómo consigue dejarme sin respiración. Y en el daño que me ha hecho».

—¡Claro, mamá! ¿Por qué no iba a estarlo? Es solo que enseguida querrán hablar

contigo mis hermanos y luego siempre quedan cosas en el tintero...

Una mentira piadosa de vez en cuando no iba mal, y más si se trataba de no preocupar a

la persona que te había traído a este mundo y a la que habías hecho sufrir lo indecible

tiempo atrás. Mi madre merecía un pedestal o dos, porque no había mujer más tenaz y

buena que ella.

Casi me atraganté de la risa cuando me explicó el percance sufrido por mi abuelo John

con su dentadura postiza, cómo se murió de vergüenza cuando se le cayó en la oficina de

correos, encima de los sobres que le estaba despachando la señora Riley.

Cuando ya nos habíamos puesto al día y me sentía recargada de energía positiva, le pasé

el teléfono a Max, que acababa de salir de su cuarto con cara somnolienta. Le hice un gesto

implícito que pareció entender a la perfección cuando asintió y cogió el auricular con una

sonrisa tensa.

Desayuné con el ruido de fondo de las conversaciones de mis hermanos con mi madre;

estuve a punto de que se me saliesen los cereales por la nariz cuando Thomas estalló en

carcajadas; al parecer, mi madre le había contado el asunto de mi abuelo John.

Se podía cortar la tensión en el aire cuando Max entró en la cocina. En aquellos momentos era una de las personas a las que menos me apetecía ver; de hecho, tenía mil

preguntas que hacerle. Quería saber qué narices había pasado con Nathan o por qué desde

que había llegado a Lawrence mi vida era un caos. Pero tuve que guardar las preguntas para

otro momento, ya que Thomas entró en la estancia muerto de risa.

—¿Os ha contado mamá lo del abuelo? ¿Os imagináis a la remilgada de Riley apartando

la dentadura llena de babas de las cartas?

Volvió a reírse con ganas. Contagiados por las lágrimas que le caían de la risa, lo acompañamos. Desde luego, el asunto tenía gracia.

El resto del día lo utilicé para actualizar las redes de mis clientes. Habían decidido

prescindir de mis servicios. Con aquellas dos pérdidas, mi economía se iba a resentir

bastante, así que me dispuse a ampliar mercado y abrir una nueva cartera. Era hora de

valerme de mi experiencia y mis buenos resultados.

¿Qué pasaba, que todo el mundo me dejaba?

Por la tarde, Amanda y servidora habíamos decidido hacer algo de turismo por Lawrence. Las dos estábamos fastidiadas, por lo que decidimos que una tarde juntas era lo

mejor. Todavía nos quedaban lugares interesantes por visitar. Brenda había quedado con Paul, el tipo de Greenpeace. Habíamos anotado dos visitas en aquella incursión turística. Además, no teníamos que coger transporte, ya que ambos museos estaban en el mismo campus. Primero fuimos al Instituto de Biodiversidad y al Museo Natural de Historia, donde nos quedamos alucinadas por la cantidad diferente de huesos de dinosaurios que había en la exposición; lo más fascinante fue observar las serpientes en vivo. Estábamos contentas. Tras la primera visita nos dimos cuenta de que lo deberíamos haber hecho antes: teníamos aquellos lugares al lado, con el añadido de que además no costaba nada acceder. —Bueno, cultureta, ¿qué más hay preparado para esta tarde? —bromeó Amanda. —¡Oye! Que la idea fue tuya, tú insististe... «¿Por qué no vamos a visitar algún museo y esas cosas interesantes?» —dije, imitando el tono socarrón de mi amiga. Me empujó y yo la empujé a ella. Comenzamos una especie de batalla a codazo limpio en la que casi me caigo de culo cuando me golpeé con el escalón de la entrada. Estábamos inmersas en nuestra disputa particular, bastante infantil, por cierto, cuando nos dimos cuenta de que alguien se acercaba. Era Nathan. Dejé de respirar un instante, no porque me impactara tanto que no podía tomar aire en su presencia, que también, sino por la situación. No estaba solo:

iba

acompañado de una guapísima rubia con un cuerpo de infarto que nos miraba con aire

despreciable, como si Amanda y yo tuviésemos la peste y ella fuese una especie de diosa del

Olimpo.

En resumen, Nathan llevaba colgada del brazo, cual llavero de adorno, a una preciosidad de ojos azules y pelo de anuncio que me hizo sentir fea, delgaducha

y

minúscula en unos segundos.

Por lo visto, él no me había mentido. En ese momento lo odié mucho.

Demasiado.

Quise estrangular esa cara sonriente que nos observaba desde su trono de belleza y darle

una patada en el trasero a Nathan por lo mal que se había portado conmigo la noche

anterior. Pero, en realidad, lo que hizo quedarme con cara de besugo al horno y sentirme

fatal fue advertir algo en lo que no había caído hasta ese mismo instante: ¿tenía una cita con

aquella rubia? Entonces, ¿era cierto que se estaba viendo con alguien?

«No, idiota, es producto de tu imaginación».

Por suerte están las amigas, esas personas que acuden como un equipo de reanimación

en una situación crítica y dan la chispa adecuada en el momento justo.

—Leah, no vuelvas a hacer eso, a ese chico le había echado el ojo yo antes. ¡Ah!

Hola,

Nathan, no te había visto.

Qué mal disimulaba la pobre; si pretendía dejarme como una especie de Mata Hari ante

aquellos dos, lo tenía complicado.

—Hola, chicas.

La actitud de Nathan podía definirse como tensa. O bien no esperaba vernos allí o en

realidad le importaba un comino. Quizá éramos algo así como una boñiga de vaca que

acababa de pisar sin querer y le había manchado todo el calzado.

Me sentí violenta y enfadada.

Le hubiese estampado un puñetazo en la cara, pero era una señorita educada en una

familia religiosa y de buenos modales, así que me coloqué la máscara de hipocresía y les

ofrecí la mejor actuación del año, capaz de rivalizar por un Oscar en Hollywood.

—Hola, Nathan, ¿de visita cultural? —dije lo más serena que pude—. Si entráis, no os

podéis perder la exposición de fósiles.

Como si aquellos dos tuviesen pensado ver museos... Odiaba a las rubias. Aún peor:

odiaba a las rubias guapas que me ofrecían una sonrisa falsa, producto de ensayo y mala

leche. Aquella tipa era lo más parecido a Cruella de Vil con el traje de Lucifer.

Pura fachada

que me estaba perforando con la mirada. Tenía claro que si sus ojos fuesen un láser, me

habría calcinado. De pronto se me encogió el estómago cuando me los imaginé manteniendo una sesión de sexo duro y desenfrenado. Noté cómo mi estómago se

revolvía. Ahí fue cuando Amanda tiró de la manga de mi abrigo.

—Leah, venga, que hemos quedado, ¿recuerdas? Vamos a llegar tarde.

—Oh, sí, disculpad, chicos, nos esperan... Un placer... —dije a la rubia

magnífica.

—Elisabeth —contestó ella con una voz suave que todavía me hizo odiarla más.

—Pues encantada, Elisabeth. Nos vemos en clase, Nathan.

Nos marchamos de allí tan rápido que casi batimos una nueva marca.

Amanda no me habló hasta que llegamos a la residencia y nos dejamos caer sobre su cama.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó molesta.

—Lo siento, me he quedado en blanco —me disculpé, casi a punto de llorar por la tensión sufrida.

—No, idiota, tú no. Me refiero a Nathan y esa Barbie...

—¿De quién estáis hablando? —preguntó Brenda, que acababa de entrar en la habitación, justo a tiempo para enterarse de las nuevas noticias en primicia.

Dejamos a la pelirroja impresionada con nuestro relato atropellado de los hechos, con

exabruptos e insultos hacia la rubia y aún más hacia Nathan, que se llevó la peor parte.

Creo que Amanda citó todos y cada uno de los adjetivos que indican desprecio por orden

alfabético. Consiguió que nos muriésemos de la risa y que me sintiera un poco mejor.

Además, no había tenido ocasión de explicarles mi encuentro con él la noche anterior.

Cuando les conté con todo lujo de detalle los momentos estelares en la cafetería, alucinaron

de lo lindo.

—O sea, ¿pensabas que te había mentado? —insistió Amanda.

—Pensaba que fingía —interrumpió Brenda—, pero eso no es lo importante ahora; aquí

lo que nos tiene que preocupar, o mejor dicho, quién, es la tal Elisabeth. Con solo escuchar su nombre me entraban todos los males, como si ella tuviese la culpa.

—¿Tiene el pelo ondulado a esta altura? —continuó la pelirroja, a la vez que se señalaba

los hombros con la punta de los dedos.

—Sí —respondimos Amanda y yo al unísono.

La observamos mientras paseaba con el dedo apoyado en la barbilla en una pose muy

graciosa, como si estuviese resolviendo un gran enigma.

—Creo que sé quién es. ¿Os acordáis del grupo de chicas de segundo que os comenté

hace un tiempo? ¿Aquellas que hablaban del bombón tatuado que se querían volver a

merendar antes de que acabara el curso?

Recordaba aquello; fue a principio de curso, cuando todavía no teníamos relación con

Nathan, y tampoco me extrañaba: el tío estaba como para derretir polos. Vamos, que lo

difícil era lo contrario: que no llamase la atención del sector femenino de la universidad.

—La rubia es una loba en toda regla —continuó Brenda, entusiasmada como si hubiese

ganado un premio en el casino.

—Yo no lo veo así; es muy guapa. Además, no sabemos nada de ella para juzgarla, ¿no?

—dije, intentando «relajar» con la chica; nos estábamos pasando.

—Tú siempre pensando bien del resto de la humanidad, Leah... Espabila de una vez;

esto es la universidad, atrás quedaron los juegos de patio... Bienvenidos a los

Juegos del
Hambre.

Las tres estallamos de risa con la broma de la pelirroja; de nuevo estábamos en forma

con otra rueda de suposiciones y nuevas teorías de conspiración. Por muchas vueltas que le

diésemos al asunto, la cruda realidad era que Nathan se podía permitir lo que quisiera; lo

extraño era que hubiese perdido el tiempo conmigo, es decir, con una estudiante de

primero que, además, llevaba a cuestas un bagaje emocional complicado. Si a eso le

añadíamos la magnífica intervención de mi estupendo hermano, ya teníamos la combinación perfecta para salir huyendo. Nadie en su sano juicio se embarcaría en una

relación conmigo cuando podía tener a cualquier chica con un solo chasqueo de sus dedos.

Bueno, quizá exageraba un poco, pero a los hechos me remitía. Nathan era una estrella

del rock de Los Ángeles, una estrella con gran talento. Aunque todavía no sabía por qué

había dejado su grupo y su ciudad natal, donde la vida le sonreía y tenía tantas admiradoras

que Justin Bieber a su lado era un aficionado. Siempre solía llevar las cosas a los extremos,

como era el caso, claro estaba, pero no podía dejar de tener en cuenta el número elevado de

seguidores en sus redes. Después de todo, me dedicaba a ello; o bien había hecho una

estupenda campaña de marketing, o era bueno; me decantaba por lo segundo.

—Ya está bien, Leah, ¿quieres hacer el favor de escucharnos? —Amanda golpeó el suelo con fuerza con el pie, para llamar mi atención—. Ya sabemos que estás molesta por todo este rollo, pero no puedes dejar que te afecte. Soy partidaria de pensar que las lágrimas solo deben ser derramadas por alguna enfermedad grave o la muerte de alguien de tu familia, por la rotura de tus zapatos favoritos o porque no quepas en tu vestido. ¡Ah! Lo olvidaba...: o porque Nick Bateman anuncie que se casa. El resto, queridas, no tiene importancia.

—¿Cómo puedes comparar un fallecimiento con unos zapatos?! —le gritó Brenda.

—La defunción de sus mejores zapatos es de las peores cosas que le pueden ocurrir a una chica; es la biblia, Brenda, todo el mundo lo sabe.

Continuaron debatiendo sobre el asunto. Absorta, me dediqué a ojear el escritorio de Amanda.

—Por cierto, este semestre no vamos a coincidir tanto; me he matriculado en varias asignaturas de segundo.

Era inevitable sacar el tema, ya que en dos días comenzaban las clases. No podía aplazarlo más.

—¿Eso es posible? —intervino Amanda.

—¿Tienes algún secreto más que contarnos, Leah? —dijo Brenda.

Bueno, pues allá iba la bomba.

—Soy lo que se conoce como una Alta Capacidad.

—No fastidies.

Ambas me miraron sorprendidas cuando se dejaron caer sobre la cama.

—¿De verdad eres una especie de genio y no nos has contado nada hasta ahora?

Quizá hubiera debido hablarles antes del asunto, pero estaba muy ocupada flagelándome

por mi incapacidad para aceptar que me estaba enamorando de Nathan.

Un momento. De pronto até cabos y me dejé caer en la cama que estaba frente a la de

ellas. ¿Cómo podía haber obviado ese detalle tan significativo? En uno de los escritos que

había leído de la antropóloga Helen Fisher, que había dedicado varios estudios a la química

del amor, la autora destacaba la diferencia entre el impulso sexual, que era aquel que

incitaba a salir a buscar parejas, del amor romántico, que podría ser considerado como el

impulso verdadero. Cuando uno está locamente enamorado, siente una necesidad casi

enfermiza de atención y contacto de la otra parte. Una de las principales características del

amor romántico es el deseo de contacto sexual y de exclusividad sexual... En el momento

en el que nos enamoramos, nos volvemos posesivos, por lo que ver pegada a aquella chica

del brazo de Nathan había sido como un mazazo a mi sentido de la posesión más estricto.

—Mierda, estoy enamorada de Nathan... ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¿Eso es una táctica evasiva de gente inteligente? —preguntó Amanda, incrédula.

—Creo que lo acaba de deducir ahora mismo, Am —le contestó Brenda por mí.

Así fue como descubrí que lo que sentía por Nathan era algo más que beber los vientos por él o estar colada de forma platónica. Me había enamorado como una tonta. Fue muy duro reconocer que debía lidiar con ello ahora que sabía que el roquero salía con aquella rubia impresionante.

—En definitiva, estoy fastidiada. ¿Quién se enamora el primer año de universidad del tío que está más bueno de todo el campus y es inalcanzable? ¿No se supone que soy megainteligente?

Las dos cayeron al suelo muertas de risa; me molestó cuando vi que lo que a mí me parecía una tragedia griega para mis amigas era motivo de pitorreo.

—En serio, Leah, tienes que salir más y regalarnos momentos como estos, eres la bomba, tía. ¿Dónde tenías escondido ese sentido del humor? —exclamó Brenda entre carcajadas.

—Bueno, quizá nos estamos precipitando; igual no van en serio.

—No seas absurda, Am, él mismo se lo dijo. ¿Qué más pruebas necesitas?

—¿No tenéis nada fuerte de beber? —solté a bocajarro.

—Pues has tenido suerte, mi abuela Jean me regaló un licor que trajo de su último viaje a Europa, un orujo o algo así. Voy a buscarlo. Estoy contigo: se ha quedado una bonita noche para coger un buen pedo.

¿Cómo puede acabar un día nefasto con dos amigas que están locas y son capaces de

espabilar a un perezoso? Se podría resumir en: muchas risas y confesiones.

Aquella noche envié un mensaje a Thomas, diciéndole que me quedaba con las chicas.

Si quería preservar mi integridad física, era la mejor opción. Era eso o romperme la crisma

al bajar por las escaleras de la residencia. Pedimos unas pizzas. Después vimos una comedia

romántica que casi hizo que me durmiese profundamente. Por suerte Brenda se reactivó y

decidió urdir un plan.

—Vale, ya que nos vamos a ver menos en clase, tenemos que buscar un día a la semana

para nosotras solas; tarde de chicas, fiesta de pijamas o sesión de belleza... No sé, esos

rollos que hacíamos en el instituto, pero le podemos añadir porno, tíos buenos o ir al *sex*

shop a comprar cosas guarras y después probarlas.

—¿Masturbadores? —preguntó Amanda.

—Lo que sea: geles, ropa sexi, un buen vibrador... Joder, hay que experimentar.

¿Tú

qué dices, Leah? ¿Te encuentras bien? Estás más blanca que la pared del pasillo...

No, no estaba bien; la conversación me parecía de lo más interesante, pero el alcohol

que había ingerido, en un alarde de demostrar que era una chica madura que bebía con sus

amigas, me había pasado factura. Estaba a punto de vomitarlo en la alfombra gris de mis

dos amigas como no levantase el culo rápido. Por suerte, durante la borrachera no me dio

por llorar ni por explicarles a las chicas mis desgracias de nuevo y así ser un poco más dramática. No recuerdo nada más, porque caí en los brazos de Morfeo. El martes comenzaron las clases. Me costó localizar las aulas donde se iban a impartir las asignaturas de segundo en las que me había matriculado. Sentía cierto nerviosismo por ver si iba a poder defenderme al haber cogido tantas asignaturas. Pese a que el orientador estaba convencido de que era lo mejor para mí, yo no lo tenía tan claro. Me moría por dotar de más acción a mi vida y comprobar si mis capacidades de superdotada no habían quedado mermadas cuando sufrí el mazazo del posaccidente con las pastillas. Hacía un tiempo que mi cabeza almacenaba información absurda y no necesaria de datos irrelevantes que más tarde me abordaban en medio de la noche o cuando estaba haciendo cualquier otra cosa, por lo que intuía que aquello no me había abandonado. Además, mis notas del primer semestre habían sido muy buenas, por lo que no debía tener miedo al respecto. Podía ser que mi inseguridad fuese más bien producto de tener que volver a conocer a gente nueva y relacionarme con otro grupo distinto. Algo que, pese a llamarme poderosamente la atención, por el mero hecho de ver la evolución y costumbres de otra clase, me hacía cagarme en los pantalones de solo pensarlo. No se me daba bien

integrarme.

Ese día había madrugado en exceso, ya que me encontraba muy descansada tras haber

estado durmiendo prácticamente todo el lunes. Juré que no volvería a beber alcohol hasta

que olvidase aquella horrible resaca, además de la sensación de montaña rusa en mi

estómago que sentí cuando me levanté de la cama de Brenda, donde apenas había

conseguido conciliar el sueño.

Con un único café en el estómago y más incertidumbre que hambre, me adentré en el

pasillo que daba a una de las aulas, donde en menos de diez minutos comenzaba mi

primera clase de segundo curso del grado.

No había llegado a la puerta cuando sentí que se me erizaba todo el vello del cuerpo.

¿Podía tener más mala suerte? En la entrada estaba Elisabeth, con su magnífica melena y su

espléndida sonrisa, charlando animadamente con otras chicas igual de fabulosas que ella.

Como si el requisito para ser amigas fuese el de ser guapa y estupenda... Por mucho que

quisiese evitar que me viese, tenía que pasar delante de ellas para acceder al aula, y maldije

en voz baja. Lo que menos me apetecía era enfrentarme a un baño de superioridad tan

temprano. No era que fuese una cobarde llorica: era que aquella chica estaba saliendo con

el que, hasta hacía menos de cuarenta y ocho horas, era el mejor candidato para

ser el futuro padre de mis hijos. Quedaba mejor decir eso que «el chico al que quería lamer todos y cada uno de los centímetros de su piel».

Sí, esa era la verdad; el deseo iba por libre. Era hora de reconocer que el mío se había desbordado de forma peligrosa.

Como si estuviese a punto de saltar una valla del rancho donde habían cercado al ganado más rebelde para que no dañara al resto, me decidí a abordar aquel obstáculo al estilo Kline, es decir, echándole pantalones. Caminé con la cabeza alta y una seguridad propia de una modelo de pasarela hasta que llegué a la puerta; sin pedir permiso, me abrí paso entre el corrillo de las guapas cotorras, que se tuvieron que apartar si no querían que las pisase. No fue fácil disimular que estaba aguantando la respiración. Si hubiese necesitado más tiempo, mi rostro habría adquirido un color morado.

En cuanto ocupé uno de los asientos de la primera fila, que todavía estaba vacía, escuché una sonora carcajada por parte del «club de las guapas», que me miraban y cuchicheaban en voz baja.

Si quería pasar desapercibida, no lo había logrado. Mucho me temía que Elisabeth tenía demasiado que ver, pues parecía una de las más activas en señalarme y reírse con las demás.

A lo mejor, aquello de haber escogido clases de segundo no había sido muy buena idea, o quizá yo era idiota por dejarme llevar por aquello.

¿Qué podía ocurrir?

Pues lo peor de lo peor.

El cuarto día de clase estaba a punto de cometer un asesinato en serie, arrancar cabezas

de muñecos de peluche y lanzarlas al lago, y muy por encima de todo eso:

odiaba

profundamente a Elisabeth. Se había dedicado a sentarse a mi lado en todas las clases,

junto a su séquito. Porque aquello era lo más parecido a los orcos del infierno adoradores

del mal personificado con cabellera rubia y sonrisa que helaba las entrañas. Cada vez que

intervenía en clase, intentaban rebatir todas mis opiniones. Al final lograron que me sentase

más alejada. No dejaron de seguir molestando con miradas, risas y cuchicheos, e incluso en

una ocasión al salir de clase una de ellas me golpeó de forma accidental. Aunque se

disculpara, tenía claro que lo había hecho a propósito.

Otra de las cosas que estaba ayudando a que me saliese una úlcera del tamaño de Kansas

City era la frialdad que intentaba mantener hacia Nathan. Lo había visto dos veces aquella

semana; ni siquiera había sido capaz de saludarlo. Continuaba muy dolida, por lo que no

estaba preparada para pasar página, esa era la realidad. Actué como si fuésemos dos

desconocidos que habían coincidido en un ascensor. Me sentía mal por todo aquello, pero

sobre todo quería entender qué había ocurrido, cuando todo parecía tan

perfecto...

Yo no le interesaba lo más mínimo. No se trataba de que él hubiese pasado página, sino que la había arrancado y triturado.

El viernes por la noche decidimos hacer nuestra primera velada íntima las tres, Brenda

Amanda y servidora. Me convencieron, pese a que lo que más me apetecía tras aquella

semana nefasta era encerrarme en mi habitación, meterme bajo el nórdico, hibernar el resto

de semestre y salir cuando todo aquello hubiese acabado.

Fuimos al cine. En esta ocasión insistí en ver una película de acción bajo amenazas.

Compramos unos bocadillos y unos refrescos al salir, ya que nuestra economía no daba

para más. Cuando nos quedamos heladas de frío, optamos por volver a casa.

—Leah, ¿por qué no vienes a tomar un chocolate caliente con nosotras? Todavía es

pronto —sugirió Amanda.

—No me apetece, estoy agotada.

—¿Estás bien? Te noto algo tensa esta semana.

—Bueno, he tenido momentos mejores, pero imagino que ya pasará.

—¿Qué ocurre, Leah? ¿Es por Nathan? —insistió Brenda.

—En parte, pero no. Son esas chicas odiosas...

—¿De quién hablas?

Les conté mi semana para el olvido, aunque intenté restar cierta importancia a los

hechos cuando me di cuenta del estado en el que se habían quedado tras la bomba.

—¿Me estás diciendo que esas malnacidas te están acosando?! —gritó Brenda.

—Bueno, tampoco creo que sea para tanto... Estas cosas ocurren, solo es que me ha

pillado en horas bajas... —Era mejor explicarles eso que decirles que ese tipo de situaciones habían sido demasiado comunes en mi vida. Niña rara, objetivo fácil.

—¡Una mierda! Eso es denunciabile, Leah. ¿Te han hecho algo más?

Una vez que vi el rumbo que estaba tomando todo aquello, opté por cambiar de tercio,

pero no tuve suerte.

—¿Es la cerda que está saliendo con Nathan? —preguntó Amanda.

—No sabemos si están saliendo, igual solo están liados —objetó Brenda.

—Me da igual, no debemos darle más importancia; ya se les pasará —contesté.

—Le vamos a dar la que tiene, Leah, y eso mismo vas a hacer tú. A partir de hoy, cero

permissividad. Te vamos a acompañar a clase. Es más, si continúan con ello, iremos a

denunciar donde sea. Digo yo que en la universidad habrá un órgano que se encargue de

eso...

Me dio pánico comprobar cómo maquinaban, que ya iban por meter al FBI en el asunto

y llamar de paso a los protagonistas de *Miami 5.0*.

—Os lo he contado para desahogarme. Solo son estupideces de chicas aburridas con

muy poco sentido común y demasiado tiempo. Dejad de darle tanta importancia, porque yo

no lo hago.

—Bueno, pero prométenos que si vuelven a molestarte nos lo dirás —consintió al fin

Brenda, que era la más reacia a dejar el asunto.

—Hecho. —Asentí, ofreciéndole mi mano como si estuviésemos cerrando un

trato.

Al final acepté su invitación para tomar un chocolate caliente. No me apetecía volver al frío apartamento sola. Thomas estaba fuera jugando con su equipo de baloncesto y Max..., digamos que desde nuestra confrontación no pasaba demasiado tiempo en casa, por lo que no tenía la menor idea de qué hacía ni con quién.

—¿Qué os vais a poner para la fiesta de mañana? —preguntó Brenda.

De pronto un jarro de agua fría me cayó al recordar que había aceptado ir a la fiesta de

Simon. El chico se había empeñado en que acudiésemos a su evento de inauguración del

semestre. Brenda iba con Paul, el tipo de Greenpeace, y Amanda me chantajeó con el

hecho de tener que ir sola, que era una mala amiga y todos esos rollos, por lo que tuve que

aceptar algo que no me apetecía por ella, pero en eso consistía la amistad, ¿no?

—Había pensado ponerme mi vestido negro de tirantes con una chaqueta de piel negra

y unas botas altas. —Le contestó Amanda entusiasmada.

—¿Vaqueros? —solté.

—Ni hablar. —Brenda se giró y abrió su armario con ímpetu—. Veamos qué hay por

aquí que te pueda servir... Yo tengo más pecho, pero tú eres más alta... ¡Ya está!

Vi cómo casi se metía en el armario, buscando algo que, por lo visto, debía de estar muy

oculto, y dio un grito que consiguió sobresaltarnos cuando lo encontró.

—¡Esto te va a quedar ideal!

—Estás bromeando, ¿no? —Miré con el ceño fruncido un vestido rojo

impresionante

que era más propio para una boda que para una fiesta universitaria.

—¡Es precioso, Brenda! —saltó Amanda, contenta, mientras daba palmadas.

—Es un regalo de mi padre. Ya sabéis que tiene mucha pasta; cuando se siente culpable

por desaparecer con su último ligue y pasa de nosotros, nos hace regalos muy caros y que

además no son de mi talla.

—Es ideal para Leah.

Había desconectado de nuevo. Me preguntaba por qué tenía en su armario un vestido

que no se podía poner. De hecho, lo que más me intrigaba era: ¿qué las había llevado a

pensar a las dos que yo me lo pondría? Si mi plan de asistir a la fiesta era el de pasar

desapercibida, acompañar a Amanda y no beber absolutamente nada de alcohol hasta que

olvidase la nefasta experiencia del orujo..., ¿cómo iba a usar ese vestido, que era lo más

parecido a anunciarte en un cartel luminoso, en medio del desierto de Nevada, a las doce

de la noche?

—Creo que paso.

Mis amigas no atendían a mis negativas. No tenía ningún tipo de autoridad con ellas, y

me hacían sentir vergüenza. Fue incómodo que me desnudasen a cosquilla limpia y me

metiesen a la fuerza en aquel maravilloso vestido que, tras observarme en el espejo y

quedarme asombrada, no me quería quitar.

—¿Esa soy yo? —pregunté en voz alta, estupefacta por la imagen que me devolvía el reflejo del espejo.

Así fue como me enamoré de una pieza de ropa por primera vez en mi vida. El sábado por la noche nos arreglamos a conciencia, y hasta dejé que Brenda me maquillara a su antojo. Total, ya que iba disfrazada de matadora nivel pro, no pasaba nada por adornar un poco más el asunto...

16

LA COPA DE DESPEDIDA

NATHAN

Sabía que era mala idea desde el primer momento, pero era incapaz de resistirme. Había llegado un punto en el que me daba todo igual. Lo único que necesitaba era verla, medir las consecuencias, incluso lo que podía ocurrir era secundario en aquellos instantes, porque ir a

una fiesta era lo menos aconsejable en mi caso. ¿Por qué estaba en el jardín de casa de

Simon esperando a que Elisabeth se colocara sus zapatos?

Porque me había enterado de que Leah y sus amigas iban a estar allí. Así de simple.

Cuando entré en aquella casa no supe qué me chocó más, si el bofetón de olor a humanidad y alcohol o ver a Leah en la fiesta, bailando con su amiga Amanda en medio del

enorme salón. Estaba rodeada de un montón de tíos que pensaban como yo: que ese

vestido rojo le quedaba espectacular y no dejaba absolutamente nada a la imaginación,

porque se amoldaba a sus curvas como una segunda piel. Comencé a babear como un niño.

¿Qué fue lo que ocurrió? Que me empalmé. Algo que me tocaba las pelotas bastante,

como si no fuese capaz de mantener a mi polla controlada. Me puse malo al instante.

Definitivamente, ir a la fiesta había sido una cagada monumental. Porque al enorme

problema de que allí había bebido por un tubo, debía añadir que se me helaron las pelotas

cuando Leah me vio y me taladró con una mirada fría.

Tuve que disculparme con Elisabeth y dirigirme al pasillo en cuanto vi salir a Leah.

Probablemente iba al lavabo. La seguí.

Entró en el baño, por lo que esperé en el pasillo atestado de gente a que saliera.

En

cuanto lo hizo, vi cómo su expresión cambiaba a la vez que se sucedían mil emociones,

desde la sorpresa al enfado. En cuanto levantó la barbilla tuve que aguantarme la risa: sabía

que era un capullo, pero a ella no se le daba bien ser mala.

—Leah... —dije, repasándola de arriba debajo de forma minuciosa—. ¿Te diviertes?

Se humedeció los labios antes de contestarme; entonces mi polla se tensó algo más.

Jodido vestido rojo...

—Nathan... —contestó en el mismo tono condescendiente que yo había empleado.

Nos quedamos en silencio, yo devorándola con la mirada, ella perforándome con la

suya. Su respiración era agitada; sabía que lo que menos le apetecía era verme, pero yo era

un puto egoísta de mierda. Sonreí de forma irónica por no levantarle el vestido en un

arranque y lanzarme a su cuello. Cómo me ponía... Al ver mi sonrisa se cabreó todavía

más y comenzó a andar para dejarme allí plantado sin decirme nada. Justo cuando pasaba

por mi lado, me acerqué para susurrarle en el oído, rozándola con el aliento.

—Creía que no ibas a fiestas.

Se envaró con mis palabras y me enfrentó, roja de ira.

—Y yo pensaba que merecías la pena. Ya ves, los dos nos hemos equivocado.

Sucedió tan rápido que no pude reaccionar. La vi marcharse con paso firme, y acto

seguido me cagué en la puta por lo que acababa de suceder. ¿Qué había ocurrido? ¿En qué estaba pensando?

Me quedé unos instantes apoyado en la pared sin saber cuál sería mi siguiente movimiento. Quería desaparecer de allí; buscaría a Elisabeth para decirle que me largaba.

Estaba acumulando mucha tensión; la música fuerte, el olor a canuto, el alcohol... Todo

hizo que me pusiese nervioso. El punto de inflexión fue cuando comencé a tener temblores.

«Joder».

Entré en la cocina como un rayo. Por eso, apenas pude procesar lo primero que vi: a

Leah tirándole a Elisabeth un vaso de bebida a la cara.

—Te lo puedes merendar entero, con tatuajes incluidos. No es para tanto, bonita.

Y

esto es por el vestido.

Le había lanzado el refresco al rostro con tanta fuerza que le cayó en los ojos.

—¡Leah! ¡¿Qué demonios te pasa?! ¡¿Te has vuelto loca?! —grité, intentando evitar que

la cosa fuese a más. Me dirigí corriendo a Elisabeth, que lloriqueaba de forma exagerada—.

¿Qué te ocurre, Leah? ¿Qué tipo de problema tienes? —Me dio rabia que la historia se hubiese ido de madre y ella hubiese reaccionado así ante todos. Joder, todo era culpa mía.

Ella se había metido en un lío por mí.

Intenté apaciguar a Elisabeth, que estaba realizando la mejor actuación en vivo que

jamás había visto ante la multitud de personas que se habían congregado en la cocina al

grito de «¡pelea, pelea!». Debía solucionar aquello antes de que la situación se desmadrara.

—¿Se puede ser más estúpido?! —me gritó Brenda interponiéndose entre Leah y

nosotros para ocultar a su amiga—. Lo que tienes que hacer es ponerle un bozal a tu

amiguita, porque lleva un par de semanas machacando a Leah con sus *bulldogs* de

acompañantes. Por si no lo sabes, eso se conoce como acoso y es denunciabile.

Así que

apártate de nuestro camino. Jamás vuelvas a hablarle así, ¡gilipollas!

Abrazó a Leah para consolarla. Ella estaba conteniendo las lágrimas a duras penas,

probablemente a golpe de orgullo; maldije con los puños apretados. ¿Qué acababa de decir

Brenda? Miré a Elisabeth y no necesité confirmación: su rostro blanco hablaba por sí solo.

«Me cago en la puta».

Amanda cogió a Leah, y salieron de allí sin darme tiempo a reaccionar.

—Por cierto, Barbie destructora —dijo Brenda a una Elisabeth estupefacta, apuntándola con el dedo de forma acusatoria—, la semana que viene te pasaremos la factura de la tintorería del vestido. Más vale que reces para que salgan las manchas. Corrí hacia el exterior tras ellas cuando la vi temblando de frío, quieta en el césped del jardín. Intentaba ponerse el abrigo, pero no atinaba con una de las mangas. —¡Leah! ¡Espera! —La alcancé hasta que frené, respirando con dificultad por la carrera—. ¿Es eso cierto? ¿Lo que ha dicho Brenda allí dentro? Me miró con un desprecio que me congeló la sangre en las venas; de pronto sentí que algo cambiaba. Su mirada se apagó; no sabría decir qué era, pero una presión en el pecho me empujó a cogerla del brazo para que me contestara. Se soltó de mi agarre como si quemase mientras se colocaba el abrigo con unos movimientos lentos y precisos. —No vuelvas a tocarme en tu vida. Ni a hablarme. A partir de hoy no existo para ti. Se fue. Yo la dejé marchar.

17

A VECES

LEAH

Bienvenidos al segundo día de autocompasión. En pocos meses sufría una nueva jornada de encierro personal en la burbuja particular de Leah Kline. La cosa iba mejorando, porque cuando era pequeña solía permanecer abstraída en ella la gran parte de mi tiempo, así que se podía decir que mi sentido del rechazo al resto de sociedad y a las relaciones personales estaba mejorando de forma considerable. Y en esta nueva etapa, dicho rechazo solo se daba cuando mi instinto de supervivencia no era capaz de absorber un hecho negativo. En resumen, que no podía asumir un varapalo sin caer en una especie de espiral de autodestrucción, lo que se conocía como no saber canalizar. Hablé por Skype con mi madre, y acabé rápido la comunicación con una excusa. No sabía si mis hermanos estaban, si querían hablar con ella o si se habían alistado al ejército o a una ONG; simplemente mentí diciendo que había quedado y me estaban esperando. Corté antes de que su instinto la alertase y comenzase a bombardearme con mil preguntas que no

pensaba responder.

Las primeras en sufrir esta faceta, que solo reservaba para familia y allegados, fueron

Brenda y Amanda, que debido al modo en que acabó la fiesta, estaban muy preocupadas

por mí. Se presentaron en el apartamento con el desayuno y una sonrisa, dispuestas a

animarme y charlar, «para que te desahogues, Leah, y saques eso que llevas dentro», creo

que dijo la morena.

Sentí ser tan brusca y poco considerada cuando las despaché, pero si eran buenas amigas, debían saber que yo no era como el resto de gente y asumir que tener una amiga

con mis particularidades venía con regalo extra.

Pero el día parecía no dejar de enviarme sorpresas en forma de visitas. Cuando por la

tarde sonó el timbre de forma insistente y abrí, mi mal humor subió en décimas de segundo

a tornado fuerza cinco. Al abrir la puerta me recibió un sonriente Nathan con cara de no

haber roto un plato.

—Hola, Leah, ¿podemos hablar?

—Piérdete.

Cerré de un portazo. En lo más profundo de mi ser, deseé que le hubiese dado en toda

la cara, así, de forma perversa y mordaz. No me importó escuchar el timbre durante casi

una hora; hasta rogué por que la circulación del dedo con el que estaba accionándolo se le

cortase. Supuse que al final había desistido de su intento y se había ido a pasar el

resto de la

tarde con su nueva distracción, porque transcurrido un tiempo dejé de escuchar los golpes.

El colofón final fue la llegada de la noche con sus estrellas y los estrellados de mis

hermanos.

—¡Leah, ¿qué mierda es esa de que ayer te metiste en una pelea?! —gritó

Thomas a la

vez que encendía la luz de mi habitación.

Por lo visto, las noticias volaban; no debía olvidar que mi hermano estudiaba en el

campus.

—¿Tienes algo, te pegaron? —insistió Max, que me destapó para comprobar si seguía

de una sola pieza.

—¡¿Queréis dejarme en paz de una vez?!

—¡No! Joder, eres nuestra hermana pequeña; es nuestro deber preocuparnos por ti —

dijo Thomas.

Me levanté de un salto antes de dirigirme a la puerta.

—¡Largo! —grité sin mirarlos a la cara.

—No me pienso mover de aquí hasta que nos cuentes qué ocurrió ayer —dijo Max, y se

sentó en mi cama.

Deduje que si quería que se largaran tenía que darles algo.

—Lo de siempre: rara en clase, le hago la vida imposible, coincidimos en una fiesta y el

alcohol combinado con sus amigas la envalentona y hace el resto, o sea, ridiculizar a la

nueva, punto. —Por supuesto, obvié que el motivo principal era el cantante de su

grupo,

aunque me pregunté el motivo por el que lo hacía.

—¿Y se puede saber quiénes son esas que te han estado molestando? —insistió Thomas—. O nos lo cuentas o lo averiguaré por otro lado.

—Ya os he contado qué ocurrió, no ha llegado la sangre al río, además de estar solucionado, ¿os podéis largar?

—Leah, estamos de tu lado, joder, nos preocupamos por ti —soltó Max, molesto—. Ya

sé que no he sido un hermano ejemplar, pero no quiero que pienses que estás sola. Si te

están jodiendo, somos Kline.

Ya estaba la saga de rancheros al poder... Quería desaparecer como por arte de magia,

largarme muy lejos de allí.

—Vale, lo tendré en cuenta, y si vuelven a robarme el bocadillo en el recreo vendré

corriendo a contároslo.

—No es necesario que nos trates como si fuésemos imbéciles; lo pillamos, ¿sabes? Tu

inteligencia no te hace estar por encima del resto, solo llegas antes que los demás... Así que

baja de tu pedestal —sentenció mi hermano mediano.

En cuanto me di cuenta de que me había pasado, me senté, derrotada, al lado de Max;

que me miró con una sonrisa.

—Bueno, entonces ¿a quién hay que matar, enana? —Me abrazó y casi rompo a llorar

como una niña pequeña. Había sido una idiota con mis hermanos; era consciente de que les

debía una disculpa, pero sabía que no llegaría nunca: las muestras afectivas, en

lo que
respectaba a mi familia, se nos solían atragantar. Pedir perdón era como tener
que
desplumar un gallo: engorroso y difícil.
Me encogí de hombros y Thomas cabeceó desde la puerta.
—¿Pedimos una pizza? —dijo con una sonrisa. Esa era la forma en la que
nosotros lo
solucionábamos. Aunque a veces podían ser unos pesados, los quería.
El inicio de la nueva semana venía acompañado del frío de finales de enero. El
cielo parecía
presagiar una buena nevada. Había cosas que no remediaba ni un buen café.
Hice una
cafetera que vacié en un termo que me había comprado hacía unos días, para ir
bebiéndomelo de camino al campus. Una vez que salí del apartamento me
recibió un
Nathan helado, que estaba tiritando de frío.
—Joder, Leah, si llegas a tardar más en salir, me encuentras hecho un cubito de
hielo —
bromeó; me guiñó un ojo, o eso creí, porque no le dejaban de castañetear los
dientes.
—Lástima, debería haberme dormido —contesté al aire, sin mirarlo para no caer
en
tentaciones.
—Vale, veo que todavía estás enfadada conmigo.
Me giré con tal ímpetu que lo sobresalté.
—Hay una pequeña diferencia entre estar enfadado y sentir total y completa
indiferencia
por alguien, Nathan. Si estás enfadado —puntualicé—, es que hay algún tipo de
conexión
sentimental o emocional con esa persona porque te ha hecho daño, y puede que

en un futuro exista alguna posibilidad de que ese enfado remita y des paso al diálogo. En este caso —continué con un alzamiento de cejas significativo—, se trata simplemente de un hecho desagradable entre dos personas que un día compartieron un error y que, por suerte, no volverá a suceder.

—¿Puedes sintetizar? A veces me cuesta seguirte, Leah. Dame un respiro...

—Sí. Vete a la mierda, Nathan —contesté con una peineta sin dejar de caminar hacia la universidad.

—¿Sabes actuar de otra forma que no sea huyendo?! —gritó desde donde se había quedado plantado.

«¡Jesús, dame paciencia, porque estoy a punto de cometer un asesinato!».

Me detuve en seco, apretando el puño que tenía libre en un gesto absurdo para intentar calmarme. Miré mi termo al tiempo que sopesé lanzárselo a la cabeza, pero no podía desperdiciar ese líquido tan valioso, así que continué caminando sin perder tiempo.

El resto del lunes fue una tortura odiosa. Ni siquiera mejoró cuando descubrí que había

una exposición en la biblioteca que incluía unas charlas y visitas de algunos autores y

periodistas especializados durante toda la semana. ¿Habría llegado el día del juicio final y

me había pillado despistada?

Adivinaba el motivo de mi estado de ánimo, sabía que tenía nombre y apellidos,

pero

me había propuesto que aquello no me afectara más de lo estrictamente necesario, así que

en ello andaba, funcionando como una autómata.

Tan pronto como finalizó la clase recogí mis cosas. Esperé a que Brenda acabase de

colocar los bolígrafos de colores en su estuche.

—De verdad, no entiendo por qué no coges apuntes en un solo color y cuando hagas

los esquemas utilizas el resto.

—Leah, yo no tengo una mente privilegiada como la tuya; necesito mil indicativos para

no perderme en el abismo de las materias —resopló, molesta.

—Vamos, ni que los colores te ayudaran a aprobar... Por eso has suspendido tres asignaturas en el primer semestre —le soltó Amanda, que ya había guardado sus cosas y

también la esperaba.

—Precisamente es un cambio de estrategia: antes solo utilizaba tres colores; ahora, cinco.

Salimos muertas de risa por su ocurrencia; de hecho, si Nathan no hubiese estado apoyado en la pared esperándonos, habría sido genial como colofón de la mañana, pero

estaba visto que no era esa la idea. Ambas se quedaron atrás, esperando ver la reacción del

roquero; me imaginé que querían cerciorarse de que no tenían que venir a socorrerme,

como si yo solita no pudiese hacerlo.

—Leah, esto es absurdo. Un día u otro tendremos que hablar, coincidimos muchas

veces... —comentó él con una sonrisa angelical, como si no hubiese roto un plato en la vida.

—Has tenido muchas ocasiones para hacerlo. Ahora mismo eres mi persona menos favorita.

—Vale, vale..., he sido un completo capullo.

—¡Y te quedas corto! —gritó Brenda desde el otro lado del pasillo—. Lo siento, ya nos marchamos.

Se disculparon mientras intentaban aguantarse la risa y se fueron, dejándonos solos.

—Mira, Nathan, no me apetece esto. No tengo ganas ni energías para discutir sobre

nada. No merece la pena, así que tranquilo, estamos en paz.

Me giré con un nudo en la garganta. Por supuesto que me importaba: estaba mintiendo,

pero necesitaba pasar página cuanto antes.

—Prometo que lo voy a solucionar, ya lo verás, pequeña Gale...

Escuchar que utilizaba de nuevo el apelativo cariñoso conmigo me hizo estremecerme,

pero no dejé de caminar ni me giré cuando lanzó al aire aquella promesa que guardaba

tantos enigmas. ¿Qué quería solucionar? ¿Su comportamiento extraño? ¿Su distanciamiento? ¿Su relación con Elisabeth? ¿La falta de confianza en la fiesta?

¿A qué se refería?

El martes, las chicas me convencieron para comer con ellas. Estaba deseando acabar la

soporífera clase que compartía con las Barbie Monsters —apelativo con el que

habían

bautizado Amanda y Brenda a Elisabeth y su séquito—. La verdad era que después de la

fiesta todo había cambiado: se mantenían alejadas de mí, ni siquiera osaban a mirarme. En

el fondo, había salido ganando en ese aspecto.

Estaba agotada. En realidad, lo que más me apetecía era ver a mi madre. Bueno, lo

cierto era que estaba sopesando la idea de escaparme unos días al rancho; la semana de

descanso de primavera quedaba muy lejos, pero echaba de menos a mis padres.

O a lo

mejor lo que quería era escaparme de allí y esconderme. Huir, como me había señalado

Nathan.

Acabó la clase y recogí con una lentitud calculada; observaba de reojo los movimientos

de Elisabeth. No me levanté de la silla hasta que no la vi encaminada hacia la salida; quería

evitar cualquier tipo de encuentro fortuito, porque si se volvía a dar el caso, no iba a ser tan

sutil. Aquella chica no sabía que me había criado con dos cafres en un rancho, por lo que

sería todo un honor poder patearle el culo. Se había acabado el victimismo. A quién quería

engañar, ¿cinco contra una?

Cuando comprobé el reloj, vi que todavía era pronto para dirigirme al bar donde había

quedado con las chicas, por lo que valoré pasar antes por el apartamento y dejar la cartera.

A medida que salía por la puerta miré al concurrido pasillo; hubo algo que llamó mi

atención, más bien alguien. Nathan estaba esperando frente a la puerta del aula.

Sentí un

cosquilleo extraño en el estómago que de pronto cesó cuando escuché a

Elisabeth cómo lo

llamaba.

—Nathan, ¿qué haces aquí? —Observé la escena aguantando la respiración, como si

aquello me ayudase a soportar que viniese a buscarla al aula.

—Creo que sabes por qué he venido... —la interrumpió de forma brusca, dejándola

plantada hasta que me miró y me ofreció una sonrisa—. Leah, ¿tienes un momento?

«¿Un momento? Para ponerme en ridículo delante de tu novia, no, gracias».

—Disculpa, Nathan, tengo algo de prisa...

—Solo serán unos segundos —recalcó a la vez que posaba la mano en mi espalda, en un

intento de que me dirigiese hacia donde se encontraban Elisabeth y sus amigas.

Mis piernas estaban pegadas al suelo; fruncí el ceño al mirarlo con una pregunta implícita en la mirada.

—Confía en mí, Leah —susurró en mi oído.

—Déjame que tenga ciertas dudas sobre ello, confianza es lo que menos me inspiras...

Suspiró a la vez que bajó la mirada avergonzado.

—Por favor —suplicó.

Accedí a regañadientes pese a que aquello me olía peor que el canal de aguas residuales

de mi pueblo. ¿Por qué era tan blanda?

—¿Elisabeth? —sugirió en un tono exigente a la rubia, que nos esperaba

nerviosa—,

¿tienes algo que decirle a Leah?

Estaba tan alucinada en aquellos momentos que me dio por pensar en esos

programas

de cámara oculta. ¿Me iban a invitar a su boda? ¿Querían pedirme que fuese

dama de

honor? ¿O querían que les hiciese un presupuesto para llevarles sus nuevas redes

como la

pareja de más guapos y perfectos de la universidad de Kansas? Entonces me di

cuenta de

que Elisabeth me estaba hablando y de que yo llevaba un buen rato sumida en

mis

elucubraciones.

—... y lo siento, no volverá a ocurrir, ha sido algo... que se nos ha escapado de

las

manos —se interrumpió con un movimiento del pelo, que se recolocó con

pericia—, no

pretendíamos llegar tan lejos. Te ruego que me disculpes, que nos disculpes, y

que no lleves

el asunto a ningún departamento, lo podemos solucionar hablando...

Continuó con un discurso ensayado, mientras sus amigas cabeceaban, asintiendo

ante

toda la sarta de mentiras y buenos propósitos que estaba soltando por su boca

como si

fuese un mitin político. Miré a Nathan, que tenía los puños apretados y fruncía el

ceño,

enfadado.

—Muy bien, Elisabeth, acepto tus disculpas, aquí no ha pasado nada —la

interrumpí,

cansada de escuchar sandeces.

—Oh..., pues gracias —soltó dubitativa.

—Bien, pues si eso es todo, me marchó.

Sin esperar a saber si tenían algo más que añadir, me giré y me encaminé a la salida con

paso firme y ligero. Como si las bragas se me hubiesen metido por el culo y necesitase

ponerle solución cuanto antes: por todos es conocida esa horrible sensación.

No había salido del edificio cuando escuché cómo Nathan me llamaba.

—Madre mía, Leah, ¿adónde vas con tanta prisa?

—Intentaba desmaterializarme, pero todavía tengo que pulir mi técnica. —Me encogí de

hombros sin dejar de caminar.

—Te dije que lo solucionaría... —Sonrió satisfecho.

—¿De qué demonios hablas? —lo increpé, y paré para enfrentarme a él.

—Te debían una disculpa por su comportamiento y yo también, así que lo siento. Espero que perdones este horrible malentendido.

¿Malentendido? ¿Que su novia tuviese un ataque de celos y me hubiese estado fastidiando y que él la creyese pese a lo que había ocurrido entre nosotros? Me estaba

entrando un gran dolor de cabeza, así que decidí que no iba a dedicar ni un poco más de

mis energías en aquella historia.

—Genial, Nathan. Disculpas aceptadas, ya te puedes quedar tranquilo, estáis todos

perdonados —contesté agotada—. ¿Ya eres feliz?

—No, hasta que vuelvas a hablar conmigo como antes —suspiró con una sonrisa triste.

—Eso no es posible, has perdido tu oportunidad —sentencié, más enfadada de lo que

pretendía parecer—. Vuelve con tu chica, Nathan, no la hagas esperar.

—Ella no es mi chica..., solo nos habíamos visto un par de veces. Surgió en un momento complicado..., yo... he cometido un error —explicó, y me cogió de las manos.

—No, yo lo cometí —dije, soltándome con brusquedad—. Confié en ti, me hiciste

daño. Me mentiste. No puedes hacer una promesa si no tienes pensado cumplirla. No

debes jugar con los sentimientos de las personas.

—Dame una oportunidad, Leah, quiero ser tu amigo.

Un puñetazo en el estómago no me habría hecho tanto daño como aquellas palabras

soltadas a bocajarro.

«¿Un amigo? ¿Me meriendo a la rubia pero para ti tengo el premio de consolación? Una

bonita amistad con vistas al mar...».

—¡Yo no quiero que seas mi amigo! —grité muy enfadada.

Me giré en dirección al apartamento, con la intención de largarme lo antes posible.

—¿Y qué quieres de mí?! —vociferó—. ¿Qué problema tienes? ¡Joder!

Escuché un fuerte golpe; me giré justo a tiempo de ver una papelería en el suelo que por

lo visto había pateado.

—¿A ti qué te pasa? ¿Eres un pirado bipolar?

Me abalancé sobre su pecho y lo cogí desprevenido cuando recibió un golpe seco de mi

mano en su torso.

—Un día te abalanzas sobre mí de tal forma que casi mantenemos relaciones en mi

apartamento. Otro, me prometes estar siempre a mi lado, protegerme, y otro, me acusas de

incitar una pelea con tu Barbie ¿y yo soy la que tiene un problema? ¡Vete a un loquero!

—Ya lo hago...

Sus palabras me sorprendieron, captando mi atención. Me miró muy serio; el pecho le

subía y bajaba de forma rápida, como si le costase respirar. ¿Por qué nos hacíamos aquello?

—Estoy cansada, Nathan, de verdad, no continuemos con esto. Dejémoslo así, no te

guardo rencor... —Me callé al notar un nudo en la garganta que me oprimía.

—No puedo, Leah; no puedo dejarlo ni quiero... Lo siento, lo he intentado.

Redujo el espacio que nos separaba. Me sujetó suavemente del rostro, como si temiese

que me fuese a romper; me dejó descolocada.

—He intentado mantenerme alejado, no hacerte daño, pero no lo he conseguido.

Soy

un desastre. Debería hacerle caso..., no tendría que hacer esto. —Sonrió antes de acercarse

su rostro al mío hasta que mi estómago se encogió cuando noté su aliento rozando mi

boca.

Me besó. Fue un beso dulce, contenido. Noté cómo me acarició la cara y me estremecí.

—Soy un egoísta, porque si pensara en ti, en todo, te dejaría en paz, pero antes prefiero

arder en el infierno que vivir sin ti. —Suspiró cuando apoyó su frente en la mía.

¿De qué hablaba, a quién no le había hecho caso, qué ocurría que debía mantenerlo

alejado de mí?

Era incapaz de manifestar cualquiera de esas cuestiones que me bombardeaban

sin

cesar. Estaba atrapada en su mirada azul, que me traspasaba con una intensidad que me

hizo estremecer. Noté cómo me abrazaba; nuestros cuerpos encajaban como si hubiese

llegado a casa. Una sensación de plenitud que había olvidado me llenó. Casi rompí a llorar

cuando comprendí que me había convertido en una de esas protagonistas de novelas de

adolescentes que sucumben ante el chico malo porque son incapaces de mantenerse

alejadas, algo así como una adicción deliciosa al dolor. Necesitaba alejarme de él y

mantener la poca dignidad que me quedaba.

—No puedes aparecer, besarme y pretender que no ha ocurrido nada, porque no ha

sido así —dije a la vez que me separaba de él—. Una explicación a medias y una declaración de intenciones no son suficientes, Nathan. Conmigo no funcionan.

Asintió, abatido.

—Necesito que creas en mí.

—Demuéstrame que puedo, si de verdad crees que esto merece la pena. Ya sabes dónde

encontrarme, pero no vengas si no estás dispuesto a contarme la verdad.

Me alejé de nuevo, aunque en esta ocasión la promesa implícita en su mirada me hizo

sentir que quizá había esperanza, que cuando estuviese preparado para explicarme qué le

ocurría, y qué había tras todo lo que no me contaba, pudiésemos empezar de nuevo.

Pese a haberme prometido una y otra vez que aquello había terminado y que no

quería

saber nada de él, había dejado una puerta abierta, porque no podía engañarme a mí misma.

Me había enamorado de Nathan, y muy a mi pesar, aquello no se podía borrar como si

fuese una frase mal escrita.

¿Quién había dicho que el amor era bonito?

Comí con las chicas sin dejar de revivir las en mi cabeza imágenes del encuentro con

Nathan.

—Vale, ¿nos vas a contar qué te pasa? —comentó Brenda antes de meterse una cucharada de su postre en la boca.

—Hoy ha venido Nathan a la salida de clase.

—¡No! —soltaron sorprendidas.

—Sí. Obligó a Elisabeth y a sus amigas a disculparse conmigo. —Sonreí divertida al ver

la cara desencajada de ambas.

—¡Qué fuerte! —dijo Amanda.

—Y me persiguió por los pasillos del campus y suplicó que lo perdonara y le diese una

oportunidad...

—¿Y...? —insistió Brenda a la vez que sacudía las manos, alentándome a que continuase.

—Le dije que con un beso y una promesa vacía no era suficiente.

—¿¡Te besó!?! —exclamaron eufóricas.

—Sí, un beso tierno y sincero... —Suspiré como una imbécil.

—Un momento —interrumpió la pelirroja—: ¿no se supone que está liado con la Barbie?

—Eso le dije, y él me prometió que no, que había sido un error.

—Ya claro, un error rubio de metro ochenta y tetas de vértigo con el que se ha

estado

dando el lote —bufó Amanda.

—Por eso mismo le dije que no podía pretender que cayese rendida a sus pies...

—

contesté intentando convencerme más a mí misma que a ellas.

—Pero le has dejado una puerta abierta —terció Brenda—. Eso significa que hay una

posibilidad...

—La peor guerra que existe es la del corazón contra la cabeza... —recitó Amanda.

—Am, deja de seguir esos grupos de frases cursis de Facebook, te tienen el cerebro

absorbido —chinchó Brenda muerta de risa.

—¿He hecho mal? Estoy indecisa... —Suspiré de forma dramática.

—A ver, no debería decirte esto, pero Nathan me gusta para ti; creo que sois el uno para

el otro y que deberíais sentaros a hablar tranquilos, sin nadie que se interponga. Vamos, lo

que se define como poner las cartas sobre la mesa y arriesgaros.

Brenda era muy práctica.

—Ya, pero no debemos olvidar que no ha dudado un momento en lanzarse a los brazos

de otra.

—Joder, Am, no estaban saliendo, además tampoco habían aclarado su situación.

—Sí, lo que tú digas, pero eso es lo que hay. ¿Quién dice que no volverá a suceder?

¿Cómo puede confiar en él?

Las estaba viendo discutir como si yo no fuese parte de aquello.

—Ya, y ¿quién te dice que mañana no explota la tierra y morimos todos?

—No seas dramática, Brenda —soltó Amanda con los ojos en blanco.

—Lo que intento decirle a Leah con todo esto es que aguarde a ver qué le explica

Nathan, solo eso. Si cree que merece la pena, que, según parece, así es, porque, si no, ni

siquiera estaríamos hablando del asunto, que apueste por ello. Es simple.

Visto así, lo parecía, pero yo no lo tenía tan claro.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué ha esperado a que ocurriese esto con Elisabeth y no

antes? ¿No le gustaba lo suficiente o es que se ha dado cuenta de que yo beso mejor? —

bromeé con ellas.

—Yo creo que es muy sencillo: hay calzado que es para una sola ocasión, bonito y caro,

pero hace que te duelan los pies horrores. Sin embargo, siempre recurres a tus viejas

zapatillas después de un día largo... —sentenció Brenda, dando fin a su postre con una sonrisa.

—¿Me has comparado con unas zapatillas viejas? —cuestioné entre molesta y divertida.

—Adoro mis zapatillas —soltó muerta de risa—; son mejor que un buen polvo, y eso

que también me encanta el sexo.

Estallamos las tres con una sonora carcajada que hizo que algunas mesas ocupadas por

otros estudiantes del campus nos observaran.

Por la tarde estuve trabajando un poco y descargando el temario de una de las asignaturas

cuando sonó el timbre. Me levanté extrañada, pues no esperaba a nadie.

—Hola, ¿estás ocupada? —preguntó Nathan con una sonrisa que me hizo sonreír

a mí

también.

—Depende...

—Verás, he estado pensando. Bueno, he meditado mucho, en todo, sobre nosotros y...

—Observé cómo se frotaba el pelo con la mano en ese gesto tan típico que hacía cuando

se ponía nervioso—. Mierda, qué mal se me dan estas cosas...

—Sí —afirmé, divertida con la situación.

—Leah, así no me ayudas nada —bromeó.

—Me estoy vengando.

—Lo tengo merecido. —Me guiñó un ojo—. Había planeado que podríamos salir...

—Nathan... —interrumpí.

—Espera, deja que me explique mejor. Mi abuela hace una exposición, y había considerado que igual te apetecía acompañarme... Es una buena ocasión, en un lugar

neutro, donde hay cuadros, arte..., y así podríamos hablar tranquilos.

—También podríamos hacerlo ahora —dije, extrañada ante tanto misterio: si quería,

cualquier lugar era bueno.

—No quiero ser interrumpido; pueden venir tus hermanos en cualquier momento...

—¿Y en esa exposición vamos a estar solos? —pregunté.

—Vamos, Leah, dame un poco de margen, ¿no? Estoy intentando currármelo. A las

chicas os gustan estas cosas: las exposiciones, pasear...

—Yo no soy como el resto de chicas, Nathan; tú mismo lo dijiste.

—Y yo no tengo ni idea de cómo debo comportarme. Ya la he cagado bastante contigo,

quiero que esto funcione...

Me sentí mal al verlo tan abatido. Parecía sincero.

—Está bien, te acompañaré a esa exposición y me invitarás a cenar a un restaurante decente.

Su cara cambió en un momento y apareció una sonrisa sincera que hizo que notase

aquellas mariposas en el estómago que creía que se habían muerto del disgusto.

—¡Genial! Te recojo mañana a las siete.

—Esto no significa nada, Nathan...

—Es más de lo que merezco, pequeña Gale. No te arrepentirás, te lo prometo. Se acercó, me rozó con los labios en la cara con un leve beso y me quedé con una

sonrisa boba que no pude deshacer en toda la noche. ¿De verdad estaba lista para darle una

oportunidad? ¿Estaba dispuesta a comprobarlo?

Puede que esta pequeña Gale ya estuviese preparada para regresar, porque realmente

«no hay lugar como el hogar», como decía Dorothy. Para mí aquellos ojos azules eran lo

más parecido a mi refugio.

18

PEQUEÑOS SUEÑOS ROTOS

NATHAN

Sabía que aquella mañana no vería a Leah. Se había matriculado en varias asignaturas de segundo, algo que me tenía totalmente intrigado. Era una chica inteligente, pero desconocía hasta qué punto como para abarcar tanta materia. Yo a duras penas había aprobado la gran mayoría de asignaturas generales que completaban los prerrequisitos del grado; sin hablar de la complicación que estaba teniendo ese año, con las asignaturas específicas de la orientación principal y con un esfuerzo sobrehumano. Era eso o volver a Los Ángeles hecho un fracasado y dándole la razón a más de uno.

Con suerte, podía verla en el descanso de las once, cuando solía acudir a The Underground a por su tercer café del día. Pensé en Kyle: si supiese hasta dónde llegaba mi necesidad de saber todos sus movimientos, me habría encerrado en un manicomio. Sonreí cuando recordé la sugerencia de Leah al respecto el otro día.

La cuestión era que algo me tenía alucinado, y no sabía cuándo había ocurrido: de pronto, un buen día me di cuenta de que conocía sus horarios, cómo le gustaba el café y

aquel gesto que solía hacer con la boca cuando estaba muy concentrada, que era la gran

parte del tiempo. Lo peor no era que advirtiese esos detalles, sino que los tenía memorizados; yo, que apenas me acordaba de felicitar a mi madre o a mi hermana el día de

sus cumpleaños o que solía perder las llaves del coche cada dos por tres.

Lástima que aquel semestre no coincidiéramos en clase; ahora era todo más aburrido.

Deseé que las agujas del reloj volaran; como un niño ansioso por salir a la hora del

recreo, me dirigí rápidamente a la cafetería. Abrí las puertas con una sonrisa boba en la cara

y cabeceé en un intento de «autorriña»: me había convertido en un pelele andante. Si Leah

supiese que llevaba meses haciendo aquello, me pondría una denuncia por acoso, y con

razón.

Comprobé el reloj, conté mentalmente «tres, dos, uno», hasta que apareció, con su

melenita castaña y esa mirada perdida, como intentando comprender todo lo que la rodeaba,

buscando una explicación a lo inexplicable... Me apoyé en la pared, detrás de la columna

tras la que me había parapetado tantas veces y a la que le debía parte de aquella historia.

Porque desde el primer día en el que, de forma accidental, me quedé tras ella para mirar el

móvil y al levantar la mirada y fijarla al frente la vi, comenzó aquel ritual extraño que ya era

una adicción más para este yonqui de mi pequeña Gale.

Cuando compró su café se marchó igual que había entrado, sigilosa y con una sonrisa de oreja a oreja, ahora que ya tenía su preciado tesoro entre las manos. Un poco más culpable por mi faceta *voyeur*, me fui a mi siguiente clase. Por la tarde estaba tan nervioso que ni el hecho de rasguear las cuerdas de mi vieja Fender ayudó al propósito de intentar calmarme. Mi abuela me había dejado las invitaciones de su exposición en Topeka sobre la mesa del salón, después del interrogatorio minucioso del día anterior y la visible alegría al saber que iba a acudir acompañado de una amiga, como intenté explicarle sin mucho éxito. Estaba preparado; me había duchado, afeitado, vestido y puesto colonia. Llevaba las entradas de la exposición en el bolsillo de mi chaqueta. Miré de nuevo la hora al salir con la promesa de hacer las cosas bien por una maldita vez en la vida. Cuando aparqué en la calle del apartamento de Leah, me sudaban las manos como la primera vez que subí al escenario de aquel pequeño local en Los Ángeles. Cabeceé ante la idea: no había nada comparable a la pasión que me producía la música, hasta que la había conocido a ella. Amanda y Brenda me estaban esperando ante la puerta; tomé una bocanada de aire helado para infundirme valor. —A por todas, chicas —rieron divertidas. Abrió Max, que tenía cara de pocos amigos. Nos miró extrañado.

—Hola, ¿habíamos quedado? —preguntó sorprendido.

—No —contesté, intentando aparentar una tranquilidad que ni de coña tenía.

—¿Entonces...? —insistió a la vez que cruzaba los brazos sobre su pecho a la espera.

—¿Puede salir Leah a jugar? —dijo Brenda de broma.

—¿A jugar? —soltó Max, desconcertado de narices, y tuve que aguantarme la risa,

porque la pelirroja tenía más peligro del que parecía.

—¡Es para mí, ya voy! —escuché a Leah, que gritaba desde el interior.

Leah observó a Amanda y Brenda mientras intentaba averiguar qué pasaba allí.

Se me

secó la boca. Tuve que hacer un gran esfuerzo cuando vi lo guapa que iba vestida. Sonrió;

noté que se sonrojaba. Miró de reojo a su hermano, que parecía tan confundido y fuera de

lugar que no sabía a cuál de nosotros preguntar.

—Os estáis quedando conmigo —señaló Max antes de girarse y entrar en el apartamento un poco mosca—. Ya nos veremos, listillo.

Sabía de sobra que así sería, pero quería posponerlo, de ahí que hubiese solicitado la

ayuda de las chicas. No quería tener que aclarar las cosas con el mayor de sus hermanos

antes de que ella y yo hablásemos.

—Hola, Nathan —me saludó Leah en voz baja cuando nos dirigíamos a mi coche—.

No sabía que la invitación a la exposición era para todas.

—Y no lo es —sugerí con un guiño, divertido.

—¿Chicas...? —dije con una reverencia a Brenda y Amanda cuando habíamos alcanzado el coche—. Un placer y gracias.

—De eso nada, nos debes una —contestó la pelirroja—. Pasadlo bien.

—¿Me va a explicar alguien de qué va todo esto? —preguntó Leah, extrañada.

—Será un placer, pequeña Gale, suba al carruaje —dije con aire cómico, mientras le abrí la puerta.

Me miró dubitativa antes de subir al vehículo.

Nos despedimos de las chicas; me monté en el coche, contento por que los planes

hubiesen salido tal cual los había planeado. Ahora me quedaba lo más complicado de todo:

sincerarme con ella. Había preparado un discurso con todos los detalles, calculado para el

trayecto de algo más de media hora desde Lawrence a Topeka. Incluso había pensado en la

música que iba a seleccionar en mi reproductor. Como si todo tuviese que ser perfecto,

pero en cuanto la miré, comprobé que había cosas para las que uno no está preparado en la

vida; la mirada de Leah era una de ellas.

Desde el primer día en que la vi, reconocí que era diferente. El estado en el que me

encontraba, como si fuese un completo gilipollas incapaz de articular palabra, decía mucho

sobre lo que ella me afectaba.

—¿Y bien? —preguntó, inquieta.

—Bueno, digamos que he abusado un poco de la confianza de tus amigas y les he

pedido que me echasen un cable.

—No fastidies, ¿te da miedo enfrentarte a mi hermano? Te creía más...

¿hombre?

Me giré de golpe, sorprendido por su insinuación, y entonces me di cuenta de

cómo se

mordía el labio, divertida. ¿Quería guerra?

—Pues verás, antes de demostrarte mi virilidad, hay ciertos puntos que debo aclarar

contigo; por eso no me apetecía tener que partirle la cara a tu hermano sin haberlo hecho

primero.

—¿Aclarar ciertos puntos? ¿Partirle la cara a mi hermano? ¿Demostrarme tu hombría?

—preguntó, aguantando la risa.

—Aunque no lo creas, en esta ocasión el orden de los factores sí que altera el producto.

—Déjame adivinar... ¿Yo soy el producto? —Subrayó sus palabras haciendo un gesto

de entrecomillado con las manos.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad? —Cabeceé con una sonrisa.

Me volvía loco; con aquella tontería estaba consiguiendo ponerme a tono. Estaba muy

enfermo, joder.

—La verdad es que me apetece verte sufrir, por idiota.

Vale, la cosa no había comenzado con buen pie: que hubiese consentido en acompañarme no significaba nada, así que le iba a tener que dar lo que quería.

—Si te soy sincero, no sé el momento exacto en que comencé a fastidiarla contigo...

—Yo puedo aclarártelo en un segundo —interrumpió con una sonrisa que me hizo reír.

—Dame un poco de cancha, Leah... —supliqué sin dejar de mirar la carretera.

—Me duermo. —Bostezó de forma exagerada, y con ello me arrancó una carcajada.

—Mierda, en las películas todo es más fácil —susurré en voz baja.

La escuché reír y me giré para ver cómo se le caían unas lágrimas e intentaba sujetarse la

barriga. Me entraron unas ganas locas de abrazarla y comérmela a besos.

—Joder, Nathan, cuando pienso que no me puedes sorprender, de nuevo lo haces. Por

favor, qué risa.

—Me alegra ver que te hago reír...

—Vale, ya paro... —soltó, sujetándose la mandíbula—. Es que no me digas que no es

para menos... ¿Sabes tus fans que ves películas románticas a escondidas? Eso va a dañar tu

imagen de roquero duro...

—Solo me importa la opinión de una persona, pero lo tengo jodido, porque, menos

impresionarla, creo que he hecho de todo: fastidiarla, enfadarla, a veces hacerla reír pero no

en el buen sentido sino en el patético... —Arqueé las cejas.

—Creo que esa persona estaría dispuesta a escucharte; es más, juraría que está impaciente por saber el motivo por el que hiciste todo eso —sugirió, divertida.

—Vale. Cuando la veas, le dices que quiero hablar con ella, que me llame a cualquier

hora...

—¡Idiota! —bromeó con un golpe suave en mi brazo.

Había llegado el momento de la verdad. Ahora que la tensión se había relajado, me vi a

punto de darlo todo.

—Me gustas, Leah, mucho. Demasiado, diría yo, así que me acojoné. —Tomé aire con

fuerza al ver que me observaba con los ojos muy abiertos—. No se me dan muy bien las

relaciones, los compromisos. Siempre pensé que el motivo era porque había nacido como

un espíritu libre, incapaz de ataduras...

—Estoy perdida... ¿En algún momento hemos hablado de cualquier tipo de compromiso tú y yo?

—Estoy intentando explicarme, Leah...

Aquello era más complicado de lo que parecía. Tan pronto como tenía muy claro en mi

cabeza lo que le quería decir, solo soltaba un pastel de mierda verbal incomprensible.

—Te escucho —dijo. Se cruzó de brazos a la espera de mis aclaraciones.

Estaba sudando de lo lindo por primera vez en aquel invierno frío de Kansas.

—Tú no eres como las chicas con las que yo solía... —Arrugó la nariz, por lo que

decidí cambiar de tercio de inmediato al sonar todas las alarmas en mi cabeza—; eres

mejor. Tienes las ideas claras, eres inteligente, guapa y capaz de enfrentarte a tus hermanos

sin pestañear. Y yo solo sé cantar y aporrear una guitarra, meterme en líos sin cesar y...

—¿Y...?

—He intentado mantenerme alejado de ti, de lo que me hacías sentir, de un posible

«nosotros», porque no te he contado quién soy, qué guardo, por qué estoy aquí...

Cuando la miré de reojo observé que asentía. En aquel momento volvía a tener la mirada perdida, seguro que enfrascada en sus pensamientos.

—Y mi hermano ha hecho el resto para no ponértelo fácil, ¿me equivoco?

—Tu hermano intenta protegerte de un capullo, y se toma muy en serio su función,

pero no quiero hablar de eso. Lo que realmente me importa es que sepas mi

verdad. Que
me conozcas y que ojalá, después de escucharme, quieras apostar por nosotros.
Ojalá que
pienses que no soy un imbécil y me des una oportunidad.
—Muchos «ojalá», Nathan. Creo que deberías comenzar por el principio; ya
valoraré
qué hacer. Por lo pronto te digo que hay algo que todavía no entiendo: si tanto te
intereso,
¿por qué lo tuyo con Elisabeth?
Bien, me lo tenía merecido por gilipollas, así que ahora tocaba tragar.
—Digamos que es algo recurrente en mi vida. Hay personas que huyen del
desastre; yo
me lanzo a él de cabeza. Tengo un imán para los fracasos, las decepciones y el
gusto
amargo del rechazo.
—Y eres un atormentado. Vamos, no fastidies, Nathan... ¿Eso te funciona con
las tías?
Me dejó alucinado con su comentario. Sonreí ante la reacción de mi cuerpo: me
había
puesto duro sin venir a cuento en medio de la conversación más importante de
mi vida.
—Aunque no lo creas, no ha fallado nunca...
—Pues son todas unas patéticas —soltó con un bufido—. Vale, y como eres un
adicto a
los malos tragos, te liaste con el diablo disfrazado de Barbie, lo entiendo...
De pronto rompí a reír como hacía tiempo que no me ocurría. La miré como si la
viese
por primera vez en mi vida, como si viese por primera vez esos ojos verdes que
hacían
música para mí. ¿Dónde había estado todo este tiempo? ¿Cómo podía haber

vivido sin
conocerla?

—Y la jodí, otra vez —ella asintió—, pese a que yo quería estar contigo.
..., al grano. Estamos a pocas millas de Topeka; como que me llamo Leah
que si no me has contado lo que quiero saber antes de llegar a la exposición, no
me bajo de
este coche.

«A tomar por el culo».

—Dejé el grupo en Los Ángeles cuando me detuvieron por tráfico de drogas y
consumo.

La miré de reajo; abría la boca y la volvía a cerrar sin soltar palabra. Tomé aire
con

resignación listo para su rechazo, pero se lo debía.

—Ese es el motivo por el que te mentí y quise mantenerte alejada de mí. Llevo
tres años

limpio, pero te aseguro que no han sido un camino de rosas. Cada día he de
trabajar duro,

y, bueno, no quería implicarte en toda esta mierda.

La miré; continuaba en total silencio. Parecía estar asimilando la información,
así que

decidí soltar el resto. Volví a prestar atención a la carretera mientras aferraba el
volante con

fuerza.

—No solo tuve problemas de adicción con la coca —tragué para deshacer el
nudo de

mi garganta cuando vi de soslayo su fruncimiento de ceño—, también con el
alcohol. Así

que estás sentada ante un excocainómano y exalcohólico. Una joya, vamos.

—¿Y lo de la detención? —preguntó, inquieta.

—No era cierto. Uno de los componentes del grupo estaba metido en toda esa

basura;

cuando hicieron una redada en el local que teníamos, nos vendió a todos, involucrándonos en el fregado.

—¿De ahí la disolución del grupo? ¿Y qué ocurrió? ¿Se ha solucionado? —interrogó con un hilo de voz.

—Estamos en ello. Mi padre es uno de los mejores abogados del estado de California; tiene un bufete muy potente. De hecho, ha trabajado duro para sacarme de este lío.

Intenté hacerle un breve relato de la historia con The Smash, sin dejarme ningún detalle.

Ella escuchaba atenta, con los ojos muy abiertos y sin manifestar su opinión hasta que acabé.

—¿Y por eso estás en Lawrence? ¿Te dejaron salir del estado con causas pendientes?

—Solo estoy pendiente de un juicio. Mi padre ha presentado una demanda a Rick. Me absolvieron de todos los cargos. Fue entonces cuando mi familia creyó que era un buen momento para comenzar de nuevo en otro lugar.

—¿Por eso desapareciste aquellas dos semanas?

Asentí, sin enfrentarla, con toda la atención en la carretera, avergonzado por todo lo que le había confesado. Se quedó en silencio un buen rato. Estuve a punto de añadir algo, pero habló de nuevo.

—No te ofendas, pero ¿qué haces estudiando marketing?

Parecía intentar averiguar un secreto oculto, por cómo me miraba.

—Sinceramente, no tengo ni idea. —Suspiré—. Lawrence fue la mejor opción, porque

vivía mi abuela, y el grado..., bueno, digamos que en su momento creí que estaba bien.

—¿Y qué tal hubiese sido dedicarte a lo que te gusta? A la música con otro grupo, hacer

una carrera en serio... Está claro que es lo tuyo.

¿Le acababa de confesar que había tenido problemas con las drogas y el alcohol, que

había tenido causas pendientes con la ley y que estas eran el principal motivo de mi salida

de Los Ángeles y ella se preocupaba por que no estuviese haciendo lo que me gustaba?

—Leah, ¿has escuchado algo de lo que te he explicado?

—Sí —contestó pensativa—. ¿Y eso tiene que ver con que te enrollaras con Elisabeth y

pasases de mí?

Cabeceé pensando en aquella tarde de mierda, cuando acabé con ella después de mi

discusión y el ultimátum de su hermano. La misma que pensaba obviar por su bien familiar

y porque no me correspondía a mí contárselo. Pese a que me había propuesto ser del todo

sincero con ella. Esa no era una verdad que me tocaba aclarar.

—Lo de Elisabeth fue una equivocación horrible; me dejé llevar por la autocompasión,

Creí que si me alejaba de ti, si te alejaba...

—Pufff... Esa es una excusa horrible de niño inmaduro. ¿Me estás diciendo que me

he pillado por un idiota que solo tiene unos ojos bonitos y un cuerpo de escándalo?

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el pecho y me dejaron en blanco

durante unos segundos. Comprobé el retrovisor antes de frenar el coche, saliendo de la calzada.

—¿Qué has dicho?

—Que eres un niño inmaduro... —dijo, más sorprendida por mi loca maniobra con el vehículo que por mi pregunta.

—No, lo otro... —insistí con impaciencia.

—¿Que tienes unos ojos bonitos y un cuerpo de escándalo?

—¿Estás pillada por mí? ¿Te gusto? Quiero decir... —No tenía ni puta idea de expresar las mil emociones que me estaban bombardeando en esos momentos. Parecía un gilipollas con incontinencia verbal aguda.

—¿Tú crees que si no me gustases estaría en este coche a pesar de que te has portado como un cretino? Aunque todavía intento averiguar qué tipo de tara mental tengo para hacerlo... Pero la cuestión lógica que nos ha llevado hasta este punto es evidente, ¿no?

Sonreí más contento que el día que mis padres me regalaron mi vieja Fender. Era el tío con más suerte del mundo por conseguir que esta preciosidad a la que a veces no entendía me volviese loco, además de que también ella lo estuviese. Lo suficiente para darme una

oportunidad, después de todo lo que le había contado. Como no pensaba desaprovecharla

ni aunque se desatara un tornado de los típicos en la zona a menos de un metro del coche,

hice lo que debía desde el principio: la besé.

De pronto, una presión en mi torso me sacó de mi ensoñación.

—¡Ey! ¿Se puede saber a qué estás jugando? —soltó mientras me daba un empujón.

—Yo, pues... —balbuceé, sorprendido—. ¿Intento besarte?

—Eso ya lo veo. La cuestión es: ¿qué te hace pensar que puedes? —contestó, con el

ceño tan fruncido que pensé que se produciría un esguince en las cejas. Mierda, ¿no se

suponía que me acababa de decir que le gustaba?

—Nos hemos reconciliado; la mejor forma de celebrarlo es con un beso, ¿no? Además,

llevo un montón de tiempo deseándolo.

Me estaba poniendo enfermo por momentos. ¿Qué iba mal?

—No es tan sencillo, Nathan. No puedes soltarme todo lo que me has contado y haber

actuado de forma tan extraña durante todo este tiempo. —Hablaba muy rápido y gesticulaba en exceso, por lo que deduje que comenzaba a estar muy enfadada

—. Y como

colofón haberte enrollado, prácticamente delante de mis narices, con Elisabeth cuando días

antes me habías hecho pensar que...

—No me enrollé con ella —dije, avergonzado—, no pude. Intenté dañarte para que te

alejara. Ya te lo he dicho, soy un completo gilipollas.

Ya lo había soltado. Total, era la pura verdad; quería que ella confiara en mí.

Joder,
estaba poniendo toda la carne en el asador, o como cojones decían aquí. Tenía
que saber
que era un inútil que, en vez de afrontar que estaba pilladísimo por ella y no
dejar que su
hermano me chantajeara con mi pasado, había optado por huir.
—¿Cómo? —preguntó, sorprendida.
—Estaba muy jodido, creía que lo nuestro nunca sería posible. Así que la invité
a salir a
tomar algo. Fue la tarde que nos encontramos. Ella aprovechó la circunstancia al
veros y
me cogió del brazo. El resto ya lo sabes.
—No lo sé, ¿estás de broma? —escupió, roja de ira—. ¿Sabes que me ha estado
fastidiando por tu culpa? ¿Tienes la menor idea del daño que me causaste al
rechazarme
delante de ella, de sus amigas y del resto de la gente de la fiesta? ¿Entiendes lo
doloroso que
fue ver cómo me alejaste la noche que me dejaste, después de haber compartido
contigo
mis temores? ¿Crees que todo esto ha sido fácil para mí?
Estaba a punto de llorar, pero no iba a consentir que ocurriera. Sabía que no le
gustaba
sentirse vulnerable; además, todo aquello era culpa mía por mi estupidez y mi
falta de
decisión en toda aquella situación.
—Soy un maldito imbécil que no te merece. Soy totalmente consciente de ello.
Comprendería que no me perdonases nunca, pero solo te pido tiempo. Déjame
demostrarte que esto merece la pena, que puede haber un nosotros. Intentaré
mejorar de
una vez por todas. Por favor, Leah, quiero empezar de cero.

Tan pronto como se giró, miró a través del cristal durante unos largos cinco minutos en los que casi me pongo morado por la presión con la que estaba sujeto al volante, apretando la mandíbula con fuerza.

—No quiero hablar más sobre esto. Por favor, vamos a la exposición, se está haciendo tarde.

—Leah...

—No, Nathan. Vamos a proceder a mi manera. Se acabó el ir detrás de ti y preocuparme por lo que he hecho mal o por saber qué te ocurre o te ronda por la cabeza.

Dejemos aquí esta conversación.

Estaba tan abatido que no me sentía el cuerpo. Era como si me hubiese abandonado toda la energía. La miré. Continuaba con la mirada perdida en algún punto del horizonte de la noche.

—Si quieres, volvemos a casa —dije, derrotado.

—No, tu abuela nos ha invitado a su exposición y me apetece mucho verla. Conduje en un silencio doloroso hasta Topeka. Estaba muy jodido, aunque lo tuviese merecido. No podía dejar de pensar en que la estaba perdiendo; no sabía cómo llegar a ella.

19

NO LLORES

NATHAN

Me levanté de la cama cuando aún no había amanecido y bajé a hacerme un café.

Estaba

claro que no iba dormir. Noté el frío atravesándome el pijama como agujas de hielo y

maldije en voz baja mientras buscaba una sudadera con la que abrigarme.

Ya en la cocina, encendí la luz anexa que había en la zona del mármol para no iluminar

la estancia con los fluorescentes y dejarme los ojos en el intento. Estaba sumido en mis

pensamientos, viendo cómo el café caía en el recipiente, cuando mi abuela apareció por la

puerta, con su sonrisa perenne y el pelo impecable. Como si no acabase de levantarse de la

cama.

—¿Una mala noche? —dijo, arrebujiándose en la bata.

—No te habré despertado, ¿verdad?

—Cariño, tengo casi setenta años, ¿crees que la flexibilidad es lo único que se pierde con

la edad?

—Vamos, Den, no exageres: tienes sesenta y cinco.

—Abuela, niño, soy tu abuela; me he ganado el derecho a que utilices el título conmigo.

Ahora mismo me vas a contar qué te ocurre.

Desde pequeño había utilizado el diminutivo para llamar a mi abuela Denise. Era imposible concebir que aquella señora imponente, que irradiaba una personalidad única, tan elegante, y pintora profesional, pudiese considerarse una abuela común. De las de rulos, pasteles horneados y calceta.

—No me ocurre nada, abuela —comenté con un encogimiento de hombros.

—¿Es la preciosidad de ojos verdes que conocí anoche la causa de tus desvelos? Había que joderse con mi abuela... Y yo que pensaba que mi amigo Kyle era el único lírico que me rodeaba...

—No, Leah no es la causa de mi insomnio. Ya sabes que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—Es una chica muy agradable y atenta. ¿De dónde es? —preguntó, dando unas palmadas suaves en la mesa de la cocina para que me sentase a su lado.

—De Sun City. Sus padres tienen una explotación ganadera allí.

—Me gusta mucho, es muy educada y guapa. No la dejes escapar.

—Solo somos amigos.

—Lástima, creo que esta chica merece una categoría más relevante en tu vida...

Se levantó al tiempo que me daba unos golpes ligeros en la mano. La observé mientras

se servía otro café y me sonreía.

—La exposición fue todo un éxito —dije para cambiar de tema.

—Lucha por ella, Nathan —insistió, y tiró por tierra mi intento de cambio de tercio—.

No huyas, ya tienes edad de enfrentarte a los problemas. Sabes que estoy encantada contigo

aquí, pero nunca aprobé que dejaras tu ciudad y que abandonaras lo que más te gustaba al

primer contratiempo. Sé que eres mucho más de lo que demuestras.

La sonrisa había abandonado su rostro y me contemplaba seria.

—No quiero mantener esta conversación ahora, Den...

—Querido, yo no soy el problema, ya lo sabes. Barrerlos bajo la alfombra no te ayudará

a que desaparezcan. La basura acaba oliendo, así que será mejor que los afrontes.

—Estoy en ello...

—No con demasiada fuerza. Puedes hacerlo mejor, y, por el amor de Dios, deja de

lamentarte como un alma en pena y ve a por esa chica de una maldita vez.

Levanté la vista sorprendido ante el exabrupto, algo poco característico en ella.

—Joder, ¿qué será lo próximo, mascar tabaco y escupirlo?

—Darte una patada en el trasero. —Sonrió.

Estaba claro que los míos se habían empeñado en que acabara con mis mierdas y comenzase a hacer las cosas bien. Como si yo no fuese lo suficientemente inteligente para

verlo por mí mismo...

A la mañana siguiente, asumí que el día de clases en la universidad estaba perdido. Me dirigí

al local de ensayos, donde vi que Max me esperaba apoyado en la puerta. Lo había llamado

hacia media hora, citándolo allí para hablar. Un jueves por la mañana era el mejor

momento para darse de hostias con un tío que estaba acostumbrado a cabalgar potros

salvajes y marcar reses antes del aperitivo. Su mirada neutra y la poca luz que había no me

dejaban entrever si era mejor atizarle un puñetazo primero y luego hablar o viceversa.

—Espero que sea importante; ayer me acosté a las dos de la madrugada.

—Yo tampoco he dormido demasiado, créeme.

—Te jodes.

—No me toques los cojones, Max.

—Mira, niño bonito, me tienes hasta las pelotas. Te dije que te mantuvieras alejado de

ella y ¿qué haces tú? Traer a las chicas para que te ayuden. Eres una nenaza.

—Evitar tener que partirme la cara delante de tu hermana —solté muy cerca de él con los

puños apretados.

—¿Pretendes asustarme?

—Vamos dentro, gilipollas —bramé, tan cabreado que estaba a punto de darle un puñetazo allí mismo.

Abrí la puerta tan fuerte que casi me la cargué. Tiré la chaqueta en uno de los sillones

viejos que estaban en la entrada. Me giré para enfrentarlo, pero no me dio tiempo a

reaccionar. Una vez que me estampó contra una de las paredes, solté el aire de golpe.

—¡Te advertí que te mantuvieses alejado de ella!

Le golpeé tan fuerte en el estómago que se encogió de dolor, sorprendido por mi ataque. Aquello me dio algo de tregua para tomar aire, antes de que él contraatacara de

nuevo. Me pegó en el pecho justo cuando evitaba un gancho que iba directo a mi cara.

Hice un barrido a sus piernas y lo desestabilicé. Sonreí al ver que comenzaba a caer. Mi

suerte se fue a la mierda en el momento exacto en el que me cogió del brazo y me arrastró

con él al suelo. Golpeamos el duro cemento, como una pera cuando cae del árbol. Escuché

un «crac» en alguna parte de mi cuerpo. Pero no tenía tiempo de contemplaciones, porque de nuevo Max se abalanzaba contra mí para molerme a palos. Aquel tipo era duro de pelar; parecía que el concepto «mantener una discusión como adultos» en su lenguaje era: «te parto la cara y luego, si quieres, hablamos».

No sé si fue la falta de sueño, la mala hostia acumulada, el karma o pensar que debía ganarme el respeto de aquel cazurro demostrándole que no le tenía miedo que, de pronto, estaba sacudiéndolo con saña. Me encontraba sobre él sin dejar de darle en el torso y las costillas. Intenté no darle en la cara, no quería que pareciese un panda. Soltó un derechazo y me golpeó en la oreja. Noté un pitido tan fuerte que casi me deja KO. Me faltaba el aire, aunque ya daba igual dónde nos atizábamos. Él tenía la cara hecha un Cristo; yo no iba por mejor camino. De pronto, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, por lo que cesé los golpes..., momento que aprovechó Max para salirse de debajo de mi agarre y alejarse unos metros.

Ambos respirábamos con dificultad mientras nos observábamos atentos.

—¿Ahora me vas a escuchar de una puta vez? —dije a la vez que me sujetaba el abdomen, que me dolía por el último revés.

—Te escucho.

Joder, si hubiese sabido que para ganarme su respeto tenía que darme de hostias con él, lo habría hecho desde el primer momento.

Me limpié algo que me resbalaba por la barbilla y fruncí el ceño cuando vi que era

sangre. No quería hacer control de daños: seguro que mi cara estaba como un mapa.

Notaba que un ojo se me estaba hinchando por momentos.

—No voy a mantener mi promesa, Max.

—Sí. Ya sabes que si no lo haces se lo contaré todo.

—Ya lo he hecho yo —solté, pillándolo por sorpresa—, se lo conté anoche. Lo siento,

pero no tienes nada con lo que chantajearme.

—¿Qué le contaste?

—Lo que tenía que saber, lo que descubriste sobre mí.

Tosió al tiempo que escupía sangre en el suelo. No me alegraba de ello; de hecho, estaba

tan asqueado por haber llegado a aquel extremo que casi me aticé a mí mismo.

Le tendí una toalla, que aceptó de mala gana.

—Pegas fuerte, cabrón —dijo con una sonrisa torcida que me dejó descolocado.

—Preferiría no haber llegado a esto.

—O sea, que ya lo sabe...

No entendía el funcionamiento de la mente de Max. Parecía un tipo sencillo, pero eso

solo era quedarse en la superficie. A su modo, intentaba proteger a su hermana, pero debía

comprender que tenía que dejarla, que no lo estaba haciendo bien...

—De esto ni palabra a Leah.

—Pues ya me dirás cómo lo hacemos, porque no es necesario ser muy listo para entender qué ha pasado aquí.

—Mierda, pues tenemos que inventarnos algo.

—No pienso mentirle, Max. Te lo he dicho, voy en serio con ella. Quiero intentarlo.

Por supuesto, obvié el hecho de que de momento era algo unilateral, porque Leah estaba más bien al otro lado del río. Me faltaba un puente o una buena embarcación para cruzarlo. En resumen: que lo tenía muy crudo. Me moría de ganas por verla y no de estar perdiendo el tiempo allí con su hermano, que después del encontronazo se largó como si no hubiese ocurrido nada. Surrealista total.

¿Cómo habíamos llegado a ese extremo?

Tras dejar las cosas claras con el mayor de los Kline, me quedaba otra historia por resolver: reconquistar a Leah, si se podía decir que alguna vez la había conquistado. Había algo en lo que su hermano tenía mucha razón: ella era distinta, por eso me tenía totalmente cautivado, pero, por otro lado, era una de las razones por las que lo tenía tan complicado.

Por suerte, mi aspecto tras lavarme la cara y aplicarme una crema que ya había utilizado en otra ocasión había mejorado muchísimo.

No tenía una excusa para ver a Leah, y mucho menos después de la conversación y de cómo quedó todo entre nosotros, pero debía hacerlo. Sentía una necesidad urgente y enfermiza que me hizo ir a su apartamento sin importarme una mierda ni el estado de mi cara ni qué le iba a explicar.

20

LA ÚNICA EXCEPCIÓN

LEAH

Cuando abrí la puerta, me quedé sin saber qué decir. Nathan estaba con la cara destrozada

y esperaba con una súplica en la mirada. ¿Qué iba a hacer con estos dos idiotas? —¡Nathan! —grité, y me tapé la boca asombrada—. ¿Ha sido el imbécil de mi hermano? ¿Estáis tontos los dos o qué os pasa?

Max había venido con el rostro en un estado bastante similar al que tenía él, pero cuando le pregunté qué era lo que le había pasado, me dio largas con un gesto brusco, a su estilo.

—¿Puedo pasar?

—No debería dejarte entrar, por idiota, por seguirle el juego a Max y por... por...

No pude acabar la frase; me lancé sobre él y le arranqué un gemido de dolor cuando

impacté contra sus costillas. Por lo visto, las tenía algo doloridas por la trifulca con mi hermano.

«Idiotas».

Cuando me abrazó fuerte, como si temiese que fuese a desaparecer, sentí un calor

inmenso por aquello. Volvía a estar entre sus brazos; daba igual el motivo: no lo iba a soltar

nunca. Me apretó algo más y me impregné de su olor. Una mezcla a suavizante

de ropa, a
su perfume y a él.

Comencé a temblar; estaba descontrolada y no sabía qué decir. Oculté mi rostro
en su

cuello. Todo aquello me sobrepasaba. La confesión de Nathan del día anterior
me había

dejado descolocada y con muchas incógnitas abiertas. Y el motivo de que
hubiese llegado a

las manos con mi hermano era el colofón a todo aquello. Noté que mojaba su
jersey, señal

inequívoca de que ¡estaba llorando!

—Leah, por favor, estoy bien. No llores, de verdad, no soporto verte así, mírame.

Intentó separarme, aunque le estaba costando horrores: me había aferrado a él
como

una segunda piel, avergonzada.

Consiguió calmarme, acariciándome la espalda poco a poco con la punta de los
dedos, y

me dio besos en la cabeza, en el pelo, con suma delicadeza, a la vez que
susurraba palabras

de aliento.

—Pequeña Gale, se me está quedando el culo helado...

Me reí contra su pecho. Lo miré con los ojos aún anegados en lágrimas, e intenté
esforzarme por sonreír, pese a la tensión del momento y todo lo que nos había
pasado.

—Estoy bien, Leah, yo... lo siento —dijo, apenado.

—No, no estás bien, esto no está bien... —interrumpí. Le rocé el labio
magullado, que

lucía un buen corte—. ¿Te duele?

—No, apenas lo noto. —Me guiñó el ojo que tenía bien, porque el otro estaba
que

parecía una pelota de béisbol.

—Mentiroso... —me burlé para solventar la tirantez de su expresión.

—Preciosa —contraatacó, y me dio un beso suave en la nariz.

—Puedes entrar, adulador.

—¿Siempre?

—Siempre.

Tras cogerlo de la mano, lo hice entrar en el apartamento y en mi vida. Porque pese a

todos los inconvenientes, a los malos momentos, a los malos entendidos y a su pasado, no

podía obviar que hacía mucho tiempo que él era importante para mí y que no podía hacer

nada al respecto para evitarlo.

No podía luchar contra lo que él me hacía sentir.

Antes de llegar a la cocina, me asió suavemente del cuello y me acarició la mandíbula.

Me atrajo poco a poco con una expresión que decía tanto que me hizo contener la

respiración, a la expectativa. Nos impregnamos el uno del otro, mientras nos devorábamos

con la mirada. Acaricié con la lengua ligeramente sus labios, que sentí dulces y húmedos,

para no hacerle daño. Lo invité con una mirada que decía cuánto deseaba aquello. Me

entregué del todo cuando abrí la boca.

Sus besos me transportaban y me hacían sentir especial, venerada. Nathan marcaba el

ritmo de sus atenciones como si estuviese componiendo una canción para nosotros dos.

Nos bebimos a sorbos lentos, con una intensidad capaz de hacer arder toda la

ciudad en

pleno invierno. En el momento en el que me rozó, fue irremediable que no pudiese

contener un gemido.

—Leah, por favor..., me estás volviendo loco.

—Te aguantas. —Me puse de puntillas y lo besé en cada una de las magulladuras de su

cara—. Por tonto, por hacerme sufrir, por preocuparme, porque sí...

—No soy de piedra... Si seguimos con esto, no respondo. —Me aferró para que entendiera cuál era la magnitud de su entusiasmo por la situación. Abrí los ojos como

platos cuando su dura erección me acarició entre las piernas, por encima del pantalón del

pijama.

—No vuelvas a hacerlo, nunca más —dije con una intensidad que me ahogaba.

—Lucharé por nosotros siempre, así que no me pidas algo que no te puedo prometer.

—Pues prométeme que lucharás con escudo y protecciones.

Soltó una carcajada que al fin me hizo reír a mí también. Me cogió en brazos, y le rodeé

con las piernas la cintura. Nos besamos hasta que perdí la noción del tiempo.

Al día siguiente entré en The Underground y lo busqué con impaciencia. Tenía que

comenzar a trabajar en ello: era un poco penoso babear de aquella forma tan evidente. Lo

vi sentado en una mesa cerca de los ventanales.

—Hola, siento el retraso. —Le di un beso dulce antes de sentarme frente a él.

—Tranquila, acabo de llegar yo también. La profesora nos estaba poniendo una práctica

y no nos dejaba escapar de allí.

—¿Cuándo tienes que entregarla?

Sonreí al recordar la noche que estuve con él haciendo aquel trabajo. El mismo que tuve

que entregar sola, cuando él me dejó plantada.

—A final de semana. Por lo visto, esta profesora es muy dada a este tipo de sorpresas

—dijo, agobiado.

—Si quieres, puedo echarte una mano; voy bien de tiempo.

Mi respuesta lo descolocó. En su rostro se podía adivinar la confusión.

—Hay algo que no comprendo... ¿Por qué has escogido asignaturas del siguiente curso?

¿Eres masoca?

Supuse que había llegado el momento de sincerarme con él, por lo que me ruboricé.

Titubeé, porque no sabía cómo abordar el asunto.

—Digamos que se me dan muy bien los estudios.

—¿Muy bien tipo «me encanta estudiar» o muy bien tipo «voy sobrada»?

—Lo segundo...

—Un momento. —Se acababa de quedar alucinado—. ¿Qué estás insinuando?

—Hay muchas cosas que no te he contado sobre mí. Creo que sería mejor ponernos al

día si queremos..., ya sabes, si tú y yo...

—Te cuento lo que quieras sobre mí, y me da igual lo que vayas a contarme sobre ti. Tú

y yo es un hecho, ¿estamos? —dijo muy serio.

Sonreí, aún más roja que antes. Me aferré al vaso de café sin dejar de mirarlo.

«Allá va...».

—Soy Alta Capacidad. Hace años me hicieron unas pruebas y determinaron que tenía

un cociente intelectual por encima de la media.

—¿Muy por encima? —preguntó con los ojos como platos—. Hablamos de ¿mucho?

—De unos ciento cincuenta y ocho la última vez que lo comprobaron. Esto ha sonado

raro, ¿no? Como si fuese un animal del zoo.

—Eso es alucinante —contestó, intentando salir de su asombro—. ¿Por qué pierdes el

tiempo en este grado? Podrías hacer mil cosas más interesantes con tu inteligencia, como

un grado en ciencias y después un posgrado de especialización.

—Tampoco es para tanto; además, esto me gusta.

—Bueno, creo que somos dos idiotas que escogieron estudiar marketing por puro azar.

—Oye, que acabo de explicarte que soy megainteligente, un respeto. —Me reí con

ganans, aliviada al ver que no se lo había tomado demasiado mal.

—Por suerte, venir a Lawrence ha tenido algo muy bueno... —Sonrió.

—¿Ya te has enamorado de Kansas, sus tornados, los girasoles y el frío?

—Qué va, en realidad era por pertenecer a esta gran familia —abarcó con los brazos

abiertos parte del restaurante— y poder disfrutar de todos los partidos de los Jayhawks.

—No sé por qué, pero no me acabas de convencer... —Entrecerré los ojos y me acerqué algo más—. No te he visto jamás en un partido. Te aseguro que no me habrías

pasado desapercibido.

—¿Insinúa, señorita Kline, que tiene algún tipo de interés en mí?

—Comienzo a pensar que he metido la pata contigo; pensaba que eras listo aparte de

estar bueno.

Me quité la chaqueta de lana y lo contemplé un buen rato. Se había quedado en silencio.

Golpeé la mesa con los dedos; él seguía perdido en sus pensamientos. Le lancé una bola de papel hecha con una servilleta que impactó en su cara.

—Bueno, si no quieres que te ayude, con decirlo basta; tampoco es necesario que me ignores.

—Lo siento, estaba distraído.

—Suponía que mi confesión te iba a dejar aturdido, pero no tanto. ¿Sigues pensando que debemos seguir con esto? —pregunté, dubitativa: a lo mejor quería salir huyendo.

—Pues claro que sí. Creo que te lo dejé claro ayer, pero creo que no me empleé a fondo y que tengo que insistir una y otra vez.

Me reí ante su contestación.

—¿Qué tienes pensado hacer este fin de semana? —preguntó de pronto.

—¿Quieres que nos veamos? —Sonreí, contenta.

—Bueno, es evidente que no solo quiero que nos veamos, esto... si tú también quieres.

Quiero decir, que estaría bien ir a algún sitio, salir, tomar algo..., no sé...

—Me parece una idea estupenda; hay un lugar al que quiero ir hace tiempo, aunque no sé si ahora es una buena época.

—Dispara.

—Hay un parque con un lago bastante cerca, Clinton State Park. Podríamos ir a pasar el domingo. No sé si te apetece, o quizá tenías pensado algo diferente...

—Me parece genial, ¿A qué hora quieres que te recoja? Un momento..., ¿y

mañana?

—¿Quieres que nos veamos los dos días?

—Creo que deberíamos comenzar a establecer algún tipo de términos, porque me

parece que no tienes muy clara cuál es la situación entre nosotros.

—¿Y tú sí? Porque, que yo sepa, no hemos hablado del tema en ningún momento. Nos

hemos limitado a discutir, besarnos, casi morirme cuando te vi ayer con la cara hecha un

mapa, tras deducir que tú y Max habíais decidido arreglar lo que sea que tengáis entre

manos a golpe limpio... y enrollarnos como si no hubiese un mañana. Pero... no hemos

aclarado nada de nada.

Parecía estar encajando las piezas de un puzle complicado. Su cara era el fiel reflejo de la

indecisión.

—¿Estamos en la misma onda?

—De verdad, Nathan, ¿eso es todo lo que tienes que preguntar?

—Creo que esto no se me da nada bien —dijo, frustrado.

—Es muy sencillo: no tienes que preguntarme si quiero ser tu novia como en el instituto

ni si podemos salir. No soy una cría. Solo necesito saber si esto..., si tú y yo vamos a iniciar

una relación como pareja. Si vamos a tener citas y vernos con cierta asiduidad.

Me gustaría

que supieras que a mí no me va demasiado lo de compartir; es más, me horroriza la sola

idea de pensarlo. No soy tan moderna en ese aspecto —gesticulé, nerviosa, a la vez que era

incapaz de dejar de hablar—, y antes de que sigamos adelante con esto, quería dejarlo claro.

No pasa nada si no estás de acuerdo...

Levantó la mirada, sorprendido.

—Por supuesto que no, ¿cómo se te ocurre pensar eso?

—No es tan raro, hay mucha gente que lo hace...

—Me da igual lo que hagan otros —me interrumpió, molesto—. Nosotros no vamos a

compartir una mierda. Joder, perdona. Quiero decir que no. Bueno, que nada de ver a otra

gente o lo que sea que se te está pasando por esa cabecita potencialmente sabia.

—Vale, está claro entonces. Nada de compartir fluidos corporales con nadie más que no

seas tú —sonreí aliviada—, así que... ¿nos vamos a ver este fin de semana y a besar en

exclusiva?

Hizo una mueca con la boca, intentando aguantar la risa.

—Sí y sí. Muchas veces. De hecho, voy a comenzar ahora, porque creo que no sabes lo

bien que se me da.

Se sentó a mi lado y me atrajo con una sonrisa lobuna. Había puesto la directa; que lo

retara no hacía más que remarcar algo evidente: le gustaba apostar. Me besó con unas ganas

que me abrumaron. Fue inevitable que soltara unos ruidos que andaban entre un gemido y

un suspiro de alivio por tenerlo otra vez así. Jugó con mi lengua; me abandoné por

completo. Me mordió el labio de forma sugerente. Sabía a café y olía genial. La esencia que

siempre lo acompañaba, a ropa limpia, a un toque de perfume ligero y a masculinidad, me volvía loca. Me acarició el pelo suavemente y profundizó más en el beso, que ya había dejado de ser inocente hacía rato y que, si en vez de estar en la cafetería más grande del campus hubiésemos estado en una habitación a solas, nos habría llevado a estar desnudos y sudorosos.

De pronto, noté cómo se tensaba cuando pareció recordar dónde estábamos. Se separó respirando agitadamente. Apoyó su frente sobre la mía en un intento de volver a normalizar su respiración, lo que me dio algo de tiempo para que yo me recompusiera también.

—Esto ha estado genial, aunque creo que deberíamos detenernos. No me malinterpretes, pero no deseo compartir con el resto de la universidad lo mucho, muchísimo que me gusta besarte.

El descanso había terminado.

Mi novio, porque ahora sí que era oficial, se despidió de mí antes de volver cada uno a nuestras respectivas clases. Y estuve el resto de día en una nube.

21

FUI HECHO PARA AMARTE

NATHAN

El sábado por la noche fuimos a cenar algo rápido. Me gustaba ese aspecto de Leah: no

necesitaba grandes ceremonias, se conformaba con cualquier cosa, como por ejemplo la

comida rápida. De hecho, si hubiese llevado una bolsa de patatas fritas y un refresco, sería

igual de feliz. Me encantaba esa sencillez, me hacía sentir cómodo.

No dejaba de pensar lo útil que me sería aquí tener mi piso de soltero todo para nosotros y las grandes cosas que podríamos hacer en él. Como estrenar todas las habitaciones. Sí, estrenarlas, porque, por raro que pudiese parecer, no había llevado a

ninguna chica allí antes. Lo cierto era que me moría por que ella fuese la primera.

Entonces, sonreí como un imbécil cuando se me ocurrió algo.

Íbamos de camino al aparcamiento donde había dejado el coche. Estaba muy oscuro y

hacía un frío impresionante. Leah estaba apoyada en mi brazo; me agarraba tan fuerte que

casi no me circulaba la sangre por él. Qué ímpetu, por Dios.

—¿Qué vas a hacer en las vacaciones de primavera? —dije a la vez que abría las puertas

del coche con la llave.

—Ir al rancho, ¿por qué? —Sonrió cuando ya nos encontramos dentro del

vehículo, que
estaba algo más cálido que el exterior.

—He estado pensando que quizá te apetecería hacer algo distinto.

—¿Qué tienes en mente?

—Cuando nos conocimos, comentaste que no habías estado en Los Ángeles —
subrayé,

poniéndome cómodo—, y creo que sería una idea genial que le pusiésemos
remedio.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa en las vacaciones de primavera? —
preguntó, tan

perpleja que me arrepentí al instante de habérselo propuesto.

—Quiero que conozcas la ciudad. Además, no iríamos a mi casa. Bueno, a mi
casa sí, no

a la de mis padres.

—¿Tienes una casa en Los Ángeles?

Su sorpresa había pasado a estupor; lo estaba bordando por momentos.

—Es un piso pequeño, de solo dos habitaciones; tuve suerte con unas
inversiones que

me propuso hacer mi padre, con parte del dinero que gané dando clases de
música y otros

trabajos. Ese dinero se multiplicó... —Joder, no estaba consiguiendo mi
objetivo, que era

invitarla a pasar unos días. Parecía abrumada.

—¿Eres rico, quiero decir, tu familia... sois millonarios?

—¡No! Bueno, mis padres viven muy acomodadamente. Y no nos ha faltado
nunca

nada. En realidad, residen en uno de los mejores barrios de Los Ángeles, pero
han

trabajado muy duro para estar allí.

—No creo que yo... Debo ir a visitar a mi familia.

Vale, definitivamente la había cagado con todo aquello. Había conseguido que pensara

que era un niño de papá con la vida resuelta, y ni de coña era así.

—¿Te apetece venir?

—Sí, pero no creo que sea posible.

—¿Supondría algún problema en tu familia que me acompañaras?

—Probablemente. Además, apenas hace nada que...

—Puedes decir que vas a casa de un amigo.

Ya lo tenía; estaba casi a punto de convencerla.

—Mis hermanos saben que no eres un amigo —se burló, sacándome la lengua.

—Hablaré con ellos si ese es el problema.

—¡No! No quiero que mi apartamento se convierta en un *ring*.

—Leah, siento muchísimo lo que ha ocurrido con tu hermano Max; nunca debería

haber sucedido. —Lo decía en serio: me avergonzaba por no haber controlado la situación

y haberme dejado llevar por mi ímpetu. Años de terapeutas y muchos ejercicios de

relajación, a la basura. Sería un buen momento de sincerarme...

—No creo que tú fueses el único culpable. Mi hermano no conoce otro mundo; aunque

viva en una ciudad, no ha dejado de comportarse como si continuase rodeado de reses.

—Bueno, yo tendría que haber hecho las cosas de otra forma. No hay excusas.

Quiero

que sepas que estoy trabajando en ello...

Suspiró, y temí que fuese a dejarme tirado allí tras meditar que no era un buen partido o

que estaba pirado. Igual la había asustado con mi proposición de venir a mi ciudad. Me

había lanzado debido a la emoción por querer ser el primero en enseñársela y compartir con ella mis rincones favoritos, darle una vuelta en mi Chopper... Sería un sueño hecho realidad.

—Veré qué puedo hacer. Te diré algo en unos días.

¿Hablabas en serio?

—Leah, deberías saber...

—Mira, Nathan, hace un frío alucinante, y me encanta estar contigo aquí charlando

sobre las vacaciones de primavera. No quiero que le des más vueltas a lo sucedido con

Max; ambos estáis arrepentidos, sois unos idiotas y punto. No se hable más.

Ahora llévame

a bailar. Es la única forma de entrar en calor. —Se acercó a mí para que la envolviese con

mis brazos cuando un escalofrío la recorrió.

—Conozco una forma más efectiva. —Habló mi polla y no yo. Estaba claro que no

tenía filtro cuando estaba con ella.

—¿Y la vas a compartir conmigo? —susurró muy cerca de mi cuello.

Fueron unas palabras mágicas; me faltaron manos y boca para devorarla por completo.

Nos besamos con una intensidad que nada tenía que ver con nuestros anteriores encuentros: allí había algo más en la ecuación. Supe, en cuanto me miró con los ojos

nublados por el deseo, que estaba perdido.

Me parecía de lo más cutre hacerlo con ella en el coche. Intentaba desechar la idea lo

antes posible y ponerle remedio cuando Leah se subió sobre mi regazo y

consiguió que
brotase un jadeo desde mi garganta al notar cómo se frotaba contra mi pene, que
estaba a
punto de salirse por la cinturilla de los pantalones vaqueros.
«Jesús, qué empalmada».
Le metí la mano por debajo del jersey, de punto fino negro y que le quedaba de
muerte,
y sentí el tacto de su piel sedosa. Ya me podía morir del gusto. Jugaba con mi
lengua
mientras gemía de una forma tan sensual que estaba consiguiendo romper todas
mis
barreras sobre la lógica y la poca conveniencia de hacer algo más en el coche de
mi abuela.
—¿Cómo se reclina el asiento? Me estoy clavando el volante.
Estaba claro que no íbamos a detenernos. A mí ya me daba igual: habíamos
puesto la
directa. La tenía encima, me acariciaba por debajo de la camiseta interior. Se
contoneaba de
una forma que me estaba poniendo a mil; ya ni recordaba cómo me llamaba.
Recliné los asientos para tumbarla en el del copiloto. Tenía las mejillas con un
ligero
rubor. Estaba preciosa. Me tumbé encima, sin apoyar todo mi peso, y le besé el
cuello. En
menos de un parpadeo su jersey había salido disparado; juro por Dios que casi se
me cortó
la respiración cuando vi su pecho agitándose bajo ese sujetador de encaje que me
hizo
gemir como a un adolescente. Mi camiseta obtuvo el mismo resultado. Al fin
pude sentir el
tacto de su piel en mi torso. Casi me corrí allí mismo.

Cuando le desabroché el sujetador, sus pezones salieron despedidos a saludarme.

No

pude controlarme más tiempo. Me lancé a por uno de sus botones rosados,

lamiéndolo con

glotonería. Su sabor era increíble; escucharla gemir así me estaba matando. Con

la otra

mano cubrí su otro pecho, que era de la medida exacta, y entonces mi polla se

tensó hasta

límites insospechados.

A cada lametón, jadeaba y me ponía a mil. Jugué con ella, consiguiendo que se

deshiciera entre mis brazos. Susurraba mi nombre entre gemidos entrecortados.

Mi pene

estaba a punto de reventar, apretado contra la bragueta.

Le desabotoné el pantalón, y me ayudó a bajárselo con una urgencia increíble.

Sonreí

antes de volver a atacar el otro pecho, que todavía no había lamido. Un siseo me

hizo

levantar la vista; observé cómo se arqueaba, con la boca entreabierta, perdida en

el deseo.

No supe si fue o no una invitación, pero mis dedos iniciaron un recorrido por su

cuerpo

hasta llegar a su entrepierna; cuando toqué sus bragas, casi me da algo. Estaba

totalmente

empapada.

La acaricié poco a poco; sentía cómo se derretía. Me ofrecía sus caderas para

que llegase

más lejos. Disfrutaba de ver cómo se deshacía lentamente. Froté su clítoris tan

suavemente

que soltó un pequeño grito de protesta ante la pérdida cuando aparté los dedos.

Me reí con

ganas y lamí sus pezones duros, primero uno y después el otro, a la vez que la acariciaba de nuevo entre los labios mojados y listos, coronados por una hilera finísima de vello púbico cuyo color no adivinaba a ver por la oscuridad reinante.

—¿Es esto lo que quieres? —conseguí articular, con una voz tan ronca que me sorprendió incluso a mí.

Le introduje un dedo con la intención de ir poco a poco, pero resbaló en su interior de lo lubricada que estaba.

—Sí, no pares, yo... Joder, Nathan... —gimió, y me apretó los brazos con fuerza.

Arqueó su cuerpo para que pudiese acceder mejor.

Impuse un ritmo lento en el que mi dedo entraba y salía, a la vez que dedicaba especial mimo a sus pezones y boca. Ella estaba tan extasiada que no sabía a qué parte de mi cuerpo responder, y yo estaba tan sumamente cachondo que si me hubiese rozado la polla por encima del pantalón, en ese preciso instante, me habría corrido en los calzoncillos sin poder evitarlo.

Cuando ya no podía más, noté que estaba a punto; acaricié su clítoris con el dedo pulgar

e introduje un segundo dedo. De pronto, sucedió algo maravilloso. Me sentí el tío más

afortunado del planeta cuando Leah se corrió entre mis dedos y gritó mi nombre con

deseo. La observé: tenía la respiración agitada, la boca hinchada por mis besos y el pecho

algo rojo por mi barba de tres días. Su piel era muy sensible. Estaba preciosa, y yo tenía un dolor de pelotas increíble, pero me sentía más feliz que el día que me compré mi moto.

—Hola, pequeña Gale. Eres una preciosidad adictiva y dulce. —La besé suavemente;

me sonrió antes de abrazarme fuerte.

—Gracias, ha sido... fantástico.

—Un placer. Cuando quieras, repetimos —susurré sobre su boca.

Me besó y se incorporó un poco. Me aparté para no aplastarla con mi peso.

Estaba

bastante cachondo, pero no quería ir más rápido, me lo quería tomar con calma.

—Me has regalado el mejor orgasmo que he tenido nunca —dijo.

—¿De verdad?

Me incorporé, colocándola sobre mi regazo.

—Bueno, hace mucho que yo no...

Sonreí con un asentimiento. No era tonto; sabía que con su exnovio ya habría tenido

muchos orgasmos, pero no dejaba de gustarme el hecho de que el que yo le acababa de

regalar lo superase. Hacía que mi ego se sintiese alabado, aunque no fuese cierto.

Me miró mientras arqueaba las cejas, bromeando. No pude evitar hacerle cosquillas,

hasta que le arranqué una carcajada. La ayudé a vestirse, pero nos costó mucho acabar de

hacerlo, porque éramos incapaces de dejar de devorarnos con besos y más besos que

subían de tono de mala manera. Al final tuve que hacer acopio de una voluntad que no

sabía que tenía y conseguí dejarla de madrugada en su casa, con una sonrisa

traviesa y los
labios hinchados.

Me volvía loco.

No pude pegar ojo hasta que casi despuntó el alba. No dejé de sonreír como un
imbécil

al que le hubiese tocado la lotería.

22

SUEÑO

LEAH

Febrero se me pasó en un suspiro. Estábamos en la recta final, aunque no me había dado cuenta. Eso era lo que ocurría cuando estabas bien, y decir «bien» era quedarme corta:

Nathan había conseguido llegar adonde nadie había podido. Nuestros encuentros, desde la noche del aparcamiento, habían subido de tono; ambos estábamos de acuerdo en que había llegado el momento de pasar al siguiente estadio. Había ido a mi ginecólogo a hacerme una revisión y tomaba la píldora para regular mis períodos, pero no sabía cómo sacar el tema con Nathan sin parecer demasiado evidente.

Una tarde estábamos estudiando en su habitación. La habíamos establecido como lugar de estudio. En mi casa no era posible por Max, pese a que habían limado asperezas; no eran personas favoritas el uno para el otro. En cuanto a Thomas..., bueno, directamente creía que no lo tragaba.

—¿Tienes preservativos? —interrumpí mientras repasábamos un tema que lo estaba ayudando a preparar.

Hacía días que me rondaba la idea, por lo que decidí que, ya que no sacaba el asunto, lo haría yo.

—Esa pregunta no aparece en el temario, Leah —bromeó.

—No vayas de listillo, ya sabes a qué me refiero.

—Sí, a gorritos para mi superpene.

—¿Sabes? Alardear del tamaño de tu pene es un claro indicio de baja autoestima, deberías hacértelo mirar. Aunque en este caso debo darte la razón: con gorritos ya tendrás suficiente.

Se lanzó sobre mí y me tumbó sobre la alfombra de la habitación.

—Me encantará demostrarte una y otra vez las dimensiones de mi polla, de todas las

formas y posturas, cuando quieras y como quieras. Lo estoy deseando... —
Lamió mi

cuello. Me mordió los labios suavemente, arrancándome un gemido.

—¿Cuándo? —Moví la pelvis contra su erección para dejarlo deseoso de más.

—Creo que estamos más que preparados para pasar a la siguiente base.

—¿En serio lo llamas así? ¿Qué estamos, en un partido de béisbol? —Me reí con ganas

antes de besarlo de forma intensa.

—Me vuelves loco. Haces que siempre esté como un puto salido.

—Es que eres un puto salido. Te adoro por ello: no sabes lo que me gusta todo lo que me haces.

Quizá ese hubiese sido un buen momento para comentarle que tomaba la píldora...

Las cosas iban bien con Nathan, pero en el fondo sentía cierto temor. Muchas veces

parecía tenso; siempre que intentaba sacar el tema de su pasado, lo evitaba. Quería saber todo sobre él y comprender a lo que me enfrentaba. Por supuesto, había dedicado muchas horas a informarme al respecto y a entender un poco mejor el asunto. Yo había tenido una experiencia traumática con aquellas pastillas de mi ex. Era algo que no quería volver a repetir. Eso era lo más cerca que yo había estado del mundo de las drogas. Por supuesto, esto no tenía nada que ver, porque este era un tema mucho más complicado. Las personas que habían sido drogodependientes nunca dejaban de serlo. Su adicción era un tema muy serio que me preocupaba. Quería que él me hiciese partícipe de cómo se sentía y en qué punto estaba. Mi temor se debía a no contar con toda la información que necesitaba, a desconocer hasta qué punto había estado enganchado y cómo había sucedido, a cuánto tiempo necesitó para superarlo y hablar sobre sus recaídas, a las terapias y a un sinfín de incógnitas que me bombardeaban de forma permanente desde que había averiguado la verdad. La cuestión primordial era que Nathan hacía muy difícil atravesar esa barrera. No me dejaba entrar. ¿Cómo podíamos funcionar como pareja si no teníamos lo básico y primordial? Confianza. La suya, por no ser del todo sincero. La mía, por no participarle mis temores.

El sábado por la mañana, las chicas y yo habíamos quedado para ver un partido de baloncesto de los Kansas Jayhawks, el equipo en el que jugaba Thomas. Había adquirido, a principio de curso, el All Sports Combo para poder disfrutar de los partidos de baloncesto y fútbol. Qué le íbamos a hacer si mi padre era un gran aficionado a los deportes y me costeó los gastos... Dijo algo así como que disfrutara por él y que después se lo contara.

Para nuestro progenitor, Thomas era la esperanza de la familia; sabía que jugar en el equipo era una gran oportunidad; en cuanto me matriculé en la universidad, creo que fue lo primero que hizo, pagarme la dichosa suscripción. Así que debía hacer buen uso de ella: como mínimo, acudir a los grandes encuentros.

Brenda y Amanda tenían las entradas compradas desde hacía un tiempo. A las tres nos causaba vértigo poder ir juntas a ese partido en el que se enfrentaban a un rival bastante potente, los Oklahoma State Cowboys. No era que ellas fuesen unas grandes seguidoras, pero era casi pecado estar matriculado en la universidad de Kansas y no formar parte de la maquinaria tan poderosa que era el deporte universitario; de una forma u otra, todos aportábamos nuestro granito de arena. Para qué mentir, me sentía orgullosa de mi hermano mediano, aunque en ocasiones me diese más de un quebradero de cabeza.

El Allen Fieldhouse Kansas estaba lleno. El estadio vibraba, con todas las gradas atestadas de gente con carteles que jaleaba al equipo de Thomas, y casi todos con las camisetas de color azul de la universidad, incluidas nosotras tres. Tuve una especie de subidón extraño cuando me empapé del espíritu colectivo de todas aquellas personas que habían acudido a verlos jugar. Aquel encuentro era diferente; en otros partidos no se respiraba ese ambiente electrizante, por lo que presentí que lo íbamos a pasar en grande. No me equivocaba: cuando los Jayhawks salieron a la cancha, el estruendo fue tal que nos sumamos al griterío para animarlos. Saltamos, coreando al resto de gente que lanzaba papeles, gritaba y reía. Me pareció ver a un grupo de chicas que agitaban un cartel con el nombre de mi hermano y su número, lo que me hizo sonreír divertida: al final Brenda iba a tener razón con aquello de que los deportistas del campus eran los que se llevaban la mejor parte. Fue un partido muy reñido. La victoria quedó en casa, pero fue muy justa. Los chicos tuvieron que sudar la camiseta para lograrla. Eran dos equipos muy buenos. Nos fuimos a comer las tres entre risas; cuando estábamos en la sobremesa, charlamos tranquilas.

—¿Entonces ya está todo listo? —preguntó Brenda.

—Sí, no te imaginas los nervios que he pasado para poder hacerlo sin que se

entere de
nada.

—Menos mal —dijo Brenda.

—Espero que le guste. —Amanda sonrió—. No sé cómo ha colado la excusa del sofá.

—Bueno, si me dirige la palabra esta noche, ya tendré suficiente. Ayer le pedí que me llevase a casa con un pretexto penoso. Y en cuanto se fue, su abuela me envió un taxi para ultimar detalles juntas.

—Yo creo que se os está yendo de las manos, pero si su mejor amigo y su abuela creen que es la mejor forma...

Me mordí los labios para intentar no reírme a carcajadas. Nathan debía de estar muy enfadado, pero era por una buena causa. Lo que él no sabía era que el mejor regalo no iba envuelto.

—Chica, ese conjunto va a causar estragos, hazme caso —rio Amanda con un guiño cómplice.

—Ya nos explicarás, Am, qué amiga te recomendó esa tienda. Jesús, lo más recatado es lo que se llevó Leah —dijo la pelirroja.

—Sí, algún día os lo cuento...

Estaba deseando que llegase la noche. Me moría de ganas; esperaba que Nathan también.

23

SR. MALENTENDIDO

NATHAN

Sábado, 20 de febrero. Mi cumpleaños. Bonito, ¿eh? Una puta mierda. Eran las dos del mediodía, pero todavía no había recibido ni un mensaje ni una maldita llamada de mi novia. Porque todavía éramos novios, ¿no? ¿O yo era el único que pensaba que estábamos manteniendo una relación en la que una de las partes mentía y ocultaba que salía a escondidas de la otra por la noche, cuando le había dicho que tenía que estudiar? No era que estuviese paranoico, no: la había visto con mis propios ojos. Se había ido con un taxi al poco de dejarla en su casa. Después de perderla de vista no pude pegar ojo en toda la noche, hecho que me hacía estar de peor humor todavía. A lo largo del día tuve llamadas y mensajes: de mis padres, mi hermana, colegas de Los Ángeles... Joder, cuánta gente se acordaba de mi cumpleaños, y eso que había cerrado mi Facebook cuando tuve la historia del arresto... El Instagram lo dejé abierto porque me gustaba ver las fotos del grupo; sentía nostalgia. Era un poco gilipollas y un sentimental, porque aquello se había acabado.

Denise me invitó a comer en un restaurante caro. Se empeñó en que saliésemos por ahí; dijo que había que celebrar mis veintiséis por todo lo alto, por la mañana con ella y por la noche con mi princesa... ¿Seguía en pie la cena? ¿Seguía teniendo a mi pequeña Gale o se había ido por el camino siguiendo las baldosas amarillas a un nuevo destino? Estaba jodido.

—No has probado bocado —dijo Denise, que me observaba de forma minuciosa.

—Está todo muy bueno, Den, es solo que hoy no tengo mucho apetito.

—Tienes un aspecto horrible. ¿Pasa algo?

«Sí, la verdad es que no sé si tengo novia, si me engaña, si no soy suficiente para ella

porque soy un exadicto... Además, sus hermanos me odian, y yo me odio a mí mismo por

ser tan inseguro y no haber cogido el puto teléfono y haberla llamado para calmar mis

nervios de una santa vez».

—Nah, ya sabes que los cumpleaños no son mi fuerte —mentí.

—¿Todavía sigues con eso? Ya no eres un niño pequeño, Nathan, qué pereza —suspiró.

Estoy seguro de que si no hubiésemos estado en un restaurante se habría encendido un

cigarro para expulsar el humo lentamente mientras iniciaba una sesión de psicoanálisis de

esas que tanto le gustaban. Mi abuela era un rato rara; solía pegarme unas peroratas

considerables sobre liberar los chacras y todos esos rollos del reiki que se marcaba. Creo

que fumaba para darse un aire bohemio, porque ni siquiera se tragaba el humo

cuando lo
hacía.

—Hay costumbres muy difíciles de abandonar —contesté mientras jugaba con la guarnición de mi plato.

—Ya, como la de dejar de hacer el idiota y tomarte tu carrera musical en serio.
Me

parece admirable que iniciases unos nuevos estudios, pero tú ya tenías una carrera, y te iba muy bien.

«Sí, hasta que me metí en el mundo de las drogas. ¿Lo recuerdas, Den?».

—Den, dejemos el tema aquí... —le advertí antes de que se subiera a la moto; no estaba de humor.

—Que tus padres no te digan nada al respecto me es indiferente. Estás perdiendo el

tiempo, Nathan. Eres músico; cantante, para ser más exactos; tienes una carrera, ¡por Dios!

¿Qué haces estudiando marketing?

No, mi abuela no iba a dejar el asunto ni de broma. Por suerte sonó el teléfono; salté de

la mesa como si mi silla quemara. Una vez que me lo saqué corriendo del bolsillo, casi

muerdo de pena cuando vi que era Kyle.

—¡Felicidades, cabrón! —gritó, tan fuerte que tuve que apartar el teléfono de mi oreja.

—Gracias.

—¡Guau! Qué euforia, colega... De nada, hombre. Ya veo que los años te han sentado

de puta madre.

«Venga, chapa número dos a punto de iniciar en tres, dos, uno...».

—Estoy comiendo con Den. —La miré y me envió un beso—. Dice que muchos besos.

—Coméntale que todavía espero que me haga un retrato al desnudo —rio con ganas. El

muy tarado decía que le ponía la idea de posar en cueros para mi abuela.

—Ya, recuerdos de su parte, Den, y besos, sí... —dije a mi abuela, poniendo los ojos en

blanco.

—Yo no he dicho eso, mentiroso. Bueno, cuéntame los planes de hoy. ¿Tener sexo,

sexo y más sexo?

—Te recuerdo que no estoy solo... —subrayé al tonto del culo de mi amigo, que no se

daba por aludido.

—Vamos, no me jodas, Nat; tu abuela es supermoderna. No creo que se asuste porque

me cuentes qué tienes pensado hacer con tu novia hoy.

—Todavía no la he visto; de hecho, no sé nada de ella desde anoche.

Quizá había utilizado un tono algo cortante al decirlo, porque mi abuela levantó la vista

y me miró con un gesto entre pensativo y molesto, como si adivinase cuál era el inconveniente de pronto.

—¿Problemas en el paraíso?

—Gilipollas.

—Señor Gilipollas para ti, imbécil. ¿Qué has hecho ya?

—¿Por qué tengo que haber hecho nada? —dije más alto de la cuenta. Mi abuela me

reprendió con un gesto de la mano.

—Replantaré mi pregunta: ¿qué no has hecho?

Kyle era mi mejor amigo, de verdad, sentía más que aprecio por él, pero no

soportaba

cuando se proponía tocarme las pelotas. Era un perfecto candidato al que mandar a tomar

por culo cuando se ponía en ese plan.

—Te tengo que dejar, no hay cobertura... No te... lo... siento...

Y colgué. Mi abuela me observaba con la boca abierta.

—¿Acabas de cortar la llamada a tu mejor amigo?

—Sip... —contesté—. ¿Nos vamos?

Tan pronto como salimos al exterior Den se encendió un cigarro. Deseé fumarme un

pito para distraerme y ponerme hasta el culo de nicotina, pero lo había dejado junto con los

canutos. Así que mala suerte.

Mi móvil comenzó a sonar; comprobé que era Kyle. Lo volví a guardar en la chaqueta

sin contestar. No iba a hablar con él hasta estar a solas y poderlo mandar a la mierda con

total tranquilidad.

—¿No le vas a contestar?

Negué con la cabeza, caminando hacia el lugar donde teníamos aparcado el coche. Hacía

un frío de mil demonios, tanto que se me habían puesto hasta los pezones de punta.

—Entonces, ¿sigue en pie la cena de hoy?

—Supongo —contesté con un encogimiento de hombros.

—Vale, avísame si hay cambio de planes para añadir más chocolate a la tarta. Ya sabes,

para los casos de emergencia...

Estupendo, hasta mi abuela sabía que las cosas iban de pena con Leah. Bien, pues quizá

era el momento de dar el paso. Si Mahoma no iba a la montaña...

Cuando llegamos a casa, una vez en mi cuarto, me tiré sobre la cama, derrotado.

Miré el

móvil. Respiré hondo, como si estuviese cogiendo fuerzas para dar un gran salto.

Hola, ¿sigue en pie la cena?

Esperé unos segundos y comprobé el teléfono: no lo había leído. Pasada media hora,

con más cabreo, sueño e incertidumbre de lo que podía soportar, apagué el aparato. Era

eso o lanzarlo contra la pared y reventarlo.

Más tarde, cuando me despertó un zarandeo, intenté enfocar la vista. Estaba bastante

oscuro; no sabía ni qué día era ni la hora.

—Nathan, Leah está abajo esperándote. ¿Cómo es posible que te duermas si habíais

quedado?

Me incorporé poco a poco e intenté centrarme. Mierda, ¿me había dormido?

—¿Qué hora es? —pregunté, medio empanado todavía.

—Las siete. ¿Has escuchado lo que te he dicho? Leah está abajo... —insistió.

Me

desperté de golpe.

—¿Abajo, de aquí, en casa?

Se giró, reprobándose en voz baja.

—Haz el favor de darte prisa, se la ve algo nerviosa.

Fui al lavabo a lavarme la cara. Suspiré molesto al ver mi reflejo en el espejo; parecía un

oso que acabara de salir de la hibernación.

Uy, uy, uy, ¿esto que revoloteaba en la zona baja de mi vientre eran nervios? Me había

convertido en un cagado. Me daba un miedo horrible enfrentarme a lo que fuese

que

estaba pasando entre nosotros, como un chavalín la primera vez que se encara al matón del

cole... Quizá no era una buena comparación, pero tenía un acojone importante. Estaba llegando a la planta baja cuando escuché la risa de Leah en la cocina; de pronto

todos mis temores se disiparon. Un escalofrío de reconocimiento me recorrió.

Era

imposible perderla, no iba a dejar que ocurriera en la vida. Punto.

—Hola. —Interrumpí la charla tan divertida que parecían tener Den y la impresionante,

guapísima y espectacular Leah.

¡Guau! Estaba increíble, con un vestido negro corto que dejaba al descubierto unas

piernas de vértigo; incluso se había maquillado un poco. Joder, mi pene comenzaba a

despertar. No podía haber escogido peor momento, con las dos mirándome.

—Siento no haber contestado al móvil, estaba... ocupada —dijo con la cara algo colorada.

«Hola, felicidades, Nathan. Llevo todo el día sin dar señales de vida, pero no me he

olvidado de que hoy es tu cumpleaños».

—Tranquila —contesté lo más indiferente que pude, pese a que la sangre comenzaba a

hervirme por dentro. Qué expresión más cutre: si eso ocurriese, moriríamos al instante—,

yo también he estado ocupado.

—Ya veo... Tu abuela me ha dicho que habéis salido a comer, qué bien. —

Sonrió y

entrelazó sus manos, nerviosa.

Madre mía, pasaba algo, no podía soportar no saber qué. Me estaba empezando a sentir histérico-barra-puteadísimo. Al parecer, mi abuela se dio cuenta al instante, porque terció en el preciso momento en el que iba a decir algo de lo que probablemente me arrepentiría más tarde.

—Me comenta Leah que antes de venir a cenar tenéis que llevar un mueble al local.

Ah, el puto sofá, claro; necesitaba sacar el trasto de su casa hoy sin falta. Era tan importante que yo debía recordarlo, pero ella no se había acordado de felicitarme...

«Respira, Nathan...».

—Claro, disculpadme un momento. Subo a buscar las llaves y vamos a ello. No había acabado de darme la vuelta cuando la voz suave de Leah me envolvió, haciendo que mi polla se tensase. Puto enfermo.

—¿No te cambias?

Me miré y vi que estaba con un pantalón de chándal. A ver, para mover muebles no

necesitaba ir de veintiún botones, pero solo por no desentonar con ese vestido...

Jesús,

cómo le quedaba... Se le amoldaba al cuerpo como un guante, y sus pechos...

Dios,

necesitaba una ducha fría con urgencia.

Subí los escalones de tres en tres y me cambié rápidamente. Realicé un ritual de chapa y

pintura de emergencia: colonia, desodorante y poco más. En plan guarro total, pero no

tenía tiempo de otra cosa; me había duchado por la mañana, entre lamento y lamento

mientras esperaba la llamada de Leah. O sea, que estaba aceptable.
Por suerte esos minutos me sirvieron para templar los nervios. Conseguí inspirar
varias
veces y normalizar mi pulso. Tenía que arreglar lo que fuese que se había jodido
entre
nosotros, debía hacerlo bien, así que me «autorregañé». Bajé las escaleras con
una sonrisa
en los labios que ni de coña me llegaba dentro.
De camino a casa de Leah el silencio era tan incómodo que casi se partía. Estaba
hecho
un flan. Por lo que deduje, Leah no andaba mucho mejor que yo. No dejaba de
frotarse las
manos y recolocarse el pelo en un gesto que jamás había hecho en mi presencia.
—Estás muy guapa. —Tenía que romper el hielo, pero era verdad: estaba
espectacular—. Espero que la cena de mi abuela esté a la altura; aunque se ha
empeñado en
prepararla ella, te aseguro que la cocina no es su fuerte.
Vi que sonreía y se mordía el labio. ¿Se estaba aguantando la risa?
—Gracias, seguro que será estupenda. Tu abuela es una mujer fascinante; me
encantaría
ser así de mayor. Tiene que ser increíble crear una obra de arte con tus manos y
ser
reconocida.
Vale, habíamos pasado a conversación trivial; si comenzábamos a hablar del
tiempo es
que estábamos jodidos.
—Aunque creo que no he acertado poniéndome este vestido —continuó—. Hoy
ha
amanecido un día especialmente frío.
«Tocado y hundido. Vuelve a casa, tío».

Continuamos en silencio hasta el local, tras haber cargado el mencionado sofá, que en realidad era una silla de despacho vieja que no tenía ni idea de por qué debía estar allí o desde cuándo el lugar de ensayo se había convertido en un trastero. La cuestión era que iba como un autómata conduciendo hacia el centro de Lawrence como si en realidad me dirigiese al paredón. Descargué la silla, después abrí la puerta. Tenía a Leah tan pegada a mi espalda que podía sentir su calor, pero yo estaba tan helado que estaba a punto de tiritar. Accioné el interruptor de la luz y...
—¡SORPRESA!

24

ME HICISTE ESTREMECERME TODA LA NOCHE

LEAH

Había pasado la peor semana de mi vida organizando la fiesta de cumpleaños para Nathan.

Pensaba que me iba a descubrir, porque siempre se me ha dado fatal disimular, pero ver su

cara de sorpresa y esa sonrisa sincera merecía todo el esfuerzo. Él intentaba abarcar a todo

el mundo; cada vez que reconocía a alguien, volvía a reírse como nunca lo había visto

hacerlo.

—¡Felicidades, Nathan! Casi me da un ataque de nervios para que no te enterases de

nada.

Se lanzó a mis brazos y me dio un beso de lo más intenso.

—Eres increíble. —Apenas podía hablar por la emoción.

Rompimos el abrazo antes de lo que a mí me hubiese gustado, porque aquello estaba

repleto de gente. Ver cómo casi rompió a llorar como un niño pequeño cuando Kyle le dio

un capón fue otro momento increíble.

—Que sea la última vez que me cuelgas el teléfono, imbécil.

—Habéis estado tramando todos a mi espalda —le dijo con un abrazo de oso.

—Es tan fácil cabrearte, tío... Tienes una novia increíble que está buenísima. —

Levantó

las cejas, insinuante, mientras ambos me miraban con una sonrisa.

Fue saludando, una a una, a todas las personas que habían venido a celebrar su cumpleaños. Sonrió cuando vio a su abuela, que había sido cómplice en todo, ayudándome

con los adornos y con la comida que había preparado la señora que trabajaba para ellos.

Mientras hablaba con Amanda y Brenda, Nathan se acercó, tras haber atendido a todo el

mundo. Acortó la distancia que nos separaba con una sonrisa sincera y me atrajo hacia él.

—¿Sabes que casi muero desde anoche unas mil veces? —susurró en mi cuello.

—Sabes que eso no es posible, ¿verdad? —Lo besé sin poder evitar la tentación.

—Es mi cumpleaños, hoy todo vale. —Sonrió—. Además, he estado casi veinticuatro

horas creyendo que me ibas a dejar. Nunca hubiese imaginado que estabas preparando esto.

Me correspondió al beso, bastante casto para nuestras verdaderas intenciones, pero no

debíamos ignorar que allí había muchas personas, entre ellas su abuela.

El momento de clímax de la noche fue la llegada de Max. Tomar la decisión de invitarlo

fue complicada, pero no debía obviar que era mi hermano y que formaba parte del grupo

de Nathan. Él se quedó bastante alucinado cuando se lo propuse. Pensé que no iba a

aceptar; sin embargo, Max no dejaba nunca de sorprendernos. Nathan se quedó extrañado

al verlo, lo justo para disimular rápido y saludarlo. Fue muy emotivo; mi hermano le dio un

gran abrazo y Nathan le correspondió. Rieron y bromearon como antaño. Y no sé

por qué,
pero un peso enorme me abandonó. La vida era un poco más perfecta.
Otra historia fue comprobar la cara de Amanda al verlo allí. Me dolía mucho que mi
amiga lo pasase mal por su culpa; de verdad que esperaba que la cosa mejorase
entre ellos.
Cuando estaban en la misma estancia, actuaban con total normalidad, pero yo
sabía que ella
lo llevaba por dentro, aunque nunca dijese nada al respecto.
Cuando la fiesta comenzó a aflojar, pensé que ya era el momento de darle mi
segunda
sorpresa a Nathan. Tenía un nudo en el estómago por los nervios, aunque me
moría por
comprobar su reacción. Le hice que se despidiera de todo el mundo; me miró
interrogante,
pero no preguntó nada cuando le ofrecí una sonrisa traviesa. Al marcharnos de la
fiesta me
costó lo indecible que me dejara conducir el coche de su abuela.
—¿Está Thomas en el apartamento? —preguntó antes de posar su mano sobre mi
muslo, que estaba prácticamente descubierto.
Me tensé ante el contacto de sus dedos sobre las medias y le sonreí. Tenía las
mismas
ganas de jugar que yo, pero quería alargar un poco más la espera.
—Sí, mañana tiene partido —contesté.
—Vale, entonces... ¿parque, montaña, aparcamiento...? —dijo a la vez que
subía los
dedos por mi pierna de una forma lenta y suave hasta que me arrancó un gemido.
—Intento conducir, Nathan —lo reñí con muy poca convicción.
—Y lo estás haciendo muy bien...
Cerré las piernas de golpe, sobresaltándolo.

—Espera, ya casi estamos.

Fue todo un alivio comprobar cómo se quedaba asombrado cuando entraba en el garaje de un hotel de las afueras.

—¿Has reservado una habitación de hotel? —preguntó después de haber atado cabos con una sonrisa delatora.

—No te he dado tu regalo —insinué.

—¿La fiesta te parece poco?

Tardaron muchísimo en darnos la llave de la habitación. Tuvimos suerte de que en el

ascensor estuviésemos acompañados por un matrimonio de mediana edad, porque ambos

estábamos conteniéndonos a duras penas. Desde el momento en que vio que sacaba una

pequeña bolsa de viaje del maletero del coche, Nathan posó en mí una mirada tan intensa

que casi humedezco mi ropa interior allí mismo.

No podía describir todas las emociones que sentía en aquel momento.

Una vez las puertas del ascensor se abrieron, recorrimos a paso ligero el largo pasillo

hasta llegar a la habitación. Nathan tuvo que coger la tarjeta de mis manos temblorosas: ya

no estábamos para esperas. Ambos nos mirábamos con tanta hambre que podíamos ser

capaces de incendiar medio estado. De pronto un calor brotó de mi cuerpo.

Necesitaba

entrar y deshacernos de toda aquella ropa que nos sobraba.

Una vez en el interior se me cortó la respiración de golpe. Me quité la chaqueta.

La dejé

caer poco a poco, apoyada en la pared del recibidor, a la expectativa de sus movimientos.

Nathan recorrió mi cuerpo con una mirada ardiente.

—Leah... —susurró, mientras se acercaba con un deseo increíble reflejado en sus ojos.

Se quedó a solo unos centímetros de mi cuerpo. Lo justo para poder percibir su olor y

observar de cerca cómo subía y bajaba su pecho. Tenía las pupilas algo dilatadas; casi perdí

el control cuando se mojó los labios con la lengua.

Comencé a bajarme el vestido, poco a poco. Su respiración se agitó algo más cuando

destapé mis pechos, cubiertos con un sujetador tipo *balconette* que dejaba muy poquito a la

imaginación: se transparentaban bajo aquella tela exquisita, que los envolvía de forma

sugerente. Ese fue el motivo por el que me decanté al comprarlo para esta noche tan

especial. Me alegré de haberlo hecho cuando comprobé su reacción. Amanda había

acertado.

Un jadeo surgió de su garganta cuando el resto del vestido resbaló hacia el suelo, derramándose sobre mis botas, que aún llevaba puestas. Nos quedamos

observándonos en

un silencio cómplice. Cuando ya no podía esperar más, bajé, impaciente, las manos hacia

mis pies para deshacerme del calzado. Fue entonces cuando Nathan habló. Su voz, que me

cubrió como una marea deliciosa, me hizo abandonar mi propósito, a la expectativa de la

promesa implícita que se reflejaba en su mirada.

—Eso, querida pequeña Gale, es algo que voy a hacer yo.

La forma en que se postró ante mis piernas, de rodillas, y cómo las rozó con la punta de

los dedos hasta llegar a una de las cremalleras de mis botas me hizo contener la respiración,

como si me hubiese olvidado de hacerlo.

—Este es mi regalo; por lo tanto, debo ser yo el que lo desenvuelva. —Un cosquilleo

exquisito me recorrió cuando sus palabras me acariciaron; noté cómo algo crecía en mi

interior. Como un fuego abrasador que estaba a punto de consumirme.

Solo se escuchaba el sonido de nuestras respiraciones, que consiguió que la tarea de

abrir las cremalleras de mis botas fuese la cosa más erótica en la que nunca me había visto

envuelta. Necesité un gran esfuerzo para sostenerme sobre las piernas, que estaban a punto

de doblármese, cuando noté su aliento rozándome por encima de mis bragas.

No pude contener un gemido que brotó de mi boca a la vez que su boca abandonaba la

zona que estaba deseosa de que tomara de una vez por todas. Se rio. Una risa ronca y sexy

que me estremeció.

Me lamió en un recorrido delicioso. Estaba a punto de suplicarle que tomara lo que

quisiera cuando fue dejando besos suaves desde mis rodillas. Sus dedos seguían un camino

ascendente lánguido que me hacía enloquecer como nunca.

—Oh, Dios —dijo; contuve el aliento, perdida, cuando noté que me besaba por

encima

de la ropa interior—. No sabes cuánto tiempo llevo soñando con esto.

Era incapaz de emitir sonido alguno; tenía toda la piel del cuerpo erizada por todo lo

que él me hacía sentir. Era poderoso, incluso en esa posición, agachado. Se me hacía la

boca agua solo con pensar en lo que venía a continuación.

—Tu mirada... —Me observó, con reverencia.

Cuando deslizó las bragas poco a poco, siseó al dejar mi sexo descubierto.

—Joder, me encanta que esté rasurado. No tienes ni idea de lo mucho que me pone ni

de todo lo que tengo pensado hacer con él.

Estaba absorta en el delicioso calor de la boca de Nathan y en lo que estaba haciendo.

Antes de poder acariciar su pelo rapado, me cogió de una pierna y la colocó sobre su

hombro, dejándome totalmente expuesta.

En el momento en el que me miró, lo supe: Nathan era puro pecado. Y yo estaba más

que dispuesta a cometer uno. Nathan me chupaba y me lamía con un hambre voraz, y yo a

duras penas era capaz de mantenerme en pie.

—Tu sabor me vuelve loco, eres adictiva... —Sonrió antes de lamerse los labios, que

brillaban con mis fluidos.

Noté cómo me sonrojaba. Nathan cabeceó.

—Ni siquiera he comenzado a hacer todo lo que tengo pensado, querida Leah...

Te

aseguro que cuando acabe contigo, tendrás sonrojado el resto del cuerpo de esa forma tan

adorable que me encanta.

—Nathan, por favor —supliqué. Me besó antes de cogerme en volandas y llevarme a la cama.

Me depositó con urgencia sobre la cama. Quedé desmadejada y con el pelo esparcido

por aquellas sábanas de seda. Tomó aire varias veces; me moría por que se tumbase y

acabase lo que había comenzado.

Lo vi alejarse mientras buscaba algo en uno de los bolsillos de sus pantalones, y sonreí

cuando sacudió el envoltorio de un preservativo.

—¿Te apetece jugar, Leah?

—¿Jugar?

—Sí. —Sonrió y se mordió el labio, provocativo.

—¿No crees que llevas demasiada ropa?

Asintió de forma sexy. Se quitó las prendas que llevaba sin dejar de recorrerme con su

mirada hambrienta. Su cuerpo era increíble; lo había visto con poca ropa o casi desnudo

varias veces, pero nunca como en aquel preciso instante: de pie, observándome con un

apetito que debía de ser el fiel reflejo del mío, poderoso, cubierto con sus tatuajes, que me

volvían loca, y era todo para mí.

Lo invité a que se acercara. Susurré su nombre con una voz sedosa que apenas distinguí

como mía. Él se dejó caer a mi lado. Cuando ya no podía esperar más, lo tumbé boca arriba

sobre el colchón, con lo que conseguí arrancarle una carcajada. Estaba

impaciente y muy
caliente. En mi vida me había ocurrido nada parecido, aunque en aquellos
instantes no me
apetecía analizar la situación. Lo único que me importaba era el chico tatuado de
sonrisa
lobuna y ojos nublados por el deseo que me incitaba a hacer con él lo que
quisiese.
¿Quería jugar? Puede que tuviese prisa, pero eso no iba a hacer que no me
dedicara de
pleno a hacerlo bien.
Rasgué el paquete del condón con los dientes para sacarlo. Sonreí cuando
Nathan siseó
a la vez que cogía su miembro mientras lo rodeaba con mis dedos. Lamí sus
testículos,
perdida en el deseo que nos consumía. Entonces, un jadeo escapó de su boca. Ni
siquiera
sabía de dónde salía aquel atrevimiento. Era como si otra persona hubiese
tomado el
mando, pero me encantaba lo que estaba consiguiendo con ello. El calor me
minaba:
necesitaba tenerlo dentro cuanto antes. Notaba un pulso delicioso en mi bajo
vientre y una
urgencia por sentir de nuevo sus caricias entre mis pliegues húmedos.
—Leah, joder, creo que no estoy para demasiadas historias. Hemos esperado
tanto
que... —Se interrumpió al notar mi lengua a lo largo de su polla, que estaba dura
y con las
venas marcadas—. Definitivamente, no vamos a hacer esto.
Me reí ante su impaciencia en el momento en que me cogió el preservativo de la
mano.

Me tumbó boca arriba, con un movimiento grácil, y después se enfundó el condón.

—¡Eh! Eso quería hacerlo yo.

—La próxima vez... —dijo, con un susurro en mi oído que me hizo estremecerme—.

Hoy te voy a follar como nunca. Te voy a hacer gritar de placer una y otra vez, hasta que

no puedas más, y después —lamió mi cuello a la vez que abría mis piernas— voy a chupar

tu coño hasta que grites mi nombre.

Jadeé. Sonrió al comprobar que había conseguido dejarme maleable y muy deseosa de

que cumpliera todas esas promesas. Buscó mi entrada con un movimiento preciso; acarició

los labios empapados, que lo esperaban impacientes. Los rozó con la punta de su miembro.

Contuve el aliento. Me penetró con suma delicadeza y ambos nos miramos mientras mi

cuerpo intentaba amoldarse a su envergadura. Era imposible describir las mil sensaciones

agradables que me recorrían en ese instante. En todo el tiempo en el que había pensado en

esto, en él dentro de mí, nunca habría imaginado que sería así: maravilloso.

Nathan se contenía a duras penas. Tenía la mandíbula tensa y los dientes tan apretados

que se le marcaban las venas del cuello. Era increíble notarlo de aquella forma tan íntima,

con nuestros cuerpos entrelazados, mis brazos tensos a cada lado de mi cuerpo y el

delicioso olor a sexo que nos envolvía.

Sumidos en aquella espiral de lujuria, nos dejamos llevar mecidos por nuestro deseo.

Nathan embestía con dureza, yo pedía más a cada envite. Necesitaba liberarme.

Noté cómo

me subía un calor insoportable; quería que él lo aplacase, que hiciese algo.

Pareció intuirlo

cuando me sonrió. En el momento en el que me acarició el clítoris, no precisé

nada más

para dejarme llevar.

Una oleada de inmenso placer me recorrió, rompiéndome de forma gloriosa, con los

ojos azules de Nathan penetrándome, más incluso que sus empujes. Levantó el mentón, tan

varonil, cuando su liberación lo arrasaba a él también.

Había hecho realidad uno de mis sueños: ser deseada como nunca.

25

BORRACHO DE TU AMOR

NATHAN

Nos costó bastante salir de la habitación. Suerte que Leah era una chica con dos dedos de frente. Al final se puso algo seria, porque lo mío ya no era normal. Parecía un animal en celo, incapaz de despegarme de ella, ahora que la había probado de todas y cada una de las formas posibles que de momento había podido; no tenía suficiente, pero, de hecho, había muchas más en mi mente sucia.

Nos dirigimos hacia el centro y pasamos a recoger a Kyle por el hotel donde se hospedaba. Una vez sentados a la mesa del restaurante y tras pedir la comida, Leah se levantó para ir al baño.

—Ya veo que tu regalo ha sido más que generoso, cabrón. Tienes una sonrisa que te delata.

—No pienso hablar de eso.

—¿Perdona? ¿Desde cuándo tus polvos es material confidencial que no compartimos?

—Desde el momento que no han sido polvos y de que no me apetece una mierda comentar contigo lo que hago con mi novia. Además, que yo sepa, nunca lo he hecho. ¿O sí?

—Bueno, no, pero sí te he visto marcharte con alguna chica, y... —contestó

incómodo—. Vaya, es peor de lo que me temía. Por fin has dejado de ser un ciego

emocional. Pensaba que no ocurriría nunca.

Su cambio de tercio me dejó descolocado. Lo miré como si le hubiese salido un cuerno

en la cabeza. A veces no lo pillaba.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, más molesto de lo que en realidad quería.

—Es evidente; no te has comprometido con nadie en tu puta vida, y mucho menos has

decidido iniciar una relación seria con una chica, hasta Leah. Porque lo de... ya sabes quién

—me removí inquieto— no era ni siquiera eso. Así que felicidades; por fin sabes lo que es el amor.

—De verdad, Kyle, a veces pienso que te diste un golpe de pequeño. Ni que fuera un

viejo que ha vagado por la vida destrozando corazones... Joder, que tengo veintiséis años.

—De los que casi ocho te los has pegado de flor en flor, sin repetir y con menos emoción que una película en blanco y negro sorda.

—Se dice película muda, imbécil.

—Y qué más mierdas da —rio con ganas—. Tú ya me entiendes.

Me reí con él; era incorregible, pero lo quería un huevo. Joder, había venido a mi cumpleaños, no cabía en mí de felicidad.

Cuando Leah llegó a la mesa el mundo se detuvo. Cómo me gustaba.

La comida fue muy divertida; ver a dos de las personas más importantes para mí y

llevándose tan bien me hacía sentirme genial. Al fin las cosas parecían sonreírme.

Mientras Leah y Kyle estaban comentando cosas sobre las redes de este, yo aproveché para ponerme al día con el móvil; contesté algunos mensajes. Vi uno que llamó poderosamente mi atención y que decía en una escueta línea:

¡Felicidades con retraso! En breve voy a Kansas, tenemos q vernos. Te confirmo fechas. Priscila.

Una extraña sensación me hizo removerme incómodo en la silla. Guardé el móvil, preocupado. ¿Cómo que venía a Kansas? Tenía que hablar con Kyle cuanto antes, pero fue del todo imposible; esa desazón se instaló en mi estómago, aguándome un poco la fiesta.

¿Qué venía a hacer ella aquí?

Nota mental: debía poner al día a Leah sobre Priscila.

Nota mental dos: debíamos huir de Kansas y mudarnos a otro estado antes de que ella llegara.

Nota mental tres: no quería perder el tiempo con eso ahora.

Me obligué a mantener alejada a Priscila de mi mente por unas horas. Volvíamos al hotel

después de llevar a Kyle al aeropuerto; por nada del mundo iba a dejar que aquellos

momentos, que eran un tesoro para mí, estuviesen empañados por preocupaciones

infundadas. ¿O no lo eran y me estaba mintiendo a mí mismo? Ya sabía la respuesta. Un

nudo en las pelotas me confirmó lo que estaba intentando evitar por todos los medios: el

pasado volvía con fuerza.

—¿Me vas a contar de una vez qué te ocurre? —me preguntó Leah.

Joder, no podía ser más evidente.

—No me ocurre nada.

—Mira, te voy a explicar un par de cosas muy simples —dijo, bastante seria—:

soy muy

intuitiva y bastante lista; esto no es por presumir ni nada por el estilo, es un

hecho, por lo

que me molesta sobremanera que me mientan. Sé que te ocurre algo desde que

has estado

mirando el móvil, ergo o te han dado muy malas noticias o has recibido algo de

alguien que

te ha... ¿incomodado?

La observé, apoyada en el marco de la puerta del baño, donde se había estado

lavando

los dientes. No estaba preparado para afrontar aquella conversación en aquel

momento, no

lo iba a estar en la vida, por lo que opté por el camino rápido.

—Pues tu intuición ha fallado mucho —mentí—, así que ahora tendrás que

recompensarme por las molestias causadas.

A medida que entrecerró los ojos, me miró con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro? —dijo, acercándose hasta el borde de la cama, donde yo estaba

sentado.

Necesitaba aclarar mis ideas y ver cómo afrontaba aquello, pero, desde luego, no

iba a

ser la tarde que nos quedaba en el hotel para estar solos. No iba a desperdiciar ni

un

maldito segundo con el ayer ni que este empañase mi presente. Punto.

Colé mis manos por debajo de su jersey y abrí los ojos como platos cuando

descubrí que

no llevaba sujetador. Decidí aprovecharme de ello para alejar su mente del tema

de

conversación que nos tenía ocupados y del que no me apetecía hablar. Rocé sus pechos

con tibias caricias que iban *in crescendo*... y que poco a poco me acercaban a sus pezones que eran mi objetivo real. Me encantaba jugar con ellos, chuparlos, morderlos...

Estaba decidido a hacerle perder la cabeza por completo.

—Esto está muy bien, Nathan, pero no creas que vas a conseguir...

La besé antes de que acabase la frase. Un beso caliente y lleno de promesas. No pensaba

dejar que sus dudas la agobiasen en aquel momento. Le quité el jersey rápidamente al

tiempo que sonreía antes de bajar hacía su pecho. Atrapé uno de sus pezones entre mis

labios, succionándolo con un hambre voraz. Me dediqué a fondo a ambos pechos; estaba

encantado de haberlos conocido y de provocar en ella todo aquello: unos gemidos

acompañados de un movimiento de sus caderas consiguieron que mi polla estuviese a

punto de reventar. Le apreté los pechos con los dedos y jadeó en respuesta.

Entonces Leah

se aferró a mis hombros. Me estaba clavando las uñas; casi me corrí con aquella combinación de dolor y placer.

—No juegues con fuego...

«Joder, ¿qué tenemos aquí, una fiera?».

Estaba claro que nunca me iba a dejar de sorprender: era exigente hasta dejarme alucinado.

—Has empezado tú, yo intentaba aclarar...

—Si todavía hay algo que te distrae, es que no me estoy empleando a fondo.

Me reí contra su boca antes de morderle el labio. La follé con la lengua hasta

dejarla sin

respiración. Enfocó la mirada. Sus movimientos me estaban haciendo enloquecer.

Necesitaba liberar mi polla de una vez por todas y penetrarla antes de que aquella locura

total de refriego caliente me hiciese correrme allí mismo, perdiéndome toda la fiesta.

La abracé fuerte. La besé con una intensidad que casi me detuvo el corazón. Nos devoramos mutuamente, mientras intentaba decirle con gestos lo que no era capaz de

expresar con palabras. Acaricié su cuerpo con reverencia; quería demostrar lo valiosa que

era para mí, un tesoro de valor incalculable. Besé su cuello, su cara, sus pechos, su

barriga... Recorrí de una forma lenta su torso con la lengua. Le bajé los pantalones junto

con las bragas, y después los lancé al suelo sin miramientos.

Leah estaba perdida.

Lamí su clítoris suave; buscaba qué era lo que más le gustaba. Me guie por cómo gemía

o abría la boca. Arremetí una y otra vez con la lengua, succionándola y llevándola al límite.

Le introduje un dedo, que resbaló con suma facilidad de lo empapada que estaba.

Cuando

un segundo dedo acompañó al primero, supe que ya era mía. Balbuceaba de forma

incoherente; se aferraba a las sábanas con los puños cerrados gracias a aquella tortura

deliciosa que le estaba infligiendo. Escuché cómo gritaba mi nombre mientras se aferraba a

mis dedos con las paredes internas de su sexo; tuve que incorporarme un poco para que mi
polla dejara de rozar los pantalones y no correrme con ella de una forma tan absurda.

Me alcé y la besé. Me sonrió con las mejillas encendidas.

—Eso es un poco guarro. —Arrugó la nariz en un gesto muy gracioso.

—Es lo mejor que he probado nunca. Me encanta tu sabor, creo que soy adicto a él.

La besé de nuevo. Gruñí sobre su boca cuando la rocé con mi polla, que estaba a punto

de reventar. La giré en un movimiento rápido y certero. La deposité sobre el colchón. Me

quité la camiseta y me desabroché los pantalones, que me saqué junto con los calzoncillos.

Coloqué a Leah a cuatro patas. Me detuve unos instantes para observar su culo precioso,

que me esperaba en una postura jodidamente sexi.

«Me cago en la puta».

Me puse de rodillas sobre la cama; me acerqué a su cuello poco a poco, rozándola con

mi respiración y observando cómo se le erizaba la piel. Cuando le aparté el pelo, inspiré.

Me embriagó su olor a manzana; ronroneé sobre su pelo sedoso mientras escuchaba cómo

se reía. Deposité unos besos leves mientras le apretaba los pechos con ambas manos,

perdido en los gemidos de ambos.

—No sabes cómo me alegro de que tomes la píldora. —Ese había sido el tercer regalo

de Leah. Porque desde que me lo comentó, después de nuestra primera vez,

lancé los
preservativos a la papelera.
Cogí mi polla. Siseé cuando noté cómo se tensaban mis pelotas, que estaban a
punto de
reventar. Apunté a la entrada de su vagina. Se giró, me miró por encima del
hombro con
los ojos ligeramente entornados y me sonrió de forma traviesa. Joder, qué guapa
era.
Todavía no me creía que aquello estuviese sucediendo. La penetré poco a poco,
haciendo
que rogara por que fuese más deprisa; cuánto más exigía, más despacio iba.
Conseguía
desquiciarla por momentos. Era delicioso sentir cómo me atrapaba con cada
centímetro
que iba introduciendo y escucharla susurrar entre jadeos.
—Joder, me encanta... cómo... aprietas... mi polla.
En el momento en el que escuché su risa ronca cabeceé ante la evidencia: me
volvía
loco.
—Estás tan mojada... que podría correrme ya... —dije con los dientes apretados
para
intentar no eyacular antes de tiempo.
La saqué y ella gimió.
—Nathan, por favor... —suplicó, con un movimiento de sus caderas.
—Espera...
Le acaricié la espalda mientras se estremecía y a la vez jugaba con mi pene y su
clítoris
inflamado. Leah jadeaba perdida. Volví a metérsela, más duro, más rápido.
—¿Te he... dicho... —embestí— ya... que me encanta... follarte?
Le mordí el hombro; ella gritó de placer. Le tenía las nalgas agarradas con fuerza

mientras arremetía a un ritmo frenético. Ella balbuceaba de forma incoherente, perdida en el deseo. Me aparté un poco, entonces observé la piel sonrojada de sus glúteos perfectos, que parecían un melocotón maduro. Saqué mi polla y le rocé el ano. —Me pone cachondo que te cagas tu culo... —susurré en su oído. Se la volví a meter sin darle tregua. —Más duro... —dijo entre jadeos. Me fijé en cómo bajaba la mano hacia su clítoris a la vez que se empleaba a fondo. Joder, parecía un puto adolescente con las hormonas a tope. A medida que la embestía con fuerza, cada vez estaba más cerca del cabecero de la cama. Tuve que apoyarme en la pared para no seguir subiendo. Reí victorioso cuando Leah comenzó a gritar mi nombre. Me encantaba oírlo en sus labios, pero lo que adoraba era escucharlo cuando estaba teniendo un orgasmo. —Córrete para mí..., por favor... Regálamelo... ahora. Y se rompió de forma gloriosa allí mismo. Al apretarme el pene con los espasmos de las paredes de su vagina, una ola de calor brutal me avisó de que iba a tener una eyaculación de campeonato. Casi sin poder controlar el peso de mi cuerpo, me atravesó una ola de placer increíble que tensó mis pelotas, haciéndome rugir como una bestia. Me dejé llevar cuando mi polla llenó a Leah con una

potencia brutal.

—Bueno, por hoy te libras, pero que sepas que no me engañas. Ahora, que si es así

como mientes —rio, maliciosa, cuando conseguimos volver a hablar—, espero que lo hagas más a menudo.

Estaba claro que no se había olvidado. Y para más inri yo había utilizado el sexo como

excusa para no tener que darle explicaciones. Los dos lo habíamos pasado genial, eso era lo

que contaba, ¿no? En definitiva, la vida con sexo tenía un poco más de color. La vida con

sexo con la persona que amabas era música de la buena. «Amaba», sí, con todas las letras.

Estaba totalmente colado por la chica que dormía abrazada a mi cuerpo. De pronto, sentí

un miedo increíble ante la posibilidad de no poder cumplir con lo que le había prometido.

¿Y si la cagaba? ¿Y si volvía a fastidiarla otra vez?

Al final me dormí dándole vueltas al asunto. Esa fue la segunda mejor noche de mi vida,

porque tuve el mejor despertar del mundo de madrugada, cuando una Leah soñolienta me

espabiló con ganas de jugar.

El lunes por la mañana nos saltamos las dos primeras clases. No sentimos nada de

culpabilidad, para qué mentir. Teníamos que despedirnos de la preciosa *suite* por todo lo

alto. Me aseguré de que mi chica desayunase como era debido, pidiendo al servicio de

habitaciones un desayuno completo.

Más tarde, caminaba por los pasillos de la universidad para ir a la clase de Derecho

comercial. Todavía me estaba preguntando por qué me había matriculado en esa asignatura,

ya que era odiosa, farragosa y difícil a partes iguales, cuando de pronto me bajaron los

datos sobre el mensaje que había recibido.

«Mierda, tengo que hablar con Kyle».

Resoplé molesto, porque aquello me iba a hacer perder otra clase, aunque no me importó que fuese por estar más rato con mi chica haciendo cosas indecentes.

Joder, si

nada más rememorarle de vuelta al exterior, ya conseguí ponerme semierecto; tuve que

recolocarme con disimulo para poder caminar de forma decente... Puto salido.

Subí al coche para tener algo más de intimidad. Como si me hubiesen dado un asiento

en primera fila en la reposición de una película de terror, volví a tres años atrás.

Habíamos estado sentados en la terraza de aquel bar del paseo marítimo, tomando un

helado, cuando el calor ya no pegaba tan fuerte. Habíamos charlado de nuestras gilipolleces. Priscila intentaba convencerme para hacerme un nuevo tatuaje,

como si yo

hubiese necesitado que lo hiciese y mi adicción a la tinta, sumada a su maestría con la aguja,

no hubiese sido suficiente razón para ello.

—Nat, tengo en mente un difuminado superguapo que hemos estado practicando en

clase. Venga, me quedará mejor que el anterior.

—¿Te recuerdo la bronca por el último al que me presté? Mi padre mantuvo una

charla

muy larga conmigo en la que me señaló todas las desventajas al respecto, bla, bla, bla... —

había dicho, imitando la voz de mi padre, lo que había provocado que Priscila se riera.

—Tú te lo pierdes. Lo hago por ti: Jason me deja que practique con él; dice que soy un

portento y que de aquí a unos años podré pedir lo que quiera por un tatuaje.

No me había gustado ese tal Jason; le llevaba unos diez años y le había llenado la cabeza

de pájaros. Esperaba que no hubiese hecho nada raro con ella, porque había estado

dispuesto a romperle las pelotas si le ponía un solo dedo encima.

Suspiré cuando el dolor presionó mi pecho, devolviéndome al presente.

Cada vez que recordaba aquella fatídica época me entraban ganas de vomitar.

Eso fue lo

que ocurrió: tiré el teléfono al asiento del copiloto antes de abrir la puerta, justo a tiempo

de echar el desayuno continental completo y parte del menú de Acción de Gracias, porque

las arcadas me atacaban sin piedad; vomité hasta la primera papilla. Cuando entré en el

coche, busqué una botella de agua. En cuanto miré el teléfono maldije en voz baja. Abrí el

centro de mensajes y busqué los últimos enviados. Tecleé rápidamente.

Me muero por tus huesos, pequeña Gale...

Lo envié y salí del coche abatido.

«Espero que no lo olvides nunca».

26

HÉROE

NATHAN

En definitiva, la vida te sonreía hasta que se jodía, y bien. Mi lunes fatídico; así es como lo bauticé después de recibir la llamada de mi padre que acabó de hundirme en la miseria y que me permitió regocijarme en mi desgracia un poco más. Algo que se me daba de puta madre, para qué mentir.

—Nathan, te acabo de enviar un correo urgente. —La voz de mi padre hizo que las pelotas se me encogieran; era su tono de: «la cosa está que arde».

—No estoy en casa, todavía me quedan dos clases —contesté, más molesto de lo que en realidad pretendía.

—¿Has oído la palabra «urgente»? —subrayó, esta vez con un tono más autoritario.

—De momento sigo teniendo muy buen oído. Quizá si comenzases por el principio podríamos aclararnos.

Me tocaba las narices que mi padre me hablase como a sus compañeros del despacho de abogados. Tenían la agresividad puesta unas veintitrés horas al día; la hora que faltaba para completar sus jornadas de juicios, pleitos y acuerdos era la que utilizaban para

cagar, o para

pajearse, ya puestos. El resto lo dedicaban a ladrar.

—Al grano. Hay un cliente muy importante esperando en la sala a ser recibido.

Mañana

es la vista. Hemos reservado un vuelo para esta tarde. Siento no haberte avisado antes, pero

es que no he podido, porque Grace ha vuelto a archivar una citación este mes sin anotarla

en las agendas, y casualmente era la tuya.

No entendí una mierda, solo que Grace estaba jodida y que mañana yo tenía el juicio.

—¿A qué hora es el vuelo? —contesté, rendido.

—A las seis, hora de Kansas. Te iré a recoger al aeropuerto. Hasta luego.

Y colgó.

Miré mi reloj, recogí los papeles y salí de la clase, que todavía no había comenzado.

Busqué a Leah por los pasillos, pero me di por vencido. Ya debía de estar dentro.

Mientras conducía a casa, una extraña sensación se alojó en mi pecho.

Necesitaba ver a

Leah y contarle todo, quería liberarme de una vez por todas de aquello, pero me iba a ser

del todo imposible si debía prepararme la maleta con lo imprescindible, además de

imprimir el billete y conducir de nuevo hacia Kansas para coger el avión y llegar a tiempo.

Golpeé con fuerza el volante.

«¡Maldita sea!».

Ya en el aeropuerto, la llamé en repetidas ocasiones y no obtuve respuesta;

seguro que

tenía el móvil en silencio, por lo que decidí enviarle un mensaje, bastante tocado,

para qué
mentir. Me hubiese encantado poder escuchar su voz y ver su cara y cómo me fruncía el
ceño de esa forma tan adorable cuando algo la intrigaba o molestaba, mientras le explicaba
todo. Necesitaba escucharle decir «Todo va a ir bien» y sentir su abrazo reconfortante.

Pero todo eso iba a tener que esperar una vez más, porque el tema de Rick volvía a
tocarme las pelotas y me hacía detener mi vida de nuevo. Reconocí tarde que si hubiese
sabido en su día que ese impresentable nos iba a joder a todos como lo hizo, no lo
habríamos dejado entrar en el grupo.

En cuanto salí al exterior en el aeropuerto de Los Ángeles, sonreí al notar la humedad tan
característica en la zona; por suerte todo aquello tenía algo bueno: iba a ver a mi familia y a
tener un par de días para poder sacar de quicio a mi padre. Pensé que era otra de las cosas
que más me gustaban, después de cantar y tocar en directo. En el *top* número uno de mis
cosas-barra-personas favoritas estaba Ella, mi pequeña Gale; de pronto recordé que había
quedado en llamarla.

Activé el móvil, que había dejado antes en modo avión, y vi un par de llamadas perdidas
suyas y tres mensajes.

¿Cuándo te vas?

¿O ya te has ido?

*Es evidente, tu móvil está apagado ☹ ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿Es para mucho tiempo?
La pequeña Gale quiere a su pequeño en casa de nuevo. ¡Ya!*

Sonreí como un imbécil cuando leí sus mensajes y la llamé con una desesperación que

me dejó un poco asustado. Joder, estaba muy enganchado a ella.

—Hola.

Su voz dulce templó mi cuerpo y me calmó al instante.

—Hola. Siento haberme marchado tan de repente, ha sido todo algo precipitado.

Intenté localizarte, pero estarías ocupada.

—Sí, estaba en la biblioteca, lo siento. —Suspiró; me la imaginé reprochándose no

haber tenido su móvil con sonido—. ¿Vas a estar muchos días fuera?

—No creo, un par a lo sumo. La citación es para mañana.

—¿Ya? Qué justo, ¿no se supone que te avisan con tiempo para estas cosas?

—Sí, normalmente ese es el funcionamiento, pero por lo visto alguien del despacho de

mi padre archivó por error la citación sin anotarla en la agenda. Ha sido todo un poco

caótico.

—Vaya, pues lo siento. Me habría encantado despedirme de ti.

—Di la verdad: te habría encantado tocar de nuevo mi culito que tanto adoras mientras

te devoraba la boca hasta hacerte gemir —dije de broma; me «autorregañé», porque con

ello había conseguido ponerme cachondo en un segundo.

—Claro —rio—, eso y que voy a echar muchísimo de menos oírte decir guarradas y

palabrotas a todas horas.

—Eso tiene fácil solución: te puedo llamar. Veamos..., tenemos dos horas de diferencia

horaria. —Hice un cálculo mental—. Cuando no estés en clase y mientras estés en clase te enviaré mensajes subidos de tono, para que te vayas derritiendo y sepas todo lo que voy a hacerte cuando vuelva.

—Tentador, pero paso; prefiero el sexo en vivo, así que mueve tu culito rápido, acaba

con los malos y vuelve a casa pronto. Ya te echo de menos.

—Está bien, tú te lo pierdes. —Suspiré—. Yo también te voy a echar de menos, recordaré estas dos noches mientras me masturbo.

—¡Nathan, no necesito esa información! —gritó. Con ello me hizo soltar una carcajada.

—Oh, cariño..., si vieras cómo tengo la polla ahora mismo... —Me la reajusté mientras

hablaba con ella y me dirigía a la salida del aeropuerto.

—Adiós, Nathan, cuida tu..., ya sabes...

Solté una nueva carcajada que hizo girarse a algunas personas a mi alrededor.

—Tranquila, la voy a mimar mucho en tu ausencia...

—Guarro.

—Preciosa.

—No hagas el tonto y llámame.

—Hecho, besos.

—Besos.

«Te quiero», dije a la línea, que comunicaba tras finalizar la llamada. Era un puto cobarde que no se atrevía a decirle que la quería por miedo a asustarla.

Mi padre esperaba en su Mercedes Classic con una sonrisa de oreja a oreja. El tío era un

maduro guaperas que engañaba al resto de personas con su apariencia fría en traje italiano a

medida, pero a mí no. Básicamente porque era mi padre y porque era el tío con

el corazón

más grande que jamás había conocido. No entendía cómo le iba tan bien en el despacho:

para triunfar en los negocios tenías que ser un grandísimo hijo de puta. Mi madre decía que

tenía muy buenos socios, así que la combinación perfecta era la inteligencia y el empuje de

mi padre y el hijoputismo de sus socios, así en resumen.

—¿Todo bien con el vuelo? —Me abrazó con fuerza y nos dimos dos besos.

En mi casa todos eran achuchables; les encantaban las demostraciones afectivas, a mi

hermana Denise la que más. Y yo me moría por ver a la enana.

—Todo correcto, Eric —contesté con una sonrisa antes de subirme al coche.

Me fue poniendo al día sobre la citación y otros pormenores. Había accionado la directa:

le encantaba su trabajo, pero a mí me aburría solemnemente. Menos mal que era un tío

comprensivo y tanto él como mi madre, Claudia, no creían que sus hijos debieran seguir la

estela de sus progenitores, porque desde luego yo no estaba hecho ni para defender

acusados ni para impartir clases.

Mi madre era una profesora de matemáticas de secundaria que adoraba su trabajo. Y

cuando digo adorar, me refiero a que lo vivía con una pasión increíble. Suponía que yo

había sacado mi vena artista de una mezcla de ambos; quería pensar eso y no que me

adoptaron en realidad, porque no tenía nada que ver con ellos en ese aspecto.

Aunque, si

los contemplabas detenidamente y nos observabas a Denise y a mí, se podía comprobar que mi hermana era igual que mi madre y que yo era idéntico a mi padre. Llegamos a nuestra residencia familiar en Toluca Lake Avenue; sonreí al pensar en qué diría Leah cuando la viese. Seguro que pensaba que mis padres eran ricos, y no era que fuesen millonarios, pero les iba muy bien la vida. Mi padre ganaba muchísima pasta en el despacho; cuando las cosas comenzaron a sonreírle en los negocios, decidieron comprar esta enorme casa en uno de los barrios más exclusivos de Los Ángeles. Mi madre siempre había querido una casa con vistas al lago, y los sueños de ella eran sagrados para mi padre. Estaban tan enamorados que empalagaban; crecer a todas horas con besos, muestras afectivas y algunas veces con insinuaciones subidas de tono que nos avergonzaban bastante a mí y a mi hermana era, cuando menos, curioso. Sí, tenía muchas ganas de que Leah los conociese y alucinase un rato: no me imaginaba a sus padres de ese rollo; seguro que ver su cara tenía que ser de lo más divertido.

—Tienes una sonrisa boba en la cara desde que te has subido en el coche... No creo

que sea debido al proceso judicial, ¿o me equivoco?

«Zorro astuto».

—Estoy saliendo con una chica, Eric.

—«Papá», joder, soy tu padre. Me ha costado una pasta criaros; por lo menos

déjame

mantener la esperanza de que no te avergüenzas de tu viejo.

—No digas chorradas, papá, sabes que no me avergüenzo, es solo que eres tan joven

que podríamos pasar por colegas. Piénsalo: tú y yo a ligarnos unas chicas — insinué con un

levantamiento de cejas que le hizo reír.

—Veo que esa pobre chica no sabe dónde se ha metido —dijo con un gesto de desaprobación que ya conocía de sobra, medio en broma—. ¿Y cómo se llama esa santa?

—Leah, Leah Kline, y me voy a casar con ella.

Mi padre frenó de golpe antes de entrar en el garaje y me miró con los ojos a punto de

salírsele de las órbitas.

—¿No habrás dejado embarazada a esa chica?

Me reí con ganas; mi padre parecía enfurecer por momentos pero de verdad.

Aquello

era gracioso de pelotas; el pobre no me había escuchado hablar nunca de novias y ahora le

había soltado a bocajarro que me iba a casar.

—Siento desilusionarte; de momento no vas a tener a ningún pequeño Collins babeándote la camisa. Solo es que he conocido a la mujer de mi vida, y creí que debía

ponerte al día, por eso de que eres mi padre y te has gastado una pasta criándonos... —

parafraseé, con un tono de imbécil agudo, con lo que conseguí que sonriera; al pobre lo

había acojonado bien.

—Me lo voy a pasar en grande estos dos días... —Sonrió con un aire vencedor; de

pronto caí en la cuenta de lo que acababa de insinuar.

—Mierda, mamá y Denise... —Suspiré, pasándome una mano por la cara en un claro

gesto de perdedor absoluto.

—Sí... Les vas a dar material para acribillarte hasta el fin de los días.

Me arrepentí al instante de no haberme mordido la lengua.

—¿Y si lo mantenemos en secreto de momento? Algo entre los hombres de la familia,

ya sabes. —Golpeé su hombro con un puñetazo cariñoso.

—Ni lo sueñes. Yo no miento a tu madre ni le oculto absolutamente nada, créeme.

Adoro mis pelotas demasiado —dijo cuando apagó el coche.

—Cobarde.

En cuanto aterricé en la cocina de mi casa un montón de recuerdos me invadieron. Casi

llegué a soltar alguna lágrima nostálgica si una preciosa estampida de pelo moreno no me

hubiese arrollado, tirándose sobre mí para darme un abrazo.

—¡Ya estás aquí! —gritó mi hermana, dándome mil besos.

—Denise, deja respirar a tu hermano, Dios santo —dijo mi madre con una sonrisa

adorable—. Ven a darle un beso a esta vieja.

—Mamá, sabes que sigues estando buenísima. —La abracé, impregnándome de su olor

a casa, a mi familia y a mi infancia.

—Hola, adulador. Mi culo flácido y mis estrías te saludan.

—Minucias, mamá; además, papá dice que no quiere venir de ligue conmigo, así que tu

culito todavía debe de estar dando guerra.

Me soltó un capón, después me volvió a abrazar con fuerza.

—Por desgracia ya no podemos ir de ligue ninguno de los dos, porque nuestro chico yano-

está-en-el-mercado —puntualizó mi padre de forma detallada y concisa, declarando en

aquel instante el fenómeno tsunami femenino que me había arrasado.

«Cabrón chivato, hijo de trol».

En cuanto me llevaron al salón me sometieron a un interrogatorio exhaustivo que ni la

CIA; no sabía cómo salir de aquello. Miré a mi padre, que nos observaba la mar de

divertido, el muy zorro. Tras responder a todas sus preguntas y dejarlas algo satisfechas,

pude subir a dejar mis cosas. Una vez en mi cuarto sonreí al tiempo que me tiraba sobre mi

vieja cama. Saqué mi móvil para enviarle un mensaje a Leah.

¡Socorro! Mi madre y mi hermana me han hecho explicarles hasta la talla de sujetador que usas; como no la sé, les he dicho que tienes unas tetas del tamaño perfecto, de las que caben en mi mano...

No acabé de comprobar que lo acababa de leer cuando comenzó a sonarme el móvil;

sonreí al ver su nombre en la pantalla.

—¡Nathan Collins! Espero que sea una broma, porque, en caso contrario, eres hombre

muerto.

Me reí con ganas. Me froté la polla, que se había comenzado a levantar con solo oírla.

—Están encantadas con la idea de tu visita a la ciudad. Ya están planeando un *tour...* —

dije con voz melosa.

—Ahora estoy asustada. ¿No crees que es un poco pronto para conocer a tu familia?

—Ni de coña, son bastante inofensivos; mi madre hace muy bien de comer, creo que lo podrás soportar.

—Vale, hacemos un trato: yo conozco a tu familia y tú lo harás en las siguientes vacaciones. Creo que es un acuerdo justo.

Joder, la cosa se estaba poniendo seria. Mis pelotas se encogieron al escuchar su proposición, de tal forma que pensé que, si las intentaba buscar, seguro que se me habían metido dentro del cuerpo.

—Bueno, tampoco es necesario adelantar acontecimientos...

—Clo, clo, clo... ¡Gallina! —rio con ganas.

—Leah, ya conozco a parte de tu familia; no me digas que no es para tenerles miedo.

—Bueno, mi madre es muy eficiente con su rodillo, pero no suele tener mucha puntería, y mi padre es completamente adorable.

—Anotado: ganarme a tu madre en cuanto la vea. —Escuché cómo soltaba una carcajada y me sentí genial al instante—. Te echo de menos.

—Lo sé, soy irresistible.

—Y haces unas cosas con esa boquita... —Mierda, ya la tenía dura de nuevo.

—Guarro.

—Preciosa. ¿Qué estás haciendo? ¿Llevas poca ropa? ¿Estás en la cama? ¿Te estás

tocando mientras piensas en mí y en mi polla, capaz de regalarte los mejores orgasmos del mundo mundial?

—A punto de irme dormir. No, un pijama grueso. Sí. Y no. —Sonreí ante sus respuestas concisas. Me volvía loco.

—¿Te apetece tocarte?

—No pienso tener sexo telefónico, Nat. Es... ¿ridículo?

—Princesa, ¿has practicado sexo telefónico antes?

—No.

—Pues prepárate...

Bajé a cenar con una cara de gilipollas con una suerte alucinante. Mi hermana había

preparado el canal Netflix, conectando su pequeño Mac a la televisión

panorámica del

salón. Sopesé el hecho de mandarle a Leah un mensaje para que nos aconsejase

un dulce y

sonreí como un imbécil al recordar aquellos SMS y la forma en la que ya me

gustaba tanto

cuando solo tonteaba con ella.

Estuvimos enganchados a la pantalla, abducidos, tragándonos un capítulo tras otro de

House of cards, y al final mi padre me recordó que teníamos que madrugar al día siguiente

para acudir a los juzgados, por lo que decidimos irnos a dormir.

Una vez en mi habitación, no dejaba de rondarme por la cabeza que quería pasar más

tiempo con mi hermana pequeña; la echaba mucho de menos, sentía que me estaba

perdiendo muchas cosas. Por suerte, manteníamos contacto por Skype, y además pronto

acabaría mis estudios; entonces volvería a Los Ángeles.

Me quedé quieto ante el espejo del baño con la boca llena de pasta de dientes y el cepillo

en una mano. ¿Iba a regresar a Los Ángeles cuando acabara mis estudios?

¿Quería

abandonar la música de forma definitiva? ¿Qué planes tenía Leah? ¿Iba a

continuar con el

grado? Pasadas dos horas, todavía seguía despierto; lo quise achacar al juicio para ocultar la

verdadera razón de mi insomnio. No tenía las respuestas a aquellas preguntas.

Pero la duda

más fuerte que me asaltaba era: ¿seguiría Leah conmigo cuando le contase lo de Priscila?

Cuando llegué a Lawrence el miércoles por la mañana tenía una necesidad casi dolorosa de

abrazar a Leah y contarle que el juicio había ido bien. O eso dijo mi padre; para mí fue una

mierda, porque volver a ver a Rick me produjo sentimientos encontrados: no me apetecía

nada sentirme como un tarado bipolar con ganas de estrangularlo y abrazarlo a la vez.

Estaba deseando que acabasen las clases para vernos. Las dos últimas horas de la mañana se me pasaron como si cada segundo cayese lentamente, agotando mi paciencia

hasta el punto de que sopesé largarme al bar a tomar algo en vez de contemplar las

telarañas del aula. Estaba claro que no había prestado ni puñetera atención a nada de lo que

el profesor había explicado.

Salí como una exhalación. Busqué mi teléfono móvil en el bolsillo de mi chaqueta.

Marqué el número de Leah sin darme tiempo a ponérmelo en la oreja y ella saltó sobre mí y

se aferró como un koala. Consiguió arrancarme una sonrisa boba de enamorado, antes de

besarla como un desesperado. Dios, cómo la había echado de menos.

—No te imaginas las ganas que tenía de verte —susurró sobre mis labios, sin

dejar de
darme besos.

—Aunque necesito que me lo demuestres, hay otra cosa mejor que podemos hacer. —

Le di un pellizco flojo en el culo, que estaba a la altura perfecta, con sus piernas abrazándome la cintura.

—Querido, Nat, te recuerdo que somos estudiantes; no tenemos dinero para ir reservando habitaciones de hotel.

—Bueno, tengo una sugerencia al respecto... —Ya lo tenía: era el mejor momento para

abordar mi asunto con ella—. Mi abuela no estará en casa hasta la noche.

Me miró con los ojos muy abiertos, a la vez que se ponía colorada.

—Nathan Collins, no pienso practicar sexo en casa de tu abuela, por mucho que lo

desee y me muera por ello.

—No sabes lo feliz que me hace saber tus expresos deseos por mi cuerpo, o más bien

por mí... —la cogí con fuerza; la restregué de forma lenta y muy sensual contra mi polla,

que estaba lista para dar guerra—, pero mucho me temo que tendrás que esperar.

Me

refería a hablar. Tenemos que hablar.

Se bajó de un salto. Me recorrió un escalofrío al notar el frío del exterior. Su cara era un

poema; estaba entre indecisa y molesta, aunque, cuando habló, deduje que pesaba más lo

primero.

—Cuando alguien dice «Tenemos que hablar», nunca viene acompañado de buenas

noticias. ¿Me tengo que preocupar?

—No, normalmente cuando digo «Tenemos que hablar», es que me gustaría mantener una conversación con alguien y simplemente lo anuncio. En este caso era para frenar tu impulso sexual hacia mí y evitar que luego lloriquees por los rincones cuando no te deje probar mi delicioso cuerpo y mi... —Señalé mi «centro de operaciones» con la mirada alzando las cejas, insinuante.

—Bah... Creo que tu ego no te deja ver con claridad, Nathan. Me da que el vuelo no te ha sentado muy bien. Puedo estar sin eso —subrayó, señalando mi entrepierna— más de lo que crees...

—¿Estás segura...?

—... ahora, no sé si tú podrás abstenerte de estas, de esta o de este... —dijo, señalando

sus pechos, su boca y, cómo no, su «tesoro», que me hacía enloquecer.

Me reí con ganas y la cogí para darle un beso. Nuestras lenguas se enredaron; casi puedo

asegurar que le follé la boca en medio del campus a plena luz del día; si no llega a ser

porque Leah tenía más conocimiento y pudor que yo, le habría hecho el amor en el jardín, a lo loco.

Cuando conseguí volver a respirar, me re Coloqué la polla para no escandalizar a nadie.

Nos fuimos al aparcamiento para dirigirnos a casa de Denise. Después de preparar algo de

picar subimos las cosas a mi habitación. Estaba cansado por los dos días de viaje

y las
emociones vividas, por charlar con mi hermana y la reunión con mi padre, pero
yo sabía
qué era lo que me hacía estar incómodo. Había llegado el momento de abordarlo:
Leah se
merecía una persona segura y con las ideas claras, alguien que no le mintiera ni
le ocultara
información; yo quería ser merecedor de su confianza. Quería ser la persona a la
que
recurriera si algo le preocupaba o necesitaba hablar, por lo que debía sincerarme
de una vez
por todas y arriesgarme.

—El otro día, cuando me preguntaste si me ocurría algo —dije en tono
despreocupado,
atrayendo su atención al instante—, te mentí.

—Cuéntame algo nuevo —contestó con una sonrisa.

Joder, pues había disimulado muy bien.

—¿Lo sabías y no insististe?

—Sí —dijo encogiéndose de hombros—. Deduje que no estabas preparado para
hablar

sobre ello. Además, la forma en que intentaste disuadirme funcionó.

—Leah... —gemí como un desesperado cuando me recordó aquel polvo
increíble—.

Así no me lo pones nada fácil.

—Bueno, quiero que sepas que puedes confiar en mí y contarme qué te
preocupa; a lo
mejor puedo ayudarte —susurró sonrojada mientras acariciaba la alfombra con
los dedos.

Era adorable. Merecía lo mejor. Un nudo en el estómago me alertó de lo poco
que me

creía que yo fuese lo mejor para ella, pero por desgracia era un cabrón egoísta que no quería renunciar a ella.

—Tenías razón; recibí un mensaje de alguien de mi pasado, una persona que pensaba que había desaparecido de mi vida para siempre, y... No lo esperaba. De hecho, no sé qué quiere, pero no augura nada positivo.

—¿Es una antigua ex?

—Algo parecido. Priscila apareció en mi vida en un mal momento y ambos nos hicimos mucho daño.

—¿Os peleasteis?

—Bueno, más que pelearnos podríamos decir que sufrimos el peor «divorcio» de la amistad. La amistad traspasó la línea, no sé si sabes a qué me refiero. —Sonreí con ironía, la misma que le veía a todo aquello—. Era mi tatuadora. Pasamos a ser amigos y finalmente acabamos acostándonos.

Observé a Leah, que me miraba atenta sin preguntar nada; solo asentía o fruncía ligeramente el ceño, por lo que decidí continuar con mi relato y acabar de vomitar todo lo que guardaba dentro.

—Priscila siempre había sido impulsiva, temperamental y muy curiosa. Tenía un don increíble para el dibujo; creaba formas, siluetas y paisajes alucinantes, por lo que decidió compaginar los estudios en el instituto con una academia especializada. Allí aprendió todos

los trucos, incluso a hacer tatuajes. Este —me levanté la camiseta y señalé las alas de mi pecho que a Leah tanto le gustaban— fue su tercer tatuaje; los dos anteriores son los de mi espalda. La dejé ensayar conmigo; fui su conejillo de Indias. Sonreí como un idiota al recordar aquella locura, cuando Priscila apenas había comenzado a probar con piel de cerdo después de usar naranjas. Me presté voluntario para que me marcara de por vida. Era un completo irresponsable.

—Pues no entiendo mucho de tatuajes, pero creo que están muy elaborados —subrayó como si estuviésemos hablando del tiempo, sin dar importancia al hecho de que antes le había comentado que me los había hecho una especie de ex.

—Así es... —contesté, bajándome la camiseta.

—¿Entonces, Priscila...?

—Se enamoró de mí; no fue un amor platónico en plan «me gustas y suspiro por ti», no.

Ella tenía que hacer las cosas a lo grande: se obsesionó conmigo.

—¿Cuántos años tenía? —preguntó, curiosa.

—Dieciocho.

—¿Y cuál fue el problema? ¿No era correspondida?

—Leah, debes saber que en aquella época yo no estaba bien. Era cuando... —inspiré para darme valor; no me apetecía nada contarle todo aquello— cuando estaba bastante enganchado a la coca y el alcohol.

Estaba muy callada; me escuchaba con atención, así que quise acabar y soltarlo todo.

—Estaba de mierda hasta las cejas. —La enfrenté; ella siguió en silencio—.

Pasaba de
mi familia. Me importaba mi música y tirarme a Priscila, cuantas más veces
mejor, en
cualquier sitio, delante de quien fuese. Era puro desfase. No te miento si te digo
que no sé
de dónde saqué las fuerzas para dejar todo aquello atrás.

—¿Por qué me cuentas algo tan íntimo?

—Porque debes saber toda la historia, quién soy, lo que hice, el motivo por el
que
intenté mantenerme alejado de ti... Yo le di su primer porro. Le preparé su
primera raya.

Fue un salto exponencial, y nos gustaba. Vaya si nos gustaba...

—Y... —Suspiró.

—Se nos fue de las manos. Yo estaba demasiado colocado la mayoría del tiempo
como
para preocuparme por nada. Ella no toleraba muy bien la situación. Comenzó a
comportarse de un modo extraño: ataques de celos, escenas en los conciertos...,
incluso se

presentó en casa de mis padres. —Un escalofrío me recorrió cuando recordé
aquella

locura—. Me amenazó con denunciarme por haber abusado de ella si no volvía.

—¡No! —soltó, sorprendida.

—Sí. Lo peor fue ver cómo entraba en una espiral de autodestrucción brutal.

Alcohol,

drogas, orgías, peleas... No quieras saber la locura en la que se convirtió su vida.

Yo solo

podía ser un puto espectador de aquella miseria, porque no era capaz de cuidar
de mí

mismo —dije al borde de las lágrimas. Aquel tema me superaba, Kyle tenía
razón.

—¿Y qué ocurrió?

Tomé aire para continuar; quería escupirlo todo y quedarme tranquilo, quería volver a

respirar sin esa puta presión en el cuerpo cada vez que recordaba la historia.

—Cada vez que me chantajeaba, yo claudicaba, porque me sentía culpable por haberla

metido en toda esa mierda. Así que volvíamos a hacernos daño. Es mejor que no conozcas

qué tipo de cosas llegamos a hacer... Nunca me las preguntes, por favor. —

Suspiré de

forma dramática y la enfrenté de nuevo—. No estoy preparado para repetir las en voz alta,

pero tienes que confiar en mí. Estoy limpio. No consumo nada desde hace tres años. Mis

analíticas son impecables. No quiero volver a todo aquello por nada del mundo.

Ella es mi

pasado. Tú, mi presente y mi futuro.

—¿Qué te preocupa?

—Que me chantajee. Volver a convertirme en su pelele. Que me pida que vuelva con

ella, que quiera recuperar lo nuestro... Ese es el resumen. ¿Todavía quieres seguir con esto?

¿Crees que merezco la pena? ¿Crees que alguien como yo merece ni siquiera rozarte?

—Creo que deberías dejar de ofenderme con estas preguntas estúpidas. No voy a dejarte al menor contratiempo, Nathan. ¿Qué tipo de persona crees que soy?

—El mejor regalo que me podía dar la vida. Gracias, pequeña Gale.

Y la besé como si el mundo acabase aquella noche. Porque yo no quería ser su héroe: yo

solo quería ser un tío corriente que se podía equivocar. Pero, por encima de todo

eso, era

un tipo dispuesto a demostrarle lo mucho que la quería. Y lo que había cambiado.

27

ASÍ ES COMO TÚ ME RECUERDAS

NATHAN

Una resaca emocional era peor que una de alcohol. Quien dijera lo contrario mentía.

Me desperté el sábado tarde, hecho polvo y con dolor de cuerpo. Tenía que recuperar

mi tono físico cuanto antes. Me había dedicado a vagar, por lo que mis músculos estaban

oxidados. Si a eso le añadíamos que llevaba una semana de montaña rusa emocional, pues

tenía la combinación perfecta para estar hecho una mierda.

Pedí a Leah que asistiese a nuestro concierto aquella noche. Era mi último bolo con el

grupo: al fin me había decidido a dejarlo. Tras meditarlo largo y tendido, sopesé los pros y

contras de continuar tocando con ellos. Estaba claro que debía seguir el consejo de Norma

y frenar aquello a tiempo, regresar a la maquinaria que conllevaría devolverme a los malos

hábitos del pasado.

Me costó mucho dar el paso, sobre todo por Max. Después de lo que había ocurrido

entre nosotros y ahora que parecía que volvíamos a la normalidad, no quería que las cosas

se jodiesen de nuevo. Sabía lo que el grupo significaba para él, pero debía pensar

en lo
mejor para mí: tenía que hacerlo bien por Leah. Fue una sorpresa ver lo bien que
se lo
tomó cuando le di la noticia, igual que hicieron Adam y Zaida, quienes, pese a
intentar
convencerme, entendieron mi postura. Me daba pena dejarlos en la estacada,
pero seguro
que pronto encontraban a alguien que me sustituyese.
Habíamos conseguido tocar en The Bottleneck, un garito donde grupos de
aficionados
o semiprofesionales se citaban las noches de sábados y domingos y ofrecían
música en
vivo. El local era más grande de lo que imaginaba; ver al resto del grupo de los
nervios me
hizo sonreír.
Busqué a Leah entre el público; la localicé junto a Brenda y Amanda, que
silbaban como
los hinchas del equipo de los Jayhawks, algo que me hizo reír. Las tres eran muy
buenas
amigas. Me gustaba verlas animándonos cual *groupies* entregadas. Jesús, qué
guapa estaba
Leah mientras nos grababa y levantaba el pulgar con una sonrisa para
infundirnos ánimo.
Tocamos tres canciones de nuestro escaso repertorio. Nos divertimos mucho,
tanto que
disfruté cantando con el público y animándolo. Lo cierto es que esa era la mejor
parte de
cantar: conseguir que te siguieran y ver cómo disfrutaban contigo.
Cuando aterricé en la pista, donde estaba la concurrencia, que bailaba y coreaba
las

canciones del siguiente grupo, me moría por encontrar a Leah. Algunas chicas me
detuvieron para felicitarme, incluso unos tíos me pidieron hacerse un *selfie*
conmigo. ¡Qué
locura! Hacía tiempo que no sentía lo que era volver a estar en el jaleo musical.
Todo
aquello consiguió que la euforia comenzase a dar señales de vida, colocándome
una sonrisa
de imbécil en la cara.

Las chicas llamaron mi atención cuando me acerqué a ellas. Leah se lanzó a mis
brazos,
arrancándome una carcajada.

—¡Habéis estado increíbles! —gritó para que la escuchara.

—Gracias. —La besé con una intensidad brutal; todo aquello me había puesto
burro;

tener a mi chica entre mis brazos solo hizo que mi erección creciera a niveles
exponenciales—. Deberíamos ir a celebrarlo...

—No seas salido —susurró en mi oído, haciéndome gemir—. Tenemos que
acercar a
las chicas a la residencia.

O sea, que igual tenía una oportunidad aquella noche, ya que no había dicho que
no; eso

en el diccionario de novios cachondos quería decir «Ahora no puede ser, pero
luego igual
cuela».

Recogimos los instrumentos exceptuando la batería, que era lo único que ponía
el local,

algo lógico teniendo en cuenta que en una sola noche podían tocar tres o cuatro
bandas. Si

cada una de ellas tenía que montar y desmontar la batería, la peña se moriría de

asco

esperando cada actuación. Salimos al exterior; la noche estaba bastante fría. Me puse el gorro de lana para que no me calase la humedad. A continuación nos despedimos de parte del grupo. Max se dirigió con nosotros al aparcamiento donde habíamos dejado los coches.

Hablamos animados sobre el concierto y el buen ambiente reinante. Lo cierto era que había sido una noche de despedida increíble.

Sabía que un día u otro llegaría el momento en el que aparecería en escena. Me había avisado, por eso había tenido que sincerarme con Leah, pero, por mucho que me quisiese preparar para ello, las emociones eran las que mandaban.

—Me alegra ver que no has perdido tu toque.

Me quedé congelado en el acto; aunque cien años pasasen, reconocería aquella voz en cualquier lugar del mundo. Un escalofrío me recorrió; tuve que apretar los puños antes de girarme para enfrentarla.

«Joder, no estoy listo para esto».

No sé qué me dejó más alucinado, si ver a Priscila de nuevo o si verla tan increíblemente

guapa y cambiada. No parecía la misma; con la mirada enfocada y no aquellos ojos

vidriosos a los que estaba tan acostumbrado. Lucía una sonrisa sincera, además se había

cambiado el color del pelo, que llevaba largo, a un rubio platino, casi blanco.

Sentí un golpe

en el pecho que me dejó noqueado unos segundos. Tenía ante mí a la niña que se había convertido en una mujer preciosa. Casi me puse a llorar como un gilipollas cuando mi cerebro fue capaz de asimilar que no era un espejismo, que estaba allí frente a mí esperando a que dijese algo.

—Hola...

Esa fue la única palabra que fui capaz de emitir. Sentía un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de béisbol; estaba tan confundido que no podía coordinar mis ideas.

¿Cómo me había encontrado?

—Sabía que te localizaría aquí —dijo con un encogimiento de hombros—. No has cambiado nada.

Sonreía insegura, otro de los detalles que llamaron mi atención: Priscila era de todo menos insegura, así que realmente era una persona muy distinta.

De pronto, alguien tosió; creo que fue Max; me devolvió a la realidad al instante. Todos

estaban contemplando la escena entre curiosos y extrañados, Todos menos Leah: ella sabía

quién era la chica que teníamos frente a nosotros. Sonrió levemente, no sé si para infundirme valor o aprobación; en realidad no estaba demasiado lúcido para interpretar nada en aquel momento.

—No, nada sigue igual, han pasado los años y muchas cosas... —conseguí decir—.

¿Cuándo has llegado?

—Llevo aquí una semana.

Miré a Leah una última vez antes de tomar una determinación. Con un largo suspiro hice lo que creía correcto en aquel momento, aunque hubiese preferido comer cristales a tener que afrontar aquella situación. Me costaba horrores soportar el vaivén de emociones que Priscila me provocaba con su sola presencia.

—Chicos, os presento a Priscila Williams, ella es... una amiga de Los Ángeles. Ellos son Leah, Max, Brenda y Amanda.

—Hola —dijeron casi al unísono, algo expectantes, pero la verdad era que yo tenía poco más que añadir.

—Nathan, si te parece, nos vamos con Max; puede que prefieras hablar con Priscila a solas. Seguro que tenéis muchas cosas que contaros —comentó Leah algo tensa. No quería que se fuesen, pero en el fondo era la mejor opción: aquella era una situación bastante incómoda y no me apetecía nada compartirla con ellos, y menos con Leah, que ni siquiera me miraba a los ojos, lo que me hizo sentir fatal. Se despidieron. Me jodió muchísimo ver que mi novia actuaba como uno más; ni siquiera se acercó a darme un beso. Max se giró de nuevo; antes de desaparecer por la esquina, me di cuenta de lo que su expresión decía algo así como «¿Qué está sucediendo aquí?».

—¿Por qué has venido, Priscila? —le pregunté, en un tono más duro del que en realidad

pretendía.

—Estoy trabajando en Kansas City. Mi madre me dijo que vivías en Lawrence; fue fácil

encontrarte —dijo sin variar su tono de voz y con una seguridad aplastante, por lo que tuve que replantearme todo lo que sabía de ella.

—¿Trabajando? —Joder, estaba sorprendido: pensé que no la había escuchado decir

nunca que tuviese un trabajo o algo que se le pareciese.

—Sí, formo parte de un equipo de tatuadores muy potentes; estamos preparando un

congreso en Kansas City. Va a venir Kat Von D, asombroso, ¿verdad?

Bueno, definitivamente aquella chica no era Priscila, no la Priscila que me había acostumbrado a ver: el desecho humano con más problemas que días tenía el calendario.

Frente a mí se hallaba una mujer emprendedora y muy cambiada.

Asentí en un intento de aclarar mis ideas y deshacer el nudo de mi garganta por la

emoción; me iba a poner a llorar de un momento a otro. Eso no era lo que quería, joder.

Necesitaba espacio ya.

—He cambiado, Nat —continuó—. Me ha costado mucho; todavía estoy trabajando en

ello, pero he venido a demostrarte que he dejado atrás el pasado; quiero que me perdones y

volver a empezar.

Tenía que huir de allí.

—Necesito... yo... necesito pensar en ello... No puedes regresar con un rollo que me

has explicado mil veces y esperar que te crea —solté, mosqueado más conmigo

mismo que

con ella, al no poder mostrarme imparcial con la situación.

—Lo entiendo. Sé que te he mentido muchas veces antes, pero ahora es diferente, te lo

voy a demostrar. Ayer hablé con Kyle, me llamó. Tiene las pelotas de acero — sonrió.

nostálgica—; consiguió acojonarme de verdad, y mira que eso no es fácil.

Sonreí al imaginarme el tipo de barbaridades que mi amigo le podía haber soltado por

teléfono.

—Me pidió tu número. Cree que no soy capaz de enfrentarme a ti y decirte que no —

dije al recordar nuestra conversación.

—Ya, algo me comentó al respecto, pero tranquilo, no vengo a pedir nada.

—¿No? —escupí con una rabia que la dejó helada.

—Yo... supongo que me lo merezco.

Noté la respiración acelerada y apreté los puños para intentar contenerme. Ni de puta

broma me iba a volver a tomar el pelo. Punto. Ya estaba bien de claudicar.

Comenzó a llorar. Me sentó como una patada en el estómago; no podía verla así, pero

era lo que merecía. Joder, habíamos vivido un puñetero infierno. ¿Qué esperaba?

—Yo... tengo que marcharme, mañana comenzamos el montaje y... —Se enfrentó a

mi mirada con los ojos anegados en lágrimas—. Vendré a verte de nuevo, Nat.

No pienso

renunciar a nosotros, necesito que me perdones.

La vi marcharse con la cabeza gacha. Fui incapaz de moverme hasta que el frío y la

humedad de la noche comenzaron a calarme y me hicieron tiritar.

Cuando llegué a casa no conseguí zafarme de la sensación gélida que experimentaba. Ni siquiera me ayudó tomar una infusión de esas que se hacía mi abuela y que sabían a rayos.

Estaba petrificado por todos los acontecimientos y tenía la cabeza embotada. Necesitaba hablar con Leah, por lo que le envié un mensaje. Su móvil lo recibió, pero

aparecía como no leído; probablemente estaba dormida.

Una vez en mi habitación me tumbé en la cama. Me froté la cabeza pensativo; tenía que

hablar con la otra persona implicada en toda aquella mierda.

—Hola —contestó mi amigo con voz somnolienta—. ¿Cómo ha ido el último concierto?

—He visto a Priscila.

Un nuevo silencio y un largo suspiro me recibieron al otro lado de la línea.

—Le dije que te dejara en paz. Vuelve con esa mierda de que ha cambiado...

¿Cuándo

va a acabar esta pesadilla, Nat?

Parecía agotado, tanto como yo, cosa que no me extrañaba.

—Está diferente.

—No lo creo; la mentira se viste de Prada.

—Es «el diablo», Kyle, «el diablo se viste de Prada». Joder, deja de decir títulos de

películas y refranes mezclados. Les das unas cuantas patadas al sentido común y al

diccionario.

—Y a tus cojones, gilipollas.

Me arrancó una carcajada; de hecho, ambos reímos. Daba igual lo que ocurriera: nos

teníamos uno al otro.

—Dice que no renuncia a que la perdone. Estoy cansado. Voy a dormir y a intentar olvidarla.

—Pues, si lo consigues, me das la receta. Joder, he rechazado una cita porque estaba

comiéndome la cabeza con toda esta mierda desde que me llamó el otro día.

¿Sabes lo que

es renunciar a un polvo caliente?

—Adiós, Kyle, no me interesa una mierda. Mañana hablamos.

—Que te den, novio bien follado.

—Cómprate una isla desierta, gilipollas.

—Con unas cuantas pibas buenorras.

—Adiós.

Por la mañana estaba bastante cansado, pero hice un gran esfuerzo por volver a mi rutina.

Denise me había dejado una nota en la que decía que iba a estar fuera todo el día; sonreí

ante las múltiples posibilidades que se nos ofrecían a Leah y a mí. La llamé, pero no me

cogió el teléfono. Todavía no me había contestado al mensaje de la noche anterior; la cosa

ya empezaba a ser, cuando menos, intrigante.

Finalicé unas prácticas y me puse al día con el temario de Estadística. No me gustaban

una mierda las nuevas asignaturas, era todo muy poco intuitivo; necesitaba otro tipo de

estímulo. Leah y mi abuela tenían razón: ¿qué hacía estudiando marketing? Por la tarde

estaba tan desesperado por la ausencia de noticias de Leah que me presenté en su apartamento. Para mi sorpresa, no había nadie.

¿Qué sucedía?

La llamé de nuevo, obteniendo la misma respuesta: nada. Comencé a inquietarme. No se

trataba de estar al tanto de todos nuestros movimientos en todo momento, pero por norma

general podía localizarla bastante rápido.

Por la noche mi nivel de nerviosismo-barra-impaciencia había adquirido unas cotas

bastante elevadas, por lo que decidí llamar a Max. No hubo suerte: su móvil estaba apagado

o fuera de cobertura. La opción B eran las chicas; tampoco sabían nada, así que casi me

comí las uñas hasta los muñones a la espera de noticias.

A las jodidas diez de la noche, mi móvil sonó. Cuando vi el nombre de Leah en la

pantalla, por poco no me dio un infarto.

—Hola... Siento no haberte llamado antes, estaba sin batería. —Suspiró. A mí se me

encogieron las pelotas; algo iba mal—. Estamos en el hospital. Mi padre ha sufrido un

infarto.

Joder, me quedé en blanco unos segundos.

—¿Cómo está?

—Fuera de peligro. Por suerte, no ha sido demasiado grave. Está en observación.

—¿Quieres que vaya? ¿Necesitáis algo?

No sabía cómo actuar. ¿Debía ir?

—No, esto parece una manifestación. Mi familia al completo está aquí; creo que nos van

a desalojar de un momento a otro.

Por lo menos tenía ganas de bromear.

—Leah, quiero estar contigo.

—Lo sé, pero de verdad, Nathan, no es necesario, aquí no haces nada; te llamo en

cuanto haya novedades. Descansa.

No me atreví a decirle nada más. ¿Qué sabía yo de cómo actuar en momentos así?

—Vale, besos, pequeña Gale.

—Igual.

Y colgó. ¿«Igual»? No quería entrar en una espiral dramática, pero aquello me había

sonado algo ¿seco? Intenté no darle más vueltas; seguro que estaba preocupada por la salud

de su padre; yo era lo que menos le importaba en esos momentos. Les envié un mensaje a

sus amigas para informarlas. Después decidí irme a dormir.

El domingo por la mañana amaneció nublado, como mi humor. Acabó de empeorar

cuando recibí un mensaje de Priscila. Me decía que iba a desayunar en un bar del centro,

que estaría allí toda la mañana conectada al wifi del local y que me esperaba si me apetecía

charlar y ponernos al día. Dudé durante un par de horas, sopesé mis opciones y finalmente

me dejé guiar por un impulso. Ya era hora de cerrar aquel episodio de mi pasado, aunque

yo más bien lo sentía como una saga entera de aproximadamente cien tomos.

Entré en el bar, que estaba bastante concurrido. Agradecí el cambio de temperatura; la

noche anterior había helado de tal manera que el frío calaba de lo lindo. Busqué a Priscila;

la vi al fondo, sentada a una mesa que daba a una ventana, enfrascada en la pantalla de su portátil. Cabeceé ante aquella imagen extraña. Sí que habían cambiado las cosas: creo que nunca la había visto tan concentrada con algo que tuviese botones. No era propio de ella: más bien la podías ver abstraída con un dibujo o contemplando un paisaje durante horas.

Era tan intensa...

Su sonrisa y un gesto de su brazo llamando mi atención me sacaron de mi ensimismamiento. Me acerqué hasta que me senté en el asiento que estaba libre frente a ella.

—Todavía estoy preguntándome por qué he venido.

—Pues agradezco que todavía seas tan generoso, que te dejes guiar por ese corazón noble que te representa.

La observé durante largo rato sin decir nada; no apartó la mirada. No sabía qué hacer ni qué decir.

—Si supieras lo que pienso de ti, no tendrías tan buena opinión sobre mi noble corazón

—dije, torciendo el gesto—. Bueno, ¿me vas a hacer partícipe de tus intenciones o piensas dar más rodeos?

—Quiero recuperar lo nuestro.

Se me escapó una exclamación de forma tan exagerada que creo que se giró medio local.

—Espero que eso nuevo que te estás tomando te haga mantener el colocón durante

largo tiempo, porque creo que no puedes estar más confundida y perdida.

—Sabes que no estoy colocada, Nat. Llevo limpia un año.

Comenzaba a cabrearme bastante; tenía bien claro que no quería volver a empezar a discutir con ella.

—Priscila, aquello se acabó. Cometimos un error. Yo cometí un error imperdonable

contigo por meterte en toda aquella mierda. Me arrepiento todos los días de mi vida.

Además, no puedes aparecer de pronto y querer recuperar el tiempo perdido. Las cosas no

funcionan así. Siento ser borde, pero no creo que estés limpia. Llevo tres años desenganchado, así que sé lo que cuesta.

Buscó algo en la bolsa del portátil. Cuando pareció encontrarlo me entregó unos papeles.

—Ahí tienes mis informes psiquiátricos del último año, analíticas y pruebas complementarias, el informe de mi tutor del centro de desintoxicación y el calendario de

mis visitas programadas para el resto del año que viene.

Cogí los documentos y alcé una ceja, incrédulo.

—¿Crees que unos papeles que puedes haber falsificado me harán cambiar de opinión?

—Sabía que dirías eso; en esas hojas tienes los datos de contacto de todos los facultativos que me han atendido y de mi tutor. Puedes confirmarlo con ellos.

—No voy a hacer una mierda, Priscila. ¿Por qué tendría que mover un puto dedo por ti?

—Porque nos lo debemos, Nat. Te sigo queriendo.

Aquellas palabras me cayeron como un jarro de agua fría impactándome como una gran

bola de acero sobre el pecho.

—¿De qué hablas? Hace años que no nos vemos...

—Nunca he dejado de quererte. Además, no solo he venido a decirte que estoy limpia:

necesitaba contarte la verdad. Tienes todo el derecho a ello.

—¿«La verdad»?

Estaba en shock. ¿A qué se refería?

—Tú no me metiste en el mundo de las drogas; yo llevaba un tiempo tonteando con

todas esas historias. No fue culpa tuya, pero permití que lo creyeras; no soportaba la idea

de perderte, aunque fuese de aquella forma tan desesperada.

—Hay cosas que no se pueden deshacer, Priscila. —La amargura empañó mis palabras.

La noticia me había golpeado de una forma brutal.

—Cierto, es imposible deshacer el daño hecho. Aunque sí que soy capaz de crear nuevos recuerdos felices para nosotros. Quiero que estés conmigo, Nat. Lo deseo, para con

ello demostrarte que el destino nos ha dado una nueva oportunidad.

La súplica de su mirada rasgó algo en el interior de mi pecho. Me costaba respirar; era

imperioso tomar aire de un momento a otro. Se me hizo un mundo hasta que pude

controlarme.

—No debes pedirme eso. Estoy con alguien..., nos va muy bien... ¿Entiendes la situación? Aquí tú eres la intrusa.

—Joder, Nat, ya sé que no merezco una mierda, pero piensa en lo que tuvimos. Nos

amamos mucho.

Me froté el pelo, nervioso. Inspiré fuerte para calmarme. Nosotros no nos amamos: nos

destrozamos, que fue diferente.

—Siento no corresponderte; estoy enamorado de otra persona. Te deseo lo mejor.

De

verdad que me alegra ver que has logrado salir de aquella mierda.

—Por lo menos, deja que nos veamos algún día más mientras estoy aquí. Solo te pido

eso...

Comprender que yo no había sido el culpable de su adicción y su posterior declive

desató el nudo que me había hecho sentir culpable tantos años. Quizá fue ese el motivo,

pero finalmente acepté verla algún día, a lo mejor por esa liberación o por comprobar que

realmente ambos habíamos conseguido abandonar un mundo maldito.

Me contó historias de su pasado, y odié tener que oírlas, pero los dos habíamos convivido con el mismo infierno. Estar con alguien que me comprendía tanto me hacía

estar bien. Era liberador soltar lastre, no tener miedo a que no te entendiesen.

Ella también

estaba rota como yo.

Desconocía todo el horror sufrido por Priscila después de perderle la pista; lo intuía,

pero conocerlo era jodido. Como decía mi padre, así era la vida, un camino con muchas

piedras que sortear. Yo más bien creía que esto era una puta mierda.

Nuestras reuniones comenzaron a ser citas. Dos amigos que volvían a verse, compartiendo

largos ratos distendidos. Priscila se ofreció a retocarme alguno de mis viejos tatuajes;

aunque no acepté, le dije que lo tendría en cuenta. Todavía no me veía preparado

para dar
ese paso. Priscila había regresado con fuerza: cada día estaba más convencido de
que mi
amiga volvía a resurgir después de años perdida.
Tras varios días sin ella, era vital estrechar entre mis brazos a mi novia, de la que
apenas
tenía noticias. Estaba siendo muy duro.
«Te necesito, Leah...».

28

AQUÍ SIN TI

LEAH

El barro nos cubría hasta las rodillas. Sentía el entumecimiento de los dedos de los pies; mis dientes castañeteaban sin que pudiera controlarlos. Observé a Max, apoyado en el mármol de la cocina. Tenía el rostro cubierto por el sombrero Wrangler negro, del que caían unas gotas de lluvia que golpeaban el suelo de madera y dejaban un pequeño charco.

Mi hermano estaba derrotado, como yo. Y entonces lo entendí. Llevábamos todo el día intentando reparar parte del cercado del rancho, que había sido destruido por una tormenta esa semana. Me estremecí cuando me acometió un escalofrío.

Parecía que esa misma tormenta había sacudido a mi familia y nuestra vida. Nuestro padre continuaba ingresado en el hospital. Mi madre no se separaba de su lado, y nosotros...

Nosotros estábamos jodidos.

La tensión en los hombros de mi hermano y su respiración agitada me hicieron tomar aire. Como si debiese enfrentarme a una res embravecida.

—¿Cuánto tiempo llevas ocultándolo, Max? —esperé. Alzó la barbilla poco a poco. Su

mirada perdida me atravesó.

—Demasiado. —Se encogió de hombros—. Qué más da, esto es lo que hay.

¿Cuál de

nosotros tres se va a hacer cargo?

—Podemos intentar contrastar todas las opciones; no se trata de tirar la vida de nadie

por la borda.

Acorté la distancia entre ambos e hice algo que hacía años que no me permitía: abracé a

mi hermano mayor. Se tensó, pero no me eché atrás. Había estado tan ciega, preocupada

por mis problemas y mi bienestar, que nunca me había molestado en entenderlo.

—No estás solo. Te quiero, Max.

Y me abrazó. Mis lágrimas se confundieron con el agua de la lluvia, que aún resbalaba

por mis mejillas.

La primera semana fue un infierno. Thomas tuvo que regresar a Lawrence; no podía dejar

el equipo de baloncesto, por lo que lo obligamos a marcharse bajo amenazas, muy al estilo

Kline. Eso nos dejaba con dos manos menos, que eran muy necesarias en aquellos

momentos. El tiempo se había propuesto ponérselo más difícil, cuando una nueva

tormenta arrancó otro cercado, que dejó varios acres desprovistos de protección.

Agrupar

el ganado e intentar recuperar parte del que se había extraviado fue duro.

Apenas dormíamos; habíamos agotado la comida que mi madre guardaba congelada

para las emergencias. Llamé a la tía Annie. Necesitábamos ayuda. Me prometió

que a
finales de esa semana parte de mis tíos y algún primo se añadirían al grupo que
habían
conseguido reclutar Max y el capataz. Mi familia siempre había sido una piña.
Sabía que el
rancho corría peligro, como la vida de mi padre, por eso no me podía deshacer
de ese
horrible dolor en el pecho que apenas me dejaba respirar.

La leña ardía en la chimenea. Fuera, la noche campaba a sus anchas. El frío
reinante
hacía que el fuego fuese necesario. Max estaba tirado en un sillón, relajado por
primera vez
en dos semanas. Las arrugas de su frente habían desaparecido.

—Tienes que volver, Leah —suspiró.

—No hasta que esto no esté controlado.

—Va a ser necesario un milagro para poder enderezar este desastre. No puedes
aparcas
tu vida.

—¿Y tú sí? —Se encogió como si le hubiese golpeado; me enfrentó con los ojos
estrechados, como si intentase descifrarme.

—Es lo que siempre he hecho. No sirvo para nada más. ¿No lo ves? Vosotros
tenéis un
futuro prometedor que os espera.

—Y tú también, Max. No tienes que quedarte aquí si no es lo que quieres.

—Si yo me voy, ¿dejo que todo por lo que han luchado nuestros padres se
pierda? ¿Con
qué dinero vais a pagar vuestros estudios? ¿De qué van a vivir papá y mamá el
resto de sus
vidas?

—No es tu responsabilidad. Tú no debes cargar con todo.

—¿Y quién si no?

Se me encogió el estomago al descubrir la pura verdad. Lo había tachado de egoísta, manipulador y cosas peores cuando, de los tres hijos, había sido el único que se había dejado la piel allí. Me sentí la peor persona del mundo. Una egoísta ingrata.

—¿Y Amanda?

Inspiró fuerte al tiempo que se levantaba. La tensión se reflejaba en cada unos de sus movimientos. Admiré sus fuertes brazos mientras revolvía la leña y avivaba el fuego.

Esperé con paciencia a que hablase.

—Cometí un error. Ella merece a alguien mejor que yo. Amanda es muy joven; créeme cuando te digo que ha sufrido mucho. No necesita a un perdedor. —Una sonrisa fría que me heló la sangre asomó en su rostro—. No te preocupes, ya he hablado con ella. Le he pedido perdón... Es lo único que le puedo ofrecer.

—No pienso dejarte solo, Max.

—¿Y Nathan?

Su nombre me golpeó. Apenas habíamos hablado en dos semanas. Las tormentas habían arrancado los postes dejándonos incomunicados hasta que los reparasen.

Tenía que

conducir la ranchera hasta el pueblo para poder coger cobertura, algo que cada vez me costaba más, tras unas jornadas de duro trabajo en algo que hacía mucho que no tocaba.

Mis manos estaban llenas de ampollas, me dolían partes del cuerpo que ni siquiera sabía

que existían. Ahora entendía lo arduo que era llevar el rancho y por lo que mi padre y mi hermano pasaban todos los días. Por eso los respetaba tanto. Después de aquella dura experiencia me avergonzaba de haber juzgado a Max de una forma tan cruel. Me sentía asqueada por mi actitud; aunque no pudiese hacer nada para enmendarlo, quería intentarlo.

—No estamos hablando de mí.

—Lo siento, enana. Por todo... —Se metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros;

bajó la mirada a sus pies descalzos—. Tienes que regresar. Estar con él. No quiero

imaginarme el infierno por el que debe de haber pasado todos estos años. Es un tío

admirable, ¿sabes? Por lo menos ha tenido los cojones de resurgir y luchar por lo que quiere.

—Esto no es el fin, Max. Papá se va a recuperar, entonces podrás volver a tu vida.

—Esta es mi vida, Leah. Esto es lo único que sé hacer.

Lo vi marcharse del salón hundido. A mí se me encogió el corazón.

Dos semanas más tarde, regresaba a Lawrence con mi tía Annie al volante. Se había

ofrecido a acercarme, después ella volvería a Wichita. No dejaba de darme conversación; yo

me limitaba a contestar con monosílabos. Tardamos cinco horas que se me antojaron

eternas.

No podía deshacer el nudo en la garganta por todo lo sucedido. Me sentía

culpable por
dejar a Max. Mi padre había regresado a casa, pero iba a necesitar mucho reposo
y
paciencia para recuperarse y volver a ser él. El trabajo de todos comenzaba a dar
su fruto;
parecía que la explotación ganadera estaba salvada.
En realidad tenía miedo de enfrentarme a la verdad. Esa que me había golpeado
tras una
llamada de mis mejores amigas hacía dos noches. Querían saber cómo estaba
todo. Hasta
que la línea de teléfono e internet no se restablecieron hacía una escasa semana,
había
hablado muy poco con ellas. Brenda era directa; era un rasgo que siempre había
admirado
en ella, y por ese motivo no se anduvo por las ramas. Me preguntó si sabía algo
de Nathan,
cuándo era la última vez que habíamos hablado y si todo continuaba igual entre
nosotros.
La verdad era que habíamos hablado muy poco. Pronto deduje por qué. Cuando
entré en el
pequeño salón del apartamento, dejé la maleta en el suelo, derrotada. Creo que
me sentí
más perdida que nunca en mi vida. Tenía grabada a fuego la última frase de mi
amiga antes
de colgar:
—No sé si esa rubia amiga suya fue algo más que una amiga ni si en estos
momentos
intenta revivir algo de su pasado con él, pero creo, Leah, que deberías regresar.
Un mes es
mucho tiempo. Deberías saber que hay gente que no respeta que otros tengan

pareja.

29

MÁS QUE PALABRAS

LEAH

No sabría calificar cómo me sentí cuando regresé al que ahora consideraba mi nuevo hogar y vi lo que había sucedido en mi ausencia. Deseaba con todas mis fuerzas ver a Nathan, abrazarlo y poder ponernos al día... Lo había echado tanto de menos que casi dolía, aunque sabía que eso era científicamente imposible. Una emoción como podía ser una desilusión amorosa podía generar presión en el pecho, taquicardias, insomnio y llanto..., por poner un ejemplo, pero no era en realidad una enfermedad, sino un estímulo físico provocado como respuesta de nuestro cuerpo a esa emoción. En resumen: mi dolor no era real.

Tras una larga ducha y tras intentar lucir lo más decente posible, me encaminé a casa de Nathan. Cogí prestado el coche de Max, que ahora había pasado a ser nuestro nuevo medio de transporte desde que Thomas se lo trajo del rancho. Conduje con una impaciencia poco común en mí. Normalmente podía controlar todos estos aspectos de mi vida, pero con

Nathan no había nada que resultase común. Él era la variable que hacía que mi existencia fuese mejor. No podía negarlo: si estaba cerca de él, sonreía a todas horas; me completaba, así que era oficial desde hacía mucho tiempo, era absurdo negarlo a estas alturas: me había enamorado de él perdidamente. Lo necesitaba. Iba preparada ante la advertencia de mis amigas, pero nunca imaginé el alcance de todo aquello.

La primera sorpresa fue ser recibida por Denise en vez de Nathan. Me dijo que había salido a un concierto local y que regresaría en breve. No pude culparlo; no podía pretender que se quedara encerrado en casa en mi ausencia, pero sí me chocó que un día entre semana por la noche saliese, cuando al día siguiente tenía que madrugar para acudir a clase.

Su abuela y yo estábamos charlando animadas cuando escuché la puerta. Me levanté corriendo a recibirlo y darle una sorpresa. Lástima que la sorprendida fui yo, porque cuando estaba a punto de saltar a sus brazos, cual niña pequeña emocionada, una persona que no esperaba por nada del mundo ver allí nos sonreía expectante: Priscila.

—¡Hola, preciosa! ¿Por qué no me has llamado para decir que habías regresado?

—Se acercó y me abrazó, efusivo.

Yo diría que lo había hecho; en realidad eso era lo que le había dicho, que regresaba a

Lawrence. Pero en ese instante no era lo importante; lo verdaderamente preocupante era:
¿qué hacía ella aquí? Al parecer, me había perdido varias cosas aquel mes.
Vaya que si me las había perdido
No solo parecía que ambos habían recuperado el buen tono de su amistad y bromeaban
como dos buenos colegas bien avenidos, sino que compartían aficiones. Habían ido juntos
al concierto, y, para mayor sorpresa, la guinda de mi superpastel de perplejidad vino cuando
descubrí que se hospedaba con ellos. Comenzó a alojarse cierta inquietud en mi barriga.
Cuando ya había tenido suficiente de todo aquello, decidí que era hora de marcharme. Era
eso o provocarme una úlcera: la verdad, le tenía bastante aprecio a mi estómago.
—Espera, te acompaño a casa —dijo Nathan, con una sonrisa adorable.
—Yo creo que voy a retirarme por hoy —comentó Priscila con una amplia sonrisa—.
Ha sido un enorme placer charlar contigo, Leah. No te imaginas todas las cosas buenas que
Nat me ha contado sobre ti este mes.
Me quedé de piedra cuando se puso de puntillas y besó a Nathan en la cara y lo abrazó,
demorándose más tiempo del correcto y, cómo decirlo, con más intensidad de la usual en
dos amigos. Le dio las buenas noches, a lo que él sonrió como si fuese la mejor cosa que le
había ocurrido en mucho tiempo. Denise me miró incómoda y carraspeó para sacar a su
nieto de su embobamiento. Bueno, se suponía que debía estar agradecida de que

mi novio

le hubiese hablado de mí, pero no conseguí articular palabra más allá de una despedida

vaga. Porque ver cómo manoseaban a mi chico no era lo que se puede decir un plato de buen gusto.

Me dirigí al exterior con Nathan pegado a mi espalda. Mi enfado iba aumentando a cada

paso que daba. ¿Qué me pasaba?

«Estás celosa, imbécil».

—No es necesario que me acompañes. He venido en el coche de mi hermano.

—¿Al final ha cedido ese gruñón y os deja su ranchera destartalada? —bromeó antes de

cogerme por la cintura y plantarme un beso en los labios. Ese que no me había dado antes,

pese a hacer un mes que no nos veíamos.

Odié que mi cuerpo me traicionase, porque lo que de verdad debía hacer era pegarle una

patada en el trasero, pero no: le devolví el beso con tanta intensidad que casi gemí

desesperada.

—Bueno —conseguí decir cuando pude volver a respirar con normalidad—, a él no le

va a hacer falta en el rancho. Se ha quedado allí para hacerse cargo de todo. Con mi padre

convaleciente, se necesitan todas las manos posibles.

Su expresión divertida cambió al instante, lo que le hizo ganar algún punto. Ya no quería

darle una patada en el trasero: ahora solo le hubiera dado un pequeño empujón.

—Cuánto lo siento, Leah. Debe de ser muy duro todo por lo que estáis pasando.

—En

el momento en el que me abrazó con fuerza casi rompí a llorar.

«Patética».

—Déjame que te lleve y mañana pasamos a recoger el coche. Deja que cuide de ti.

En todo lo que tenía que ver con Nathan Collins yo no era imparcial, ni tenía voluntad

propia, ni mucho menos orgullo. Estaba enfadada con él, aunque sin saber a ciencia cierta

el motivo. Lo dejé llevarme a casa; aún peor: dejé que un casto beso de despedida se

convirtiese en una sesión intensa de besos y manoseo subida de tono que acabó con un

orgasmo apoteósico provocado por sus maravillosos dedos. Me tocaba la moral profundamente no poder resistirme a sus encantos.

—No sé si es una táctica para evitar un tema que creo que deberíamos abordar antes de

que mi cabecita comience a elucubrar por su cuenta —dije antes de bajarme del coche.

Sonrió con su suficiencia característica. Entrecerré los ojos a la vez que apuntaba hacia

su pecho con un dedo.

—Borra esa sonrisa de tu cara. Hablo en serio, ¿qué ha cambiado en este mes para que

la que era tu archienemiga número uno forme parte de tu círculo más íntimo y esté

viviendo contigo? —insistí.

—Ha cambiado, Leah. Vuelve a ser ella; se ha desenganchado. ¿A que es genial? «Oh, oh... Houston, tenemos un problema».

—Se supone que esa promesa ya te la ha hecho antes, ¿no? —Tenía un horrible

presentimiento. El brillo en los ojos de Nathan y aquella sonrisa esperanzada no hacían más que confirmármelo.

—Ahora es diferente, hay una gran razón de peso. Créeme, luchamos por un bien común...

Cuando entré en el apartamento tenía tantas ganas de vomitar que si hubiese cenado algo, probablemente habría sido lo primero que hubiera hecho. Pero las prisas por ver a mi novio me hicieron salir corriendo y en ese momento tenía de todo menos ganas de ingerir alimento alguno.

De modo que en este largo mes la situación había cambiado de tal forma que Priscila, alias la tatuadora exnovia toxicómana, había vuelto. Además de que mi chico estaba encantado con la idea. Y lo peor de todo era que vivía con ellos en su casa. ¿Era la única persona que creía que nada de aquello tenía sentido? ¿De verdad Denise apoyaba aquella locura? ¿Sabían dónde se metían y lo que significaba? ¿En qué lugar quedaba yo en todo aquello? Estaba claro que mi novio, ya que se suponía que éramos pareja, no había tenido en cuenta esos ínfimos detalles. Probablemente porque yo era tan importante para él como perder su par de zapatos favoritos. No tenía nada que opinar en todo aquello y mucho menos que aportar, porque ya se habían tomado todas las decisiones. En las que,

por supuesto, a mí nadie me había consultado. Me sentía rechazada, vapuleada y menospreciada, así en resumen. Quizá yo tuviese un concepto diferente de lo que era tener pareja. Por la mañana, con el ánimo más calmado y tras sopesar toda la información que Nathan me había revelado en su coche la noche anterior, lo veía todo menos oscuro. Tampoco tenía demasiadas opciones: se estaban poniendo al corriente, tenían muchas cosas en común. No podía desvincularse y desentenderse del asunto. Además, nosotros estábamos bien..., ¿no? ¿Estaba justificando a Nathan? Molesta conmigo misma, me dirigí al campus a intentar ponerme al día. Tenía reunión con mi orientador y una clase con el grupo de estudio de Marketing integrado; no podía perder el tiempo en aquel asunto que tampoco iba a solucionar en ese momento. A las once en punto me dirigí, como de costumbre, a por mi tercer café del día. Estaba absorta pensando en la última clase y la práctica de laboratorio que, por lo visto, tenía que hacer el miércoles y para la que solo tenía dos días cuando lo vi. Nathan me esperaba en la puerta de The Underground con una sonrisa y ese cuerpo divino que hacía que mis hormonas se revolucionasen al instante. Llevaba un gorro de lana gris y una chaqueta de paño negra que no le había visto antes, sus botas negras y

unos
vaqueros desgastados que se ajustaban a su cuerpo con una exquisitez absoluta.
Podía ser
modelo: todo lo que se ponía le quedaba de fábula. No era porque yo estuviese
colada por
él, creo que era lo que pensaba el resto de la población femenina, por cómo se
reían al
pasar por su lado o por cómo flirteaban con él en cualquier ocasión que podían.
Era imposible estar enfadada con él. Me moría por besarlo, para qué negarlo:
Nathan
era un gran experto en aquellas lides. Te hacía perder el oremus cuando su
lengua dulce te
acariciaba. Estaba bastante segura de que había vuelto a empapar mi ropa
interior. Aquello
comenzaba a ser un poco desesperante; su sola presencia me hacía estar húmeda
y lista al
instante, con una sensación insistente en mi bajo vientre que me anunciaba algo
que sabía
de sobra: quería tener sexo con él de nuevo.
Me besó poco a poco con una dulzura increíble. Me tuvo en el bote cuando
susurró en
mi oído lo mucho que me había echado de menos. Sabía que necesitaba algo
más, quería
oírsele decir, pero estaba claro que Nathan no era de esos chicos que soltaban las
típicas
frases románticas. Y en el fondo era lo que me había enamorado de él.
—Este mes ha sido horrible. No vuelvas a separarte de mí, ¿me oyes? —Acortó
la
distancia entre nosotros y me cogió por la cintura para hundir su nariz en mi
cuello—. Casi

me vuelvo loco. En serio, Leah, queda terminantemente prohibido.
Me reí ante su broma y le acaricié el torso por encima de su camiseta. Me encantaban sus músculos definidos y su cuerpo tonificado. Tenía un pecho duro y bastante atlético, sin ser excesivamente corpulento. Adoraba sus movimientos gráciles y aquel gesto cuando algo le preocupaba y se acariciaba el pelo. En definitiva: ¿qué no me gustaba de Nathan?

—Anoche estaba bastante preocupada y molesta por todo lo que me explicaste —dije con la cabeza apoyada sobre su pecho. Creí conveniente comentarle lo que me ocurría, no quería ocultarle nada.

—Lo sé —suspiró—. Debería haberte llamado y comentado todo el follón, pero cuando hablamos estabas tan abatida y parecías tan cansada que no quise molestarte con mis problemas.

—Tus problemas son los míos, de eso se trata. —Lo miré a los ojos y me perdí en aquel azul tan limpio.

—Entonces te pido que hagas lo mismo. No me has dejado participar en tus problemas este mes. Apenas hemos hablado, e incluso cuando lo hacíamos era una conversación fría y esquiva.

Asentí. Tenía razón, no podía acusarlo de algo que yo misma había hecho. Me gustó saber que ambos estábamos de acuerdo, que lo habíamos hablado. Al fin las cosas

comenzaban a rodar como pareja; poco a poco poníamos de nuestra parte para saber qué nos molestaba o preocupaba. Nadie dijo que sería fácil, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a renunciar a ello.

30

MÚSICA CUANDO LAS LUCES SE APAGAN

NATHAN

Priscila tenía un segundo nombre, y era Intensidad. Desde que había aparecido de nuevo en mi vida, la había arrasado con su habitual arrojo. No quedaba hora del día en que no

barajase planes en su mente para nuestros momentos libres.

La idea de que viniese a casa de mi abuela había surgido sin planearla.

Priscila era una vieja conocida de la familia. Pese a que sufrió momentos un tanto

peleados, sobre todo con mis padres, la relación con mi abuela siempre había sido buena.

Cabe añadir que Den se perdió parte de la fiesta porque vivía en Lawrence, así que solo

conocía a la Priscila adorable, amante del arte y que dibujaba como los ángeles.

Una noche

que la había invitado a cenar en casa, le hablé de ella, de su regreso y de su trabajo en

Kansas City. Había puesto el grito en el cielo cuando descubrió que se hospedaba en un

hotel.

—De eso nada, vas a quedarte aquí hasta que finalices tu trabajo en Kansas, no se hable

más.

Por mucho que había intentado quitarle esa idea de la cabeza, fue del todo

imposible. A

la mañana siguiente estaba tomando café en la cocina con ella y preguntándome cómo

habíamos llegado a aquello.

Nunca sopesé el hecho de que a Leah le molestase, porque yo no percibía a Priscila

como una amenaza. Salíamos, charlábamos, reíamos y a veces, más de las que hoy quiero

admitir, llorábamos. Estábamos en sintonía. Priscila sabía lo que era ser un exadicto.

Incluso bromeábamos con lo idiotas que habíamos sido al dejarnos atrapar por aquello,

pero alguna tara debíamos de tener cuando habíamos recurrido a drogarnos en el pasado,

¿no?

A veces, de madrugada, bajaba a beber agua y me la encontraba despierta dibujando en

su bloc. Había olvidado lo buena que era. Me miraba con su sonrisa adorable, y yo sonreía

al recordar la chica que fue y a la que podía ver de nuevo tras esa mujer bella en la que se

había convertido.

Una noche, me había aproximado para ver con más detenimiento su última creación.

Decía que era un encargo para un motero. Me quedé sin habla al descubrir un enorme

dragón que parecía querer salir de la hoja, de lo real que era. Me senté a su lado para

contemplantarlo con detenimiento. Cuando me giré, Priscila estaba muy cerca. Su aliento me

rozaba la mandíbula, entonces se mordió los labios de forma sensual. Los recuerdos me invadieron. Mil imágenes de ella y yo en posturas imposibles; el sexo con Priscila siempre había sido increíble, bueno y duro. El deseo nublaba su visión; me cogió por la nuca con determinación.

Me besó. Gimió y apretó su exuberante pecho contra mi torso. No pude percatarme de lo que estaba ocurriendo hasta que la tuve en mi regazo y se apretó contra mi polla, que comenzaba a despertarse. Antes de dejarme llevar, la imagen de Leah apareció en mi mente y salté de la silla como si quemase.

—¿Se puede saber qué haces? —había conseguido decir, a la vez que intentaba acompañar los latidos de mi corazón, que iban al galope.

—Es evidente: algo que ambos queríamos hace tiempo.

Observé cómo se mordía el labio inferior de nuevo. Cerré los ojos con fuerza, enfadado conmigo mismo.

—Joder, estoy con Leah..., ya lo sabes.

Rodeé la mesa a fin de alejarme, en un intento de aclarar mis ideas y relajarme. «Mierda».

—Ella no está aquí. Yo, sí.

—No te equivoques, ella siempre está aquí.

Había tenido que señalarme el pecho para dar más énfasis a mis palabras.

—¿Ah, sí? Pues quizá debas recordárselo a tu polla, porque me parece que ella sabe

mejor que nadie lo que te conviene. Y te aseguro que soy yo. No esa mojigata.

—No sigas por ahí, Priscila; no pienso consentir que le faltes el respeto a mi

novia.

—Tú y yo estamos bien juntos.

—Como amigos, no lo olvides.

—Si tú lo dices..., pero creo que no debo recordarte de lo que éramos capaces en la cama.

—No, mejor que no lo recordemos, porque no sé si has olvidado que la gran mayoría de

esas veces estábamos tan colocados que no sabía si follaba contigo o con cualquier otra.

Mis palabras la habían golpeado, lo supe cuando bajó la cabeza avergonzada.

—Lo siento, Nathan.

Y acepté sus disculpas, porque yo mismo me había dejado llevar debido a la confusión,

a los recuerdos y a nuestro pasado juntos...

Por suerte, no se volvió a repetir el episodio.

El resto del mes, en el que no tuve a Leah a mi lado, se me hizo más ameno gracias a su

compañía. Priscila era la caña. Sabía cómo divertirse, te contagiaba sin darte cuenta.

Cuando regresó Leah, me di cuenta de que no le había hecho gracia que Priscila estuviese en casa, pero pronto vio lo que en realidad ocurría y lo aceptó. Me

sentí bien; al

fin las cosas comenzaban a funcionar. Mi chica había vuelto, mi amiga estaba genial y yo

era feliz.

Esa semana, acompañé a Priscila a Topeka. Había un festival de música; el grupo de

tatuadores al que pertenecía tenía un *stand* allí. Me ofreció ir con ella para poder disfrutar de

los conciertos, ya que tenían entrada libre.

Acepté encantado, pese a saber que iba a perderme algunas clases. No podía

dejar pasar

aquella oportunidad.

31

ROTA

LEAH

Todo lo que me fastidiaba equivocarme era casi tan molesto como no poder comprender una teoría, por muy explicada que estuviese. Y eso era lo que había sucedido. Tras unos días increíbles en los que nos pusimos al día, compartimos buenos momentos, risas, complicidad y estudios..., volvió a cernirse la sombra de la duda entre nosotros. No quería precipitarme ni dar nada por sentado, pero los cambios en Nathan fueron sutiles al principio; comenzó por desaparecer de la universidad y no asistió a clase toda aquella semana. Después, me enteré por Amanda de que una chica de su clase hablaba de él: lo había visto con una rubia explosiva con la que parecía llevarse demasiado bien. Yo sabía de quién hablaba. Se trataba de su amiga, con la que estaba recuperando el tiempo perdido. El mismo tiempo que había dejado de dedicarme a mí. Comencé a pensar que Kyle tenía razón: Nathan era incapaz de decirle que no a Priscila. Primero fue aceptar escucharla, después verse, más tarde llevarla a su casa y finalmente pasar todo su tiempo libre con ella.

Me puse enferma. Si todo esto estaba ocurriendo mientras yo estaba en Lawrence, ¿qué era lo que había ocurrido en mi ausencia? Podía entender que querían ponerse al día y que él necesitaba saber que ella estaba limpia y todo eso, pero no que todas sus jornadas las dedicase a ella o a cosas para ella, como ir a visitar a sus médicos y terapeutas, ir a cenar o comer y así poder hacer un borrador sobre todo lo que tenían en común y lo que ambos habían cambiado.

Empecé a odiar el pelo rubio, los tatuajes, que, cómo no, ella había hecho a mi novio, y de forma muy, muy escondida, pero cada vez con más fuerza, comencé a detestar todo lo que ella representaba.

Nathan siempre tenía algo divertido que contarme sobre ella. Incluso me radiaba algunos de sus paseos o visitas a nuevos bares de música en directo. Estaba tan cambiado que ya no sabía quién era, y todo eso lo había conseguido ella en un mes.

Entonces, ¿ese era el verdadero Nathan?

Me reuní con las chicas para estudiar e intentar no pensar más en él. Estaba descuidando el grado, y con lo de mi padre y la preocupación por su salud, no estaba al cien por cien. Al final resultó que trabajamos poco y charlamos mucho, pero fue catártico.

Todas nos desahogamos y conseguimos reírnos, que buena falta nos hacía.

El viernes por la noche decidí que mejor era estar sola que mal acompañada, o, ya

puestos, sin acompañamiento, porque Nathan era el novio invisible. No llevaba nada bien los malos tragos; sabía que cada vez que recibía un golpe me costaba una barbaridad asumirlo, es decir, canalizarlo. Según algunos estudios, la gente inteligente es demasiado sensible. Yo creía, directamente, que no sabíamos manejar las emociones. Podíamos nadar en un mar de arco iris y beber nubes de colores cuando la vida nos sonreía. Pero que nada se torciese y que todo fuese correcto, porque en el momento en el que una desgracia se presentaba en nuestra puerta, se abrían las compuertas del dolor, y no sabíamos lidiar con ello. Podía afirmarlo, tras haber estado dos años perdida y no saber qué hacer con mi vida. Hablaba desde un hecho tangible. Mi nuevo propósito sería no volver a derramar una lágrima por alguien que no lo mereciese, por mucho que sintiese esa consabida presión en el pecho y unas ganas de llorar increíbles. Leah Kline se apeaba de la desdicha. Eso fue lo que ocurrió a las veintidós quince horas de la noche de un viernes de finales de marzo, tras recibir una foto de Nathan en mi móvil que iba remitida a Kyle y, por cosa de la mala fortuna y la torpeza de él, recibí yo. Priscila y él salían sonrientes, con un tatuaje recién hecho en el abdomen y lanzando un beso a la pantalla. El mensaje decía: *Nuevo tatuaje in da house, gentileza de la rubia.*

Podía haber sido un mensaje más, pero algo que jamás habría pensado ver me impactó con fuerza: la mano de ella sujetaba la entrepierna de Nathan en un gesto íntimo, y le rozaba el brazo con los pechos, que estaban a punto de derramarse por el exuberante escote. Se me revolvió el estómago. Miré la pizza que había pedido, con los sabores favoritos de Nathan, que estaba enfriándose encima de la mesa de la cocina. Hacía media hora que debería haber estado aquí, conmigo, tal y como me había prometido esa misma tarde cuando hablamos por teléfono.

—Lo siento, tienes razón, no he estado demasiado por ti estos días. Pienso recompensarte, lo prometo. Venga, escoge tú la serie; hacemos una maratón y comemos pizza. Te voy a llevar al séptimo cielo de los orgasmos tantas veces que pedirás que me beatifiquen, o mejor dicho, que beatifiquen a mi polla. El muy tonto me había hecho reír, y eso que estaba bastante enfadada con él por su abandono sistemático.

Supe que la cosa era más seria de lo que en realidad quería admitir cuando no solté una sola lágrima. Qué bien: cuando tal fin tenía una buena excusa para hacerlo, fui incapaz de llorar. Era debido al cabreo monumental que tenía. Miré de nuevo la foto y la reenvié a su verdadero propietario, con un mensaje al pie:

El imbécil de mi exnovio ni siquiera sabe enviar una foto a su mejor amigo.

A los cinco minutos recibía una llamada de Kyle; sopesé no cogerla, pero en realidad

necesitaba desahogarme, por lo que le tocó al pobre tío.

—¿Qué ha hecho el idiota de mi amigo? —Suspiró; yo sonreí ante la paciencia que tenía.

Era digna de admiración.

—Bueno, entre lo que ha hecho y lo que ha dejado de hacer, no sabría por dónde comenzar.

—Sabía que Priscila traería problemas. Nathan no es imparcial con ella.

—¿Vuelven a estar juntos?

Igual solo sabía la versión apta para todos los públicos y resultaba que ambos eran unas

máquinas del sexo desenfrenado y sucio, como antaño.

—No, que yo sepa. —Carraspeó—. No sé qué está pasando. Se siente identificado con

ella, cree que ella lo comprende... A mí tampoco me habla demasiado desde que ella ha

vuelto. Yo... lo siento, pero no puedo decirte nada más, Leah...

Supongo que lo podía entender, pero la cuestión era que ya no me apetecía.

Estaba

cansada de ser la segunda opción, de ser una novia inexistente, por lo que decidí frenar

aquello antes de que el tren descarrilase. Me había vuelto muy práctica.

—¿A ti también te parece normal que ella le coja el paquete a mi novio y que él sonría?

—No, supongo que no.

—Bueno, Kyle, pues yo no estoy aquí para aguantar esto. Puedo parecer egoísta, y en

realidad debo de serlo, porque no voy a desperdiciar mi energía en una relación que no nos

lleva a ningún lado. Y, por favor, te pido que no lo llames después de colgarme a mí el

teléfono. Esto no se soluciona con una llamada y una sonrisa a destiempo.

Finalicé la conversación. Descolgué el teléfono fijo y apagué el móvil. Tiré la pizza

entera a la basura. Thomas no estaba esa noche, se había marchado a otro estado a jugar un

partido y probablemente llegaría de madrugada, cuando yo esperaba estar dormida, por lo

que no lo vería hasta la mañana siguiente.

Me lavé los dientes y me metí en la cama con una única promesa a mí misma:

SER FELIZ

POR ENCIMA DE TODO.

Y la pensaba cumplir.

32

VA POR NOSOTROS

NATHAN

¿Cuántas veces la podías cagar con la persona de la que estabas enamorado? En mi caso, por lo visto, demasiadas. Recibí un mensaje de Kyle bastante tarde; supongo que, como ella, estaba también harto de echarme un cable. Cuando digo «tarde», es que lo era, porque me llegó a una hora en la que no se me hubiese ocurrido llamar a Leah y mucho menos ir a verla. En cuanto al contenido del mensaje y a la cantidad de insultos que mi amigo empleaba hacia mi persona, mejor lo obviemos. Había olvidado nuestra cita. Me sentí tan mal que no pude pegar ojo el resto de noche. No tenía excusa, no podía irle con el cuento a Leah de que se me había pasado aunque fuese verdad o de que tenía demasiadas historias en la cabeza. Todo el mundo tenía responsabilidades y cargas y no se escudaba en ellas para justificar sus errores. Lo cierto era que una vez más me había dejado llevar por Priscila. Estaba con el subidón tras haberme hecho un tatuaje alucinante en el abdomen. Todavía podía escuchar sus carcajadas cuando

le había pedido que me lo hiciese.

—¿Un girasol? —había reído.

—Sí, un puto girasol.

—¿Y esa cursilada?

No le había comentado que para mí tenía mucho significado, que simbolizaba muchas

cosas. Un cambio, un destino... Pero lo verdaderamente importante era que simbolizaba a

alguien.

Nos fotografiamos como tantas veces en el pasado con el resultado, decidí enviarle la

foto a Kyle, o eso creía. Porque en realidad se la había enviado a Leah. Quería enseñarle el

tatuaje en persona; estaba seguro de que le iba a impactar. Pero no quería que fuese de

aquella forma, por supuesto.

Priscila estaba tan emocionada porque le había dejado tatuarme de nuevo que me contagié, arrastrándome hasta el estudio de uno de los colaboradores de su

equipo. Quería

enseñarme el tatuaje que le estaba haciendo. Pasaron las horas y me olvidé de nuestra cita

por completo.

Así que eso era lo que había: era un maldito gilipollas incapaz de ser fiel a un compromiso. Casi me di de cabezazos contra la pared. ¿Cómo iba a solucionar

aquello? De

la única forma posible: echándole cojones.

Me presenté el sábado por la mañana en casa de Leah. Me abrió Thomas, que frunció el

ceño al verme allí plantado y me dejó pasar con una especie de gruñido como saludo.

Prefería enfrentarme a él que a Leah: eso decía mucho del cariño que les tenía a mis
pelotas.

Encontré a Leah enfrascada en recoger la cocina, completamente vestida y muy elegante. No esperaba que mostrase esa sonrisa con la que me recibió; casi respiré aliviado.

Casi, porque sus ojos eran puro hielo, de tal modo que cuando me enfrentó se me encogieron los testículos.

—Buenos días, Leah. Yo... siento... —No me dejó acabar; levantó una mano, cerrándome la boca de golpe.

—No hay nada de qué hablar, Nathan. Lo he pensado bien; creo que es mejor para
para
ambos que dejemos lo que sea que tuviésemos. Me he divertido mucho, pero no
tengo
tiempo para historias. Quiero centrarme en el grado.

Su voz era gélida, sin pasar por alto la sonrisa que lucía, que me estaba provocando una
provocando una
sensación extraña. No podía dejar que acabáramos así por un error.

—Leah, ya sé que la he cagado. No puedo pedirte que tengas paciencia conmigo; ya sé
ya sé
que no es excusa, pero te lo dije: soy un desastre. Nunca he tenido novia en plan serio...

—Suspiré bastante abatido.

—No es eso, Nathan. No es tu falta de compromiso, ni tus despistes.

Simplemente se
trata de una escala de prioridades. Cuando quieres a alguien, cuando esa persona
lo
representa todo para ti, no necesitas una nota en la agenda o que te recuerden una
cita.

Puede que ambos nos estuviésemos engañando, piénsalo.

Me dejó petrificado, ¿Qué quería decir, que ninguno de los dos sentía realmente algo profundo por el otro? ¿Que este puto dolor en el pecho al escuchar sus palabras no era real? ¿Que las ganas de gritar que estaba controlando por perderla solo eran una pataleta de niño?

—¿Y ya está?

Se giró con una sonrisa, cabeceando.

—Además, creo que dejamos claros los términos de nuestra relación cuando comenzamos a salir: nada de compartir. Que te toquen las pelotas de forma íntima y te

rocan las tetas para mí es algo más que compartir, ¿no crees?

Comencé a sudar al tiempo que se me revolvía el estómago. No podía explicarle a Leah

que nosotros siempre habíamos sido así, que aquello no era nada íntimo. Joder, Priscila me

había visto desnudo mil veces, además de que me acababa de tatuar cerca de las pelotas.

Estaba harta de tocarme, no en plan sexual...

—Leah, no van por ahí los tiros. Priscila es así. Ya te lo dije, es espontánea, alocada, no

me acaricia en ese sentido. No vamos de ese rollo. Deberías relajarte un poco.

—Eres idiota, Nathan. Le gustas pero ni siquiera te has dado cuenta de que vuelve a

hacer contigo lo que da la gana, porque estás encantado de compartir tu pasado con alguien

como tú.

—Tú no lo entiendes —solté con rabia ante el tono que había utilizado al referirse a mí,

a nosotros dos.

—No, no lo entiendo, porque siempre me has mantenido al margen. ¿Crees que es fácil

ver cómo compartes con otra lo que no eres capaz de hablar conmigo?

Estaba muy enfadada, pero yo lo estaba más.

—No tienes ni idea del infierno por el que hemos pasado. Ella y yo compartimos mucho. Me está viniendo muy bien hablar de todo eso. Es revelador; desde que está aquí

no he tenido que visitar a mi terapeuta tan a menudo.

—Vaya..., ¿y habláis sobre las terapias, sobre cómo os sentís, sobre qué ha cambiado en

vuestra vida...? —Se rio con sarcasmo; consiguió sacarme de mis casillas—.

¿También

folláis?

—¡Basta! No sigas por ahí. Estás sacando las cosas de quicio.

—Lárgate, Nathan —bramó.

—¿Lo dejamos aquí porque me olvidé de venir a ver unas series contigo? ¿No crees que

exageras un poco?

—Nathan, no trates de darle la vuelta a la situación para cargarme a mí la responsabilidad de esta ruptura. Tengo veinte años y he pasado por varios tragos duros en

mi vida. No obstante, te aseguro que soy lo suficientemente inteligente para reconocer

cuándo una persona no está implicada al cien por cien. Yo, cuando me enamoro, lo doy

todo, así que espero que la otra persona, con la que he decidido compartir mi vida, se

implique igual que yo.

—Eso no es justo, Leah. Sabes que estoy intentando solucionar un problema. —

Tiré del
comodín de la última oportunidad.

—La vida no es justa, Nathan, ya deberías saberlo. Yo ya me he cansado de ser
el
premio de consolación. —Se encogió de hombros con una indiferencia pasmosa;
se me
congeló la sangre en las venas—. Sigues aferrado al pasado; la prueba es que no
eres capaz
de desvincularte de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Llevas tanto tiempo compadeciéndote y sintiéndote culpable por lo que hiciste
que
boicoteas tu felicidad. No te permites que algo bueno suceda. Ojalá seas feliz
con ella.

Me estaba dejando de forma definitiva. Casi ni podía respirar.

Cuando Thomas asomó la cabeza por la puerta de la cocina sonrió de forma
irónica
antes de hablar.

—Leah, estoy casi listo. En cuanto hayas acabado... nos podemos ir. —Se giró.

Juro

que tuve que contenerme cuando me guiñó un ojo antes de salir. El cabrón estaba
disfrutando de lo lindo. Nunca le había gustado; por lo visto, comprobar cómo su
hermana
me dejaba parecía alegrarle bastante.

—Lo siento, Nathan, pero tenemos que irnos. Supongo... que ya nos veremos
por el
campus.

Entonces vi que Leah sacaba el cubo de la basura, y mis ojos fueron directos a
una caja
de pizza abierta con el contenido íntegro. Ella tenía razón: era un hijo de puta

egoísta que

no la merecía. Salió de la estancia, dejándome allí plantado. Fue a tirar la basura mientras

Thomas la esperaba con una pequeña maleta y la chaqueta puesta.

—¿Vais al rancho? —pregunté en voz baja, sin saber qué más añadir.

—Sí, mi familia me necesita —contestó sin mirarme.

Los vi partir con un nudo en la garganta importante. Supe que había dejado escapar a la

mujer de mi vida sin luchar. Porque ella tenía razón: era un puto cobarde egoísta incapaz de

apostar. ¿Qué podía hacer? Lo que solía. Dícese: llorar por los rincones y maldecir mi mala

estrella.

Conduje varias horas, sin rumbo fijo. Estaba perdido. Me sentía tan fuera de lugar, tan

abatido, que era incapaz de centrarme. Pensé en lo que me había dicho Leah. Y recapitulé

desde el inicio.

Desde el momento en que había aparecido Priscila, había descuidado nuestra relación,

podía ser que de modo inconsciente, pero había algo en lo que ella tenía razón: me había

escudado en una excusa para no afrontar la realidad: que estaba enamorado de Leah y que

me daba tanto miedo lo que sentía que era incapaz de apostar. En el fondo, durante toda

mi vida había hecho lo mismo; nunca me había comprometido con nada. Y sentirme

identificado con mi amiga, el pasado común y saber que compartíamos los mismos

demonios me hizo abandonar lo que era verdaderamente importante. Leah había marcado la diferencia, desde el primer momento en el que apareció en escena. Supuso un antes y un después en mi vida. Intenté convencerme de que había luchado por que nuestra relación funcionase, pero, en realidad, era consciente de que no lo había hecho con todas mis fuerzas. No lo había dado todo, porque reservaba una parte, aquella que, si sabía que le entregaba por completo, me haría estar perdido. ¿Y qué era la vida sin dejarse llevar? ¿Cómo podía pretender que Leah me esperase si yo era el primero que huía? La había acusado de huir en múltiples ocasiones, pero ahora me sentía avergonzado al descubrir que había sido yo el que lo había hecho desde el principio. Proyectaba mis temores en ella, pensaba que actuaba así porque tenía miedo. Sonreí con ironía antes de golpear el volante, enfadado. Era la chica con más coraje y arrojo que jamás había conocido. La única que nunca me había juzgado por lo que había hecho en mi pasado. Pero, muy por encima de todo aquello, era la persona que creía en mí sin reservas. Miré el cartel del nuevo condado que cruzaba mientras paraba el coche en la cuneta. Se estaba poniendo el sol; a medida que observé el horizonte me limité a dejar que pasaran las horas, una tras otra, hasta ordenar mis pensamientos. Era de madrugada. Tomé un desayuno consistente en una cafetería de carretera

acogedora. La camarera se apiadó de mí y cocinó unos panqueques buenísimos, pese a que el cocinero todavía no había llegado. Le hablé de Leah, de lo imbécil que había sido; ella me escuchó con atención. Lloró a moco tendido cuando le conté mi pasado y los miedos que me habían hecho dejar escapar al amor de mi vida. Si Norma viese que le estaba revelando mi vida a una total desconocida, me hubiese pegado una patada en el culo. A ella le había costado un puto año que me abriera.

Betsy, la adorable camarera, me despidió con un fuerte abrazo; además me regaló unos dulces que metió en una bolsa de papel. Subí al coche con una clara determinación. Me reí como un imbécil cuando descubrí en el interior de la bolsa unos ricos panecillos de canela.

¿Un mensaje especial del destino?

Entonces, descubrí lo que debía haber hecho desde un principio: ser responsable y llamar a las cosas por su nombre, aceptarlas y, sobre todo, demostrarlas. Cabeceé con una enorme sonrisa al tiempo que me dirigía hacia mi nueva vida con una gran determinación: luchar por ella.

Un par de horas más tarde, entré en la cocina de casa de mi abuela cuando vi que Priscila y ella estaban enfrascadas en una conversación sobre un pintor; me fastidió tener que aguarles la fiesta, pero esto iba de echarle pelotas al asunto.

—Chicas, siento interrumpir. —Miré a mi amiga, que me sonreía—. Priscila, a partir de hoy debes seguir tu camino. Estaré aquí para apoyarte, por supuesto, no pienso desentenderme de ti, pero tengo que vivir mi vida, asumir mis propios errores y demostrarle a la mujer de mis sueños que ella es lo más importante. Así que te sugiero que, en cuanto puedas, te instales en otro sitio. Ya sé que eres una invitada de mi abuela; si ella no está de acuerdo, yo me marcharé. Necesito desengancharme de ti; no es culpa tuya, pero ya va siendo hora de pasar página. Mi amiga tenía los ojos anegados en lágrimas; mi abuela me observaba con la boca abierta. Me acerqué a ellas. Besé a Priscila en las mejillas mojadas con una sonrisa. Acto seguido estreché a mi abuela en un abrazo susurrándole en el oído: —Deséame suerte, Den. La voy a necesitar. —Suerte, Nat... —Correspondió mi abrazo. Salí de allí con un único propósito.

33

IMPOSIBLE

LEAH

Llegar a casa siempre era un subidón de alegría. Mis mejores años los había pasado allí, por eso no podía dejar de sentirme arropada entre aquellas paredes que mis padres construyeron con tanto amor. Sonreí cuando nos recibió el cartel iluminado. *The Kline's Mountain* era el nombre que mis padres habían puesto a nuestro rancho hacía años. Había llovido fuerte en el trayecto de Lawrence hacia allí, tanto que casi no se adivinaba la silueta de nuestra enorme casa, pero yo me sentía a salvo. Cuando me bajé de la ranchera, me abalancé a los brazos de mi madre; entonces rompí a llorar como una niña pequeña. Al fin estaba en un lugar seguro. Más tarde, después de descansar un poco, bajé. Me reconfortó el olor a café y escuchar las voces de las tres mujeres más importantes en mi vida: mi madre, mi tía y mi abuela materna, Sara; faltaba mi otra abuela, Emily, que seguramente llegaría en breve. Ella y mi abuelo John vivían en un pueblo cercano, Lake City. Todas me recibieron con una enorme sonrisa. Me acurruqué en los brazos de mi rechoncha abuela, que olía a pan recién horneado y a amor. Era de esas personas

capaces

de envolverte en un abrazo y hacer que los problemas desapareciesen. Cómo la había

echado de menos.

—¿Has podido descansar, mi niña? Estas dos cotorras no han dejado de hacer ruido

con sus cacharros y sus preparatorios desde que habéis llegado —comentó, señalando a las

dos hermanas, que la miraban con el ceño fruncido y una sonrisa delatora.

—Sí, abuela. Mi cama es la mejor del mundo, creo que me la voy a llevar a Lawrence; no

logro acostumbrarme a ese colchón de muelles —dije, acurrucándome todavía más.

—Claro que sí, cariño, veremos qué se puede hacer. Todo se arreglará.

Sabía de sobra que no se refería a mi cama. Mi abuela era una de las mujeres más

inteligentes y con más temple que había conocido. Probablemente, ya estaba pensando en

cómo solucionar mi desdicha. Aquello me reconfortó como nunca.

Ya estaba en casa, ya estaba a salvo.

En aquellos dos días tuve tiempo de descubrir los avances en el rancho en nuestra ausencia.

Tan pronto como visité a mis abuelos paternos, los llevé a casa para estar todos juntos.

Charlé con mi padre, que estaba bastante mejorado. Intenté comer lo que mi estómago me

dejaba; no quería que mi madre se preocupase más de lo debido, pero tenía un nudo

imposible de deshacer del disgusto tras la ruptura con Nathan.

El domingo por la mañana, Max entró contento en la cocina con una rama verde;

por lo

visto, provenía de los nuevos cultivos que habían iniciado para autoabastecer al vacuno que

criaban. Parecía entusiasmado con la noticia: era algo que se había propuesto en mil

ocasiones, aunque no lo había llevado a cabo hasta entonces. Al parecer, estaba funcionando, así que pronto podrían utilizarlos. Me sentí muy orgullosa de mi hermano

mayor. Y me encogí de hombros, triste, cuando recordé que tenía que hacer una llamada

importante relacionada con él.

Subí a mi habitación. Abatida, me tiré en la cama. No me veía con cuerpo de asimilar la

otra triste noticia, que había recibido en menos de veinticuatro horas.

—Hola.

—Está bien.

—¿No me mientes?

—No. —Suspiré—. ¿Estás segura, Amanda? ¿Por qué no hablas antes con él?

—Te quiero, Leah. Cuida de tu hermano; prométeme que me mantendrás informada.

—Te voy a echar de menos. ¿Por qué no me dejas que se lo explique?

—Cuando me haya ido eres libre de hacer lo que quieras —rio, con lo que consiguió

destensarme un poco.

—¿No me vas a contar de qué huyes, Am?

—Todavía no estoy preparada. Algún día... —Tomó aire—. Ya he dejado libre la

habitación, ha sido muy duro. Brenda está mal. No tardes en volver, porque ella te necesita,

¿sabes?

—¡Pues no te vayas!

—Adiós, Leah. Os llamo cuando esté instalada.

—Ni siquiera sé la diferencia horaria, Am... —lloriqueé para alargar el momento;

odiaba despedirme de mi amiga, me desgarraba por dentro.

—Se supone que eres muy inteligente, ¿no? Dale un beso a Max. Dile... —suspiró—

que pida un deseo...

—Ya lo pido yo: que vuelvas pronto... Te quiero, Am.

—Te quiero, Leah.

Colgué el teléfono. Lloré, tanto que pensé que me iba a ser imposible bajar en un estado

decente. Sentía la marcha de Amanda como una pérdida. Nos había cogido por sorpresa.

Se iba de gira por Europa con una compañía de danza contemporánea. Ni siquiera

sabíamos que bailaba. Abandonaba el grado, Lawrence y a nosotras. Todo en Amanda era

un misterio. Pero había algo que teníamos muy claro: estaba huyendo, aunque no de Max.

No sabíamos qué escondía, pero tanto Brenda como yo esperábamos que algún día

estuviese dispuesta a sincerarse con nosotras.

En cuanto bajé las escaleras vi a Max con Thomas en el salón. Discutían sobre el sistema de riego y los turnos que estaban preparando para el verano. Mi hermano mediano

quería implicarse más con todo y no dejar toda la responsabilidad al mayor.

Llamé la

atención de Max, que se acercó con una sonrisa conciliadora.

—Enana, deja de llorar, porque das un poco de pena.

Me abrazó, hasta que sonreí con el gesto. Si unos meses atrás me hubiesen dicho que mi

hermano se iba a convertir en un oso amoroso, me habría reído.

—Ya sabes que me gusta el melodrama.

—¿Tengo que ir a darle una patada en el culo al yanqui?

Me reí sobre su pecho. Me empapé del aroma a heno y a hierba fresca. Levanté la vista:

me estaba sonriendo. La sonrisa no le llegaba dentro, era una sombra del Max que una vez

fue, pero lo estaba intentando. Me puse de puntillas.

—Esto es un regalo de alguien... Pide un deseo. —Y lo besé en la mejilla.

Su cara cambió de expresión y una sombra apareció un momento, desapareciendo al

instante, lo justo para darme cuenta de lo mucho que le había afectado. Me abrazó con

fuerza y soltó un suspiró con las aletas de la nariz dilatadas y la mandíbula tensa.

La historia

de aquellos dos me había calado hondo, y mi corazón sufría por ellos, como si no tuviese

que lidiar con un dolor en el pecho que me hacía difícil poder respirar.

34

ESTARÉ ALLÍ PARA TI

NATHAN

Las cuatro horas y pico que separaban Lawrence de mi nuevo destino se me antojaron eternas. Con cada milla que recorría, sentía una presión en el pecho cada vez mayor, como si me faltase el aire.

Llegué bien entrada la tarde. Estaba anocheciendo. No dejé de sonreír cuando el coche de mi abuela protestaba con los baches del camino: aquella tierra era dura, como sus habitantes. Por lo visto, el clima en aquella zona enseñaba los dientes mejor que en la ciudad. Tirité un poco, y quise achacarlo al frío. Me estaba metiendo en la boca del lobo, pero lo único que me importaba era volver a verla.

«Jodido pirado».

Cuando aparqué al lado de la ranchera de Max atisé la enorme casa de la familia Kline, saludándome. Tuve que buscar mis pelotas para salir del coche.

En cuanto Max abrió la puerta, vi pasar todo tipo de emociones por su cara. Le costó

reaccionar ante mi presencia, aunque lo que menos me esperaba era que me diese un fuerte

apretón de manos y me golpease en la espalda, a la vez que me hacía entrar en su

casa. Casi
me puse a llorar como un chiquillo.
—Joder, un poquito de emoción al fin... Tienes unas pelotas de acero, colega.
Verás la
cara que pone la enana cuando te vea... Esto no me lo pierdo.
Soltó una carcajada que me hizo reír. Si ya me había ganado al hermano mayor,
quizá no
estaba todo perdido, ¿no? Una vez dentro, me invadió el calor del hogar y un
olor a algo
recién horneado; llegaban murmullos desde lo que parecía el comedor. Si no
hubiese estado
tan nervioso, habría dicho que allí se respiraba calma.
Ser impulsivo está bien si lo que vas a hacer es actuar en un escenario o hacer
locuras de
adolescencia. Verme en un salón repleto de personas importantes en la vida de la
chica que
me robaba el aliento, mirándome como si tuviese tres cabezas y preguntándose,
como yo,
qué hacía allí y quién era, había perdido toda la gracia desde el segundo número
uno.
Supongo que Max se apiadó de mí; el muy cabrón me echó un cable, a medias.
—Familia, este es Nathan, el novio de Leah o algo. —Sonrió satisfecho a la vez
que me
daba un toque en el brazo—. Nathan, te presento a mis padres, John y Jossie; mis
abuelos,
Sara y Klaus, John y Emily; mi tía Annie... Y a Thomas ya lo conoces.
Quizá hubiese sido conveniente haber pensado un poco qué iba a decir. Aunque,
para
ser sinceros, ante aquel cuadro daba igual lo que llevase preparado. Me había
quedado en

blanco. En cuanto pude articular palabra, me dirigí hacia el enorme asiento donde estaba sentado el padre de Leah, que me recordó a una versión mayor de Thomas algo más

corpulenta. Extendí la mano para saludarlo.

—Señor Kline, espero que se encuentre mejor —dije como si me hubiese tragado un kilo de tierra.

—Esto... gracias —contestó algo aturdido; di gracias al cielo por que estuviese tan confundido como yo y no cabreado—. Así que... ¿vienes a pedirme permiso para salir con mi hija?

—Bueno, puede que Leah no esté muy de acuerdo, pero he venido a aclararlo con ella.

Claro que su opinión es muy importante, aunque antes quería hacer las cosas bien; creo que

la mejor forma es explicarles cuáles son mis intenciones con Leah.

La madre de Leah, una señora con una mirada bondadosa que para nada parecía la

gruñona del rodillo que Leah me había contado, exclamó algo. Fue una palabra que no

pude llegar a entender. Una de sus abuelas suspiró con una mano en el pecho y una sonrisa

encantadora. Parecía que me estaba ganando al sector femenino de la familia.

Ahora faltaba

el masculino, que se debatía entre ceños fruncidos marca Kline y bufidos tipo

«Vamos, no

jodas».

Mierda santa, me sudaban las manos. Casi estaba a punto de mearme encima.

—Adelante, explícate... —dijo John, bastante divertido.

Me habría gustado estar sentado y no de pie. Parecía que estuviese sobre un escenario

representando *Hamlet*, porque solo me faltaba recitar el famoso «ser o no ser...».

—Quiero a su hija. —Con dos cojones, Nathan. Me envalentoné cuando vi que casi

todos exclamaban sorprendidos, algunos incluso ilusionados—. Me gustaría que supieran

que estoy totalmente decidido a hacerla muy feliz.

—¿Y? —preguntó su padre.

—He sido un idiota. Estos días he conseguido alejarla por mi estupidez.

Supongo que

todos cometemos errores, y el mío ha sido no asumir a tiempo que estaba total y profundamente enamorado de Leah. Le había pedido que me acompañase a Los Ángeles,

aunque la fecha ha pasado... Pero eso ahora no viene a cuento. —Cabeceé frustrado

cuando me di cuenta de que me estaba liando—. Así que...

Tomé aire; noté cómo el sudor me corría por la espalda. El silencio que se instaló en el

comedor se podía cortar. No sabía si quería que se abriese un agujero en el suelo y me

tragase o que, directamente, alguno de ellos me soltase un puñetazo, para que la sangre

volviese a correr por mis venas.

—Hijo —dijo al fin el padre de Leah—, ¿no crees que sería mejor que hablaras todo

esto con ella?

Me quedé de piedra; la familia al completo estaba a punto de reír. Miré a Max,

con un
ruego en la mirada bastante lastimero, para que me echase un cable.
—Está en el columpio —me guiñó un ojo, cómplice—, bajo el chopo grande que
hay
frente al porche trasero.
—Lástima que esto me lo voy a perder... —dijo Thomas, a la vez que me
señalaba una
puerta, divertido—. Mucha suerte, campeón.
Me golpeó en la espalda para infundirme ánimos o para acabar de acojonarme,
porque
después de hacer el ridículo más espantoso delante de toda la familia, me
quedaba lo más
duro: que Leah me diese una patada en el culo.
Salí al exterior, donde vi el enorme árbol que Max había mencionado. Me costó
adivinar
su silueta, debido a la oscuridad. Me acerqué poco a poco, reteniendo el aire por
un
momento. Estaba meciéndose, con la mirada perdida. Se me encogió el corazón.
Yo era el
causante de todo, el culpable de su tristeza.
Me lamí los labios reseco y noté un toque salado. Cabeceé molesto al descubrir
que
debía de estar sudando de lo lindo. Me limpié con la manga de la chaqueta, que
ni siquiera
me había quitado. Caminé hacia mi destino a pecho descubierto, con un nudo en
el
estómago considerable y una sensación de vértigo importante que me hizo
confirmar lo
que tanto temía: perderla no era una opción.
Leah levantó la mirada alertada por mis pisadas, que eran muy poco discretas, y

vi

reflejada la sorpresa en su rostro al instante. Abrió la boca para decir algo; la volvió a cerrar

con ese fruncimiento de ceño adorable que me hizo sonreír como un idiota.

—Ya sé que no estaba invitado... —dije, tan cerca de donde estaba que tuvo que dejar

de columpiarse para no golpearme—, pero tenía que comprobar la dureza del rodillo de tu

madre. He de decirte que no es para tanto.

—¿Qué haces aquí, Nathan?

—Recuperar al amor de mi vida.

—Pues está bastante lejos del rancho, ¿no? —dijo con poca convicción.

—Leah, ella no es el amor de mi vida... —Suspiré derrotado—. He pedido a Priscila

que se vaya.

—¿Por qué la has echado de casa de tu abuela? Nunca te he pedido que hicieses nada

parecido.

—Fue por algo que dijiste... —Sonreí al recordar sus palabras—. Tenías razón.

—Yo siempre tengo razón, Nathan; soy superlista —dijo muy seria. Al fin me hizo reír.

—No podía seguir con esa relación tóxica. —Me observaba, atenta—. No me malinterpretes; aprecio mucho a Priscila, es por eso mismo que nunca he podido ser

imparcial con todo lo que respecta a ella, pero, joder, me estaba matando. Y al volver, sentí

que ella me comprendía mejor que nadie, porque ambos tenemos mucho en común, pero

me equivocaba.

—¿Por qué?

—Porque yo ya tengo a la persona que mejor me comprende, pero la estaba alejando porque me avergüenzo de lo que soy. Aunque eso ya ha acabado. A veces hay que ser inteligentemente egoísta. Solo se trata de priorizar. —Sonreí al recordar sus palabras.

—Pero no es necesario desechar a nadie. Puedes combinar tu vida, dar hueco a más personas y escenarios. En definitiva, ampliar tu zona de confort.

—O pasar página, quitar el ancla que te amarra a un pasado doloroso y comenzar de nuevo. No quiero decir que no volveré a ver a Priscila; ella siempre seguirá en nuestras vidas, pero necesito que no dependa de mí ni yo de ella.

—Necesitáis desengancharos... —susurró.

—Algo así.

—Bueno, pues felicidades por haber dado ese enorme paso. Espero que a partir de ahora recapacites y no la vuelvas a fastidiar con otra chica de nuevo. Pese a que continuaba muy molesta, no iba a consentir que se ocultase tras el miedo ni el enfado. Ya no.

—No quieras saber lo que he hecho ahí dentro... En serio, parecía un mono de feria.

Con una declaración en toda regla, diciendo que te quiero a tu familia al completo...

—¿Les has dicho que me quieres...? —preguntó sorprendida.

—Claro —reí—. ¿Por qué te crees que he venido? ¿A probar la carne de vuestras vacas?

Se encogió de hombros.

—Leah... —me arrodillé ante ella; entonces posé las manos sobre sus piernas; estaba

temblando. Le sonreí—, ¿sabes que he hecho un ridículo espantoso ante toda tu familia?

»Y no me arrepiento de ello —continué, al ver que no decía nada—, porque en todo

este tiempo, desde que te vi el primer día de clase, lo supe. He hecho muchas estupideces

en mi vida de las que me arrepentiré siempre, pero la peor ha sido no haber reconocido a

tiempo que el color de mis días es el que pinta tu mirada, que las pesadillas desaparecen

cuando me sonríes. Que por muy jodido que esté y por mucho que desee una copa, pienso

en lo bonito que es caminar a tu lado, sintiendo todas las emociones.

De pronto, unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas; se las restañé con los dedos.

—Yo... no... —se interrumpió con un sollozo.

—Sí, me has hecho ver que soy merecedor de tu amor. Si todavía quieres...

—¿Por qué no ibas a serlo? —Se puso de rodillas frente a mí mientras me cogía la cara

suavemente—. Yo solo veo al hombre al que quiero. Me dan igual tu pasado y lo que

ocurrió.

—Esto no va a ser fácil, Leah —susurré sobre su boca.

—¿Tienes miedo?

—Estoy acojonado.

—¿Por qué?

—Lo eres todo para mí. Haces música para mi alma. El sonido de tu mirada me hace

vivir. ¿Lo entiendes ahora? Te amo, Leah.

Nos besamos bajo aquel chopo viejo, que selló la promesa que le formulé a ella y a mí

mismo de ser felices durante el resto de nuestras vidas. Me miraba con una sonrisa adorable

y tanto amor que no sabía si iba a estallar de alegría. Había pasado tanto miedo por

perderla, tanta angustia, que me parecía imposible que me hubiese perdonado por todo,

por ser un imbécil y por no haber puesto a Priscila en su lugar antes. Era la persona que

había hecho que volviera a creer en mí, la única que no me había juzgado por lo que había

hecho en mi pasado. En definitiva: me quería a pesar de todo lo que arrastraba. Ella había

luchado por nuestro amor cuando yo casi me di por vencido.

La estreché entre mis brazos. Me empapé de su olor fresco y de su ternura. La mecí al

compás del latido de nuestros corazones.

Pareció descubrir algo, en aquel preciso instante. Sus ojos se abrieron como platos.

—La canción... ¿habla de nosotros, de mí...? ¿Yo soy ella? —preguntó emocionada,

con los ojos empañados.

—Siempre has sido tú, mi pequeña Gale...

Y la besé de nuevo como si me faltase el aire. Y me prometí amarla siempre y no hacerle

daño jamás. Aunque pudiese parecer un tópico. Leah merecía que los acordes de mi

corazón tocaran siempre para ella, que era la que componía la melodía de

nuestras vidas.

EPÍLOGO

CUATRO MESES DESPUÉS...

NATHAN

Llevaba a Leah de la mano por los pasillos del aeropuerto, hacia Los Ángeles.

Era el tío

más feliz del mundo.

—¡Mierda, he olvidado mi biquini! —Frenó en seco haciendo que una pareja que nos

seguía muy cerca casi nos golpeará.

—No pasa nada, mi hermana te puede prestar uno —dije a la vez que la obligaba a

continuar caminando.

—¡No pienso pedirle prestado a tu hermana un traje de baño, Nathan! Es algo muy

íntimo.

—Veamos... —La acerqué a un lado del pasillo para no interrumpir la marcha del resto

de personas. Le cogí la cara con dulzura—. ¿Todo esto es por un triste bañador o hay algo

más?

—Yo... —Bajó la mirada avergonzada. Sonreí antes de cogerla por la barbilla y darle un

dulce beso—. Tengo miedo de no gustarles, de no ser suficiente.

No dejé que acabara de hablar; le di un beso tan intenso que casi me hizo jadear allí

mismo en público.

—Jamás vuelvas a decir o pensar nada parecido. Eres la mujer de mi vida, nadie

puede
pensar que no eres suficiente porque es imposible, querida pequeña Gale, no hay
nadie en
el mundo que me pueda completar como tú lo haces. Nunca, repito, nunca, he
sentido por
otra chica lo que siento por ti. Te amo tanto que casi me cuesta respirar. —Sonrió
con los
ojos algo llorosos. Sopesé volver a besarla como si no hubiese un mañana, pero
por
desgracia teníamos que coger un vuelo—. Así que mueve ese culito precioso
hacia ese
avión y deja de pensar tonterías.
Colocamos nuestro equipaje de mano, después nos abrochamos los cinturones
antes de
que el resto de pasajeros llenasen el aparato. La miré de nuevo empapándome de
ella, como
si jamás tuviese suficiente.
—Además, eres la mujer más inteligente, preciosa y fuerte que nunca he
conocido. Mis
padres se van a enamorar de ti al instante. En cuanto a Denise..., ¿qué pasa si te
digo que
ya lo está?
Sonrió, y me abrazó tan fuerte que casi no me dejó respirar. Me sentía tan bien
que una
pequeña sombra oscureció mis pensamientos un solo instante. No quería
despertar nunca
de aquel sueño; ojalá yo fuese suficiente para ella. Ojalá no decidiese darme una
patada en
el trasero nunca, porque juré que después de haberla recuperado no la iba a dejar
escapar

en la vida...

Hacer turismo con Leah era toda una aventura en sí misma. Una tarde me empeñé en enseñarle parte del valle de San Fernando, donde me había criado; la llevé a los lugares más turísticos y a algunos rincones que me gustaban especialmente, como una librería especializada en libros usados que estaba en North Hollywood, Iliad, o una tienda donde me había comprado algunas cosas de decoración para mi piso que tenían todo tipo de curiosidades y antigüedades, Eclectica Vintage.

Me hizo sacarle mil fotos hasta que encontró la perfecta para subirla a su Instagram, en la famosa Gran Muralla de Los Ángeles, considerado uno de los murales más grandes del mundo. Aquí también nos gustaba tener las cosas a lo bestia; no era como la de los chinos, pero si nos lo proponíamos, fijo que lo conseguiríamos.

Fuimos a comer con Kyle. El pobre tío no tenía un respiro; los clientes para los que trabajaba no se regían por vacaciones convencionales o descansos típicos. La gran mayoría eran famosos, artistas, deportistas y un largo etcétera. Leah había conseguido que sus redes subiesen en seguidores como la espuma, así que se había convertido en un entrenador personal de moda. Se lo rifaban al colega. Quedamos en Asanebo, uno de nuestros sitios preferidos, al que solíamos ir siempre que podíamos, un restaurante de *sushi*

que se
encontraba dentro del centro comercial en Studio City.
Leah ya estaba enamorada de Los Ángeles, y eso que todavía no había visto ni la mitad.

LEAH

Nathan me presentó a «su chica». Tuve mofa para el resto de nuestra estancia en Los Ángeles. No me podía creer que llamara de aquella forma cariñosa a una moto, por muy chula que fuese. Me parecía bastante absurdo, pero estaba claro que los hombres solían tener este tipo de fetiches con los coches y demás, así que me resigné a tener que compartir su amor con un vehículo de dos ruedas.

Aparqué cerca del restaurante donde nos esperaba su familia. Bajé de un salto del asiento de su Chopper con una sonrisa bobalicona: al final iba a resultar que me tendría que tragar mis palabras y admitir que me encantaba ir de paquete. En realidad, en cuanto lo vi subido en ella, casi tienen que recoger mi mandíbula del suelo. Estaba imponente. Si Nathan era un diez en líneas generales, sobre «su chica» era un doscientos.

Me fijé en el nombre del establecimiento: «Vitello's». Sonreí como una idiota cuando reconocí el olor tan característico a pizza y pasta. Adoraba la pasta fresca, era uno de mis vicios inconfesables.

Conforme transcurrió la velada, me fui sintiendo más cómoda y tranquila; para nada era cierta la idea que me había hecho sobre su familia y, por supuesto, sobre el lugar escogido.

Eran sencillos, y la comida también, cosa que nunca habría dicho, si no hubiese estado en

su casa antes, ya que podían pasar por los Onassis.

—Me ha comentado Nathan que tienes pensado hacer un posgrado una vez finalices la

carrera —comentó Claudia.

—Bueno, en realidad no estoy del todo segura; he estado valorando la posibilidad de

realizar otro grado superior con el orientador de estudios —dije con fingida naturalidad: no

me gustaba demasiado hablar de mi «particularidad».

—Eso es estupendo. ¿En algún área relacionada? —preguntó entusiasmada.

—Mamá, no bombardees a Leah, ¿en qué habíamos quedado? —le recriminó Nathan en

broma.

—No me importa, de verdad. —Sonreí algo avergonzada por ser el centro de atención.

—Lo siento, cariño, es deformación profesional.

—Mi madre se encarga en el instituto de las tutorías; orienta a los jóvenes descarriados y

eso... —soltó Denise.

—Oye, jovencita, mis alumnos no son unos descarriados; tenemos una de las mejores

medias del estado.

—Vamos, mamá, no exageres... ¿En qué año fue eso, hace una década?

—Bueno, puede que hace algún tiempo, pero estamos trabajando en ello.

Me reí cuando comprobé cómo Eric la consolaba medio en broma. Denise y Nathan hacían el mismo gesto, bufando con exageración y poniendo los ojos en blanco. —Por favor, Leah, júrame que vosotros dos no seréis tan empalagosos —susurró Denise en mi oído. Tuve que aguantar una carcajada. —Prometido. —Hice una señal sobre mi pecho con una cruz, y así sellé nuestro nuevo compromiso con una sonrisa. —Menos mal que al final mi hermano ha tenido la gran suerte de encontrar una chica maravillosa y que además es una *crack* en series. Pensé que lo había perdido para siempre...

DOS AÑOS DESPUÉS...

NATHAN

A mis padres casi les da algo cuando les mostré el gran anillo que le había comprado a Leah y que aproveché para enseñarles justo cuando ella se excusó para ir al baño. Mi madre empezó a hacer unos pucheros extraños; casi la maté cuando tuvo que salir del salón con una excusa al ser incapaz de contener las lágrimas. Mi padre me dio una charla aleccionadora, a solas, sobre lo jóvenes que éramos, la decisión tan seria que había tomado y todo lo que nos quedaba por delante, pero a mí me dio absolutamente igual. Lo tenía tan claro como que me llamaba Nathan y que era el tío más feliz del mundo tocando mi guitarra y cantando. Me daba igual si era en el

salón de mi

casa o en un gran estadio: lo único que me importaba era que ella estuviese a mi lado,

siempre.

Le pedí el coche prestado a mi madre, ya que esa tarde era especial; quería llevar a Leah

a ver la puesta de sol a la playa donde siempre me había bañado de pequeño. La cuna de

surferos o, como ella decía, el lugar que había salido en más películas de la filmografía de

Estados Unidos: la playa de Santa Mónica.

Leah llevaba un vestido blanco largo de tirantes. Había dejado su chaqueta en el coche

porque decía que quería sentir la brisa del mar en su piel; en el fondo era una romántica,

aunque se negase a afirmarlo. Estaba preciosa; era una diosa con su espléndida sonrisa y

esos ojos verdes impresionantes.

Mi hermana me había hecho una cajita chulísima que emulaba una cinta de vídeo para la

ocasión. Me quemaba en el bolsillo de la chaqueta vaquera. Sonreí recordando a Kyle: el

muy friki me había pedido que lo grabase todo para la posteridad. Si supiese dónde tenía las

pelotas en esos momentos, no andaría bromeando con semejantes gilipollecas, pero

entonces ya no sería mi mejor amigo.

Como tenía que hacerlo bien, además de que sabía que la familia de mi novia era tradicional, hincó una rodilla en la arena. A continuación sonreí a una Leah tan asombrada

que no pudo cerrar la boca. Saqué la cajita que Denise me había regalado con el pecho

hinchido de orgullo.

—Quizá esto te pueda parecer una locura, de esas gordas que solo se dan una o dos

veces en la vida, pero... ¿sabes?, estoy muy loco, Leah, profunda e irremediablemente loco

por ti; desde el primer momento en que te vi, desde el mismo día en que nuestros caminos

se cruzaron, has sido tú. —Tragué saliva en un intento de no ponerme a llorar, como lo

estaba haciendo ella, y poder acabar mi discurso—. Cuando tú me miras suena música, y yo

muerdo por el sonido de tu mirada... Entonces, querida pequeña Gale, ¿quieres hacer

música para mí hoy y siempre? ¿Quieres bailar conmigo la canción de nuestra vida?

La observé, hasta que pronunció las palabras más bonitas del mundo.

—Sí, quiero.

LEAH

Hacía calor; mis padres se habían empeñado en hacer barbacoa, por lo que Max estaba

disfrutando de lo lindo mientras servía raciones a la familia. Nathan reía por algo que le

estaba explicando Thomas mientras me lanzaba algún beso cada vez que me descubría

mirándolo.

Esa tarde habíamos paseado por la propiedad con la vieja ranchera roja de mi padre.

Habíamos disfrutado de una puesta de sol espectacular desde la parte trasera,

tumbados

sobre una manta, abrazados. Era la única forma de conseguir un momento de intimidad.

Nathan no llevaba demasiado bien lo de dormir en habitaciones separadas, pero hasta que

no pasásemos por el altar, en casa de los Kline no había excepciones.

Mi prometido había llevado su guitarra; me había regalado un concierto particular con el

ruido de las cigarras de fondo. Nunca iba a dejar de emocionarme al escuchar nuestra

canción, *El sonido de tu mirada*.

Nada es fácil, estás tan lejos...

Tus ojos no sonrían, y yo muero por dentro.

Cada día estoy más confundido, atrapado e indeciso.

Siento que un muro nos separa, un abismo de sueños rotos.

Quiero ser quien los recomponga, quiero hacerte feliz.

Necesito que encuentres el camino de baldosas amarillas que te guíen hacia mí.

Solo tú sabes hacerme sentir.

Solo contigo he sido capaz de volver a reír.

Me das más de lo que nunca sabrás.

Cuando me miras suena música,

y yo muero por el sonido de tu mirada...

Ahora que ya sonrías, tengo miedo a perderte.

La luz ha llenado mi vida y no quiero que se apague.

Cada vez que tu mirada me ilumina, soy feliz.

¿Es amor esto que siento?

No sé cómo demostrarte que sin ti muero.

Necesito que no pierdas el camino; dame tu mano, pequeña Gale.

Solo tú sabes hacerme sentir.

Solo contigo he sido capaz de volver a reír.

Me das más de lo que nunca sabrás.

Cuando me miras suena música,

y, muero por el sonido de tu mirada...

Aquí estoy, abriendo mi corazón en canal,

dándolo todo por nosotros; ya no quiero huir más.

He llegado a mi hogar, tu sonrisa.

*Y cuando envejezca a tu lado y contemos las estrellas juntos
sabremos que lo hemos logrado.*

No pierdas el paso; dame tu mano, pequeña Gale.

Vamos a bailar juntos la canción de nuestra vida.

Solo tú sabes hacerme sentir.

Solo contigo he sido capaz de volver a reír.

Me das más de lo que nunca sabrás.

Cuando me miras suena música,

y yo muero por el sonido de tu mirada...

Una serie de imágenes recorrió mi mente: Nathan cantando aquel primer día en el

ensayo, cuando hicimos la práctica, la noche después del cine, en clase, en la cafetería, la

tarde de series..., el Nathan triste, el contento, el divertido, nuestros encuentros y desencuentros, las luces y sombras, nuestra primera vez, sus declaraciones, el Nathan

apasionado, el cantante, el amante, el amigo, mi todo...

Le sonreí, y entonces me dijo «te amo» con los labios.

Nathan era todo lo que necesitaba; juntos éramos felices, viviendo el presente.

Para mí, la felicidad también era el sonido de su mirada...

TRES AÑOS DESPUÉS...

LEAH

Había pasado a recoger a Brenda por su apartamento en Kansas City, antes de dirigirnos al

aeropuerto. Le rogué que me adoptara, después de que todas las féminas de la familia

hubiesen invadido nuestro piso ese fin de semana.

Nathan se había marchado a Los Ángeles con mis hermanos y parte del sector masculino de los Kline hacía dos días. No quería saber qué había ideado Kyle para su

despedida de soltero, pero saber que necesitaban tres días completos me había preocupado

un poco.

Brenda se subió al coche y me dio dos besos. La pelirroja había sido una constante

todos estos años, más si cabía tras la marcha repentina de Amanda, así que daba gracias por tenerla en mi vida.

Por suerte, con Am mantuvimos el contacto permanente; nos enviaba fotos de todas las ciudades que visitaba. Tras un gran esfuerzo, consiguió coger un avión para estar con

nosotros este día tan especial y no perderse mi despedida de soltera ni nuestra boda. Era

todo un honor, porque mis dos mejores amigas la habían preparado juntas.

Además me

constaba que no había sido fácil debido a la diferencia horaria con Europa. Por lo visto, se

habían limitado a comunicarse por correos electrónicos y alguna videollamada esporádica.

Apenas faltaban dos semanas para la boda, pero los nervios no me dejaban dormir. Qué

locura.

—¿Te ha comentado Amanda cuánto tiempo va a quedarse? —preguntó mi amiga.

—Creo que un par de semanas, lo justo hasta que se celebre la boda. Después regresará a España.

—¿Entonces, va en serio con ese tío?

—No empieces, Brenda. Está enamorada.

—Chorradas, es práctica. ¿Cómo va a estar enamorada de ese carcamal? De quien estaba

colada era de tu hermano, por cierto...

—Ni se te ocurra, es feliz. Bastante tiene con volverlo a ver en la boda.

—Ha pasado mucho tiempo, Leah. Además, Max sigue en su línea.

—Sí, nada ha cambiado...

Estábamos impacientes por volver a ver a nuestra amiga. Una separación de tres años

era difícil. Necesitaba abrazarla. Brenda había hecho un cartel de color rosa con purpurina.

Las personas que esperaban el vuelo desde Madrid junto a nosotras se rieron cuando lo vieron.

En cuanto se abrieron las puertas, comenzaron a salir los pasajeros. Noté cómo el

corazón me iba a mil por hora. Amanda apareció detrás de una señora gruesa y nos sonrió

con lágrimas en los ojos al vernos. Gritamos como idiotas mientras esperamos lo indecible

hasta que pudo dejar atrás la valla de seguridad. Fuimos corriendo a su encuentro, pero

frené en seco cuando Brenda me sujetó del brazo y señaló algo que Amanda llevaba en la

mano. Miré en la dirección que apuntaba mi amiga, que había perdido todo el color de la

cara. Entonces se me cayó el cartel de bienvenida al darme cuenta de la situación.

—Me cago en... ¡Bienvenida, Am! Y este caballere te ¿cómo se llama? — preguntó

Brenda, mientras se agachaba para saludar a un niño precioso de unos dos o tres años,

sospechosamente familiar.

—Os presento a Dan.

BANDA SONORA DE *EL SONIDO DE TU MIRADA*

Capítulo 1: DESPIERTA. 🎵 *Wake up*, Ramon Mirabet

Capítulo 2: HA PASADO UN TIEMPO. 🎵 *It's been awhile*, Staind

Capítulo 3: EL HOGAR ESTÁ DONDE ESTÁ EL CORAZÓN. 🎵 *Home is where the heart is*,
Ramon Mirabet

Capítulo 4: DULCE NIÑA MÍA. 🎵 *Sweet child O' mine*, Guns N' Roses

Capítulo 5: NADA MÁS IMPORTANTE. 🎵 *Nothing else matters*, Metallica

Capítulo 6: POLVO EN EL VIENTO. 🎵 *Dust in the wind*, Kansas

Capítulo 7: LOCA. 🎵 *Crazy*, Gnarl's Barkley Cover, versión de Emily Asen

Capítulo 8: AQUÍ VIENE EL SOL. 🎵 *Here comes the Sun*, The Beatles, versión de
Nathan

Roberts

Capítulo 9: NUNCA DIGAS NUNCA. 🎵 *Never say never*, The Fray

Capítulo 10: SALVÁNDOME. 🎵 *Savin' Me*, Nickelback

Capítulo 11: LA RAZÓN. 🎵 *The Reason*, Hoobastank

Capítulo 12: VINO DE CEREZA. 🎵 *Cherry wine*, Hozier

Capítulo 13: TODO EL MUNDO LO HACE. 🎵 *Everybody does*, Julien Baker

Capítulo 14: DONDE QUIERA QUE VAYAS. 🎵 *Wherever you will go*, The Calling

Capítulo 15: NO QUIERO EXTRAÑAR NADA. 🎵 *I don't want to miss a thing*, Aerosmith

Capítulo 16: LA COPA DE DESPEDIDA. 🎵 *The parting glass*, Cara Dillon

Capítulo 17: A VECES. 🎵 *Sometimes*, Kyan

Capítulo 18: PEQUEÑOS SUEÑOS ROTOS. 🎵 *Little bitty dreams*, Will Hoge

Capítulo 19: NO LLORES. 🎵 *Don't cry*, Guns N' Roses

Capítulo 20: LA ÚNICA EXCEPCIÓN. 🎵 *The only exception*, Paramore

Capítulo 21: FUI HECHO PARA AMARTE. 🎵 *I was made for lovin' you*, Kiss

Capítulo 22: SUEÑO. 🎵 *Dream*, de Priscilla Ahn

Capítulo 23: SR. MALENTENDIDO. 🎵 *Mr. Misunderstood*, Eric Church

Capítulo 24: ME HICISTE ESTREMECERME TODA LA NOCHE. 🎵 *You shook me all night
long*,

AC/DC

Capítulo 25: BORRACHO DE TU AMOR. 🎵 *Drunk on your love*, Brett Eldredge

Capítulo 26: HÉROE. 🎵 *Hero*, Family of the year

Capítulo 27: ASÍ ES COMO TÚ ME RECUERDAS. 🎵 *How you remind me*, Nickelback

Capítulo 28: AQUÍ SIN TI. 🎵 *Here without you*, 3 Doors Down

Capítulo 29: MÁS QUE PALABRAS. 🎵 *More than words*, Extreme

Capítulo 30: MÚSICA CUANDO LAS LUCES SE APAGAN. 🎵 *Music when the lights go out*,
The

Libertines

Capítulo 31: ROTA. 🎵 *Broken*, Seether

Capítulo 32: VA POR NOSOTROS. 🎵 *Here's to us*, Halestorm

Capítulo 33: IMPOSIBLE. 🎵 *Impossible*, James Arthur

Capítulo 34: ESTARÉ ALLÍ PARA TI. 🎵 *I'll be there for you*, Bon Jovi

Playlist de Spotify completa, [aquí](#)

AGRADECIMIENTOS

Puede que esta sea la parte más complicada del proceso de finalización de una novela. Para

hacerlo más sencillo, voy a intentar sintetizar lo máximo posible.

Esta historia lleva mucho tiempo conmigo, y ha cambiado tanto desde el primer borrador que casi no la reconozco. No habría sido posible sin la ayuda de esas personas

que han aportado su grano de arena. Gracias de corazón, sabéis quiénes sois.

Estáis

siempre al pie del cañón. Grandes.

Precisé la aportación de una profesional en psicología para conocer ciertos aspectos que

se me escapaban. Mónica solventó mis dudas con suma paciencia. Gracias, te debo mucho.

A todos los que han estado conmigo, en especial este último año, que ha sido muy duro

por cuestiones de salud. Gracias, porque quien te quiere está siempre, en los buenos y en

los malos momentos.

A la familia Phoebe, por apostar por esta novela y por mí, una escritora novel. Es un

gran orgullo formar parte de vuestro equipo.

A ti, que has confiado en esta historia. Gracias por darme una oportunidad.

Espero que

Leah y Nathan te hayan hecho disfrutar.

A *El maravilloso mago de Oz*, a Dorothy Gale y a todos los caminos de

balosas amarillas.

Gracias.

A mi familia, gracias por acompañarme en este sendero.

A mi pareja, que me mostró cómo perdonarme, y por eso lo respeto tanto.

Cuánto

hemos crecido juntos, ¿verdad?

A tu mirada. Desde la primera vez que abriste los ojos y me miraste, supe que nunca

más volvería a ser la misma persona. Gracias por traer tanta felicidad a nuestras vidas. Te

queremos, caballerete. Algún día reconocerás el sonido de una mirada, de tu mirada, y

permanecerás en ella para siempre...